LAS CHICAS DEL BARRIO

Tània Juste

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Parte I. Las niñas. 1922
1
2
3
4
5
Parte II. Las chicas. 1925
1
2
3
4
5
6
7
8
Parte III. Las trabajadoras. 1927
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
Parte IV. Las mujeres de la República. 1931
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12

13
14
15
16
17
Parte V. Las mujeres de la retaguardia. 1936
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
Parte VI. Las supervivientes. 1939
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

La familia Molina, formada por el padre, la madre y cinco hijas, abandona su Valencia natal para ir a Barcelona, al barrio de Sants, donde un hermano del padre, el tío Miguel, ya se encuentra instalado desde hace tiempo.

El padre trabaja en la España Industrial y la madre hace de cosedora para un sastre del barrio. Las cinco hijas, Julia, Pilar, Carmen, Ángeles y la pequeña Lola, van creciendo plenamente integradas en el barrio. Desde allí les tocará vivir los grandes acontecimientos históricos, como el advenimiento de la República, el estallido de la guerra, los bombardeos y el hambre de la posguerra, pero también los amores y los desamores propios de la edad, los esperados bailes de Fiesta Mayor, los estrenos de cine y la vida asociativa del barrio.

Sueños y aspiraciones se dan cita entre las penurias de una época convulsa que pondrá a prueba la familia y sus lazos afectivos. Cinco chicas de barrio que, como tantas otras, se convertirán en heroínas cotidianas de su tiempo.

Una magnífica novela que reivindica «la otra guerra» en la que lucharon las mujeres de pueblos y ciudades durante la Guerra Civil mientras los hombres estaban en el frente.

TÀNIA JUSTE

LAS CHICAS DEL BARRIO

Traducción de Olga García Arrabal

ESPASA

En recuerdo de mi abuela Pilar y de sus hermanas,
Julia, Ángeles, Carmen y Lola, las cinco chicas de Sants
que han inspirado esta historia.

Y a mi madre, otra chica de Sants.

Julia regresaba a menudo al día en que nació Lola. Se preguntaba qué habría sido su vida si aquella Navidad de 1915, en lugar de su hermana pequeña, hubiese nacido un niño. ¿Dependemos del azar y nuestra vida está marcada por momentos y circunstancias inesperados? O puede que no. Puede que no haya nada fortuito y todo lo que nos pasa está escrito previamente. En cualquier caso, sabía que aquel acontecimiento, el nacimiento de Lola, había cambiado su vida y la de toda su familia.

Era Nochebuena y su madre había enviado a su padre con la tartana en busca de la comadrona. «Date prisa, que ya llega la criatura», le había advertido. Doña Cecilia no vivía lejos, pero llovía a cántaros y los caminos estaban embarrados, de manera que la espera se les hizo eterna, con el tictac incesante del reloj y aquel silencio tenso. Un silencio que solo se quebraba cuando la madre gemía, de vez en cuando, y Julia y sus hermanas se estremecían. Su padre había dejado la cena a medio terminar, su madre ni siquiera la había probado, y Julia se recordaba a sí misma asomada a la ventana para vigilar la entrada de la masía. Si se esforzaba, todavía podía percibir el frío del cristal en la punta de la nariz y las gotas de lluvia resbalando como lágrimas que le empañaban la visión. La noche era tan oscura que casi resultaba un milagro distinguir algo, salvo cuando algún relámpago inundaba el paisaje con una claridad espontánea y le permitía ver las viñas desnudas, como una extensión de manos raquíticas implorando al cielo. Antes que su padre, llegó la vecina de la masía próxima. ¡Bendita fuese aquella mujer de la que Julia había olvidado el nombre! Eso sí, se le quedó grabada la voz dulce y cómplice que empleó con su madre. Cuando entró, le dijo: «Me ha avisado tu marido. No te inquietes, estoy aquí para ayudar». Porque así sucedían las cosas en el campo: las mujeres se apoyaban unas a otras al llegar la hora de dar a luz a los hijos. Era una tradición desde el principio de los tiempos, al menos en aquel rincón del campo valenciano, en aquel paisaje de viñedos y luz blanquecina en los veranos del que, para Julia, había sido su primer mundo. Ahora no quedaban más que imágenes difusas de una época lejana, de una vida distinta que comenzó a apagarse el día en que Lola llegó al mundo.

La primera visión de la comadrona fue prácticamente un espejismo. La tartana de su padre enfiló el camino de entrada a la masía, y Julia y sus hermanas distinguieron pronto las dos figuras: al

padre tironeando de las riendas de la mula y, a su lado, aquella mujer. Su semblante era majestuoso y llevaba cubierta la cabeza con una manta muy grande. Le pareció ver a la Virgen María, como si el pesebre que tenían montado en casa de repente se hubiese vuelto viviente. La sola presencia de la mujer transformó la casa completamente. Con vehemencia, doña Cecilia comenzó a repartir órdenes a todo el mundo. Envió a la madre a la alcoba, acompañada de la vecina, y a continuación ordenó al padre que pusiese al fuego dos ollas grandes con agua abundante. «Aquí faltan manos», renegó. Miró a su alrededor y pareció descubrir a las cuatro niñas, que la observaban con ojos asombrados. No les dijo nada, sino que se volvió hacia el padre: «¿No hay ninguna otra mujer en la casa?». Él se rascó la cabeza y soltó un juramento. Masculló algo sobre la Navidad y la lluvia que no dejaba de caer, y entonces la comadrona dejó de prestarle atención. Clavó los ojos en Julia y le preguntó, apuntándola con un dedo: «Tú eres la mayor, ¿verdad, guapa? Pues mira, vas a tener que ayudarme». Nadie se lo discutió, a pesar de su juventud, a pesar de que temblaba como una hoja con solo pensar lo que podrían pedirle que hiciera. Doña Cecilia la envió a buscar paños limpios, sábanas, y le ordenó calentar la plancha del brasero, «que así la ropa queda bien desinfectada». Poco después, Julia llevaba un montón de cosas al piso de arriba, procurando no pensar en nada más que en las órdenes que iba recibiendo. Sus hermanas seguían sus movimientos desde el mutismo más absoluto.

Nada más entrar en la alcoba de los padres vio a su madre en camisón. Tenía el rostro un poco hinchado, el pelo alborotado y una mueca que se hacía más evidente cuando le venía el dolor, cada vez de manera más frecuente. Julia tragó saliva y se notó la garganta seca como una piedra. Avanzó un poco para soltar la ropa que llevaba en las manos y se fijó en todas las velas que habían encendido y que daban a la estancia una luz amarillenta, generosa, un tanto irreal. Su madre debió de percibir el terror que se iba apoderando de sus ojos, debió de ver sus manos retorciéndose, porque enseguida le tendió una de las suyas y ella corrió a agarrarla. «No te morirás, ¿verdad, madre?», le habría preguntado mientras se acurrucaba a su lado. Y la madre, como si lo adivinase, le respondió: «No te preocupes, lo he hecho muchas veces». Porque su madre ya había parido en cuatro ocasiones y había traído al mundo cuatro hijas sanas. No obstante, Julia era una chica muy perceptiva y aquella noche, y los días anteriores, había notado algo extraño en la mirada del padre, un no sé qué inexplicable que la tenía en vilo. ¿Acaso la madre corría peligro? ¿Es que los mayores sabían algo que habían callado deliberadamente

ante las niñas?

La comadrona entró en la alcoba e hizo que la madre se acostase. Llevaba consigo una palangana llena de agua en la que se lavó las manos, que luego colocó sobre el vientre de la parturienta. Comenzó a palparlo. Julia recordaba a doña Cecilia pegando su oreja, como si el bebé fuese a hablarle, y luego subiendo el camisón de la madre hasta dejarle el cuerpo impúdicamente al descubierto. Con un gesto instintivo, la niña apartó la mirada: nunca había visto el sexo de su madre y retrocedió hasta tocar la pared. Sabía que solo estaba allí porque faltaban manos, sabía que en otras circunstancias no se lo habrían permitido con siete años, aunque, de repente, fue consciente de lo que, a pesar de eso, se esperaba de ella. Apretó los dientes y cerró los puños con fuerza hasta que dejó de temblar.

Aún transcurrieron dos horas largas. Parecía que el reloj se hubiese detenido. Y entonces su madre rompió aguas. La comadrona preparó una infusión de hierbas que llevaba en el cesto y continuaron esperando. Hacía tiempo que el padre y las hermanas habían salido de la alcoba, y Julia se entretenía escuchando junto a la puerta el ruido que hacían en el pasillo. Oía las voces apagadas de Pilar, Carmen y Ángeles, y se moría por volver con ellas. Las mujeres comenzaron una plegaria y Julia se dejó llevar por aquella letanía que, junto con el aroma del tomillo, el romero y la cera de vela, la haría remontarse para siempre a aquella Nochebuena.

Sin embargo, la placidez no duró mucho. Muy pronto, una tormenta más fuerte de la que se había desatado en los campos se abatió sobre la alcoba de sus padres, una especie de trajín vertiginoso por el que Julia vio pasar a su madre y del que tan solo conservaría imágenes difusas: su madre en cuclillas; su madre sentada sobre los muslos de la vecina mientras esta la agarraba fuerte por la cintura; la comadrona agachada delante y ella, ella en medio de los gemidos desgarradores de su madre, asiéndole las manos desde atrás y tirando fuerte, «¡fuerte, Julia!», como le ordenó doña Cecilia. Recuerda que fue entonces cuando comenzó a sollozar, pero los gritos de su madre y la voz de doña Cecilia diciendo «¡ya sale!, ¡ya sale!» hicieron que nadie la escuchase. Luego, un rayo de luz, un pedazo de cielo que parecía haberse instalado en la habitación del dolor: la comadrona sostenía un recién nacido viscoso y lleno de sangre, y su madre sonreía, exhausta, dejando que el cuerpo se le relajase hasta dejarse llevar. Depositaron a Lola en sus brazos, los mismos que abrazaban a Julia y a sus hermanas cuando lo necesitaban, y que de buena gana habría reclamado llegados a ese punto. Despacio, Julia se fue acercando y, casi sin respirar, de nuevo con el temblor apoderándose

de su cuerpo, le dio a su madre un beso en una de las sienes; sienes perladas con el sudor de su quinto y último parto.

Porque el de Lola fue el último parto. Y también fue la última Navidad que pasaron en la masía. Porque su padre dijo basta, hasta aquí hemos llegado. Después de nacer Lola perdió toda esperanza de un hijo. Eso es lo que Julia vio en sus ojos. Porque ya no tenía ni la motivación ni el entusiasmo para seguir acumulando malas cosechas, para combatir las plagas y trabajar de sol a sol en aquel pedacito de tierra de su propiedad en el campo valenciano. Su padre había esperado en vano un niño que no llegaría nunca, ahora lo sabía, y decidió que se marcharían, que reunirían sus pocos enseres y que en la ciudad faltaba gente. Finalmente, cedió a aquello que su hermano Miguel le decía en sus cartas; unas cartas que le enviaba desde Barcelona y en las que le prometía que allí no les iba a faltar la comida. A finales de enero vendieron el trozo de tierra y la familia entera se montó en el carro con todo lo que les quedaba. Julia recuerda haber dejado las viñas atrás aquella mañana fría y al mismo tiempo luminosa de invierno. ¡Qué claro estaba el día! Intentó abarcar con la mirada la totalidad del paisaje que era su hogar y entonces pensó que nunca más volvería a vivir allí, que los veranos de luz blanquecina de aquel rincón del campo valenciano serían, a partir de entonces, un mero recuerdo.

Parte I
Las niñas
1922

1

Los domingos, el tío Miguel iba a comer a casa. María preparaba algo rico y sonreía por dentro cada vez que su cuñado ponía por las nubes cualquier cosa que hubiese cocinado. «María —le decía—, ¡no he conocido cocinera mejor que tú!». Ella se quitaba importancia con un gesto de la mano, pero en el fondo disfrutaba con el reconocimiento, porque a Gregorio nunca se le ocurría pensar en el tiempo que ella dedicaba a esa tarea y en la rapidez con que la comida desaparecía del plato.

Era mediados de junio y desde hacía semanas el calor se había instalado con fuerza. A primera hora, abrían todas las ventanas y no las cerraban hasta que el silbido de la brisa vespertina las golpeaba. El comedor de la casa se quedaba temporalmente en desuso porque todas las comidas del día las hacían bajo la higuera de hojas generosas que había en el patio. Por una pared lateral trepaban los rosales, que tanto gustaban a María; unos rosales que Gregorio le había plantado y que cada temporada daban rosas grandes como puños.

Después de comer, las niñas habían pedido permiso para levantarse de la mesa y ahora correteaban por el patio como si fuesen todas tan pequeñas como Lola. Cuando creían que su madre no las estaba mirando, se acercaban al macizo de margaritas que crecía cerca de los rosales y arrancaban los pétalos de una pobre flor. Una de ellas hacía una pregunta y entonces iban tirando con un «sí» o con un «no», hasta que se acababan los pétalos y ya habían obtenido la respuesta. Entonces, de repente se ponían a chillar y se reían juntas de sus secretos. María las vio hacerlo, pero no les dijo nada, aquel día no tenía ganas. Mientras hacía bolitas con unas migas de pan que habían quedado en el mantel, desvió la mirada más allá de sus hijas, hacia el fondo del patio, donde estaban el palomar y las cuatro gallinas.

—No lo veo claro —concluyó.

—Mujer, deja que te lo expliquemos antes de negarte —le pidió Gregorio, y a continuación miró fijamente a su hermano rogándole que le echara una mano.

Miguel comenzó a describirle las ventajas de trabajar en la España Industrial. Le dijo lo que María ya sabía: que era la fábrica más

importante de Sants, que él llevaba trabajando allí más de una década y que Gregorio pronto cumpliría los siete años allí, y que no era raro que, llegado el caso, entrasen los hijos de los trabajadores.

—En la España trabajan familias enteras, María.

—Ya lo sé, pero Julia...

—Julia ya ha cumplido los catorce y tiene edad de entrar.

—Pero yo había imaginado otra cosa para ella, para mis hijas...

Su marido intervino.

—¿Acaso crees que con el trabajo que te da el sastre vais a tener suficiente? ¿No te das cuenta de que en la fábrica ganaría mucho más?

María asintió en silencio, sabía que su marido tenía razón, pero se resistía a pensar en su hija como en una de esas obreras de fábrica que veía ir y venir por el barrio con su cesta para el desayuno y siempre a toque de sirena. De hecho, se resistía a olvidar que ella provenía de una buena familia de Utiel y que, de no ser porque se había hecho mayor antes de encontrar un buen heredero, jamás se habría casado con Gregorio, que fue su última opción. Un campesino con tierras, sí, pero campesino al fin y al cabo. Con el tiempo había llegado a quererlo, pero ella aún pensaba en esa vida que nunca tendrían ni ella ni sus hijas.

—¿Me estás escuchando, mujer?

María abandonó sus pensamientos.

—Lo que me preocupa es la mala fama que tienen las trabajadoras de la fábrica, los peligros a los que se exponen... Debo velar por la moralidad de las chicas.

—¡Dios bendito, mujer! ¿Y te crees que yo no?

Gregorio se echó las manos a la cabeza y Miguel lo miró arrugando el entrecejo, como queriendo decir «así no vamos a ninguna parte».

—A ver, María —intervino—, me parece que olvidas que tiene un padre y un tío que trabajan allí y velarán por ella en todo momento.

—Vosotros... ¡Bah! Vosotros sois hombres y trabajáis muy lejos de donde están las hiladoras y las tejedoras.

—Precisamente, mujer, los hombres en un lado y las mujeres en otro.

—Pero están los encargados... La de veces que habré oído hablar de ellos, de casos de... Virgen santa, no quiero ni pensarlo...

—María, por Dios, ¿crees que permitiría que le ocurriese algo a una hija mía?

—Tal vez no puedas evitarlo.

Las cosas no iban demasiado bien y los ánimos del matrimonio se iban crispando. Miguel alzó los brazos para pedir calma.

—Es verdad que las chicas que no tienen ningún familiar en la fábrica están más desprotegidas, no vamos a negarlo, ¿verdad, Gregorio? —Su hermano soltó un gruñido—. Pero no es el caso de Julia. Ella iría siempre acompañada y, además, no trabajaría en Hilatura, sino que le hemos encontrado un buen puesto en la sección de Tejidos.

—¡Vaya, sí que os habéis apresurado! ¡Y sin decirme una palabra!

—Mujer, no te alteres, solamente hemos querido asegurarnos de contar con una buena opción antes de planteártelo —dijo Miguel con tono conciliador—. Mira, déjame que te lo explique: hay una buena mujer, Rosalía, que es tejedora de toda la vida, desde antes de que yo entré en la España. Es la viuda de un compañero muy querido que por desgracia falleció hace unos años. Necesita una ayudante y le ha pedido al encargado que le pongan a Julia, si a ti te parece bien.

María se dirigió a su marido.

—Es demasiado joven, esperemos un tiempo y ya veremos —dijo a modo de sentencia, pese a no sonar nada firme—. Le pediré al sastre que me dé más prendas para coser y entre las dos nos apañaremos. Cada vez cose más rápido y mejor.

Gregorio negó con la cabeza.

—Sabes que nunca ganará como en la España, ni tampoco disfrutará de las mismas condiciones.

Su cuñado volvió a doña Rosalía.

—Ya verás como será una segunda madre para ella...

—¡Madre ya tiene una y con eso le basta!

—No te enfades, que la chica va a estar bien.

María se estaba quedando sin argumentos y su marido aprovechó aquella grieta de incertidumbre. Se incorporó un poco y le habló despacio, armándose de una paciencia que no tenía.

—Escúchame, María: Julia tiene que entrar en la España. Es una gran oportunidad y el dinero que gane nos va a venir muy bien. No es que nos sobre precisamente, con tanta chiquillería. Irá y volverá de la fábrica conmigo, y no se puede decir que Miguel no le haya encontrado un buen sitio. Así que... ¿estamos?

Había perdido la batalla. Se revolvió en la silla y alzó la barbilla hacia las hojas de la higuera, que se agitaron con una ráfaga de aire caliente. Le llegó la risa de la pequeña Lola, seguida de la de las otras cuatro, y entonces vio a Julia acercándose despacio, quizá había intuido que estaban hablando de ella. La niña miraba al suelo y daba un saltito, como si esquivase alguna hormiga o lagartija, o como si bailase. María la contempló unos instantes. Su Julia, alta y espigada, tan guapa y al mismo tiempo tan poco presumida, recta, seria y

responsable. Cuánto le gustaban aquellos últimos tiempos en que la muchacha ya había dejado el colegio y cada mañana la tenía cosiendo a su lado. Hablaban de cosas, compartían la responsabilidad de las más pequeñas y sobre todo le hacía mucha compañía. Qué pronto querían arrebatársela. Sin embargo, era injusto quejarse, había que ser realista, y la paga que cobraría en la fábrica sería de gran ayuda para la familia. El dinero de la venta de la parcela se había acabado hacía años, una buena parte se lo había llevado la casa donde vivían, y el resto, en el día a día en la ciudad. Julia se alisó la falda, que ella le había cosido y que había estrenado esa misma mañana para ir a misa.

—Sobre todo no te la ensucies, hija.

—Madre, no hace falta que me lo diga —respondió Julia con aquella expresión siempre seria en los ojos—. Sabe muy bien que yo me ocupo de no ensuciarme.

La madre observó su pelo negro y abundante, que ella mantenía a raya recogiéndoselo en la nuca. Y de repente la vio como la muchacha que ya era. Los años habían pasado en un suspiro. Resopló y, a regañadientes, miró primero a los dos hombres, para después volver a ella.

—Siéntate, hija. Tenemos que hablarte.

2

Pilar se levantó al amanecer, mucho antes de que sus hermanas abandonasen sus plácidos sueños. A su lado dormía Julia, que ni se movió cuando ella apartó las sábanas y saltó de la cama con el primer rayo de luz. Descalza y de puntillas, se acercó al armario y con mucha delicadeza empezó a abrir la puerta, que chirriaba. «Algún día tendré un armario para mí sola —se prometió—, y unos vestidos que siempre estrenaré yo. Nunca tendré que levantarme tan temprano y escogeré tranquilamente los zapatos para cada ocasión». Soltó un bostezo y el armario la secundó con un chasquido porque, abismada en su mundo, había terminado de abrirlo despreocupadamente. Hizo una mueca y echó un vistazo a su hermana, que por suerte continuaba durmiendo. Con sigilo, introdujo medio cuerpo en el armario y palpó los zapatos que quería, los claritos de pulsera de los que estaba enamorada. «¡Es la fiesta mayor!», se dijo a sí misma, y se estremeció de placer. Eligió el vestido blanco con puntillas en el escote y ribete bordado en las mangas pensando en el baile que tendría lugar de noche, un vestido que defendería con uñas y dientes, en caso necesario, para que nadie se lo arrebatase. Porque con sus hermanas las cosas funcionaban así: la primera que llega, la primera que escoge. Era ley sagrada. «Para cuando las demás se levanten, yo ya tendré el conjunto preparado y el espejo para mí sola donde peinarme a gusto». Los labios en forma de corazón, tan rojos que apenas le haría falta pintárselos cuando fuera mayor, dibujaron una amplia sonrisa que dejó al descubierto unos dientes un poco separados.

Los sonidos propios de todas las mañanas despertaron poco a poco en casa de los Molina: una hermana que no encontraba una blusa; correteos por el pasillo; la pequeña bajando la escalera y la madre diciéndole: «¡No corras, que te vas a caer!»; el padre aguardando abajo, mortificado por el cuello de la camisa y, por lo tanto, de mal humor. Finalmente, la familia al completo salió a la calle, y Pilar, persuadida de todas las miradas que atraería a lo largo del día, tomó a su hermana Julia del brazo y juntas encabezaron la comitiva hacia Santa María de Sants.

La calle de Sant Joaquim, la suya, no lucía ningún tipo de

decoración especial, pero había algunas muy cercanas engalanadas con bonitas ramas de hojas, palmas y guirnaldas de flores, por no hablar de la plaza Mayor y la plaza de la Iglesia, en las que se habían programado sardanas en los próximos días y bailes por la noche. Los días previos a la semana de San Bartolomé, Pilar y sus hermanas los habían vivido, como de costumbre, con la excitación propia de todos los niños y jóvenes de aquel antiguo pueblo convertido desde hacía años en barrio de Barcelona. Habían estado paseando más allá de la carretera y más allá de las vías del tren para ir a ver, con el tío Miguel, cómo engalanaban también las calles de más arriba. Pilar caminaba con la mente llena de las imágenes vistosas de los últimos días: celosías de madera convertidas en grandes pórticos de acceso a algunas calles; inmensos jarrones de flores, ramas, hojas y muchas guirnaldas de papel que transformaban espacios cotidianos en auténticos sueños festivos. Se moría de ganas de ver la gran novedad: el encendido de bujías de luz eléctrica que, por primera vez, iluminarían el baile de la primera noche de fiesta mayor. No pudo evitar pellizcarle el brazo a su hermana mayor.

—¡Jolines, Pilar, que me haces daño!

—Ay, chica, es que pones una cara... ¡Sonríe, que es fiesta mayor!

Julia meneó la cabeza y puso los ojos en blanco. Siempre disfrutaba de las fiestas de Sants, eran la mejor época del año para ellas, pero aquel mes de agosto tenía un nudo en el estómago que no conseguía deshacer. Aun así, hizo un esfuerzo por sonreír.

—¡Así me gusta, hermana! —exclamó Pilar.

La misa se les hizo larga, pero la amenizaron contemplando los centros florales que habían colocado en abundancia sobre el altar de la Virgen y también en el de san Bartolomé. De vuelta en casa, la madre no las dejó quedarse a charlar con los vecinos: «Ya habrá tiempo», les dijo, porque se les acumulaba el trabajo de acabar de preparar el gran festín. Habían sacrificado dos pollos, que había que asar despacio con las verduras cortadas. De postre habían comprado un roscón de hojaldre y en el centro de la mesa pondrían también la fuente de la fruta con unos melocotones jugosos que eran una delicia, uvas y peras muy dulces.

—Me voy al café —anunció Gregorio sin ninguna necesidad, porque María ya sabía que hasta la hora de sentarse a la mesa no le verían el pelo.

—Dile a Miguel que no se olvide de la botella de licor.

—Mujer, ¿acaso mi hermano se ha olvidado alguna vez de traer algo?

El hombre se fue mientras su esposa y sus hijas se dedicaban al

suculento ágape de fiesta mayor.

A las tres de la tarde el sol aún estaba alto y el suelo de cemento del patio quemaba las plantas de los pies de las niñas, que correteaban persiguiéndose unas a otras. Mientras los hombres encendían el cigarrillo y dejaban escapar anillos de humo, María disfrutaba observándolas con la mirada algo ausente. Con la espalda apoyada en la silla y los brazos caídos, se dejaba acunar por la escasa brisa que corría, como el soldado después de la batalla.

—Madre, ¿a qué hora es la chocolatada de la calle Iberia? —la interrumpió Ángeles.

María se rio porque, de todas sus hijas, ella era la más golosa.

—Pero ¡si no hace ni media hora que has acabado de comer, hija!

—Yo ni siquiera pienso probar el chocolate —intervino Pilar.

—¿Y eso por qué? —le preguntó. Y bromeando, añadió—: ¿Es que ya te crees demasiado mayor para sentarte a la mesa larga que montan?

—Tengo trece años, sí, pero no es por eso.

—¿Entonces?

Orgullosa, se alisó el vestido.

—No pienso correr el riesgo de manchármelo antes de que empiece el baile de esta noche —sentenció.

Julia echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Miradla! ¡Se cree que ya tiene edad de que alguien la saque a bailar!

Los hombres se rieron. A Pilar le irritaba que su hermana la incluyese en el saco de las pequeñas.

—Solo tienes un año más que yo, no te hagas la lista —le espetó con rabia—. Lo que pasa es que tienes envidia de que haya escogido el mejor vestido.

—Por mí, como si te lo quedas.

—Eso haré.

—¡Chicas, chicas! —protestó la madre—. Basta ya de monsergas.

—Es que no sé qué le pasa, madre, pero Julia no para de meterse conmigo. Tendré que defenderme, ¿no?

La madre no le prestó atención y le hizo un gesto a su marido para que le sirviese dos dedos más de licor.

A las cuatro y media de la tarde, Gregorio y Miguel se marcharon al velódromo, donde pensaban quedarse hasta última hora animando a los ciclistas de la carrera de las veinticuatro horas. Y mientras María recogía las últimas cosas, las pequeñas arrastraron a las mayores hasta

la calle Iberia, donde encontraron ya montada la larguísima mesa para la chocolatada. Los más pequeños iban tomando asiento, y delante de cada uno los organizadores colocaban una taza que pronto humearía, llena del tan deseado líquido oscuro, denso y sabroso. Julia se ofreció a servir el chocolate mientras Pilar cumplía su promesa y, un poco apartada, ni siquiera probaba.

Y por fin llegó el momento del baile. Los habían invitado al palco de una familia vecina y, justo después de saludarse unos a otros, de retirar las sillas y colocarse en su sitio, de alabar los vestidos de cada muchacha y presentar a los familiares y amigos que habían acudido expresamente a Sants desde otros lugares, se dispusieron a escuchar a la orquesta.

—Es una banda con mucha reputación, ¿sabe, señora María? —le dijo Pepita de la calle Gayarre, una mujer que, como ella, cosía para el mismo sastre.

Y mientras los músicos afinaban los instrumentos con aquella melodía informe, Pilar, sentada en primera fila, paseó la mirada por toda la pista de baile. Apretó la mano de Julia, que estaba sentada a su lado. Ya no recordaba que se habían peleado y solo pensaba en dejarse llevar por la magia de uno de los momentos más esperados del año. Las guirnaldas resplandecían con las luces encendidas, y las pieles y los rostros de todos los jóvenes parecían de seda. Se quedó mirando a algunas chicas mayores que se movían con gracia y decisión al saberse observadas por los chicos del barrio, repeinados para la ocasión. Puede que sí le faltasen dos o tres años para destacar como ellas, pero todo llegaría, y de la noche a la mañana también a ella le regalarían las flores y tendría todos los bailes apalabrados. Sería selectiva, no se dejaría embaucar por cualquiera: sonreiría solamente a los más apuestos y, por supuesto, a los más elegantes. A pesar de lo que dijese Julia, ella ya se imaginaba la escena, y cuando los primeros compases de la orquesta hicieron salir a bailar a las primeras parejas, se vio a sí misma danzando por la pista como ellas, paseándose por su perímetro del brazo de alguien y percibiendo cómo todas las miradas de admiración, y también de celos, eran para ella.

Julia, a su lado, la contemplaba por el rabillo del ojo y la envidiaba, ¡desde luego que la envidiaba!, pero no por el vestido que llevaba, ni por los zapatos que siempre sorteaban, ni siquiera por lo guapa que estaba su hermana bajo la luz del entoldado, sino porque ella no tendría que ir a la fábrica aquel mes de septiembre, porque ella podría quedarse en casa cosiendo con su madre y todavía no se acabaría ese mundo. Julia sentía que la infancia se le escapaba entre los dedos sin poder evitarlo, no podía gritar ni llorar ni hacer de ello

un drama. Lo único que podía hacer era tragarse la angustia que le oprimía la garganta y concentrarse en la fiesta, contagiarse de la alegría de sus hermanas y disfrutar tanto como pudiese de los días que le quedaban antes de que la felicidad se esfumase.

3

El uno de septiembre, Julia comenzó a trabajar en la España Industrial. Aún era de noche cuando se levantó y encendió la vela para ver un poco. Al poner los pies en el suelo notó el frío de la baldosa y sintió un escalofrío. Desde el otro lado de la puerta le llegó la voz de su padre diciéndole «date prisa, chica, que no quiero llegar tarde», de modo que se vistió rápido, se hizo una trenza en el pelo, abundante y negro como el azabache, y se lo recogió en la nuca con unas horquillas. Procurando no pensar mucho, bajó a la cocina a por la cestita con el desayuno y se dispuso a salir a la calle.

Padre e hija se unieron al río de obreros y obreras que circulaban como hormigas multiplicándose. De cada portal salía una más, y algunas se saludaban y caminaban juntas, todo el mundo con su cesta o hatillo con el desayuno. También de las tabernas próximas salían hombres que, después de tomarse la *barrecha*, esa mezcla de anís y moscatel que tanto les gustaba a los obreros, se dirigían a su puesto de trabajo. Eran las cinco y media de la mañana y al cabo de media hora sonaría la sirena de todas las fábricas del barrio y las calles volverían a quedarse medio vacías. Solo los carros, sopesó Julia, y algunas mujeres vestidas de negro que acudían a la primera misa circularían durante un rato, hasta que con el alba regresase el trasiego de cada día y los comercios abriesen. En ese momento, incluso los menos madrugadores se despertarían.

Miró a su padre, que andaba a paso ligero a su lado y ni siquiera parecía advertir su presencia. ¿Sabía él que estaba muerta de miedo? Se fijó en el rostro enjuto y de mejillas secas, la nariz prominente de perfil, la gorra tan calada que ni se le veían los ojos y de la que sobresalían las puntas de las orejas como tratando de huir de su cabeza. Llevaba el blusón y el pantalón oscuro que vestían los hombres del ramo del agua, pero a él la ropa le iba más holgada que al resto, quizá por ser flaco de cuerpo y quizá por aquella apariencia un tanto desgarbada. A medio camino se les unió el tío Miguel.

—¿Qué, chica, preparada? —Él sí la miraba y le sonreía, pese al sueño y la prisa por no llegar tarde. El tío Miguel tenía unos ojos verdes preciosos y no se parecía en absoluto a su hermano mayor.

Julia le devolvió la sonrisa y él, como si intuyese su debilidad, el temblor que le hacía arrastrar las pies, le apretó un hombro ligeramente encogido. Se colocó a su lado y no se separó de ella hasta que llegaron a la fábrica.

—Tendrás que cortarte el pelo.

Fue lo primero que le dijo la señora Rosalía, la amiga del tío Miguel, la viuda de un buen compañero suyo, la tejedora más experimentada, a cuyas manos había ido a parar Julia. No es que fuese una mujer amable ni sonriente, ni siquiera tenía fama de buen carácter, pero Julia presintió enseguida que se entenderían bien. No obstante, su estado de nervios aquella mañana estaba lejos de apaciguarse.

Temblaba como una hoja cuando, junto con su padre y el tío Miguel, cruzó el arco de entrada de la España. Una vez dentro del recinto fabril, delimitado por un muro de piedra que lo preservaba del barrio y lo convertía en un mundo aparte, los tres siguieron el río de obreros a través de un patio amplio donde crecían árboles frondosos. Dominando el espacio verde se encontraba la Casa del Medio, en la que, según le indicó su tío, se encontraban los despachos de la dirección y la residencia de los señores Muntadas, «los amos —le dijo —, aunque nunca los verás». Hubieron de rodear la casa por el lado izquierdo para ir a parar a un patio de grandes dimensiones presidido por un imponente edificio de tres plantas que resultó ser la Hilatura. Y a los lados, alineadas como buenos centinelas, las naves de Tejeduría. Ese sería su sitio a partir de aquel día, y doña Rosalía, buena parte de su mundo.

Aún les quedaban unos minutos, así que, antes de sumarse a la gran comitiva masculina que desaparecía más allá de aquellas naves, separándose de manera natural de las mujeres de Tejidos e Hilados, su padre y su tío entraron con ella en la nave para presentarla y dejarla en manos de la tejedora. Julia recibió un fuerte impacto al franquear el umbral. Oía por primera vez el ruido ensordecedor, repetitivo y metálico que producían los telares en pleno funcionamiento y al cual debería acostumbrarse. Se quedó inmóvil observando con los ojos de par en par aquellas máquinas monstruosas que no entendía cómo podían manejar las mujeres. Con gran placer se habría tapado los oídos, pero se abstuvo, y con un ligero cabeceo de su padre comenzó a desfilar detrás de ellos por el pasillo central. Levantaba la vista constantemente y, con ojos desorbitados, se fijaba en el bosque de columnas de hierro, engranajes y poleas que dominaba el techo. Pensó en sus hermanas, en las clases de doña Agustina, en su madre cosiendo, y por poco no se le saltaron las lágrimas.

—Tendrás que cortarte el pelo, ya se lo puedes decir hoy mismo a tu madre —le dijo doña Rosalía en cuanto la vio llegar—. Es peligroso llevarlo largo. El recogido se te puede deshacer y si se te engancha un mechón en el telar, adiós muy buenas.

Doña Rosalía tenía unos cuantos años más que su madre, aunque al principio pensó que era mucho más vieja. Aquel primer día le explicó que los telares no se paraban nunca, que ya se acostumbraría al ruido y que cuando fuese más mayor quizá dejaría de oírlo, y todo porque se quedaría un poco sorda, como le había ocurrido a ella. Le hablaba con un tono de voz bastante alto y gesticulaba mucho para hacerse entender, como después vería que hacían las demás mujeres.

—Debes tener mucho cuidado con los telares, si eres lista les tendrás respeto —le advirtió—, porque un movimiento en falso y puedes lastimarte en un santiamén. ¡La máquina no se detendrá! Más de una ha perdido un dedo en un estúpido enganchón, y suerte si solo es un dedo... Otras han tenido accidentes más graves.

La mujer la miraba arqueando las cejas para reafirmar sus palabras. Julia callaba y tragaba saliva, y de su boca únicamente salía un repetitivo «sí, señora». Se esforzaba por no toser, aunque la borra que desprendían los telares y que se acumulaba en el suelo y flotaba en el aire se le introducía en la garganta y le producía picor. Doña Rosalía continuaba hablándole de los telares.

—No se les puede quitar el ojo de encima, un pequeño error ¡y la prenda a hacer puñetas!

Pronto se dio cuenta de que aquella mujer empleaba un tono paciente con ella, con una pizca de dulzura, que contrastaba con el que utilizaba con las demás empleadas, por no mencionar con los encargados. Estos eran las únicas figuras masculinas que Julia distinguió en la sección de Tejidos aquella primera mañana, y también reparó en el mal humor y las malas formas que se gastaban con las mujeres, a las que reprendían por nada. Excepto a doña Rosalía, que los mantenía a raya plantándoles cara como un hombre más.

—Aquí tienes que ganarte el respeto, chica —le dijo avanzadas las horas—. Hay algunos muy groseros que se pasan el día abroncando a las chicas, ya lo has visto.

A Julia le vino a la cabeza uno de los pocos consejos que le había dado su madre: «Mantente alejada de los hombres, ni siquiera los mires a los ojos. Porque los habrá que no te tengan ningún respeto, eso ya te lo digo».

Como si le hubiese leído el pensamiento, doña Rosalía prosiguió:

—Hay que estar alerta con algunos hombretones. No digo que todos los encargados o jefes de sección sean malos, también hay

buenos hombres... Pero alguno hay que si encuentra a una como tú sola, entre telar y telar, intentará arrimarse. Ya me entiendes.

Julia miró alrededor y reconoció a unas cuantas chicas tan jóvenes como ella.

—... las pobres ya pueden gritar, que, cuando eso pasa, con este ruido no las oye nadie.

Miró a la jovencita sin notar que estaba temblando y chasqueó la lengua mientras comprobaba el funcionamiento del telar.

—Eres demasiado joven para saber plantar cara a estos moscones, pero, hija, al mismo tiempo ya estás lo bastante hecha para que a alguien se le pase por la cabeza acosarte. —La miró de reojo—. Así que tú siempre alerta y bien cerca de mí. ¿Te ha quedado claro? Yo no te perderé de vista, que tu padre y Miguel me lo han pedido y yo por Miguel, lo que haga falta, que es un pedazo de pan como hay pocos. Hace muchos años que nos conocemos. Era buen amigo de mi marido, se conocieron de jóvenes, cuando los dos estaban aprendiendo el oficio de carpintero aquí, en la España. Una vez ayudó a mi marido, que en el cielo esté... Pero bueno, chica, eso es otra historia. Más nos vale ponernos a trabajar.

Mientras le entregaba una escoba con la que comenzó a barrer por allí aquella maldita borra a la cual debía acostumbrarse, percibió unas cuantas miradas curiosas por encima de sus hombros. Pero no sería hasta más tarde, cuando las dejaron parar media hora para desayunar, cuando algunas compañeras se le acercarían y la acribillarían a preguntas. Querían saber de dónde venía, si era del barrio, qué familiares tenía en la España Industrial.

No recordaba haberse sentido nunca tan agotada como aquel primer día en la fábrica, no solo porque había tenido que retener todo lo que le decía doña Rosalía, que no era poco; ni siquiera por el hecho de haberse pasado la jornada barriendo y aprendiendo a dar hilos a la tejedora. Había sido por la novedad de aquel espacio aún no familiar y por todas las presentaciones del día, lo que la había hecho permanecer en un estado perpetuo de nerviosismo que le había acabado agarrotando el cuerpo entero. Como una vieja de catorce años. ¿Cada día sería como ese a partir de ahora? Ella no era como Pilar, no sabría relacionarse con las otras con facilidad, no le gustaban los cambios ni las cosas nuevas. Julia solo pensaba en volver a casa, a aquel reducto familiar y cercano, conocido, querido, del cual en ese momento se sentía expulsada de un puntapié.

4

Pilar veía cada día marcharse a su hermana mayor. Al principio ni se daba cuenta y continuaba durmiendo, pero enseguida empezó a levantarse más temprano porque le tocaba despertar a las pequeñas y llevarlas al colegio. Para ella, la época de ir a clase también había terminado y ahora se pasaba el día cosiendo al lado de su madre. Trabajaban para un sastre que tenía tienda en la calle Isabel II, al otro lado de la carretera de Sants, un establecimiento al cual le gustaba ir porque lo consideraba elegante y provisto de buena clientela. Tenía unos escaparates vistosos ante los que se quedaba embobada, unos escaparates que en absoluto revelaban las malas condiciones de sus seis cosedoras o quizá más. Porque su madre, Pilar y las demás mujeres —todas ellas vecinas del barrio— trabajaban a precio fijo y sin ninguna legislación que velase por sus derechos. Eso no lo supo Pilar —o puede que hasta entonces no hubiese prestado atención— hasta que hubo de sustituir a su hermana mayor y dejarse los dedos cosiendo.

El día parecía no terminar nunca; si su madre o ella no se encontraban bien, no era excusa para parar, ya que era el jornal lo que estaba en juego, y sería más escaso si aquella semana entregaban menos prendas. «Da gracias de que tengamos suficientes pedidos —le decía su madre cuando se les hacía de noche y Pilar se quejaba—, porque ha habido épocas en que...». Reparó entonces en que aquella máquina Singer que utilizaba su madre les había costado un dineral y que pobre de ella si se le estropeaba.

—Pero el sastre nos daría otra, ¿no? No nos dejaría sin poder coser.

—Ay, hija mía... ¿En qué mundo vives?

A primera hora de la mañana, Pilar se colocaba cerca de la ventana porque es donde había más luz para coser. La abría un poquito para dejar entrar el alegre trino de los pájaros del patio, o el cloqueo de las gallinas de fondo, o incluso el murmullo amortiguado del palomar. Cualquier cosa servía para distraerla y percibir el mundo exterior. Añoraba ir al colegio de doña Agustina, situado en aquel piso cerca de casa donde las niñas se amontonaban en una gran sala

dividida por simples biombos. La maestra no era muy estricta, pero alguna vez le había hecho poner la mano y se la había golpeado con la regla, hiriéndole el orgullo profundamente. En realidad, no echaba nada de menos el colegio, sino más bien los ratos que pasaba con sus amigas. No es que tuviese ninguna muy buena, ninguna amiga del alma, pero se lo pasaba muy bien bromeando y haciendo travesuras con todas. Siempre había sido muy popular. Ahora solo pisaba el colegio para dejar allí a sus tres hermanas pequeñas y a veces se tomaba su tiempo, a pesar de saber que su madre ya hacía rato que había empezado a coser. Carmen y Ángeles no le daban mucho trabajo, al fin y al cabo ya tenían diez y nueve años y funcionaban solas, pero Lola era otra cosa. Aquella chiquilla había salido muy revoltosa y traía de cabeza a todo el mundo desde el día en que nació. No obstante, Pilar sabía cómo hacerla entrar en razón: había aprendido a ser tan mandona como Julia, pero con más gracia, o así lo consideraba ella. Julia era demasiado seria y responsable, siempre se lo había dicho.

Ahora ella no tenía más remedio que ser también responsable, pero bajo ninguna circunstancia pensaba ponerse seria. De modo que cada mañana despertaba a las niñas con un toque de trompeta que había aprendido a hacer con las manos y una voz modulada que las hacía partirse de risa. Luego les regalaba una lluvia de cosquillas, se metía en su cama y ellas se retorcían como un gusano. De inmediato las tenía muy despiertas y a punto para vestirse. El desayuno lo preparaban entre las cuatro y, a continuación, beso a la madre y a correr, que en el colegio falta gente. A Lola le decía que si le daba la mano durante todo el camino, le daría un caramelo, y así la mantenía a raya. Después de todo aquel ir y venir, en casa con su madre se aburría, ¡por supuesto que se aburría!, y en ocasiones se preguntaba si solo se quedaría allí ese año, si en el momento en que cumpliese catorce también la dejarían entrar en la fábrica como a su hermana mayor. Lo habría preguntado un montón de veces, pero no se atrevía, y se limitaba a bombardear con preguntas a la pobre Julia cuando volvía de la España Industrial.

—¿Hay chicas de nuestra edad?

—Unas cuantas.

—¿Las has conocido? ¿Cómo son? ¿Cómo se llaman?

—¿Te crees que tengo tiempo de charlar? En la fábrica no se para de trabajar y el ruido no nos deja tener ni una conversación decente.

—Pero ¿y durante el desayuno? ¿O a la salida? Seguro que puedes encontrar tiempo para conocerlas un poco. A mí me gustaría saberlo todo: si son del barrio, si tienen hermanos, si sus padres también

trabajan en la España... Hazles preguntas, Julia, eres una antipática.

—Déjame en paz. Solo me faltabas tú cuando llego a casa.

—Hablas como una vieja.

—Es que a lo mejor me he hecho vieja.

Pilar se moría de risa cuando Julia se ponía melodramática y era la única que podía cambiarle el agotamiento de la jornada por una carcajada.

—A ver si tengo suerte y el año que viene Carmen deja el colegio y se pone a coser con madre. Entonces yo también podría entrar en la España Industrial —compartió un día con ella.

—No deberías querer eso. No es como te crees —le había dicho Julia con expresión severa.

Pero Pilar solo escuchaba lo que quería y pronto comenzó a contar los meses que le faltaban para cumplir los catorce años. Estaba segura de que el tío Miguel la ayudaría a convencer a sus padres, igual que había hecho con Julia. Ay, el tío... Se lo consentía todo desde pequeñas; les echaba las flores que ni su madre ni su padre sabían decirles; siempre se fijaba en si una de ellas se había peinado diferente, en si llevaba un vestido bonito o en si cualquiera de sus cinco sobrinas había crecido un centímetro. En la pared del local adosado a la casa, allí donde el tío Miguel tenía las herramientas de carpintero con las que les construía los juguetes en su tiempo libre, tenía marcada la altura de cada una de ellas, mes a mes. Cinco columnas de rayas que iban en aumento, la primera de las cuales, la más baja de cada columna, señalaba la altura de cada una cuando llegaron a Barcelona. Salvo la de Lola, por supuesto, que hasta que cumplió un año no tuvo ninguna raya.

Pilar iba pensando en estas cosas mientras sus manos trabajaban cada vez más deprisa y con más destreza con la aguja y el hilo, y antes de darse cuenta, los meses fríos del invierno exhalaron una última bocanada para dejar paso a los primeros brotes de la primavera.

5

Lola protestaba sin parar mientras Carmen y Ángeles intentaban hacerla entrar en razón. Era el día en que le probaban por primera vez el vestido de comunión y la cosa no prometía, porque la niña no dejaba de moverse y rascarse, quejándose de que le picaba todo. Era como ponerle un disfraz a un perro callejero y esperar que lo llevase con naturalidad.

—No hay nada que hacer, madre —se dio por vencida Carmen—. Esta niña es una salvaje.

Pero Ángeles tenía mucha más paciencia que su hermana y la echó de la habitación para tener una conversación con Lola. La madre las miraba expectante, sin ánimo para intervenir.

—¿No ves que todas tus compañeras irán como tú? —trató de razonar Ángeles—. ¡No seas tan testaruda, Lola! Incluso Irene llevará un vestido muy bonito.

Sabía que aludir a su inseparable amiga, la hija de la señora Minerva, la tintorera, podía hacerla cambiar de opinión. Se pasaban el día juntas, tanto en clase como fuera, en la calle, y no había travesura que hiciese una sin que la otra estuviera involucrada.

—Pero ella no irá con toda esta pompa —rezongó Lola, nada convencida.

Se había querido cortar las gruesas trenzas en solidaridad con su hermana Julia y ahora llevaba un peinado como de paje que le quedaba muy gracioso. En el colegio algunas niñas le decían que parecía un niño, pero a ella no le molestaba en absoluto. Abrió sus redondos ojos, que le daban una expresión permanente de sorpresa o contrariedad, en función de la situación, y sacudió las capas de gasa con cierta rabia, como si le molestasen; unas capas de su madre había cosido con gran esmero.

—¡Pobre de ti como lo destroces! —Carmen, deseosa de no perderse nada, reapareció como una exhalación—. Te va a caer un buen pescozón, ya te lo digo. —Entonces suavizó el tono—. No sabes la suerte que tienes de llevar un vestido así. Y no, Irene, la hija de la señora Minerva, no llevará uno tan bonito como este. ¡Ni de lejos!

—En eso tiene razón. —Detrás había entrado su hermana Pilar, y

ahora su madre y sus tres hermanas se la quedaron mirando. Empleó su tono más convincente—. Serás la más elegante de todas. Solo por un día, Lola, como si fuese un juego. Déjate vestir y concédenos la alegría de presumir un poco de ti.

Aunque su madre se quejó entre dientes de que aquello no era muy cristiano, que se trataba de una comunión y no de un concurso de belleza, Carmen no podía haber estado más de acuerdo. De hecho, eso es lo que más recordaba de su propia comunión, el placer arrebatador de saberse la más elegante gracias al buen oficio de su madre; de haber tenido la oportunidad de presumir descaradamente ante las demás, pero sobre todo de restregarle en la cara a su archienemiga, Griselda Martínez, que por un día ella era, sin duda alguna, la que más destacaba. ¡Cómo detestaba a aquella niña! Pronto la perdería de vista porque le faltaba poco para dejar el colegio, pero había tenido que soportarla durante años. Y la seguiría viendo por el barrio, claro, ¡qué remedio! Seguro que sus padres la ponían a atender al público en la magnífica tienda de ropa que tenían, y entonces ella fingiría que ni siquiera habían ido juntas al mismo colegio. Al cabo de los años la casarían con un buen partido, de eso estaba convencida, y probablemente les retiraría la palabra a todas las compañeras de clase que durante años habían tenido que soportar sus ínfulas. La mírame-y-no-me-toques, la llamaban todas en el colegio, aunque a escondidas, porque en realidad eran unas cobardes y le tenían miedo. Muchas se quedaban deslumbradas por Griselda Martínez, y el mero hecho de que les dedicase una sonrisa, solo una triste y arrogante sonrisa —que siempre ocultaba el deseo de conseguir algo en concreto— las hacía caer rendidas a su vasallaje. Carmen jamás se había sometido a ella, de lo cual estaba especialmente orgullosa, y eso las convirtió desde muy pequeñas en rivales acérrimas. Era la única que se había atrevido a plantarle cara unas cuantas veces; en una ocasión hasta se habían tirado del pelo, un pelo que ambas tenían excesivamente rizado, y habían tenido que separarlas. Carmen era una de las escasas niñas que no se creía su aire bondadoso ante la maestra, de la que se burlaba siempre que tenía oportunidad, y ahora se preguntaba si, después de todo, no acabaría añorando aquellos días de riñas cuando dejase el colegio. Se preguntaba por primera vez y con cierta sorpresa si la vida no sería bastante más aburrida sin Griselda Martínez.

Lola acabó accediendo con fastidio a llevar aquel vestido con el que no se sentía ella, y aquella primavera la familia entera asistió a su comunión. Ángeles se emocionó cuando las niñas se pusieron a cantar, porque no había nada en el mundo que más le hiciese soltar una lagrimita que la música. Las miraba con los ojos arrasados y una

expresión llena de ternura que a menudo provocaba la risa de sus hermanas. Y es que ocurría algo muy extraño: en momentos como ese, le parecía tocar la felicidad. Pero no solo le pasaba con la música, sino también con las lecturas que le daba su maestra, la señorita Berta. Aquellos cuentos y revistas infantiles que la buena mujer le permitía llevarse a casa porque era su mejor alumna podían hacerla permanecer durante horas enteras ensimismada en sus páginas; le despertaban la capacidad de aislarse de todo lo que la rodeaba; de sumergirse en aquellos mundos ilustrados que le permitían vivir muchas vidas diferentes, más allá de casa, del colegio de doña Agustina; más allá de Sants.

—Eres una soñadora, hermanita. —Carmen se rio de ella al verla llorar de nuevo. Luego le dio un codazo y señaló con la barbilla hacia las primeras bancadas—. ¿Has visto? La familia Martínez. La madre lleva un conjunto nuevo. Cómo se nota que tienen tienda de moda. Pero, por mucho que lo intenten, madre e hija continúan siendo feas como pecados.

Para disgusto de Carmen, su hermana no le siguió el juego y eso la fastidió. Últimamente estaba muy aburrida. Parecía que Ángeles se había encerrado en su propio mundo, y Carmen tenía muy claro que la culpa la tenían los libros, que le llenaban la cabeza de pájaros. Tan solo había que remitirse a la tarde anterior. Mientras ella entretenía a Lola con toda clase de juegos, Ángeles, como de costumbre, había echado mano de los malditos cuentos que le prestaba la maestra y se había puesto a leer bajo la higuera. Ella no podía soportarlo, hasta que se hartó. Fue a tirarle del brazo, con tan mala suerte que los libros fueron a parar al suelo. ¡Y cómo se echó a llorar Ángeles! La muy pánfila...

—¡Me los vas a romper! —Los iba recogiendo de uno en uno como si fuesen de porcelana—. Y la señorita Berta no dejará que me lleve ninguno más.

—¡Mejor! —hubo de responderle ella—. Así te dejarás de bobadas y nos harás caso de una vez. Llevas así todo el curso. ¡Anda, ven!

Carmen recogió el último del suelo, pero, lejos de devolvérselo, corrió escaleras arriba hacia la azotea donde tendían la ropa, seguida por Lola.

—¡A ver si nos pillas, Ángeles!

Pero a Ángeles no le hizo ni pizca de gracia y no se movió de donde estaba. Se tomaba demasiado en serio la lectura, así como todas las clases en el colegio. A diferencia de Carmen y de la pequeña Lola, ella procuraba aprovechar todo el aprendizaje del grado elemental. Por eso la maestra la recompensaba a menudo, la elogiaba ante las

demás por su interés y diligencia constantes. Y, aunque ella se sonrojaba cuando la señorita Berta hacía eso —porque si había algo que a Ángeles no le gustaba era ser el centro de atención—, en realidad suspiraba por que se fijase en ella; la admiraba profundamente.

Lo que Carmen no sabía era que, de un tiempo a esa parte, Ángeles había comenzado a soñar con ser como la señorita Berta, a imaginarse siendo tan culta como ella y quizá convertida en maestra. Sin embargo, dado que en casa nadie esperaba nada de ella, y esa idea les habría parecido una tontería y se habrían reído al escucharla —como hacían siempre, por otro lado, con todo lo que ella consideraba importante—, ni siquiera se molestó en contárselo. Así fue como lo convirtió en un secreto, su secreto mejor guardado y que, por primera vez, no compartía con Carmen.

Parte II
Las chicas
1925

1

Aquel primero de junio parecía que el verano hubiese llegado antes de tiempo. En Tejidos hacía un bochorno espantoso debido al calor que desprendían las máquinas, y las chicas sudaban de lo lindo. Se les pegaba la ropa a la piel a base de bien y el pañuelo que todas llevaban en la cabeza para mantener el pelo a raya las incomodaba más que nunca. Las horas parecían transcurrir con una lentitud abrumadora y el trabajo se les hacía más cuesta arriba que en los meses previos. Pese a todo, Julia estaba contenta porque desde hacía poco Rosalía la había cambiado a anudadora. Muchas chicas querían esa tarea porque era más descansada que pasarse todo el día corriendo detrás del telar. Julia aprendió muy pronto a hacer nudos a gran velocidad y a tener la prenda preparada cuando la tejedora lo requería. También acudía a toda prisa cuando a una de las tejedoras se le hacía un nudo en la tela —un *bunyol*, lo llamaban ellas— y era preciso hacer un remiendo. Usaba el peine con destreza mientras doña Rosalía la observaba de cerca y asentía satisfecha con la cabeza.

—Si ya decía yo que tenías buenas manos...

Pronto se cumplirían tres años desde que había entrado en la España Industrial, y si bien el primero lo recordaba como el peor de todos, por lo difícil que se le había hecho acostumbrarse al ruido de los telares, al ritmo frenético y a las jornadas marcadas por el toque de sirena, a partir del segundo año todo cambió. El motivo no fue otro que el hecho de que su hermana Pilar había comenzado a trabajar allí también, y aquello para Julia fue como una bocanada de oxígeno en medio de la pelusa que tragaba cada día y que se le había incrustado hasta en el cerebro.

Pilar entró con unas ganas renovadas, ansiosa por hacer amistades pese al empleo nada agradecido y los gritos de los encargados. Con una naturalidad que no dejaba nunca de sorprender a su hermana mayor, Pilar se situó pronto en el centro del grupito de chicas jóvenes que se juntaban cada día a la hora de desayunar. Solo tenían media hora, suficiente para ponerse al día de cualquier cosa que les hubiese pasado o que fuese a ocurrir.

A principios de semana la conversación giraba indefectiblemente

en torno a lo que cada chica hubiese hecho el domingo anterior, mientras que, a finales de semana, todo eran planes para el domingo siguiente. Entre medias, las muchachas se centraban en el cotilleo que les ofrecía la fábrica, y Pilar hacía preguntas incisivas que hacían sonrojar a las más tímidas.

—Venga, Trini, ya puedes cantar, que todas lo hemos visto —le estaba diciendo aquella mañana a una pobre chica que hacía poco que había entrado en la España—. Te hace tilín ese moreno de la sección de Blanqueo, ¿verdad? Chica, ¡nos lo puedes contar, que aquí estamos en confianza!

Julia le lanzó una mirada severa al ver cómo le subían los colores a la pobre Trini.

—No le hagas caso —le dijo—, mi hermana es muy bromista. Ya la irás conociendo.

Pilar le sacó la lengua y, antes de que pudiese replicarle nada, Jacinta cambió de tema.

—Dicen que hoy va a pasar el amo a hacer la ronda. —Jacinta era una tejedora que tenía un primo trabajando en las oficinas y siempre se enteraba de todo. La noticia, que seguramente se había estado guardando con recelo hasta entonces, causó el revuelo esperado.

—¿Te refieres al viejo Muntadas o al yerno? —quiso saber la que estaba a su lado.

—Al amo, reina, me refiero a don Matías, que a pesar de ser tan viejo sigue en sus cabales.

—¡Por poco tiempo! Debe de tener más de setenta años, seguro que la espicha pronto.

—Y entonces ¿quién mandará?

—Don Pepe, el yerno —dijeron unas cuantas al unísono.

—Aunque ya lleva años haciéndolo —añadió otra.

—Yo aún no los he visto nunca —comentó Trini.

—Pues ya verás. —A Pilar le encantaba instruir a las más nuevas —. El viejo es un señor de pies a cabeza. Es conde, ¿lo sabías? De Santa María de Sants. Se ve que le dio el título el propio rey Alfonso XIII. No hace muchos años.

—Toda la familia Muntadas tiene pedigrí —añadió Rita, una chica de expresión vivaz y ojos redondos que trabajaba como urdidora, igual que Pilar. Se habían hecho muy amigas—. Porque don Pepe también es barón.

—¿Y eso es más o menos que conde? —preguntó Trini a la compañera que estaba a su lado.

—¡Y yo qué sé, chica! En casa somos republicanos —contestó ella encogiéndose de hombros.

—¡Chisss! Que si viene el amo... —dijo Rita bajando el tono.

—¡Vas a ver cómo Casimiro le hace la pelota al señor conde! —prosiguió Pilar—. Es lo más divertido de todo. Venga a adularlo y a bailarle el agua como una mariposa. ¡Don Sonrisas!

Las chicas rieron de lo lindo, como solían hacer cada vez que se presentaba la ocasión de burlarse de uno de los encargados que les soltaba más gritos. Y Casimiro era un experto. La mayoría de las muchachas le tenían miedo porque cada vez que se acercaba a ellas era para abroncarlas y decirles lo que hacían mal. Pero Pilar no le tenía ningún miedo. Parecía que el hombre las hubiese oído porque, precisamente en ese momento, se aproximó a ellas.

—¡Mujeres! Todo el día de palique... —rezongó con su simpatía habitual al pasar por su lado.

—Casimiro, déjanos en paz, que es la hora del desayuno y a ver si no vamos a poder charlar —le contestó la más veterana, conciliadora.

—¡Si solo fuese a la hora de desayunar! Las hay que no callan ni debajo del agua, y así sale luego el trabajo, ¿eh, chicas? —Lo dijo dirigiéndose a Rita y a Pilar, a las que solo hacía un momento que había reconvenido.

—¡Huy, sí! —Pilar se encogió de hombros y alzó la voz para que todas la escuchasen—. ¡Cuando los hombres salen a fumar, cosa que hacen cada dos por tres, bien que dejan el trabajo abandonado!

—¡Bien dicho, chica! —Rita la secundó, siempre incondicional.

A Julia no le gustó nada que su hermana replicase a Casimiro de aquel modo y delante de todas. Si el hombre quería, podía hacerle la pascua, y no le parecía muy inteligente provocarlo solo para recrearse ante sus compañeras. Todo aquello era gratuito. No es que el hombre no mereciera aquella respuesta —si el mundo fuese más justo, Casimiro debería recibir los insultos y las humillaciones que practicaba para saber lo que se siente, pensó—, pero aquel no era el lugar ni el momento de impartir justicia. No le hizo ningún comentario a Pilar, no ante las chicas, pero decidió que hablaría con ella cuando estuviesen solas, al llegar a casa.

El encargado pasó de largo y algunas compañeras no perdieron la ocasión de instruir un poco más a Trini.

—Casimiro es un zafio y a veces suelta unos gritos que asustan, pero no es de los peores.

—Sobre todo, cuidado con Francisco, el contramaestre.

Algunas dejaron escapar un leve murmullo al oír el nombre.

—Es a Francisco a quien tenemos que avisar si se estropea el telar, pero ve con cuidado con lo que le pides porque, si puede, se aprovechará.

—Es un mal bicho.

—Procura que no te pille sola en un rincón.

—... aunque hay algunas a las que no les molesta... —Trini se volvió hacia Jacinta, que era quien acababa de decir aquello, y esta prosiguió—: Algunas pican muy alto, chica, quieren trabajos más descansados a cambio de un achuchón.

Ante los ojos cada vez más desconcertados de Trini, Jacinta le contó el caso de una chica de otra sección que le seguía el juego al contramaestre «hasta que él le pidió *cuento*. Al poco tiempo, la pusieron a trabajar en un empleo más cómodo ¡y le subieron la paga!».

La jornada terminó sin la visita del conde y muchas se llevaron una decepción, ya que aquello les daba la ocasión de vivir algo distinto del día anterior. Por lo que supieron más tarde, el dueño se había indispuesto, y la misma que había dicho en el desayuno que no debía de faltarle mucho para espicharla no pudo evitar reafirmarse con un «¡ya os lo dije! Pronto don Pepe será el nuevo dueño, ¿qué os apostáis?».

—¿Tú sabías lo de Francisco y la chica de la otra sección? —preguntó Pilar a Julia camino de casa.

Habían salido juntas de la fábrica, sumándose a la gran masa de trabajadores que finalizaban la jornada. Su padre y su tío Miguel las habían esperado como cada día a la salida del Tisaje y ahora iban andando unos cuantos pasos por delante de ellas. El grupo de chicas se había ido reduciendo a medida que cada una se desviaba hacia su casa o entraba en su portal.

Julia le respondió que no, pero tampoco le interesaban aquellos chismes.

—No me gusta hablar mal de las compañeras —le dijo—; vete a saber sus motivos e incluso si es verdad. Las mujeres tenemos que protegernos unas a otras, no criticarnos.

—Pero ese Francisco es un canalla.

—También lo es Casimiro y parece que no le tengas miedo.

—Es que no se lo tengo.

—Pues deberías, Pilar. No te burles de él en público, podría ser peligroso.

—¡Ay, Julia! No es para tanto... —Pilar se agarró al brazo de su hermana y le dedicó una mueca maliciosa—. Tú siempre tan prudente y seria, hija mía. Venga, démonos prisa, que tengo un hambre que no veo.

Después de la jornada, las muchachas llegaban a casa hambrientas y agotadas. A pesar de la juventud, las piernas se les

hinchaban de estar tantas horas de pie, y aquel runrún de las máquinas exasperantemente repetitivo se les quedaba en los oídos tanto de día como de noche. Los telares marcaban el ritmo de sus vidas con una música constante de la que no era fácil desprenderse y solo tenían los domingos para olvidarse de sus obligaciones. Qué lejos quedaban los años del colegio. Y, aun así, ambas hermanas estaban contentas porque trabajaban una al lado de la otra, en la misma sección de la fábrica, y podían ir siempre juntas a todas partes.

2

A Lola le encantaban los domingos porque era el día que tenía a toda la familia para ella. Se despertaba muy temprano, pero le gustaba quedarse en la cama remoloneando un poco. Jugaba durante un rato enredando las piernas en las sábanas, y cuando los primeros sonidos parecían despertar en la calle, ella se ponía en cuclillas y asomaba la cabeza por la ventana. Veía pasar algún carro, mucho menos numerosos que en los días laborables, así como los primeros transeúntes endomingados. Era uno de sus momentos favoritos, cuando el barrio cobraba vida y tenía todo el día por delante. Nada de colegio, nada de regañinas de su maestra ni de pasarse las horas en clase aburrida, mirando las musarañas. Era un día entero para ella y su familia sin ninguna otra obligación que pasárselo bien. Muy pronto sus hermanas se levantarían y comenzarían a hacer planes, aunque ese domingo de mediados de junio ya sabía lo que iban a hacer porque llevaban tiempo planeándolo. Sabía que cuando la casa entera se desperezase y ella bajase a desayunar, encontraría a su madre preparándole el desayuno a su padre y él sentado a la mesa. Que enseguida sus hermanas se pelearían por la ropa y que, cuando bajasen a la cocina, su padre chasquearía la lengua y se quejaría de tener que vivir con tantas mujeres. Que, al ser día de partido, tendrían muy temprano a su tío Miguel en casa, y él y su padre departirían con ojos apasionados la posible alineación de su club, el Barcelona. Mencionarían, seguro, a Samitier, aquel delantero al que llamaban «el hombre langosta» por la agilidad que demostraba en el terreno de juego y que ella anhelaba ver en alguna ocasión. Hablarían de si jugaría Sagi-Barba o Piera, nombres que ella retenía para después hacérselos memorizar también a su amiga Irene, a quien le prometía: «Cuando seamos mayores, ¡iremos como los hombres al campo de Las Corts y hablaremos como ellos!». Porque ambas niñas intuían que aquel era un deporte importante, un reducto del que los hombres salían vibrando, con el corazón ardiente y palpitante, y comprendían que debía ser el espectáculo más emocionante del mundo.

Pero no era aquello lo que esperaba a Lola y a sus hermanas aquella tarde: irían al cine Liceu. Solo de pesar en lo

insoportablemente bobas que iban a ponerse sus hermanas después de ver a las actrices del momento, sobre todo Pilar y Carmen, le entró la risa y se le escapó un ronquido. Ángeles se revolvió en la cama de al lado y a Carmen se le escapó un gruñido. Comprobó que aún no tenían intención alguna de levantarse, de modo que volvió a mirar afuera, a la calle. Con el cuerpo de nuevo medio asomado a la ventana, la niña sintió el mismo deseo de cada domingo: «Quiero que toda la vida sea como ahora, que no cambie nada. Que vivamos siempre en esta casa, mamá, papá y todas las hermanas. También el tío Miguel. No quiero hacerme mayor y, sobre todo, no quiero abandonar nunca la vida de Sants».

Después de comer, las chicas se acicalaron para ir al cine Liceu. Echaron a andar por la calle precedidas de su madre, que llevaba a Ángeles a un lado y a Lola agarrada de la mano. Detrás, las otras tres comentaban la película que iban a ver.

—¡Se titula *El juego de la novia* y creo que es de las románticas! —anunció Carmen, excitada.

—La actriz se llama Marion Davies —añadió Pilar.

—Pues no hemos visto ninguna otra película suya, ¿verdad?

—Creo que no.

—A mí me gustan más las comedias —dijo Lola volviéndose hacia ellas. Pero nadie le prestó atención.

—¿Será tan guapa como Mary Pickford? —aventuró Julia, que la tenía por su actriz favorita, no solo por ser la más popular, sino por la expresión tan dulce de su rostro.

Al llegar a la carretera de Sants pasaron por delante de las cocheras del tranvía y a continuación cruzaron. Su madre las tenía aleccionadas desde muy pequeñas sobre la necesidad de mirar a un lado y a otro, que nunca se fiaran de los cocheros. Que una de sus hijas fuese atropellada por un carro, tranvía o cualquier artilugio rodante era una de sus peores pesadillas. En el cine Liceu ya había una multitud de jovencitas como ellas esperando la hora de entrar en la sala. Una vez todas dentro, sentadas en las butacas, el cine se sumergió en la oscuridad habitual mientras la música de la pianola acompañaba a las primeras imágenes de un mundo proyectado. Un mundo que, para ellas, no podía resultar más lejano.

La protagonista de aquel día era una chica con un padre muy rico; una chica que había sido educada en la severidad de un convento y que soñaba con conocer el amor verdadero. Lo que más le gustaba a María de ir con sus cinco hijas al cine era espiar sus caritas. Las chicas

crecían y sus facciones cambiaban, pero allí en la oscuridad, maravilladas con la película, regresaba a ellas la expresión infantil y su madre lo disfrutaba. Sonreía al pensar que, al salir de la sala, comenzaría sin ninguna duda la transformación de Carmen y Pilar. Cada vez que iban al cine les sucedía lo mismo: salían hablando de cambiarse el peinado como el de la última diva, planeaban coserse una nueva falda a la moda o retocarse alguna blusa. Todo lo que tenían hasta ese momento les parecía de repente vulgar, pasado de moda, y se prometían que, a partir de entonces, serían las más sofisticadas del barrio, a pesar de sus escasas posibilidades. Julia solía meterse con ellas: «Madre, ¿ha visto a este par? ¡No podrían ser más bobaliconas!». Y entonces se reía, se reía a placer de sus hermanas. Pero aquella tarde, al salir del cine, Julia parecía tener la cabeza en otro sitio. Ajena a las obsesiones de Pilar y Carmen, se limitaba a desandar el camino a casa detrás de ellas con Lola agarrada de su mano.

—¿Estás enfadada, Julia?

La pequeña era la más receptiva, la que siempre se fijaba en todo.

—No, Lola, solo estoy cansada.

—¿No te ha gustado la película?

—¡Claro que sí!

—Era muy romántica, ¡puaj!

Julia se rio.

—Y a ti no te gustan las románticas, ¿verdad?

—Yo prefiero las que hacen reír.

—Puede que tengas razón.

Julia se dejó llevar hacia sus pensamientos más íntimos, aquellos que rondaban por su cabeza desde hacía unos días. Procuraba que no se le notase, pero de un tiempo a esa parte intercambiaba miraditas con un chico de la España del que sabía el nombre y poco más. Martí trabajaba en el ramo del agua, curiosamente en Estampados, como su padre, pero no lo conocía por eso, sino porque era primo de Rita, la urdidora amiga de Pilar. Nunca habían intercambiado ni una palabra, pero a ella le parecía que la correspondía en su interés. Le daba un poco de miedo, pero cada noche pensaba en él y recopilaba los momentos del día en que habían coincidido. Analizaba cada mirada de él, suspiraba por sus ojos azules, que le sonreían cada vez que la veía. Ella inclinaba la cabeza y disimulaba, pero durante el día pensaba en él y, en el fondo de su corazón, ardía una nueva llama. ¿Sería aquello el amor? No tenía con qué compararlo porque no lo había experimentado nunca. Pero cuando veía una película como la de aquella tarde, se sorprendía a sí misma imaginando que ella era la

protagonista en brazos de Martí. No había galán alguno del cine que se pareciese a él, que le gustase tanto como aquel chico del ramo del agua que veía cada día en la fábrica. Eso sí, evitaba decirle nada a nadie, aún menos a Pilar, porque temía que todo lo discreta que había sido ella hasta aquel momento se fuese al garete por su culpa. Y entonces no sabría cómo reaccionar, se moría de vergüenza solo de pensar que alguien pudiese notar aquel volcán en su interior. Pero Julia deseaba saber más cosas de Martí: si era un buen chico, si era trabajador; de modo que se esforzaba por cazar las pequeñas perlas que soltaba su prima Rita. Un día se enteró de que era un gran aficionado al fútbol, otra cosa que tenía en común con su padre, pensó, aunque Martí no era un mero espectador, sino que también jugaba. Y no le sorprendió, porque tenía unos hombros firmes y la complexión de un atleta.

Aún no se había hecho de noche cuando llegaron a casa y les sorprendió encontrar allí a su padre y al tío Miguel. Estaban sentados a la mesa de la cocina y con unas caras tan largas que alertaron a María.

—¿Y el partido?

—A hacer puñetas el partido. —Gregorio estaba de mal humor.

—¿No lo han jugado, padre? —se interesó Lola.

Su padre ni siquiera la miró y fue Miguel quien contestó.

—Sí, guapa, el Barcelona ha ganado por tres goles.

—¡Viva! —gritó ella. Pero aquello no cambió el semblante de los dos hombres.

—¿Nos vais a contar qué ha pasado? —María estaba de pie con las manos en la cintura.

—Hasta la primera mitad todo iba como siempre —comenzó Miguel—. Bueno, puede que con un poco menos de público que de costumbre porque hoy era un partido amistoso. Hemos jugado contra el Júpiter, el campeón de segunda categoría de esta temporada. Sagi ha marcado un gol y poco después el árbitro ha pitado el descanso.

—El partido era un homenaje al Orfeó Català y la tribuna estaba llena de peces gordos y militares —añadió el padre.

—Entonces, mientras los jugadores iban hacia el vestidor, ha salido una banda de música a tocar en medio del campo. Iban todos vestidos de blanco como soldaditos, se ve que eran de la Marina inglesa, de un barco que está atracado en el puerto. Yo quería aprovechar para ir a soltar una meadita, pero, cuando ya me iba, he oído que estaban tocando la Marcha Real.

—¿La Marcha Real? —dijo Lola, a la que no se le escapaba nada.

—Sí, el himno español, reina. Supongo que estos ingleses lo han

hecho como deferencia a las autoridades, sin pensar que a la gente no le gustaría ni pizca.

—¿Por qué?

—Calla, Lola. Y ¿qué ha pasado? —La madre había cogido una silla y se había sentado con ellos.

—¿Qué quieres que haya pasado, mujer? —masculló su marido—. Pues que, como es lógico, todo el mundo se ha puesto a silbarlos y a abuchearlos. Mira que tocar la Marcha Real en un partido de fútbol, tal como están las cosas en el país desde hace dos años...

María pensó en todas las prohibiciones que habían ido acumulando desde que el general aquel, Primo de Rivera, había dado el golpe de Estado. ¿Cuánto tiempo llevaba ya prohibida la bandera catalana? Con el catalán prohibido en los colegios, en misa, en los periódicos y folletos... Lo que a María le parecía más ridículo era que hubiesen prohibido una danza como la sardana, o cantar caramellas, y eso que ella no sabía nada de todo eso, pero lo consideraba un sinsentido. Miguel continuó explicando que, nada más iniciarse la pitada, los militares de la tribuna se revolvieron muy inquietos y se veía que no sabían muy bien qué hacer.

—La verdad es que ha sido un momento magnífico. —El tío Miguel sonrió rememorándolo—. Se podría decir que la gente se ha dejado llevar. Y los pobres músicos, desconcertados, han terminado la pieza desafinando de lo lindo. Luego han empezado a tocar el himno británico. ¿Y sabes lo que han hecho todos entonces?

—¿Qué? ¡Por el amor de Dios!

—¡Han comenzado a aplaudir como locos! El contraste ha sido todavía más humillante.

—Y ¿cómo ha acabado?

—Ha empezado la segunda parte. Yo creo que toda aquella panda de capitostes se lo harán pagar a Gamper, nuestro presidente, pero en aquel momento aún no sabían cómo reaccionar. Se han quedado sentados y ha empezado la segunda parte. El segundo gol lo ha marcado...

—Ah, no, Miguel, ahora no nos cuentes el partido —lo interrumpió María—. A ver, si habéis disfrutado con la pitada, ¿a qué vienen esas caras largas?

Fue su marido quien contestó.

—Pues porque habrá consecuencias graves para el Barcelona.

—¿Qué puede pasar?

—Que nos cierren el campo y prohíban jugar a nuestro equipo.

Miguel, que siempre procuraba ver las cosas desde una perspectiva menos dramática, lo dudó.

—Yo creo que todo acabará en una multa... Una multa considerable para el club, cosa que no nos viene nada bien después de haber invertido tanto dinero en el nuevo estadio y en los jugadores, pero una multa al fin y al cabo.

María no dijo nada, pero visto cómo las gastaban los hombres de Primo de Rivera, en aquella ocasión se sumó al pesimismo de su marido. Y no es que a ella le preocupase como a los hombres de casa si habría o no más fútbol, pero sabía que si cerraban el campo de Las Corts, como pronosticaba Gregorio, y los dejaban sin poder ir a ver a su equipo, quien pagaría el mal humor de su marido sería ella. Y eso sí que no.

Los días fueron pasando y la noticia, aunque esperada, cayó sobre ellos como una losa. Los periódicos publicaron un comunicado del gobernador civil de Barcelona en el que se anunciaba que el campo de Las Corts quedaba clausurado durante seis meses y que el Barcelona no podría jugar ningún partido durante aquel tiempo.

—Y eso no es todo... —Miguel había perdido el optimismo—. El presidente Gamper no solo ha tenido que dimitir, sino que lo han empujado a volver a su país. ¿Qué debe de pensar de nosotros como ciudadano suizo? ¡Qué vergüenza este país nuestro!

3

Una tarde de principios de julio, Carmen y Ángeles iban por la calle Sant Joaquim en dirección a la vaquería de la carretera de Sants. Su madre les había encargado ir a buscar la leche para el día siguiente y, mientras Ángeles llevaba la lechera y caminaba cabizbaja, Carmen iba soltando su parloteo habitual.

—No creas que voy a pasarme la vida cosiendo como madre, eso no es para mí. —Andaba con paso firme, como una gran señora de trece años—. Tampoco se me pasaría por la cabeza trabajar en la España, porque con dos obreras en la familia es más que suficiente. Yo apunto más alto, chica. Y lo tengo todo bien pensado.

Dado que su hermana no mostraba el más mínimo interés por preguntarle cuáles eran aquellos planes tan ambiciosos que había estado pensando, decidió contestar de todas formas. A alguien tenía que contárselo o, de lo contrario, iba a reventar.

—Tengo dos opciones: si una no me funciona, probaré con la otra. —Hizo una pausa para darle un poco de emoción y acto seguido le anunció—: ¡He pensado en convertirme en actriz!

Ángeles alzó la vista y arqueó las cejas. A continuación, la mirada se le dulcificó.

—Oh, Carmen, serías tan buena actriz...

—Eso mismo pienso yo.

—¿Y la segunda cosa?

—Bueno, si veo que no lo consigo y corro el peligro de hacerme demasiado mayor y perder mis encantos... —Dio una vuelta muy cómica sobre sí misma y por poco no tropieza con una pobre mujer que iba calle abajo—. Ay, ¡perdone, señora! —La mujer dijo algo entre dientes y pasó de largo—. Pues, como te decía, si no lo consigo pronto, me buscaré un buen partido y haré un matrimonio como es debido. Os podré mantener a todas, ya lo verás, y madre podrá descansar y mandar al sastre a freír espárragos.

Ángeles cabeceó.

—Sí que apuntas alto, sí...

Llegaron a la vaquería, situada en la planta baja de una casa muy bonita que a Ángeles le gustaba mirar. La había proyectado un

arquitecto importante de Sants, un hombre que hacía las casas de los grandes señores del barrio, y a ambos lados de la entrada había dos cabezas de vaca talladas en piedra. Cuando eran pequeñas, jugaban a saludarlas al ir a por la leche, pero con los años la broma las avergonzaba. Entraron y pidieron que les llenasen la lechera, y, mientras esperaban, Ángeles se decidió a comentarle a su hermana lo que le rondaba la cabeza.

Llevaba semanas pensando en una sola cosa: que el mes siguiente se acabarían las clases y también finalizaba el grado elemental. Nadie se lo había dicho aún, pero la familia daba por sentado que dejaría de estudiar. Sus hermanas habían hecho lo mismo y, por lo tanto, no podía esperar que con ella sucediese de otra manera. Aun así, había hablado del tema con la señorita Berta. De hecho, más que hablar con ella, se había desahogado. Cierto día, varias semanas atrás, se había deshecho en lágrimas porque quería quedarse en el colegio, quería continuar aprendiendo. Había otras chicas que permanecían allí hasta los catorce y Ángeles quería ser una de ellas. La maestra, como es natural, estaba de su parte. «Sería una lástima que una alumna como tú lo dejase tan pronto», le respondió. «Tan pronto...», se había repetido para sí Ángeles. Su maestra sí que la entendía. Lo que para ella y la señorita Berta era pronto, para su madre era incluso demasiado tarde. Como no tenía precedente alguno en la familia; como ninguna de sus hermanas había pedido nunca proseguir los estudios más allá de la educación obligatoria, la muchacha no tenía claro cuál sería la reacción de su madre. Todo eso se lo contó a Carmen aprovechando la circunstancia de que iban solas, y a continuación aguardó para saber su opinión.

—No tengo claro que madre se avenga —concluyó su hermana después de reflexionar unos instantes.

Ángeles se mordió la lengua.

—Es lo que yo pienso...

—¡Tienes que intentarlo! Lo que deberías hacer es pedirle a la señorita Berta que te ayude, que hable con ella, porque si se lo dices tú, no la convencerás.

En realidad eso era lo que Ángeles deseaba escuchar. Porque solo unos días atrás la maestra le había propuesto hacerle una visita a la madre; le había dicho que, si lo deseaba, tendría una conversación con ella e intentaría convencerla. Pero antes de responder que sí o que no a la maestra, le pidió tiempo para pensárselo. Quería hacer las cosas bien y, por encima de todo, no enfurecer a su madre, porque entonces estaría todo perdido. A su madre no le gustaba que nadie le dijese lo que tenía que hacer con sus hijas; a su madre no le gustaba que la

pillasen desprevenida ni que ninguna otra mujer la aleccionase sobre lo que más convenía a una o a otra. Y, al mismo tiempo, Carmen tenía razón: si se lo preguntaba ella misma, no la tomaría en serio y zanjaría la cuestión con un simple «no». Por tanto, aquel día tomó la decisión de jugar su mejor baza y pedirle a la señorita Berta que la ayudase.

Se presentó al cabo de dos tardes, y a Ángeles se la veía muy nerviosa al abrir la puerta.

—Madre ya está avisada —le dijo con un hilo de voz—, la espera en la salita de estar.

La maestra le dedicó una dulce sonrisa y la acarició.

—No te preocupes, Ángeles. Todo irá bien.

La muchacha aguardó fuera, tal como se le ordenó. Iba de una habitación a otra sin saber muy bien qué hacer. Le daba miedo acercarse a la salita y que la pillasen escuchando. Pero es que le iba la vida, o al menos eso era lo que sentía en aquel instante. Si no la dejaban continuar en el colegio, significaría que en unos días todo habría terminado, que ya no podría aprender nada más y que entraría de golpe en la edad adulta y en una vida de trabajo y poco más, como la de sus hermanas mayores. No sabía qué hacer y se retorcía las manos mientras apaciguaba la intranquilidad. Se las miró y no se le ocurrió otra cosa que juntarlas y empezar a rezar: «Padre nuestro que estás en el cielo...».

No sabría decir cuánto tiempo pasó desde que la señorita Berta y su madre se encerraron en la salita de estar, pero cuando vio salir a la maestra, lo supo. No había ido bien. Había perdido. Ni siquiera escuchó lo que ella le dijo; se limitó a acompañarla a la puerta y se arrastró hasta la salita. Su madre le tendió una mano para que se acercase; su rostro era conciliador.

—Ángeles, hija, ya me imaginaba lo que me querías pedir. Quizá debimos ahorrarnos el hacer venir a tu maestra hasta aquí... Sabes que no puede ser.

—¿Por qué, madre? —Ángeles no podía contener las lágrimas. Le parecía que el suelo se hundía bajo sus pies.

—No nos lo podemos permitir. No somos ricos.

«No somos ricos». Aquella era una afirmación que molestaba a menudo a sus hermanas, pero a la que ella nunca había concedido ninguna importancia. Hasta ese momento. Su madre trataba de explicarle con paciencia que debía de estar contenta por todo lo que había aprendido hasta entonces; intentaba hacerla comprender que había tenido ni más ni menos que lo mismo que sus hermanas, y que ellos no podían hacer distinciones. Su madre hablaba, pero ella solo percibía la imagen de un sueño, el sueño de convertirse algún día en

una mujer como la señorita Berta, escapándose con la misma ligereza que una hoja empujada por un golpe de viento.

4

La sirena marcó el final de la jornada de aquel sábado de julio y las mujeres de Tejidos comenzaron a salir de la nave a paso ligero, en un goteo alegre y creciente que se contagiaba. A ellas se iban sumando las hiladoras, que también abandonaban sus edificios hasta el lunes siguiente, así como los hombres, que aparecían por las calles adyacentes. Ellos venían de más lejos: del Blanqueo, del Tinte, de los Aprestos y Estampados, o de cualquiera de las secciones que formaban parte de aquel proceso de fabricación completo que cubría la España Industrial; un proceso que comenzaba cuando la balas de algodón entraban en el recinto y que terminaba cuando salía el tejido acabado.

Julia caminaba contenta junto a su hermana Pilar. Llevaba una mano metida en el bolsillo e iba toqueteando el sobre con la paga, al tiempo que escuchaba la voz musical de Rita hablando de su primo.

—Martí ha prometido llevarme a Barcelona. Subiremos al tranvía e iremos al puerto, a pasar allí toda la tarde con otros primos.

—¡Qué suerte, chica! —le respondió Pilar—. Pues yo creo que nosotras no haremos nada, pero me da igual, ¡porque con esta maravilla voy a estar ocupada!

Le mostró el retal de forro que le había regalado el encargado. Con eso, y una tela con tara que llevaba semanas guardando, tenía pensado hacerse un vestido que luciría muy pronto. Julia se preguntó a qué venían aquellos regalos que últimamente le hacía Casimiro, y estaba a punto de advertirle una vez más de los riesgos que corría haciéndose la simpática de aquella manera cuando, de pronto, el primo de Rita se acercó a ellas. Era la primera vez que se les unía, puede que porque ni su padre ni el tío Miguel lo habían hecho todavía. Martí le lanzó una mirada desde tan cerca que Julia notó que se ruborizaba. Miró hacia el otro lado y fingió estar escuchando a una compañera anudadora que estaba contando algo. Aun así, aguzó el oído para escuchar cualquier cosa que le dijese el chico.

—¿No vas a presentarme a tus compañeras? —le dijo a su prima.

A Julia se le escapó una sonrisa que él no vio.

—¡Ya las has visto un montón de veces! —le respondió Rita.

—Pero nunca me las has presentado como es debido.

—De acuerdo —dijo Rita—. Esta es Pilar Molina, que es urdidora, como yo, y esta... ¡Julia! ¡Julia! Esta es su hermana mayor, que es anudadora.

—¡Mucho gusto, chicas!

—Igualmente —respondieron las dos a la vez.

Podían ser de familia trabajadora, pero tanto Julia como Pilar habían sido firmemente instruidas por una madre que les había enseñado a no hablar con ningún hombre con quien no tuviesen un trato directo, a menos que alguien de confianza las hubiese presentado. Por ese motivo aquella fue la primera vez que Julia habló con Martí y, aunque procuró que no se le notase que estaba nerviosa, que Pilar no percibiese lo mucho que le gustaba aquel chico, a su hermana no se le escapaba nada.

—¿Sois hijas de Gregorio Molina?

—Sí —le contestó Pilar—. Trabajas con él en Estampados, ¿verdad? Rita ya nos lo había contado.

El muchacho asintió con la cabeza y a continuación se dirigió a Julia.

—¿Cuánto tiempo lleváis trabajando en la España?

—Pilar entró hace dos años. Yo, en septiembre, hará tres.

—¿Qué edad tenéis?

—¡Martí! ¡Eso no se pregunta! —lo reprendió su prima, risueña.

—No importa —respondió Julia—. Pronto cumpliré dieciocho y mi hermana tiene diecisiete. ¿Y tú? ¿Cuántos años hace que trabajas en la España?

A Martí le gustó la respuesta. Era tan directa como él. Le gustaba la mirada limpia de aquella chica; llevaba tiempo pensando en ella y ahora la tenía delante. Y, pese a mantenerse a cierta distancia, le sonreía con los ojos. Le contó que llevaba allí unos cuantos años más que ella y que le gustaba bastante el trabajo en Estampados. Pero no tuvieron tiempo de mucho más porque enseguida aparecieron su padre y su tío Miguel, y las dos hermanas Molina hubieron de separarse del grupo y apretar el paso.

—He visto cómo lo mirabas, a mí no puedes engañarme —le dijo Pilar, animada—. ¿Por qué no me habías dicho nada?

—¿De qué hablas?

—De ti y el tal Martí.

—No sabes lo que dices...

—Julia, ¡que tengo ojos y no soy estúpida! Te gusta el primo de Rita. ¿Te has enamorado?

—¡Pilar!

—¡Qué!

—Déjame en paz.

Iban hablando en voz baja mientras caminaban a buen ritmo detrás de su padre y el tío Miguel. Pilar no pensaba darse por vencida.

—En casa me lo contarás todo —decidió. Y a continuación dejó escapar un suspiro alegre—. ¡Y pensar que podemos ser parientes de mi amiga Rita!

—Calla, ¡no seas tonta! A ver si te va a oír padre...

Julia la hizo callar, pero en el fondo se alegraba de poder compartir de una vez por todas aquel sentimiento que había ido tomando forma en su interior. Ahora ya no dudaba: se había enamorado de Martí y lo único que deseaba era tener a su hermana de aliada para llegar a saberlo todo de él.

Pilar no era de las que pierden el tiempo, y aquella misma tarde, mientras su padre estaba en el jardín de casa fumando un cigarrillo y leyendo el periódico, decidió abordarlo. Julia también estaba allí.

—Padre, nunca nos cuenta nada de su trabajo. ¿Cómo es la sección de Estampados?

Su padre asomó la nariz por detrás del diario y alzó una ceja.

—¿Qué interés podéis tener vosotras?

Pilar se encogió de hombros e hizo una pirueta sobre un pie. Se acercó al rosal, que ya había florecido, y hundió la nariz en un capullo que despuntaba. Se volvió hacia su padre.

—Es solo curiosidad —le respondió—. Julia y yo no salimos de Tejidos y no sabemos nada de lo que hacen los hombres en Acabados, ¿verdad, Julia?

Gregorio, un poco sorprendido y poco acostumbrado a contar nada a sus hijas —eso se lo dejaba a su hermano, a quien se le daba mejor—, procuró hacer un esfuerzo.

—El dueño siempre dice que Estampados es el nervio de la casa y tiene razón. Los estampados de la España tienen mucha reputación y nada que envidiar a los productos extranjeros. Hay pintores muy buenos trabajando en los dibujos, pintores reconocidos... Nos llegan las piezas tejidas, debidamente blanqueadas, libres de impurezas, y las ponemos en las máquinas de cilindros que pueden estampar en diversos colores. Tenemos hasta catorce rodillos de estampación... —Las muchachas escuchaban impacientes. Julia se había sentado cerca de él—. La tela pasa por una antecámara de secado y vuelve a los rodillos. Luego se vuelve a secar. ¿Sabéis cuántos metros de media se pueden hacer en una jornada, chicas? ¡Unos ocho mil!

Dejaron que se recreara en los tecnicismos, porque, por una vez, su padre mostraba buena disposición para intercambiar más de dos palabras con ellas. Desde luego no se explicaba como el tío Miguel: se

perdía en detalles y en datos aburridos, y omitía aquello que hacía la explicación más comprensible. Pero aquel dejarlo hablar no era más que el preámbulo que Pilar había buscado para que se soltase e ir directa al grano. Julia, por su parte, aguantaba la respiración.

—Y... ¿cuántos hombres hay en su sección, padre?

—Unos cuantos.

—¿Y tiene amigos allí, buenos compañeros? Ahora que lo pienso, creo que mi amiga Rita me ha dicho que su primo también trabaja en Estampados. ¡A lo mejor lo conoce!

Por suerte, su padre no era una persona muy intuitiva.

—¿Cómo se llama? —preguntó con sincera curiosidad.

—Martí Pons.

—¡Ah, claro que lo conozco! Es un buen muchacho. Un poco demasiado revolucionario, eso sí, pero muy trabajador.

—¿Qué significa «un poco demasiado revolucionario», padre?

Julia tenía puestos los cinco sentidos en su padre cuando este explicó que Martí estaba metido en el sindicato, que con frecuencia alzaba la voz en favor de los trabajadores y que eso le acarreaba algunos enfrentamientos con los que mandaban, cosa que a él le parecía poco inteligente, pero que después de todo era un buen chico, porque todo lo hacía para ayudar a los compañeros. Les dijo que sabía escucharlos y que lo había visto ayudar a uno que había tenido un problema gordo.

—¿Qué tipo de problema? —Ahora fue Julia quien preguntó.

—Había un compañero en Estampados que perdió el brazo. Después de eso, aquella pobre alma ya no podía trabajar allí, se había quedado lisiado. Recuerdo que Martí no paró hasta que consiguió que los dueños lo pusiesen a trabajar en la administración. Eso dice mucho de él como persona, por eso tiene buenos amigos en la fábrica.

Entonces, pensó Julia, Martí Pons era un buen chico. Y también un revolucionario, tozudo de verdad. Aquello le daba miedo y al mismo tiempo la atraía, y a lo largo de varios días se dedicaron a comentar ella y Pilar cada matiz de lo que su padre les había contado. Ahora que su hermana lo sabía, estaba encantada de poder compartirlo con ella. Por fin podía manifestar en voz alta todo aquel torrente de sentimientos que corrían por su interior; por fin podía contar con la ayuda y la complicidad de Pilar. Le suplicó que fuese discreta, eso sí, porque ambas sabían de qué pecaba Pilar. «Si te vas de la lengua —le advirtió— podrías perjudicarme. Y me gusta mucho Martí. Quiero hacer las cosas bien». Su hermana hizo el signo de la cruz con los dedos y se los llevó a los labios para besarlos, como cuando eran pequeñas. Con eso acababa de convertir en sagrado aquel

tema y se comprometía a guardar el secreto. Pero Pilar estaba demasiado animada como para dejarlo en unas cuantas conversaciones. Era necesario pasar a la acción, le dijo, y por eso comenzó a maquinar un encuentro en grupo fuera del trabajo.

Sucedió un domingo de finales de julio. Estrenaban una película en el cine Liceu y Pilar se aseguró de que Rita acudiese con su primo. Las cinco hermanas Molina también estaban allí. Aquel día, por primera vez, Julia pudo ver al chico que le gustaba sin la camisa oscura y la vestimenta propia del ramo del agua. Su expresión debió de delatarla, seguro, al verlo vestido con la ropa de los domingos. Llevaba la cara perfectamente afeitada, un traje de chaqueta gris y una camisa blanca, con el cuello tan limpio y planchado que le realzaba la piel morena y aquellos ojos azules refulgentes de ideales.

Desde el principio no dejó de mirarla. No dejó de hacerlo en toda la película, al amparo de la penumbra que inundaba la sala. Julia era capaz de distinguir el blanco de los ojos posados en ella, sentía como si solo con la mirada la estuviese tocando y la piel se le erizaba de gusto y de miedo hasta la nuca. Ardía por dentro y se estremecía por fuera. Soñaba despierta. Jamás había experimentado nada igual y, agradecida por aquella penumbra cómplice, solo deseaba que la película no terminase nunca. Después de aquel día, su confusión aumentó. Si en algunos momentos deseaba con todas sus fuerzas que Martí la cortejase, en otras ocasiones retrocedía y no quería saber nada de él. Porque Julia sabía que lo que le ocurría marcaría un antes y un después en su vida, porque no creía estar preparada para hacerse mayor del todo y dejar que su mundo cotidiano se transformase de arriba abajo. Solo con pensar en ello se echaba a temblar.

Pilar estaba cada día más guapa. A medida que se hacía mayor, sus movimientos perdían la torpeza propia de los más jóvenes y adquirían una gracia y una elegancia naturales. Sabía cómo sacarse partido, eso lo podía ver todo el mundo, porque con pocos recursos era capaz de lucir como la chica más acomodada del barrio. De lo que estaba más orgullosa era de su piel, que en verano se volvía de un tono dorado y resplandecía como la mejor de las valencianas. Su madre le había dicho que tenían fama de buena piel, y ella se la cuidaba como el bien más preciado. Desde que trabajaba en la fábrica llevaba el pelo más corto, a la altura de la nuca, pero no le importaba porque precisamente estaba de moda. Los días de fiesta le gustaba marcarse las ondas negras y brillantes, que le quedaban pegadas al cráneo ovalado, de medida perfecta. Y los días en la fábrica era capaz de

ponerse el pañuelo de una manera que hasta le favorecía. Transmitía seguridad, razón por la cual se permitía hablar con el encargado con la confianza con que lo hacía, porque sabía que tenía la sartén por el mango. Había descubierto que solo le hacía falta usar un tono de voz determinado y lanzarle una dosis discreta de sonrisas para lograr ablandarlo y que la tratase mejor que a las demás. Su hermana la había regañado un par de veces; también Rita —eso sí que la había sorprendido— le había dicho recientemente que tuviese cuidado, que Casimiro la miraba con unos ojos que daban miedo. Pero ella le había respondido con una risotada: «¡Es inofensivo! Es como un perro que lo único que hace es ladrar, pero si lo tratas con mimo, se comporta como un corderito». Tanto a una como a otra les decía que sabía lo que se hacía, que no hacía falta que nadie le dijese cómo debía comportarse. Pilar consideraba que no le iba nada mal: Casimiro llevaba tiempo sin abroncarla, le concedía un trato especial y tenía con ella una paciencia de santo; en las últimas semanas había querido obsequiarla con algunos retales con tara que sobraban en el almacén, e incluso le había prometido que hablaría bien de ella al jefe de sección. ¡Puede que hasta le diesen el primer telar antes que a su hermana! Y todo ello solo por mostrarse amable con Casimiro y, quizá sí, tal vez demasiado coqueta. Pero es que aquel hombre, en el fondo, era un trozo de pan.

Pese a las reticencias o, más bien, las inseguridades de Julia, su aproximación a Martí fue pronto un hecho. El muchacho se volvió muy presente en su vida gracias al grupo de amigos que se formó aquel mes de agosto. La mayoría eran jóvenes del barrio que trabajaban, como ambas hermanas, en la España Industrial, pero también los había de otras fábricas próximas que poco a poco se fueron añadiendo. Solían reunirse las tardes de fiesta, con el permiso de sus padres, y a veces la pandilla iba al cine mientras que otros acudían a alguna fiesta o a carreras y conciertos populares que se organizaban en el barrio a todas horas.

Sants eran un lugar animado en el que cada semana pasaban cosas y las familias las disfrutaban, dejando a los jóvenes cierta libertad. Aun así, en los primeros encuentros de la pandilla, a Martí no le resultó nada fácil entablar conversación con Julia porque la chica se mantenía distante y él no llegaba a captar si era por timidez o por falta de interés. Cada vez que hablaba con ella, le respondía con monosílabos y poco más. No podía saber que estaba enamorada de él, y mucho, pero que el miedo intrínseco que sentía hacia las cosas nuevas, hacia todo aquello que desconocía, a menudo la dejaba paralizada y le hacía parecer arisca y mucho más seria de lo que

habría deseado. A Julia le habría gustado parecerse un poco más a Pilar, saber relacionarse con los chicos como lo hacía ella, con aquella naturalidad y la seguridad de alguien mayor. En ocasiones, cuando salía con la pandilla, se maravillaba al ver cómo ella dominaba el juego de la seducción sin haberlo practicado nunca antes. Ya se lo decía su amiga Rita: «Los tienes a todos en el bolsillo».

—¿Te gusta alguno en concreto? —le preguntó Julia un día, después de una tarde de cine.

—Cada semana uno diferente —contestó Pilar riendo.

—No te burles, te lo pregunto en serio. Mira que yo me he sincerado contigo...

—No, Julia —respondió ella sin dudarlo—, no estoy enamorada como tú. Aunque al paso que vas...

—¿Qué quieres decir?

—Chica, que si te gusta Martí, tienes que hacérselo saber de algún modo o se buscará a otra.

Aquel día Julia se enfureció porque no le gustaba que la presionasen, pero en el fondo sabía que Pilar tenía razón. Martí no podía adivinar sus sentimientos si ella no le daba alguna señal. Y que dejase de buscarla y de mirarla de aquella manera..., eso sí que no. Por este motivo, la siguiente vez que la pandilla se reunió fue ella quien se acercó e inició la conversación. Habían ido a ver unas calles donde ya estaban preparando las decoraciones que engalanarían la fiesta mayor y Julia lo miró sonriente.

—Es mi momento favorito del año —le dijo—. ¿A ti te gusta bailar, Martí?

El muchacho, encantado de recibir más que monosílabos, se agarró a ello con fuerza. Le respondió que sí y que, aunque no se le daba demasiado bien, aquel año tenía pensado pedirle unos cuantos bailes. Esperaba que ella le dijese que sí. Al verla con disposición, él también se animó y empezó a hablar como un descosido. De las frases cortas pasaron a las primeras conversaciones, que a partir de entonces se volverían más frecuentes. Y con ayuda de Rita y de Pilar, a las que les hacía gracia que aquellos dos se entendiesen, enseguida comenzaron a coleccionar momentos preciosos de un noviazgo incipiente.

La última noche de fiesta mayor, Martí le dio el primer beso. Amparados por la multitud, en una de aquellas calles estrechas donde había baile, el muchacho aprovechó la distracción de las familias y que nadie los observaba y se lanzó. De inmediato se apartó un poco para ver la reacción de Julia. Ella aún estaba saboreando el gusto agridulce, sorprendida y maravillada, cuando en sus labios vislumbró

una sonrisa. Y con eso se lo dijo todo. Aquella noche no dejaron de bailar y les fue difícil acordarse de que a su alrededor, en aquella calle estrecha y entre empujones, había más mundo aparte de ellos dos.

5

Finalizada la fiesta mayor, Gregorio y sus dos hijas mayores volvieron a la fábrica, mientras María se quedaba en casa, contrariada a causa de las quejas y los lamentos de Ángeles.

—¡Hija, basta ya de esta monserga! —le dijo una mañana de septiembre cuando se disponía a coser el bajo de una chaqueta sentada a la máquina Singer. Clavó la mirada en ella a modo de advertencia—. Llevas todo el verano como alma en pena y ya me tienes más que harta.

—Es que, madre... Usted no lo entiende... La señorita Berta dice que todavía podría apuntarme...

—La señorita Berta ya dijo en su momento lo que tenía que decir y ella no decide nada en esta familia —le soltó malhumorada. Entonces respiró un poco porque sabía que, si empezaba así, se sentiría luego tan mal como para fastidiarle toda la jornada—. Ángeles, sé que querrías seguir estudiando y no te digo que no lo hagas más adelante, la vida es larga y da muchas vueltas... Pero ahora mismo no puede ser y no deberías quejarte, porque te hemos dado lo mismo que a tus hermanas mayores. ¿Verdad, Carmen?

Carmen, que estaba sentada junto a Ángeles y ya había comenzado a coser, las miraba alternativamente y aún más harta que su madre.

—Sí, madre, ya se lo ha dicho muchas veces.

Ángeles no se sorprendió de que no la defendiese, hacía un par de semanas que lo había dejado de hacer porque sabía que su madre no cedería, y ¿para qué insistir y enfadarse más? «Tienes que pasar página, Ángeles —le había aconsejado su hermana—, madre no se moverá de ahí, ya lo has intentado de todas las maneras y, además, ¡hija, este drama que te traes ya no hay quien lo aguante!».

En aquel preciso momento apareció Lola, corriendo como una ráfaga de viento.

—¿De qué estabais hablando?

—De nada —dijo la madre sin levantar la cabeza.

Pero al cruzar una mirada con Ángeles, la niña lo adivinó. Y entonces dio unos pasos hasta situarse frente a su madre, los brazos en

jarra.

—Pues si Ángeles no vuelve al colegio yo tampoco quiero ir —dijo desafiante.

María se la quedó mirando fijamente.

—¡Lo que me faltaba!

Carmen, que ya había tenido bastante, dejó a un lado la prenda que estaba cosiendo y fue a tomar a su hermana pequeña de la mano.

—Madre, me la llevo un rato al patio, que aún hace bueno —dijo sin posar los ojos en ella, sino en la niña, a modo de amenaza.

Sin embargo, Lola se plantó.

—Madre, escúcheme, lo digo en serio. —Ahora la voz se le había ablandado un poco—. No quiero volver al colegio, no quiero ir yo sola.

Ángeles, conmovida, se levantó también.

—No digas eso, Lola, tú sí que tienes que ir. Aún te quedan dos cursos y tienes que aprovecharlos.

—No me gusta el colegio.

—Pero si tienes allí muchas amigas...

—No es verdad.

—¿Y qué me dices de Irene?

La niña dudó.

—Ella sí, pero ya la veré en la tintorería. O ella puede venir a nuestra casa.

Se volvió hacia su madre.

—No me haga ir... Me aburro y siempre me castigan.

—Porque te portas muy mal. No escuchas a la maestra y no sabes estarte quieta —intervino Carmen—. Ángeles tiene razón, esta niña aún tiene que aprender a comportarse, ¿verdad, madre?

Pero María no decía nada. Se había quedado callada y las chicas no llegaban a captar si era por el enfado, por el mal humor del que ya no se desembarazaría o bien porque se traía algo entre manos. A veces su madre era un gran misterio y no lograban leerle el pensamiento.

—Tú y tú, a coser —dijo con firmeza, aunque no parecía disgustada—. Hoy toca acabar muchos encargos y no podemos perder el tiempo.

Se dirigió a Lola.

—Contigo, jovencita, ya hablaré más tarde.

Mientras ponía de nuevo en marcha la Singer y las chicas mayores estaban cosiendo, María comenzó a darle vueltas a todo aquello. De vez en cuando miraba por la ventana para que le entrase aire y aclarar la mente. Dejaba la máquina a un lado y pensaba en la pobre Ángeles, a la que no podía dar lo que quería pero, al mismo tiempo, quería

dejar de verla llorar. Luego pensaba en Lola y anticipaba los problemas que le traería aquel próximo curso, que tampoco aprovecharía como debía. La mañana se le escapó entre las manos más deprisa de la cuenta, pero antes de levantarse a preparar las cuatro cosas del almuerzo le pareció que ya lo tenía, que había encontrado un modo de resolver la situación.

6

Una mañana, después de desayunar, cuando las chicas regresaban a los telares, Casimiro le hizo un gesto a Pilar para que se acercase.

—Hoy, cuando acabes tu turno, te espero en el almacén —le dijo —. Tengo que hablarte de la conversación que he tenido con el jefe de sección. Ya te dije que te ayudaría.

El encargado le guiñó un ojo y Pilar lo miró con desconfianza.

—Y ¿por qué no me lo dices aquí? —le preguntó.

—Chica, que tú eres de las listas. No me hagas explicarte que tengo que ser discreto. Tus compañeras podrían acusarme de tener favoritismos...

La muchacha no dijo nada, pero seguía titubeante. Una cosa era intercambiar bromitas y buenas palabras a plena luz, en medio de un espacio diáfano y lleno de gente como era su sección, y otra era meterse entre los pasillos del almacén con el encargado, por muy bueno que fuese.

—Preferiría que me lo dijeses aquí —insistió ella con firmeza.

—Chica, tú te lo pierdes... Si no confías en mí, no sé por qué debería ayudarte.

Pilar titubeó un poco, pero al final se decidió.

—De acuerdo, iré luego —le prometió.

Pensó en comentárselo a Rita —¡a su hermana ni hablar!— y pedirle que la acompañase. Pero sabía que a Casimiro no le gustaría nada su falta de discreción y era probable que la mandase a paseo. «Esto es entre tú y yo», le decía siempre que hablaba de ayudarla.

Llegó la hora de salir y le dijo a Rita que tenía que pasar un momento por el almacén a hacer un recado que le habían pedido.

—Ve saliendo, que ya os atraparé.

Rita no estaba del todo convencida y empezó a hacerle preguntas, pero ella se la quitó de encima.

—¡Venga, vete! Vas a hacer que llegue tarde.

Mientras su amiga y otras compañeras recogían el cestito vacío del desayuno y comenzaban a salir, Pilar se apresuró hacia el almacén. Cuando entró, vio a Casimiro, que la estaba esperando con una sonrisa de satisfacción.

—¿Lo ves, chica? No era tan difícil. Aquí no pueden oírnos y te puedo contar lo del jefe de sección. Me debes una, y de las gordas, ya te lo digo...

Dicho esto, la agarró por la cintura. Le acercó aquella boca, a la que le faltaban algunos dientes y que apestaba a tabaco, a su cuello fino, jovencísimo, e intentó darle un beso.

—Alguna recompensa, por pequeña que sea...

En todo aquel tiempo nunca la había tocado y por eso Pilar había confiado en él.

Le soltó un bofetón.

—¡Sinvergüenza! ¿Qué te has creído?

Casimiro se quedó aturdido unos segundos. Solo unos segundos. Acto seguido la agarró por el codo y la empujó a medio metro, donde la arrinconó entre cajas. Respondió con un buen guantazo y Pilar se tambaleó. Verla desvalida lo excitó aún más. Como si todo aquello formase parte de una comedia.

—Quieres jugar, ¿eh? Venga ya, chica, que me has estado buscando...

A Pilar se le aceleró el corazón, temblaba de pura rabia. Y de miedo. Apretó los puños con fuerza y trató de zafarse a golpes de aquellas manos que parecían multiplicarse. De pronto reparó en que la superioridad física de aquel hombretón podía dejarla a su merced. En sus ojos oscuros ya no vio a aquel que a veces era amable, sino al demonio, y eso le hizo reaccionar. Le dio un puntapié tan fuerte e inesperado que Casimiro se dobló.

—¡Cagüen la madre que te...! —renegó hecho una furia. Sus ojos escupían chispas.

Pilar aprovechó el instante en que se apartó de ella para escabullirse. Corrió hacia la salida mientras lo oía expulsar fuego por la boca. Se tapó las orejas y, al ver la luz del día, tomó aire como si dentro de aquel almacén se le hubiese acabado. Miró a ambos lados, allí ya no podía hacerle nada porque los obreros estaban por todas partes. Ajenas a lo que había ocurrido, a lo conmocionada que se sentía, estúpida, humillada y terriblemente desgraciada en aquel momento, las compañeras iban desfilando alegremente hacia su casa sin ni siquiera fijarse en ella. Pilar estaba al borde de las lágrimas, pero se dijo: «No, ahora no». Intentó sobreponerse tan rápido como pudo, se retocó el peinado, que seguro que llevaba de cualquier manera después de batallar con aquel desgraciado. Notó que las manos le temblaban, pero aun así se enjugó los ojos con el reverso y respiró hondo un par de veces antes de confundirse entre la gente y dejarse llevar. Buscó a su hermana, pero no la encontró a ella, sino a

su tío Miguel.

—¡Pilar! ¿De dónde sales? ¿Y Julia?

—Ay, tío, es que me han enviado a hacer un encargo... Ahora iba a su encuentro.

El tío la miró un par de veces, le había notado la voz extraña y el semblante un poco alterado. Estaba a punto de preguntarle si le pasaba algo, pero por algún motivo se detuvo. Su hermano iba a su lado y no quería causar problemas a su sobrina. El tío Miguel siempre defendía a las chicas del mal carácter de su hermano. «Son jóvenes, Gregorio —le decía a menudo cuando cometían alguna travesura—. ¿Te acuerdas de cuando lo éramos nosotros? También teníamos la cabeza llena de pájaros». Pero Gregorio no recordaba haber sido joven y era frecuente que le soltase su lamento favorito: «¡Todo chicas! Si al menos hubiese tenido un hijo...». Enseguida vio a Julia, que iba hablando con doña Rosalía, y Miguel se olvidó de Pilar y se puso a charlar con ella. Le gustaba aquella mujer, le recordaba los buenos tiempos en que su buen amigo aún vivía.

Pilar asió el brazo de su hermana mayor y se lo apretó de manera inconsciente. Sintió que le fallaban las fuerzas, pero todavía no quería llorar. Julia se volvió y la interrogó con la mirada, pero entonces leyó aquel ruego mudo que le decía: «Ahora no, ya te lo contaré luego». Asintió en silencio. Con expresión un poco preocupada, posó una mano en el brazo de su hermana y continuó andando.

No quería regañarla. Sabía que no serviría de nada porque Pilar había aprendido la lección. Estaba muy asustada. Y furiosa también. Julia la abrazó y mientras le acariciaba el pelo la iba consolando.

—Ya pasó, ya pasó...

Estaban en la habitación que compartían, se habían encerrado allí después de comer y Pilar se lo había contado todo con pelos y señales. No quería ocultarle nada, ni siquiera el modo en que había sido responsable de aquella penosa situación.

—Ni se te ocurra pensar eso —le respondió Julia con indignación.

—Yo lo he provocado.

—Calla, Pilar. Tú no tienes ninguna culpa. En todo caso, has pecado de inocente, y puede que de imprudente... —Julia estaba tan enfadada que incluso se culpaba a sí misma por no haber insistido más para que su hermana dejara de coquetear—. Ese hombre es un demonio.

—¿Y ahora qué va a pasar? —dijo su hermana sollozando.

—Tendremos que contarlo.

Pilar retrocedió de un brinco y la miró horrorizada.

—¡No! ¡Eso sí que no!

—Tenemos que decírselo a doña Rosalía, Pilar. Ella nos ayudará. Ese malnacido no puede salir impune.

—¿Es que no te das cuenta, Julia? Esto pasa todos los días. No es el único que se aprovecha de la situación. De hecho, las chicas nos han contado muchos casos... No soy la primera ni seré la última —concluyó visiblemente avergonzada—. No ganaremos nada contándoselo a doña Rosalía, y además podría decírselo al tío Miguel, y entonces el tío se lo diría a padre y... ¡No quiero ni pensar en qué ocurriría!

Pilar se deshizo en llanto mientras insistía en que le guardase el secreto; que, después de todo, no había pasado nada; que ella lo único que quería era olvidarlo y pasar página. Evitaría a toda costa volver a coincidir con Casimiro en un lugar solitario, y él tampoco lo haría, se lo había dejado bastante claro.

—Ha visto que yo no iba por ahí; o sea, que seguro que me deja en paz —intentó convencerla Pilar—. A él tampoco le conviene que yo lo vaya contando por ahí.

Tal vez tenía razón, pensó Julia. Afortunadamente, la sangre no había llegado al río y Pilar había podido salir de aquella situación antes de que fuese demasiado tarde. ¡Sentía escalofríos con solo imaginarlo! Con mucho gusto se lo haría pagar a ese mal bicho de Casimiro, pero sabía que no había nada que pudieran hacer. Si lo hacía público, lo único que conseguiría sería avergonzar más aún a su hermana y el asunto acabaría llegando a oídos de su padre. ¿Y qué haría su padre? Julia temía su reacción y llegó a la conclusión de que el daño sería, entonces, mucho peor. Eran tres en la familia los que podían quedarse sin trabajo, cuatro si implicaban también al tío Miguel. Así acabó cediendo al deseo de su hermana: ambas acordaron no hablar de ello con nadie más y dejar que el terrible episodio se olvidase.

7

Ángeles no volvería al colegio aquel mes de octubre, pero finalmente tampoco lo haría Lola. La pequeña de los Molina también lo dejó. La madre lo decidió después del ultimátum de la niña, que le abrió los ojos a una posible solución. Y cuanto más lo pensaba, más le parecía la mejor solución. Habló de ello con Gregorio, quien lo vio bien, aunque, la verdad sea dicha, contárselo había sido una simple formalidad, ya que el matrimonio había acordado hacía años que de las niñas se ocupaba ella. Si hubiese habido un niño, habría sido diferente. Cuando se lo anunciaron a Lola, la pequeña saltó de alegría y no podía creer su buena suerte. Aquel día en que se plantó ante su madre para decirle que no quería volver no había pensado que se saldría con la suya, y ahora era consciente de su poder. Aquello le pareció una liberación, al contrario que a su hermana Ángeles, que puso el grito en el cielo.

—¡Madre! ¿Por qué le hace esto a Lola? ¡Es demasiado pequeña para dejar de estudiar! ¡Aún le faltan dos cursos para terminar el grado elemental!

—No aprovecharía esos dos años de colegio y ya estoy harta de recibir quejas.

—Pero es que, madre..., no me parece justo —la rebatió Ángeles —. Usted dijo que a todas las hijas nos quería dar lo mismo y Lola, si ahora deja el colegio, tendrá menos que las demás.

Fue en aquel instante cuando María le lanzó una mirada triunfal. Había estado aguardando el momento.

—Aprenderá lo mismo que todas vosotras, pero de otra manera — le dijo—. ¿Sabes qué vamos a hacer, Ángeles? Tú le enseñarás los dos próximos años, como si fueses su maestra a partir de ahora. Por la mañana nos ayudarás a mí y a Carmen con los encargos del sastre, y por la tarde te dedicarás a enseñarle a tu hermana pequeña todo lo que has aprendido los dos últimos cursos de elemental.

La chica enmudeció. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. Miró a su madre con sorpresa y, por primera vez en todo aquel verano, no le salía la réplica, ningún inconveniente. Y mientras su madre le detallaba todas las virtudes y las ventajas de

aquella decisión ya tomada, a Ángeles se le dibujó la primera sonrisa desde hacía tiempo.

Cayeron las primeras hojas de los árboles y formaron un lecho seco que crujía con cada pisada. Ángeles tenía que barrer el patio con frecuencia porque el viento lo dejaba todo muy sucio, pero lo hacía de buen grado, como el resto de tareas que llenaban cada uno de sus días. A pesar de todo, estaba satisfecha con la rutina que había establecido. Lola no era una alumna nada fácil; entendía más que nunca a las maestras y las quejas que les habían llegado a casa en los últimos tiempos.

Con lo que no estaba en absoluto de acuerdo era con la fama que le habían adjudicado: Ángeles percibió que el problema de la pequeña Lola no era para nada la falta de inteligencia, ni siquiera el hecho de que fuese un culo inquieto incorregible. Ella pensaba que era más lista que el hambre y que su problema, en todo caso, era la falta de interés. Enseguida detectó que, cuando a la niña le interesaba algo, cualquier tema de los que le hablaba que le llamase la atención, era mucho más rápida que la mayoría en comprender y aprender. Por ejemplo, tenía facilidad para los números —mucho más que para las letras—, de modo que, con ayuda de las libretas pulcramente escritas que Ángeles había ido guardando de cuando iba al colegio, se dedicó a enseñarle los ejercicios de aritmética e incluso se inventó una manera de hacerlos más divertidos.

Lola aprendía las cosas como si todo fuese un juego de pistas que debía resolver y encajar. La verdad es que Ángeles hacía muy bien su labor y pronto la niña dejó de esconder las manos bajo los muslos para no sucumbir al deseo —tan familiar cuando iba al colegio— de salir huyendo. En el fondo le encantaba que su hermana cuidase de ella cada tarde, y cuando terminaban la lección del día, corría a la tintorería de la señora Minerva, donde sabía que encontraría a su amiga Irene, recién llegada del colegio.

—No lo echo de menos para nada —le decía triunfal—, y Ángeles me enseña mucho mejor y es mucho más divertida que todas las maestras del colegio juntas.

Lola pasaba muchos ratos en la tintorería de su amiga, le gustaba ver a toda la familia trabajando allí, pero a veces era Irene quien se presentaba en su casa. Cuando terminaba la clase, Ángeles les organizaba una obra de teatro y, con esa excusa, les hacía leer un poco más. Escogía un librito de la biblioteca, pensaba en los personajes de la historia y en cómo los podrían interpretar. Les hacía

escribir un breve guion —con su ayuda—, unas cuantas frases cortas que las niñas inventaban, espontáneas, y entonces Carmen, aburrida de coser todo el día con su madre, salía al patio y las ayudaba de buen grado con el vestuario y la interpretación.

A Ángeles le gustaba verlas disfrutar de aquella manera y pensaba que cuando fuese mayor querría tener muchos hijos. Le habían arrebatado los días felices en el colegio y aquel otoño se lo había imaginado cuesta arriba. No obstante, a medida que avanzaban los días y veía los progresos que hacía Lola, unos progresos jamás vistos mientras iba al colegio, se sentía lo bastante orgullosa como para reservar una pequeña esperanza, aunque fuese tan solo una brizna, de que el deseo de convertirse en maestra algún día pudiese convertirse en realidad. Quizá hubiera que esperar un tiempo, su camino no sería tan recto como le habría gustado, pero ¿quién sabe si más adelante podría convencer a su madre de continuar estudiando? En cualquier caso, cada vez estaba más convencida de que nada estaba perdido.

8

Julia y Pilar comprobaron pronto que en el asunto de Casimiro se habían equivocado de medio a medio. Había una persona que no tenía ninguna intención de olvidarlo. Casimiro no se dio por vencido y a partir de aquel día comenzó a ejercer una presión sobre la chica que iba de mal en peor. Si bien ella no le hablaba, si bien ni siquiera lo miraba a los ojos, si bien lo evitaba tanto como podía y jamás coincidía con él a solas, en ningún sitio, el encargado se sentía estafado y comenzó a amenazarla. «Te vas enterar de cómo las gastamos aquí con las chicas como tú», le susurraba a la espalda, cosa que a ella le provocaba un estado de alerta y de crispación constante. El día a día en la fábrica se convirtió en una verdadera pesadilla. Pilar perdió el buen talante que la caracterizaba y que le hacía ser tan popular; ya nunca bromeaba con sus compañeras y a la hora de desayunar evitaba en todo momento ser el centro de atención. Sus compañeras le preguntaban qué le pasaba que ya no era tan divertida como antes, y que si era que estaba enamorada de alguien. Se reían, sin malicia, ajenas a lo que estaba sufriendo, convencidas de que había algún chico que le hacía estar melancólica y más callada que de costumbre.

—Ya nos lo contarás, ya —la chinchaban algunas.

Hasta que su amiga Rita se enfadó con ella.

—Chica, veo que no somos tan amigas como yo creía —le espetó un día que iban juntas a buscar agua.

—¿A qué viene eso?

—A ti te pasa algo y no quieres contármelo.

—¿Qué quieres que me pase? Es solo que estoy cansada, últimamente no duermo bien.

—¡Hablas como mi madre! —dijo riendo Rita. Volvió a ponerse seria—. Vamos, Pilar, dime qué te ocurre, que quiero ayudarte.

Y Pilar no pudo más y se desahogó. Porque había dicho que nunca más hablaría de aquello, porque había querido olvidarlo, pero el desgraciado de Casimiro seguía torturándola y amenazándola y le había cogido miedo de verdad, un miedo que le nacía dentro y que se le extendía por todo el cuerpo cada vez que lo veía, cuando él se le

acercaba con alguna excusa u otra y la acosaba con total impunidad. Un miedo que le había hecho perder el buen carácter y aquella seguridad tan propia de ella, como si fuese otra persona, más débil, más vulnerable, llena de inseguridades.

—No sé cómo salir de esta —le confesó a Rita entre lágrimas amargas que llevaba tiempo reteniendo.

El hecho de confiar en Rita le fue bien. Y lo que más le gustó fue que su amiga no la juzgó. Ni siquiera le soltó aquel maldito «te lo dije» que tanto le gustaba decir a todo el mundo cuando una se equivocaba. Se limitó a consolarla, a utilizar todos los insultos que conocía para describir al puerco de Casimiro y a asegurarle que no tenía de qué preocuparse, que ella no se apartaría de su lado. Pilar se sintió mucho mejor después de compartirlo con ella. Al fin y al cabo, era su compañera, su amiga más íntima, la única chica, aparte de sus hermanas, en la que podía confiar. En aquellos días terribles pensó que, si bien le había visto las orejas al lobo, también se había dado cuenta de lo que era la amistad.

Sin embargo, la muchacha no levantaba cabeza. Por primera vez en su vida no dedicaba mucho tiempo a su aspecto, y a sus compañeras de la fábrica se les hacían cada vez más extrañas las salidas de tono que les soltaba por nada. Porque solo su hermana y ahora Rita sabían el infierno que estaba viviendo; se negaba a comentarlo con nadie más, y hasta el momento eso lo habían respetado. Pero las dos estaban muy preocupadas por ella, cada vez más, sobre todo porque Casimiro continuaba asustándola con un goteo incesante de amenazas a media voz al amparo del ruido de las máquinas —«Tú espera, chica, que ya te pillaré»— que hacían que su estado de nerviosismo aumentase día tras día. ¿Hasta cuándo podría soportar aquella situación? ¿Qué ocurriría si Casimiro volvía otra vez a arrinconarla estando sola? Porque Julia y Rita sabían que no le haría nada mientras ellas dos tuviesen puestos los ojos en él, lo que procuraban cumplir en todo momento, pero la situación era insostenible y debía terminarse de algún modo. Por ese motivo, finalmente Julia y Rita hablaron.

—Tenemos que hacer algo, Rita.

—Estoy de acuerdo, pero... ¿qué? Ella no deja que se lo contemos a nadie.

—Pilar ya puede decir misa, pero esto hay que pararlo.

Rita suspiró.

—Sin la ayuda de un hombre no lo conseguiremos, lo sabes, ¿verdad?

Julia estuvo de acuerdo. Por mucho que le pesase, debían recurrir

a algún hombre porque en aquel mundo de la fábrica las mujeres no tenían ningún poder.

—Yo tengo muy claro quién nos puede ayudar —dijo Rita.

Y no hizo falta que dijese el nombre porque Julia también había pensado en él.

Resultó que Pilar no era la única chica a la que Casimiro había acosado. De hecho, en su expediente se contabilizaban un par de casos, de hacía unos años, que habían quedado sujetos con alfileres por parte de la dirección. No lo habían echado porque trabajaba bien, pero le había ido de poco. Todo eso lo supieron a través de Martí cuando Rita le contó el caso de su amiga. Pilar estalló cuando se enteró de que la chica se lo había contado a su primo.

—¿Cómo has podido? —exclamó hecha una furia una mañana de finales del otoño. Rita y Julia se la habían llevado fuera de la nave aprovechando la pausa para desayunar—. Creía que podía confiar en ti. ¡Te dije que no se lo contaras a nadie! Ahora se enterará todo el mundo... y le llegará a mi padre y yo no quiero ni pensar...

—¿Quieres calmarte un poco? —la interrumpió su amiga mientras la sujetaba por los hombros y ella se deshacía en llanto. Las sacudidas de su pecho mostraban todo el sufrimiento acumulado. A Rita le costaba ver a su amiga en aquel estado y suavizó el tono de voz—: Martí no te comprometerá, Pilar. No se lo dirá a nadie, pero él te puede ayudar. Ya verás...

Y poco a poco, Rita, secundada por Julia, le fue desgranando el historial de Casimiro, tal como su primo se lo había contado. Le hizo saber que aquel hombre podía tener un problema serio en la fábrica si sus superiores se enteraban de que había vuelto a las andadas.

—¿De verdad que lo despedirían? —Pilar la miraba incrédula. Tenía la sensación de que los hombres, en aquella fábrica y seguramente en todas las del barrio y más allá, tenían una inmunidad total a la hora de excederse con las chicas y que aquello no podía ser motivo de despido.

—Es verdad que muchas veces hacen la vista gorda, todas lo sabemos —intervino Julia, visiblemente afectada por el estado de su hermana—, pero piensa que Martí está en el sindicato y desde allí puede presionar.

Le dijeron que Martí tendría una conversación con Casimiro en la que le dejaría muy clara su situación.

—¿Confías en mí? —acabó preguntándole Rita con semblante serio.

Julia le había secado las lágrimas de las mejillas con ambas manos.

—Vamos, Pilar, sé razonable...

—Porque yo confío plenamente en mi primo —insistió Rita—, y si él dice que se puede arreglar es que se puede. Y sin hacer ruido.

Pilar se había ido calmando y respiraba más pausadamente. Miró a su hermana y luego a Rita.

—Confío en vosotras —respondió, pese a no tenerlo muy claro.

Y Martí se ocupó del asunto. Habló con Casimiro hasta hacerlo sonrojarse. El hombre al principio lo negaba, decía que era su palabra contra la de aquella calentorra de Pilar. «Una chica que siempre ha sido pendenciera, que trabaja poco y habla más de la cuenta». Pero Martí permaneció inmutable y con la firme convicción de que el otro terminaría claudicando. Le repitió una y otra vez que ya sabía lo que le convenía, que en el sindicato lo tenían en el punto de mira desde hacía tiempo y que a la dirección no le haría ninguna gracia que él en persona fuese a hablar del tema. «Tienes la oportunidad de que esto quede en nada, Casimiro. Y da gracias, porque si por mí fuera, te haría una cara nueva a base de los puñetazos que te mereces», le advirtió. Casimiro había dejado de hablar y le había sobrevenido un ligero temblor en el ojo derecho, como un tic nervioso. Estudiaba la mirada encendida y determinada del sindicalista y seguramente sopesaba sus opciones. Martí insistió: «¿Me has entendido?». Y el encargado cedió. «Ni mirarla, ¿me oyes? Y a las demás tampoco», le advirtió Martí una vez más.

Cuando Pilar se lo contó a su hermana Julia y, por primera vez en mucho tiempo, esta la vio sonreír —una sonrisa de alivio que devolvió el color a su rostro, que le confería aquella belleza natural y preciosa que ella tanto había echado de menos—, su corazón se llenó de gratitud hacia su enamorado. Pensó en todo lo que le diría cuando lo viese, en cómo lo besaría cuando tuviese ocasión. Porque lo amaba; amaba con locura a aquel chico que no solo era guapo, que no solo besaba bien, sino que también era un hombre justo, con buenos ideales y solidario. Un hombre que había ayudado a su hermana y que sabía que estaría siempre a su lado. A sus casi dieciocho años, Julia se sintió preparada para hacerse mayor.

Parte III
Las trabajadoras
1927

1

El segundo día de agosto murió el dueño de la España Industrial. Don Matías, como lo conocía todo el mundo desde hacía décadas, tuvo un final bastante rápido después de una enfermedad breve que se lo llevó a la edad de setenta y tres años. Algunas voces decían que el dueño aún había dictado cartas desde la cama tres días antes de finar y que había seguido despachando los asuntos de la fábrica prácticamente hasta el último suspiro. Le organizaron un entierro digno del más grande empresario de Sants y, al paso del féretro hacia el cementerio, las calles se fueron llenando de curiosos y gente de la España Industrial. Estaban el tío Miguel y Gregorio con otros compañeros del ramo del agua que llevaban años trabajando allí, todos ellos con semblante serio y la gorra en la mano en señal de respeto; estaban las hilanderas y también las tejedoras, como Julia y Pilar, quienes, al pasar el carro que transportaba el ataúd, lanzaron flores en homenaje al único dueño que habían conocido. La mayoría de las muchachas tan solo sabían de él por lo que contaban los demás, solamente algunas habían intercambiado cuatro palabras en cierta ocasión, cuando, de tanto en tanto, don Matías pasaba haciendo la ronda por su sección, pero aquel día del mes de agosto algunas se mostraban afligidas, como si se les hubiese muerto un pariente, o puede que simplemente lo que pasaba era que con la muerte del viejo Muntadas veían cerrarse una etapa de su vida: la de la niña que había entrado y se había hecho mayor en aquel recinto fabril. Aquello es lo que sentían las dos hermanas Molina y por ello acompañaron al séquito con gran solemnidad.

Martí no compartía aquel sentimiento y más bien le gustaba que concluyese aquel periodo que, según él y sus compañeros más próximos, había dejado muchas sombras sin resolver. Habría que ver cómo pensaba actuar su sucesor, don Pepe. Casado con la hija mayor de Muntadas, llevaba ya años en la fábrica, aunque como segundo de a bordo. Había llegado el momento de imponer su estilo y debían estar en alerta para ver hacia dónde iban las cosas. Martí no había acudido al funeral, del mismo modo que tampoco iba nunca a la iglesia. No creía en aquella liturgia; había crecido en otro entorno

familiar. El muchacho estaba orgulloso de que su padre —cuánto lo añoraba— hubiese depositado su educación en manos del maestro Roigé, un hombre que enseguida le enseñó la importancia de estudiar para tener ideas propias y no dejarse embaucar por nadie. Es así como había desarrollado, a lo largo de su juventud y con la experiencia de los años como empleado en la fábrica, un espíritu crítico y un afán de justicia que le habían hecho ganarse el respeto y la amistad de muchos compañeros. No se consideraba un individuo conflictivo, pero sí contundente, y ni una sola vez en su vida había dejado de actuar en consecuencia con sus ideales y con lo que consideraba justo. Ir a rendir homenaje a don Matías, un hombre sobre cuya figura planeaba la sospecha de haber ayudado a financiar la represión que durante la última década había llevado a asesinar a obreros y líderes sindicales, como el pobre Salvador Seguí, no merecía su solemne y último adiós. No obstante, respetaba lo que hubiese decidido hacer su prometida. «Su prometida». Qué satisfacción pensar en Julia de aquel modo. Hacía ya más de un año que le había pedido relaciones formales. Tenía la conversación grabada en la mente porque la había ensayado mucho antes.

Fue una tarde luminosa de mayo. Gracias a la complicidad de Rita y Pilar, se habían quedado un poco atrás mientras la pandilla de jóvenes del barrio se dirigía hacia el tranvía para ir a pasear al puerto.

—Julia, me gustaría hablar contigo —comenzó a hablar un poco nervioso. Funcionaba mejor cuando no se preparaba nada, cuando se dejaba llevar por la espontaneidad y decía las cosas tal como le salían, pero en esa ocasión había decidido hacerlo bien—. Ya sabes cuáles son mis sentimientos hacia ti y quiero decirte que mis intenciones son absolutamente serias.

Julia lo había mirado con aquellos ojos que le hacían perder la cabeza, que le inflamaban el pecho y lo llevaban a fantasear con un mañana maravilloso. Unos ojos de expresión siempre grave, más seria de lo que sus dulces facciones y una sonrisa encantadora prometían. Al ver que la chica había decidido permanecer en silencio y escucharlo, se aclaró la garganta para continuar. Le sujetó las manos.

—Soy un trabajador sin otra renta que mi esfuerzo, así que tengo que pedirte un favor. ¿Serás paciente? ¿Sabrás esperar? Porque solo puedo ofrecerte un noviazgo largo, mucho más de lo que yo querría, eso te lo puedo asegurar.

Julia lo miró fijamente a los ojos.

—¿Me estás pidiendo que nos prometamos?

—Con el permiso de tus padres, por supuesto —se apresuró a decir él—. Como te decía, será un noviazgo muy largo, puede que

tengamos que esperar unos cuantos años.

Julia bajó la mirada y Martí percibió su desencanto. Enseguida volvió a levantar la cabeza para mirar hacia el grupo de amigos, que habían comenzado a correr porque llegaba el tranvía, pero ella no se movió ni un milímetro. Tampoco lo hizo Martí.

—Mira, Julia. —Se desprendió de la gorra y se rascó la nuca—. Yo habría querido pedirte que nos casásemos mañana mismo, ese sería mi deseo, pero para poderlo hacer pronto tendría que endeudarme y eso sí que nunca lo haré. Si tú me quieres, me afanaré en ahorrar, te aseguro que empezaré a hacerlo desde ahora mismo y no pararé hasta que podamos permitirnos irnos a vivir juntos. Pero no quiero engañarte, no sería justo..., y sé que puede ir para largo. Yo quisiera saber si tú querrás..., si tú podrías... esperarme.

A Martí le gustaba recrearse en la respuesta que Julia le dio aquel día. Lo había abrazado en mitad de la calle, con un gesto tan espontáneo que lo pilló desprevenido. Lo besó a plena luz, olvidando la timidez y la prudencia que normalmente la caracterizaban, y le dijo aquel «sí, Martí, por supuesto que esperaré, y también comenzaré a ahorrar porque no hay nada que desee más que estar juntos».

Una vez que el servicio fúnebre se alejó en dirección al cementerio, el grupo de trabajadores de la España Industrial se fue dispersando y, poco a poco, cada uno regresó a sus quehaceres. Julia y Pilar caminaban hacia su casa y comentaban al detalle todo lo que habían visto.

—¡Y qué caballos negros, madre de Dios!

—¿Te has fijado en don Pepe, con esa actitud de nuevo dueño?

—A mí quien me ha gustado mucho es su mujer... No es ninguna jovencita, tampoco ninguna belleza, pero, chica, tiene una clase... ¿Has visto los guantes que llevaba?

—La baronesa... —murmuró Julia.

—¡No, que ahora es condesa! —Pilar se había aprendido lo de los títulos nobiliarios bastante bien—. Era baronesa como esposa de don Pepe, pero ahora es condesa, porque a la muerte de don Matías ella hereda el título de condesa. ¡Que es su heredera!

—Entonces, ¿la fábrica también es de ella o de don Pepe?

—¡Y yo qué sé!

—¿No dices que lo sabes todo?

—Yo lo que sé es que, en su día, don Pepe hizo un buen negocio casándose con doña Carmen, ¡de eso puedes estar segura! —exclamó Pilar—. Jacinta me contó que la familia de él tenía tierras, pero no

eran tan ricos como los Muntadas.

—¿Y eso Jacinta cómo lo sabe?

—Es que su hermana hace años que trabaja en el piso que tienen en Barcelona, ¿no lo sabías? —le respondió Pilar haciéndose la interesante—. La cogieron de jovencita en la fábrica y la pusieron a servir. Primero en casa de los padres Muntadas, y cuando doña Carmen se casó, se marchó a servir a su casa. ¡Créeme, te digo que cuando don Pepe entró en la familia, dio un buen braguetazo!

—¡Braguetazo! ¡Qué palabras usas!

Pilar se rio y, aunque Julia arrugaba la nariz y se hacía la estrecha cada vez que Pilar se disparaba, según ella, y hablaba como las empleadas más malhabladas, en el fondo estaba contenta porque su hermana volvía a ser más o menos la de siempre. Con el tiempo había conseguido dejar atrás el desgraciado episodio con Casimiro y, pese a que el hombre continuaba en la fábrica y debían verlo con frecuencia, había optado por ignorarla por completo, como si no existiese ni se le hubiese acercado nunca. Eso la ayudó a relajarse un poco y a no estar siempre alerta.

A medida que pasaban los meses y después un año entero, Pilar fue asimilando que no volvería a acosarla, que la dejaría en paz, y así Julia comenzó a observar una mejoría en ella y regresó su buen carácter. Julia la miraba aquel día extraño y lleno de solemnidad y pensaba que, a sus dieciocho años, no podía ser más bonita. Se le habían redondeado las facciones y también su cuerpo había adquirido nuevas formas. Al andar, las ondas de su media melena brincaban graciosamente, y volvía a mostrar al mundo su expresión más indolente.

—¿Por qué me miras? ¿Tengo algo? —le preguntó Pilar sabiéndose observada.

—Nada, solo pensaba en que nos hacemos mayores.

Pilar estalló en una carcajada.

—Ay, Julia, a veces te pareces a madre. Creo que el entierro de don Matías te ha afectado demasiado —bromeó.

—Es posible. Me ha hecho pensar en cómo pasa el tiempo.

—¿Te das cuenta? Cuando entramos en la España, andábamos con la escoba, dando hilos y a golpe de grito de doña Rosalía...

—Doña Rosalía no nos ha gritado nunca —la defendió Julia.

—... y ahora —prosiguió Pilar sin prestarle atención—, ahora ya llevamos unos cuantos telares cada una.

—Y ganamos más jornal.

—Y ganamos más jornal, sí, señora, aunque nunca como los hombres.

—Eso no te lo discuto —concluyó Julia.

Gregorio y Miguel se habían quedado un rato en la calle después del acto solemne. Despacio, se encaminaron al café. Lo hicieron muchos de los hombres que trabajaban en la fábrica, como si, de algún modo, deseasen continuar juntos un día tan especial. Cada uno se sumía en sus propios pensamientos, en los recuerdos que acumulaban de la época de don Matías, que se cerraba aquel día. De la familia Molina, Miguel era el más veterano de la fábrica; había entrado siendo jovencito, cuando aún tenía a la familia lejos, en su Valencia natal. Harían falta muchas cartas, le recordó a su hermano aquel día en el café, para convencerlo de que se fuese a la ciudad.

—¡Tantas cartas como hijas tuve! Una tras otra, ¡hasta que dije basta! —respondió Gregorio.

—¿Te arrepientes? —Su hermano lo miraba con aquellos ojos llenos de bondad.

—Me arrepiento de no haber tenido un heredero, eso desde luego —dijo. Una afirmación que no era nueva, sino una de sus favoritas y más repetidas, sobre todo cuando las chicas armaban alboroto en casa y él se quejaba de la vida, tan distinta, que habría tenido con un heredero—. De todas maneras —reflexionó Gregorio aquel día, en que, nada habitual en él, se mostraba un tanto nostálgico—, debo confesar que no echo nada de menos el campo. Ni trabajar la tierra.

Miguel asintió con un movimiento de cabeza, dándose por satisfecho, y se dirigió a la barra a pedir dos *barrechas* mientras le señalaba a su hermano una mesa vacía que podían ocupar. Gregorio tomó asiento y, mientras esperaba a su hermano, se sumió en uno de sus silencios meditativos. Retrocedió doce años, hasta la época en que había abandonado las viñas para irse a la ciudad. Mientras observaba a Miguel en la barra conversando con camaradería con el propietario, se dedicó a rememorar aquel 1915 en que había comenzado a trabajar en la España Industrial.

En aquel tiempo, hacía tan solo un año desde que los dueños de la fábrica habían sustituido el vapor por la electricidad y las chimeneas del recinto fabril que tanto lo habían impresionado ya no humeaban. Pero las naves estaban llenas y la producción no se detenía ni de día ni de noche. Por entonces daban servicio a una guerra que se estaba librando fuera de sus fronteras y que estaba haciendo de oro a los amos Muntadas. En realidad, los empleados no notaban si había más negocio, ya que en ningún caso repercutía en sus bolsillos, aunque sí afectaba a las horas de trabajo, los turnos y la exigencia de los dueños

hacia ellos. Por ese motivo había habido tantos enfrentamientos entre obreros y patronos. No solo en la España, sino en todas las fábricas de los alrededores. Pero a Gregorio no le gustaba pensar en aquellos hechos porque él no era de los que hacen ruido, ni de alzar la voz ni de conspirar contra los patronos pese a ver la injusticia. Prefería que lo hiciesen otros por él, porque solo podía pensar en los años de desvelos y penurias que había tenido que pasar en el campo, en las malas cosechas que había sufrido y en aquella desagradable incertidumbre de no saber si podría mantener a su familia. Se le escapó una sonrisa al pensar en la frase favorita de su mujer: «A los trabajadores de la España y a sus familias nos fían en cualquier sitio». Y era cierto, porque en cualquier comercio del barrio o puesto del mercado podían fiar a la esposa por tener un marido que cada semana cobraba religiosamente. Gregorio estaba satisfecho y siempre había procurado centrarse en eso y no en otros aspectos que no le gustaban tanto, como el hecho de que su jornal no fuese suficiente y su mujer tuviese que dejarse los dedos y la espalda cosiendo, o que sus hijas también hubiesen tenido que ponerse a trabajar.

2

—Lola, llama a Carmen y a Ángeles. ¡Diles que se den prisa o a este paso no saldremos nunca de casa!

María no entendía por qué le costaba tanto salir con sus hijas cuando solo se trataba de ir a comprar. Y, por si eso fuera poco, la pequeña se quejaba todo el tiempo.

—¡No quiero ir! ¿Por qué no me deja ir a casa de la señora Minerva?

—Porque también tienes responsabilidades en esta casa y no todo es jugar.

—Pero, madre, si ya van las tres... No me necesitan. Y yo me aburro mucho porque usted siempre se pone a charlar y a charlar con cada persona que se encuentra y yo tengo que poner buena cara porque, si no, me dice que soy una maleducada y que lo único que quiero es marcharme. ¿Por qué a los mayores les gusta tanto hablar? ¿Es que no tienen otra cosa que hacer?

A María se le escapó la risa. No se podía negar que Lola tenía ocurrencias divertidas. A veces, cuando la observaba con el rabillo del ojo y reparaba en el estirón que había dado aquel año, cuando pensaba en que la pequeña de la casa sería una jovencita más como las otras, notaba un pellizco en el corazón y, en cierto modo, la hacía sentirse mayor. Desearía haber congelado aquellos años en que todas las hijas eran pequeñas y jugaban en el patio mientras ella las contemplaba desde debajo de la higuera, desearía seguir escuchando siempre las alegres risas que llenaban la casa y no tener que preocuparse por las cosas de cuando se hacían mayores.

Últimamente pensaba mucho en Julia y todo lo que había soñado para ella y no tendría nunca. Le habría gustado casarla con un hijo de buena familia, puede que con el heredero de alguna con un negocio próspero en Sants. Y en lugar de eso se había tenido que conformar con que entrase a trabajar en la fábrica y se convirtiese, igual que Pilar, en una empleada más de las que iban y venían cada día a golpe de sirena. No había llegado a acostumbrarse, a pesar de los años que llevaban trabajando allí. Y, claro, era lógico que hubiese conocido a un chico en la fábrica porque aquel era su entorno cotidiano, que

difería mucho del que ella había disfrutado de jovencita, pero, en fin, aquella era otra vida. Y otros tiempos. No es que no le gustase Martí; de hecho, lo consideraba un muchacho muy trabajador y apuesto. Tampoco albergaba dudas acerca de lo mucho que amaba a Julia, no había más que ver cómo la miraba y la delicadeza con que la trataba. Por eso se la había ganado. No obstante, cuando María pensaba en la vida que esperaba a la joven pareja, en aquel noviazgo largo y en las pocas oportunidades que tendrían después, se desesperaba un poco. Era en esos momentos cuando se preguntaba qué habría podido hacer ella para que las cosas hubiesen sido de otra manera, qué habría tenido que cambiar para dar a sus hijas una vida y unas oportunidades diferentes.

—Vamos, hija —regresó como un rayo a la realidad—, sube las escaleras y ve a decirles a Carmen y a Ángeles que es el último aviso antes de que me enfade.

María acudía una vez por semana a comprar al colmado de la viuda Grau, situado en la calle Premià. Siempre se hacía acompañar por sus hijas, porque la señora Grau tenía un solo hijo, Emili, y a la buena mujer solo le salían los piropos para las hijas de los demás. En especial para las de María, a las cuales elogiaba y aplaudía desde el día que llegaron a Sants. Cuando eran pequeñas, la tendera les regalaba confites y otras golosinas, y siempre había sido tan generosa con ellas como amable con María. Les encantaba charlar, intercambiaban novedades de los conocidos mutuos mientras compraba lo necesario para la semana.

María notaba que tenían muchas cosas en común. La señora Grau era de complexión generosa, pero no tenía ni un ápice de vulgar. Era una gran señora que siempre vestía impecable, incluso atendiendo tras el mostrador, porque, a diferencia de su hijo, se negaba a usar el guardapolvo azul marino como antiguamente también solía llevar su marido. Mientras su hijo aprovisionaba la tienda de infinidad de buenos productos, ella trataba a la clientela con maneras intachables. El negocio funcionaba desde hacía muchos años, lo habían abierto en vida de su marido y eran toda una institución en el barrio, una buena familia con la que a María no le importaría emparentar.

—Dios la bendiga, señora Molina —la saludó la tendera al verla entrar en el establecimiento. Entonces se fijó en las tres hijas que la acompañaban—. ¡Hay que ver, estas jovencitas están cada día más guapas!

Lola se olvidó de su rabieta y se quedó pasmada mirando el escaparate desde el interior, donde siempre se exhibía una variada selección de los productos a la venta y que por Navidad era un

auténtico espectáculo. Conservas de todas clases con las etiquetas vistosas donde figuraban el nombre y el precio, confituras, higos secos, quesos, longanizas, latas de sardinas, chocolate, galletas, botellas de licor, gaseosas y sifones, y todo tipo de viandas. Sus hermanas comenzaron a intercambiar unas frases de cortesía con la señora Grau y pronto la dueña llamó a su hijo Emili para que acudiese a ayudarla. El muchacho salió de detrás de la cortina que separaba el negocio de la vivienda y se dirigió a la señora Molina.

—Buenos días, ¿qué ponemos?

Tenía la edad de Julia, pero a veces aparentaba más años, puede que por el semblante serio y disciplinado o puede que porque la muerte de su padre lo había convertido en el hombre de la casa demasiado pronto.

María le pidió garbanzos y alubias, y el chico pasó frente a Ángeles y Carmen con una sonrisa distraída. Se dirigió a los sacos de legumbres, agarró una pala y comenzó a llenar cucuruchos. Su madre envolvía algunos productos que María le iba pidiendo: la mantequilla, el membrillo, almendras tostadas y un puñado de piñones de los tarros de cristal que la tendera había dispuesto en las estanterías detrás del mostrador y que extraía con ayuda de un palo cuyo extremo terminaba en pinza.

—¿Cómo está su marido? ¿Y sus hijas mayores? —le preguntó de espaldas.

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—¡No podemos quejarnos!

Ángeles depositó la botella de cristal vacía que había llevado de casa sobre el mostrador, para que la señora Grau pudiese llenarla con el aceite que guardaba en los barriles que almacenaba debajo. Cuando hubo terminado, miró a la muchacha con las manos apoyadas en el mármol.

—El otro día estuve pensando en ti, señorita.

Ángeles se quedó parada.

—Ah, ¿sí?

—Es a ti a quien le gusta mucho la música, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Cuántos años tienes ahora...? ¿Catorce? ¿Quince?

—Catorce, señora.

En ese momento la viuda Grau se dirigió a María.

—Debería llevar a esta joven al Orfeó de Sants —le propuso—. ¡Le gustaría mucho, ya lo creo que sí! Mi hijo ha entrado en el coro masculino. ¡Cuéntaselo, Emili! Tendría que ver lo estupenda que es la juventud que va. ¡La flor y nata del barrio!

María alzó las cejas y prestó atención.

—Pero yo apenas sé nada de música... —intervino Ángeles.

—Mi hija es muy modesta. —La madre descartó su comentario con un gesto de la mano. ¿Por qué la cuarta habría salido tan cándida?—. La verdad es que yo misma les he dado algunas nociones que aprendí de jovencita. Y debo decir que Ángeles siempre ha demostrado tener oído y buena voz. ¿Y dice que hay buenas familias en el orfeón?

—¡Tan buenas como la nuestra! —La mujer se dio unos golpecitos en el pecho—. De hecho, todas sus hijas serían muy bien recibidas en nuestra agrupación.

—Yo quiero ir a casa de la señora Minerva —irrumpió Lola.

Carmen le dio un codazo sin ningún miramiento. La señora Grau lo ignoró.

—¡Tendría que haber visto las fiestas que organizaron la pasada Navidad, señora María! El orfeón cumplió veinticinco años y tuvimos baile de sardanas con la Cobla Barcelona, funciones de teatro de gran categoría y conciertos. Pero no se crea que solo es por Navidad. El orfeón organiza actividades cada mes, y esta juventud, y también las familias, por supuesto, tenemos entretenimiento asegurado.

—¿Y qué hay que hacer para que las chicas entren en el orfeón? Porque Carmen también debería ir... Solo se lo permitiría si pudiesen ir las dos.

—Ay, sí, madre, a mí me encantaría ir —dijo la muchacha, y su madre le lanzó una mirada de aprobación. No es que se lo hubiese pensado mucho, pero a Carmen cualquier cosa que supusiese salir de casa y dejar de coser le parecía atractiva. Aun así, se vio obligada a preguntar—: Pero ¿yo también tendría que cantar? Quizá antes debería practicar un poco... Yo no lo hago tan bien como Ángeles.

—Se puede aprender. —Emili había regresado al mostrador y estaba haciendo la suma de la compra. Miró a las dos chicas con aquellas cejas gruesas y negras que contrastaban con una piel muy blanca. Tenía el aspecto enfermizo de su difunto padre y la bondad escrita en unos ojos casi transparentes que escondía tras unas gafas de miope—. En el orfeón dan clases gratuitas de solfeo, de vocalización, de canto, de teoría musical, canciones con gestos para los más pequeños... También hay un grupo de teatro.

—¿Teatro? —Carmen lo miró rápida como una centella y comenzó a hacerle preguntas.

Mientras escuchaba, Ángeles se iba haciendo a la idea de lo que les estaban proponiendo. Enseguida vislumbró la oportunidad que podría representar para ella entrar en el orfeón y su corazón comenzó

a palpitar con fuerza. Nunca se había planteado estudiar música fuera de casa, ni siquiera sabía que tenía la posibilidad de hacerlo. Pero solo de pensar en volver a recibir clases de lo que fuera... Miró un par de veces a su madre, que estaba escuchando al chico con interés.

María no necesitaba saber más. Clases de música gratuitas, se dijo para sí, y en consecuencia introducir a las chicas en un ambiente donde encontrarían familias como los Grau. Salieron de la tienda convencidas de que irían al Orfeó de Sants. María estaba tan satisfecha que respondió a los ruegos de la pequeña Lola y la dejó ir a jugar con su amiga Irene a la tintorería de su madre. Y mientras Carmen y Ángeles comentaban con excitación lo que harían en el orfeón, las clases a las que asistirían, la gente que allí conocerían y todas las actividades a las que podrían ir, su madre planeaba cómo hacerles practicar de lo lindo a lo largo del mes siguiente. Puede que a ella no le hubiese servido de nada aquella formación musical que había recibido siendo jovencita, pensaba, pero a sus hijas les podría resultar muy útil. Se preguntaba cómo era posible que no se le hubiese ocurrido a ella aquella idea tan brillante. Introducir a sus hijas en una agrupación con tanta reputación en el barrio, hacerlo con la recomendación de la señora Grau, tener a su hijo Emili dispuesto a presentarles a los y las jóvenes orfeonistas... «Quizá no consigamos un buen matrimonio para Julia, ni seguramente para Pilar —pensó—, pero con las medianas, si ya empiezan de jovencitas a hacer amistades en un sitio como ese, puede que aún estemos a tiempo». Notó un cosquilleo recorriéndole el cuerpo.

3

Los días se iban acortando a medida que entraban en el otoño y Pilar ya hacía tiempo que había desenterrado del fondo del armario el jersey de lana, ya que hacía frío en la nave donde trabajaba. Cada mañana la misma rutina: levantarse temprano, vestirse, ir a la fábrica con el cestillo del desayuno, entrar en la nave y manejar los telares a la espera de hacer una pausa y disponer de un ratito con las compañeras. Y otra vez a trabajar. Era monótono y aburrido, pero no se quejaba después de todo lo que había sufrido.

Antes de lo sucedido con Casimiro no sabía lo que era sufrir, ni tener miedo de alguien, ni siquiera se había imaginado con detalle lo que algunos hombres de la fábrica buscaban en las más jovencitas, pero ahora ya lo sabía y se cuidaba de tratar con ellos más de la cuenta. No todos eran iguales, eso es verdad, pero había unos cuantos Casimiros y era necesario protegerse y no situarse en su punto de mira. Si de algo se sentía orgullosa era de cómo se había desarrollado su instinto. Por eso sabía que el encargado no tendría suficiente; puede que con ella hubiese desistido, pero lo intentaría con otras y ella no iba a dejarlo correr. Con el tiempo se sentía más fuerte y más capaz de hacerle frente si fuese necesario, porque se le había quedado aquella rabia dentro, muy adentro, que nunca se la había tragado del todo. Al fin y al cabo, le había salido barato porque el muy desgraciado seguía en su puesto y ella tenía que verlo tanto si quería como si no. De esto jamás hablaba con Julia porque la habría preocupado, y a ella le gustaba creer que Pilar ya no pensaba en ello. Pero sí lo hacía, puede que aún con demasiada frecuencia. Y lo que más le disgustaba era ver cómo el encargado se iba ganando al nuevo dueño de la España, don Pepe, haciéndole la rosca más aún que a don Matías. Aquel hombre sabía cómo escalar.

Lo supo antes de que ocurriese. Lo intuyó desde el primer momento en que la chica entró a trabajar en su sección. Ramona —así es como se llamaba— lo tenía todo para un depredador como él: era muy joven, quince años recién cumplidos, de facciones dulces, ojos color miel y unas formas mucho más desarrolladas que su instinto. No tenía familiares en la fábrica que pudiesen velar por ella ni ninguna

experiencia laboral.

Era la presa ideal. Pilar comenzó a vigilarla de cerca sin que ella ni Casimiro se percatasen, porque sabía que aquella clase de hombres no aprenden y que solo se quedan quietos un tiempo. Y quería pillarlo. Ramona era bastante tímida y no se relacionaba mucho con sus compañeras, pero Pilar hablaba con ella de vez en cuando, y le decía que si necesitaba cualquier cosa, que acudiese a ella, que no lo dudase. No deseaba asustarla ni tampoco contarle sus miserias, pero no le quitaba los ojos de encima. Y, tal como esperaba, Casimiro comenzó a tratarla mejor que a las demás, quería hacerle creer que era todo indulgencia y erigirse en su aliado. ¡Era tan previsible, visto desde fuera, que Pilar se sulfuraba! Pero debía atraparlo. A la tercera semana de entrar la muchacha, él la llamó cuando sonaba la sirena. Pilar no llegó a escuchar lo que le decía, pero aquello le bastó. Corrió a avisar a Rita y también a Julia y les pidió que avisasen a unas cuantas tejedoras más.

—No me hagáis preguntas, solo venid conmigo al almacén tan pronto como hayáis recogido las cosas —les pidió—. ¡Vamos, daos prisa!

Se demoraron más de lo que habría querido y comenzó a ponerse nerviosa. ¿Y si no llegaba a tiempo? ¿No debería haber hecho algo antes? Ramona había desaparecido de la nave y probablemente ya estaba en el almacén con aquel canalla. Si le hiciese algo...

Nada más entrar en el almacén oyeron los gritos de Ramona. Sollozaba y suplicaba que la soltasen. Pilar y las otras tejedoras corrieron por los pasillos hasta el lugar de donde provenía la voz y allí encontraron a Casimiro con los pantalones medio bajados y con la mano de la chica agarrada mientras la obligaba a tocarlo.

—¡Cabronazo! —bramó Pilar.

Las tejedoras se abalanzaron sobre él y lo separaron de Ramona, que apretaba los ojos anegados en lágrimas para no ver lo que la estaban obligando a hacer. Unas cuantas se la llevaron mientras Julia y Pilar se encaraban con Casimiro. A Pilar le temblaba el cuerpo de la rabia que sentía. Al percibirlo, Julia se le adelantó.

—¡De esta no te escapas, desgraciado! —le gritó.

Pilar se acercó a él y, antes de darse cuenta, le escupió en la cara. Casimiro hizo una mueca, sorprendido, y alzó la mano para darle una bofetada.

—¡Ni se te ocurra! —aulló Rita desde atrás, y dos tejedoras más lo agarraron.

Él se zafó con un par de tirones, pero las dejó en paz.

—Putas... —Las fulminó con la mirada y huyó a toda prisa.

«Esta vez no —se dijo Pilar, su cuerpo aún sacudiéndose—. Esta vez no se escapará». Salió con Julia y Rita fuera de la nave y el resto de las tejedoras las siguieron. Las que habían salido con Ramona habían hecho que se sentara en una esquina y la rodeaban mientras la chica sollozaba. Ellas le arreglaban el pelo revuelto y le secaban las lágrimas.

—Estate tranquila, ya ha pasado —le decían.

—Ese sinvergüenza... ¡Qué asco! —masculló Jacinta, que, con los años que llevaba en la fábrica, ya había visto situaciones de todo tipo.

—Tenemos que acabar con esto —añadió Julia indignada. No podía creer que otra vez estuviesen en una situación similar—. Vayamos a hablar con Martí, él se lo dirá a don Pepe y...

—No, Julia, no —la interrumpió Pilar—. He visto unas cuantas veces a Casimiro con el dueño y no tengo claro que don Pepe vaya a despedirlo.

—¿Y qué quieres hacer? Habrá que denunciarlo —intervino Rita, y todas las compañeras se mostraron de acuerdo.

—Sí, sí... —le respondió Pilar, pero debemos asegurarnos de que se nos escuche, que no volvamos a verle el pelo nunca más a ese hijo de su madre.

—Huy, eso ya lo veo más difícil... —comentó la tejedora, nada convencida. Todas sabían que hacían la vista gorda, a pesar de todo.

Pilar había recuperado la templanza y, después de mirar a Julia, se dirigió al resto.

—Lo resolveremos nosotras, las mujeres —les dijo a todas con semblante serio.

—¿Nosotras? —Jacinta la miró incrédula—. Ay, hija mía, ¿es que no ves que no podemos hacer nada? Como mucho lo cambiarán de sección...

Pero Pilar ya había tenido tiempo de pensar y sabía exactamente lo que tenían que hacer.

—Jacinta, tu hermana aún trabaja en casa de don Pepe, ¿verdad?

La tejedora alzó una ceja y a continuación dijo que sí.

—Pues iremos a verla —anunció Pilar con la contundencia de quien no admite una réplica— y le pediremos que consiga que nos reciba doña Carmen.

Era una idea disparatada, pero todas estaban hartas de la impunidad que tenían algunos hombres en la fábrica y de algún modo tenían que defenderse. Las más veteranas ya tenían a sus hijas trabajando dentro, o a sus sobrinas o hermanas pequeñas. Y sí, había que poner fin a aquellos episodios de una vez por todas y el caso de Casimiro debía servir de ejemplo. Solo así las respetarían. Así que

fueron allí. Ni siquiera esperaron al día siguiente. Avisaron a los padres, maridos, hermanos de cada una, que salían a aquella hora de la fábrica, y les dijeron que se marcharan a casa, que ellas tenían cosas que hacer y que ya irían luego. No les dieron detalles, pero, ante la determinación de todas ellas, las jóvenes y no tan jóvenes, los hombres no intervinieron.

—Mi hermana me va a matar —murmuró Jacinta, una vez que llegaron y antes de llamar al timbre de la puerta de servicio de los Muntadas.

Una sirvienta joven de pelo ensortijado les abrió y observó con sorpresa la numerosa comitiva de trabajadoras de la fábrica.

—¿Puedes llamar a Juana? Dile que su hermana quiere verla —le pidió Jacinta—. Es por un asunto importante.

Al cabo de unos instantes salía Juana y ambas hermanas se enzarzaban en una discusión entre murmullos —no fuese a oírlas la señora— delante de las demás.

—¿Es que no ves que no os puedo dejar entrar? —insistía Juana con ojos aterrorizados—. ¿Habéis perdido el juicio? ¡Que me juego el empleo!

Pilar avanzó un paso hacia ella e intentó hacerle entrar en razón.

—Juana, no te perjudicaremos, te lo aseguro. Solo queremos hablar con doña Carmen de un asunto grave de la fábrica y luego nos iremos.

—La señora no se mete en cosas de la fábrica —le discutió Juana —, lo que sea que queráis, tenéis que hablarlo con su marido. Y no aquí.

Pero Pilar insistió y le dijo que se trataba de un tema que solo podían discutir con doña Carmen y que quizá solo necesitaban que recibiese a dos o tres, que las otras esperarían afuera. Por primera vez, Juana dudó, y entonces Jacinta le dio el último empujón.

—Venga, Juana, haznos este favor —le rogó—. Te prometo que nos comportaremos como es debido.

Las dejó con la puerta cerrada unos minutos mientras iba a ver a su señora y al cabo volvió a abrir para anunciarles que sí, que doña Carmen las recibiría brevemente.

—Solo puedo dejaros pasar a dos, tres como mucho.

Entraron Jacinta, Pilar y Julia, y las otras se quedaron aguardando.

Avanzaron por un pasillo revestido de madera donde las lámparas de cristales de colores que colgaban del techo iluminaban tenuemente los numerosos retratos de las paredes. Pilar se fijó en un crucifijo y Jacinta le murmuró: «Se ve que doña Carmen es muy de misa», y Pilar

pensó: «Eso servirá». La señora las estaba esperando en un salón no demasiado grande repleto de cortinajes y unas butacas alrededor de una mesa baja. Julia se fijó en que todos los tejidos que tapizaban aquel espacio eran de la España Industrial. Las recibió con expresión grave, aunque en sus ojos se vislumbraba cierta curiosidad.

—Vosotras diréis. —Con un gesto de la mano, les indicó que tomaran asiento cerca de ella.

Pilar fue la encargada de hablar. Ante la sorpresa de Jacinta, no comenzó por la historia de la pobre Ramona, sino por su propia experiencia con Casimiro. Se lo contó sin ambages, ante la mirada cada vez más escandalizada de doña Carmen. Aun así, no la detuvo. Cuando hubo terminado, doña Carmen guardó silencio un instante. Se les hizo eterno. Las tres tejedoras aguantaban la respiración.

—¿Por qué habéis venido a contármelo a mí? —les preguntó finalmente.

Las observaba alternando de una a otra, como si desease adivinar sus intenciones.

—Hemos pensado que usted nos ayudaría —respondió Pilar con sencillez, pero con voz firme.

—Es a vuestro jefe a quien debéis acudir. Y él hablará con mi esposo...

—Perdone, doña Carmen —se atrevió a interrumpirla Julia, que estaba conteniendo la réplica—, pero ya lo hicimos cuando pasó lo de mi hermana y ya ve que el hombre en cuestión sigue en su puesto y aprovechándose de otras chicas....

—Eso no puede ser —contestó la dama en voz alta.

—Hay que ponerle fin, doña Carmen, por el bien de la fábrica y la reputación de todas las que trabajamos allí —se atrevió a concluir Jacinta.

Habían percibido cómo aumentaba la indignación de doña Carmen, la vergüenza que sentía al escuchar aquella clase de asuntos, y de algún modo supieron que habían triunfado, que no solo habían logrado entrar en su casa y que las escuchase, sino que iba a intervenir.

—Podéis iros tranquilas. Ese hombre no os volverá a molestar —les dijo al final. Y, al hacerlo, miró a Pilar igual que se mira a una hija, y con eso ella fue capaz de respirar. Lo supo en aquel preciso instante: acababa de librarse del malnacido de Casimiro.

4

Carmen y Ángeles comenzaron las clases en el Orfeón de Sants. Habían estado practicando con su madre desde el día que estuvieron en el colmado Grau, y a principios de octubre se presentaron a hacer una prueba con la señora Monné. Ella sería su profesora una vez que comenzasen en la entidad y, por fortuna, la mujer estaba satisfecha de los conocimientos básicos que tenían. Podría integrarlas con facilidad en el grupo de jovencitas con las que trabajaba desde el curso pasado. El primer día, las chicas llegaron al orfeón un poco nerviosas; no conocían a ninguna de sus futuras compañeras y al principio todo fueron miradas curiosas y algún cuchicheo.

Antes de que les diese tiempo a decir nada, la señora Monné apareció en el aula y apagó el rumor de voces con un ademán. Avanzó hacia las primeras filas y subió a la tarima de madera, que le permitía disfrutar de una visión general de todas sus alumnas.

—Señoritas Molina, vengan aquí —les indicó.

Carmen avanzó con seguridad por el pasillo, seguida de su hermana, y, una vez en la tarima, la profesora se las presentó a las demás. Les hizo situarse delante del todo. A una señal de la maestra, otra chica se levantó y comenzó a repartir los libros de solfeo. Las hermanas Molina enseguida se percataron de que podían seguir al resto de alumnas, y eso hizo que se relajaran bastante. Después de un cierto anquilosamiento, Ángeles notó que se le aligeraba la voz mientras que Carmen, a su lado, empleaba un tono bajito para no llamar la atención si cometía algún error. Levantaba la mirada del pentagrama con frecuencia y se dedicaba a estudiar a sus compañeras. Era lo que más le interesaba. Había algunas muchachas tan jóvenes como ella, otras más mayores. Todas parecían estar familiarizadas con el espacio, con las clases de la señora Monné; parecían conocerse bien unas a otras por cómo se miraban, por cómo se sonreían o se guiñaban el ojo. Ella quería eso.

Después de la primera hora solfeando, se iniciaron en la vocalización. Debían aprender a colocar la voz y proyectarla de tal manera que cada una fuese descubriendo su potencial. Ángeles seguía las indicaciones al pie de la letra: concentración, respiración y adoptar

la postura indicada y corregida por la profesora para que la voz se proyectase debidamente. Carmen, en cambio, era más inquieta y le costaba mantener la postura.

Hubo momentos, en aquella primera tarde de enseñanza en el orfeón, en que Ángeles se sintió desbordada por la emoción. Porque de pronto se dio cuenta de que entre aquellas voces melodiosas que por momentos formaban una sola; entre aquellas aprendices de canto que llenaban el aula con el sonido de sus voces, estaba la suya. Y supo que lo podía hacer, que había encontrado su sitio.

En el camino de vuelta a casa, Carmen se mostraba un tanto quejicosa. Para su gusto habían tenido demasiadas clases y pocas ocasiones de relacionarse con las otras chicas.

—Yo lo que quiero es hacer amigas.

Al principio Ángeles no respondía, tan sumida se hallaba en sus pensamientos. Pero entonces reparó en que aquel mundo recién descubierto no se haría realidad sin su hermana. Su madre no la dejaría ir si Carmen se cansaba y decidía no volver. Así pues, se esmeró.

—Mira, el próximo día iremos mucho más pronto y seguro que tenemos tiempo de hablar con todas —le propuso—. Tú, ningún problema, porque tienes facilidad de palabra y enseguida serás popular. —Aquel piropo satisfizo a Carmen—. Paciencia, hermanita —prosiguió Ángeles—, que pronto incluso tendremos una pandilla, ¡como Julia y Pilar!

Ángeles sabía lo mucho que su hermana deseaba emular a las dos mayores. No obstante, Carmen aún tenía mucho que decir:

—Pero ¿y Emili Grau? ¿Y los chicos? ¿Tú sabías que las clases de canto se hacían por separado?

—El coro de cantantes es mixto, no te preocupes.

—Falta mucho para que entremos. Ahora mismo solo podemos ir a clase y ni siquiera coincide el día con las de los chicos. ¿Cómo crees que vamos a formar una pandilla de amigos como la que tienen Julia y Pilar si lo hacemos todo por separado?

—Porque a partir de ahora nos permitirán asistir a todas las fiestas y conciertos del orfeón.

—En eso tienes razón...

—Siempre tengo razón, pero no me escuchas.

Carmen le dio un empujoncito y la otra se tambaleó, pero no se quejó. Apretaron el paso mientras Carmen, un poco más animada, un poco más convencida, se echaba unas risas con Ángeles imitando a la señora Monné.

—¡Señoritas! —gritaba modulando la voz—. ¡Inspirad por la nariz

para abrir el diafragma!

5

Pilar se sentía como si hubiese resurgido de sus cenizas. Habían despedido al encargado y ahora ya no tenía que verlo cada día ni preocuparse por si acosaba a alguna otra víctima como ella. Las chicas podían trabajar con la tranquilidad de saber que aquel canalla no volvería a hacerles daño, y tal vez aquello sirviese de ejemplo y ahuyentase a cualquier otro al que se le pasase por la cabeza aprovecharse de ellas. Ahora todas sabían que podían defenderse. Fue lo primero que les dijo Martí, asombrado por lo que habían hecho y orgulloso de que su prometida hubiese tenido también un papel importante.

A Pilar le gustaba mucho Martí, era el muchacho ideal para su hermana, y podía decirlo con conocimiento de causa porque había tenido tiempo de conocerlo a fondo al verlo cada día en la fábrica y, sobre todo, los domingos cuando salían en grupo. Además, el chico había empezado a ir algún día a comer a su casa y sus hermanas pequeñas también lo trataban con familiaridad. No obstante, en ocasiones a Pilar le exasperaba un poco que Julia perdiese tanto el mundo de vista por su causa, que no pudiese prestar atención a nada más que a su novio. Notaba que, de un tiempo a esa parte, su hermana y ella se habían alejado un poco porque tenían preocupaciones diferentes. Julia solo pensaba en el día en que se casaría con su prometido, mientras que lo único que ella deseaba era divertirse.

Afortunadamente, el grupo de amigos se había consolidado y disfrutaba de muchas oportunidades para hacerlo. Eran tantos y tan bien avenidos que las chicas Molina iban al cine sin parar, a las fiestas que se celebraban en el barrio, y hasta les permitían alguna vez salir de Sants todos juntos. Julia y Pilar habían ido unas cuantas veces a la playa el verano pasado, y las últimas semanas se dedicaban a ir a la montaña de Montjuïc, donde asistían a los avances en el ajardinado y la construcción de los pabellones de cara a la futura Exposición Internacional en 1929. Pilar disfrutaba con estas salidas, se sentía libre, se consideraba mayor y un poco independiente. Ganaba su jornal como tejedora y se le permitía que gastase una pequeña parte en ella misma.

El último viernes de octubre ambas hermanas fueron llamadas al despacho del jefe de sección. Por la mañana les habían dicho que al finalizar la jornada debían presentarse allí. No eran las únicas tejedoras de su sección a las que habían citado, también Rita estaba allí y unas cuantas más. Lo cierto es que todas llevaban tiempo esperándolo y, al saberlo, no pudieron evitar ilusionarse antes de tiempo con la noticia que las esperaba. Tenía que ver con la nueva nave que acababan de habilitar para la confección de pana para tapicería. Estaba próxima a la suya, pero completamente nueva, a la que ya se habían asomado unas pocas veces mientras la ponían a punto. Se percibía el olor a pintura y las paredes blancas resplandecían sin una pizca de suciedad con la luz de los amplios ventanales. A todo lo largo habían instalado unas máquinas nuevas recién llegadas. Se trataba de unos telares a doble de ancho pensados para perfeccionar y expandir el negocio de la tapicería.

Todo el mundo sabía que aquella nave era la nueva joya de la España, donde se fabricaría un tejido nuevo que se estaba perfeccionando y dando buenos beneficios. Don Pepe deseaba hacer crecer el negocio con la pana para tapicerías después de que su difunto suegro hubiese apostado, en su día, por la pana para vestir a los soldados. Eran nuevos tiempos y la sociedad demandaba otras cosas. En las casas burguesas —ellas lo habían visto con sus propios ojos— había dinero, y las buenas familias querían lucir los mejores muebles y tapizados de primera cuando acudiesen las visitas. La casa era su reino particular, como decía el dueño, y la mejor carta de presentación que tenían. De modo que había puesto mucho esfuerzo —y dinero— en aquella nueva sección, y, por descontado, quería a las mejores tejedoras trabajando allí.

Al acabar su turno, Pilar recogió su chaqueta y el cesto y se reunió con Julia y el resto de las compañeras citadas. Se dirigieron juntas al despacho del jefe de sección. El señor Tomàs era un hombre mayor, nadie entendía cómo es que aún seguía trabajando, quizá porque la dirección no quería prescindir de él después de tantos años. Su espalda estaba tan encorvada que tenía que levantar mucho la cabeza cuando quería hablar con alguien. Pocas veces se lo veía fuera de su despacho. Las chicas no hablaban con él, salvo que se dirigiese a ellas expresamente. Se sabía que tenía trato directo con el dueño y era muy respetado.

—Señoritas —comenzó. Era un hombre que, a diferencia de los demás, las trataba con cierto respeto—, supongo que ya saben por qué están aquí.

Les notificó oficialmente que en dos semanas pasarían a trabajar

en la nueva nave. Les soltó el discursito que tanto le gustaba sobre la España, sobre lo que se esperaba de todas ellas, y les advirtió de la formación que recibirían antes de utilizar los nuevos telares porque tenían cierta complicación, porque habían costado un riñón y medio al dueño y porque debían usarlos a pleno rendimiento y con la delicadeza de un familiar. Las tejedoras no dejaban de murmurar cosas y darse codazos, excitadas. Cualquier cambio en la rutina les alegraba la vida; la mayoría eran jóvenes y anhelaban la novedad. El hecho de empezar a trabajar en un espacio tan diáfano y flamante era en sí mismo un incentivo. Sin embargo, no era el único. Fue en aquel momento cuando Julia dio un paso adelante, tal vez alentada por el reciente éxito con doña Carmen.

—Perdóneme, señor Tomàs, pero las chicas y yo querríamos saber si nos aumentarán el jornal —le preguntó sin ambages.

El anciano la miró con cierta severidad.

—No me han dicho nada de eso —le respondió.

Otras tejedoras se alinearon con Julia, insistiendo en que tendrían mayor responsabilidad y que, por lo tanto, aquello debía reflejarse de alguna manera en lo que ganaban.

—De acuerdo, de acuerdo —accedió el hombre finalmente—; hablaré con la dirección y ya os diré algo.

Algunas ya lo celebraron, dándolo por hecho, porque si alguien tenía influencia para conseguirlo era él. Y poco a poco fueron saliendo del despacho.

De regreso a casa, Pilar hablaba sin tregua con sus compañeras, les detallaba todo lo que se compraría cuando tuviese un poco más de dinero: quería unas medias finas, puede que acudiese al zapatero para que le arreglase unos zapatos que había heredado de Julia, o vete a saber si incluso se compraría unos nuevos. Buscaría unos botines negros con un poco de tacón para el invierno y con una hebilla delante. Julia sonreía por dentro, sumida en sus propios pensamientos. Estaba orgullosa de haber tomado la palabra ante el señor Tomàs y, desde que había salido del despacho, en lo único en lo que podía pensar era en lo que supondría para ella aquel posible «pequeño aumento».

6

Era martes y en casa de los Molina estaban celebrando el Día de Todos los Santos. Por la mañana, como muchas otras familias vecinas, habían ido a misa a escuchar el sermón, pero, a diferencia de aquellas, ellos no habían peregrinado a continuación hacia el cementerio porque no tenían allí a ningún muerto. María y las chicas volvieron a casa a preparar el gran ágape, mientras Gregorio se dirigía al café y Miguel iba a hacer cola a la pastelería Vives para recoger los *panellets* que había encargado, sueños de mazapán que harían las delicias de sus sobrinas; solo por eso, aguantaba sin rechistar la larga fila. Luego se reuniría con su hermano en el café y, a la hora de comer, regresarían juntos a casa. Las chicas estaban tostando castañas en una sartén vieja que habían agujereado, y el olor se juntaba con el del asado que su madre estaba acabando de preparar y que les despertó el apetito. Julia estaba contenta porque Martí iba a ir a comer. El muchacho le había dicho que por la mañana saldría con la bicicleta, como solía hacer los festivos, y desayunaría con el grupo de deportistas.

—No comas mucho, que ya sabes que madre prepara viandas de sobra para comer —le había advertido ella, consciente de cómo eran aquellos desayunos.

—¡Y de las buenas! —Martí se chupaba los dedos con la comida de su futura suegra—. No te preocupes, que mi estómago tiene capacidad para todo.

Julia sonrió al recordar la respuesta porque era consciente de que cuando estuviesen casados tendría que cocinar mucho. Llevaba tiempo aprendiendo al lado de su madre y tomaba nota mental de todo lo necesario para llevar una casa. Mientras hacía brincar las castañas con una graciosa sacudida de sartén que hacía que despidiesen chispas, se fijaba en cómo su madre cocinaba el asado.

Llegaron su padre y su tío y se dirigieron directamente a la cocina.

—¡Ay, María, qué bien vamos a comer!

—Desde luego —dijo ella, orgullosa. Se dirigió a sus hijas—: Ya podéis poner la mesa porque enseguida estará todo preparado.

—Poned un cubierto más —avisó Gregorio levantando un dedo.

María se volvió hacia él y, secándose las manos con el extremo del delantal, lo miró con gesto interrogante.

—Me he encontrado con Martí —explicó—. Iba con el grupo de la bicicleta y me ha presentado a un amigo suyo. Se llama Joan... no sé qué. Por lo visto ha perdido a su madre y no tiene a dónde ir por Todos los Santos. Me ha parecido que Martí quería que lo invitase a casa y lo he hecho.

María se puso las manos en la cintura.

—¡Mira qué bien! Y yo no tengo nada que decir, ¿verdad?

—Mujer..., ¿qué querías que le dijese?

—Bueno, bueno, da igual. He preparado más comida de la necesaria, o sea que no viene de uno más.

No tardaron en aparecer los dos muchachos. Julia acudió a abrirles con una sonrisa de oreja a oreja. Martí le presentó a su amigo, que le pareció el chico más alto que había conocido nunca.

—Muchas gracias por invitarme —dijo él en un tono encantador. Tenía las facciones de un actor de cine—. Espero no molestar.

—¡En absoluto! Si es amigo de Martí, es muy bienvenido.

Almorzaron en el comedor, alrededor de una mesa con un aspecto magnífico y una conversación animada por la llovizna suave y persistente que había comenzado a caer afuera. Los cristales goteaban y el fuego de la chimenea desprendía una calidez muy agradable. Los hombres hablaron de ciclismo y de fútbol, pasiones que compartían. Los dos jóvenes eran socios de la Unió Esportiva de Sants y enseguida convencieron a Gregorio y a Miguel para ir a ver el próximo partido que jugarían en casa.

—No se puede decir que estemos haciendo una buena temporada, de momento —se lamentó Martí—. Anteayer perdimos contra el Europa y eso nos sitúa en penúltimo lugar de la clasificación.

—¡Martí, hombre, tenemos muchas jornadas por delante! —le rebatió Joan con optimismo. Se dirigió a Gregorio y a Miguel—: Señores, ustedes serán nuestro talismán: ¡tienen que asistir a nuestro siguiente partido en casa!

—¡Eso está hecho, hijo! —le aseguró Gregorio, que se había encendido un purito que le había llevado el muchacho.

María, sin embargo, no estaba en absoluto interesada en aquella conversación, y tampoco los estaban las chicas, así que la desvió hacia otros temas.

—Entonces, Joan —le dijo—, me ha comentado Martí que eres de la Barceloneta.

El muchacho se limpió la boca con la servilleta y asintió con la cabeza.

—Allí es donde nací y donde he vivido mucho tiempo con mis padres —le aclaró—, pero ellos vinieron de fuera.

—Como nosotros —dijo Gregorio—. ¿De dónde eran tus padres?

Joan cogió una castaña y le quitó la cáscara con los dedos.

—¡Ojo, que aún están calientes! —le advirtió Lola, que se había enamorado de él, lo mismo que sus hermanas, que miraban al forastero tan embobadas como si uno de aquellos galanes que veían en el cine Liceu hubiese salido de la pantalla y se les hubiera sentado a la mesa. Martí y Julia intercambiaban miradas y se reían con disimulo. Era obvio que todas querían decirle algo al recién llegado y estaban buscando la ocasión. Bueno, todas no: Pilar estaba sorprendentemente callada y jugueteaba distraídamente con la cucharilla del postre.

—Mi padre era de Aragón, de Sierra de Luna —respondió Joan a sus anfitriones—, y la familia de mi madre provenía de Castilla. Mi padre tenía muchos hermanos y vino a la ciudad en busca de trabajo. Se conocieron aquí. Él trabajaba en La Maquinista Terrestre y Marítima, por eso vivíamos en la Barceloneta, pero, cuando murió hace dos años, mi madre y yo nos trasladamos a Collblanc. Encontré un empleo en un taller mecánico, ¡me encantan los coches y los motores en general!

Cada vez que sonreía mostraba unos dientes blancos perfectamente alineados. Los ojos, pequeños, le brillaban, y miró una por una a las chicas de la casa.

—Gregorio nos ha dicho que tu madre ha fallecido hace poco —dijo María.

—Sí, señora, no tenía muy buena salud.

—Entonces, ¿no tiene a nadie más? —Era la primera pregunta que le hacía Pilar. Lo miraba de soslayo, bajando un poco los párpados. Estaba claro que utilizaba todas las armas de seducción a su alcance.

El muchacho se encogió de hombros sin perder el semblante sonriente.

—Tengo una hermana mucho más joven que ahora vive en el pueblo de mi madre con unos tíos. Yo me he quedado aquí. —Le tocó el codo a Martí—. Tengo buenos amigos y, por suerte, un trabajo que me gusta mucho.

—Bien hecho, chaval. —Miguel, que estaba sentado al otro lado, le apretó el hombro y volvió a llenarle el vaso de vino.

Después de comer, las chicas se levantaron y comenzaron a quitar la mesa mientras los demás se quedaban sentados. Gregorio se sirvió un culín más del licor que había llevado Martí y que tan bien casaba con las castañas y los *panellets*. Ofreció a los demás. María, con una

voz más animada de la cuenta —puede que precisamente por aquel licor—, propuso ir a dar un paseo todos juntos, y las chicas, desde la cocina, fueron asomando la cabeza para decir que sí, que les apetecía mucho.

—Vendréis con nosotros, ¿verdad, Martí? —le pidió Carmen con toda la intención para que Joan se sumase. No hacía otra cosa que manifestar el deseo de todas: dejarse ver por el barrio con aquel nuevo muchacho tan alto y tan atractivo. Pero Joan se excusó y les dijo que él no podía acompañarlos. Como había pasado toda la mañana con la bicicleta, aún no había ido al cementerio a llevar flores a sus padres y tenía pensado hacerlo entonces. De manera que, para disgusto de las chicas, se levantó de la mesa para dirigirse a donde estaba sentada la anfitriona.

—Señora María —le dijo a modo de despedida—, gracias por este almuerzo. No recuerdo haber comido tan bien desde que vivía mi madre.

Se inclinó hacia ella para besarle la mano y María pensó que, a pesar de ser un simple mecánico, aquel Joan no solo tenía el aspecto de una verdadero señorito, sino también las maneras.

—Puedes venir cuando quieras con Martí, hijo —le salió decirle —; siempre serás bienvenido.

7

Carmen estaba en lo cierto con aquello de que las clases en el orfeón las hacían los chicos y las chicas por separado, pero se equivocó en una cosa: en el hecho de que nunca coincidirían con ellos. El jueves siguiente se toparon con Emili y sus compañeros en el preciso instante en que salían ellas de canto.

—¿Cómo os va? ¿Os gustan las clases? —les preguntó el muchacho con interés.

—¡Sí, estamos encantadas! —Ángeles quería demostrarle su gratitud.

Emili les contó que el coro estaba ensayando el repertorio para el siguiente concierto, al cual esperaba que asistiesen.

—¡Por supuesto! ¿Cuándo será?

—Dentro de dos semanas, en la sala de fiestas.

—¿La sala de fiestas del orfeón? —preguntó Carmen—. Aún no hemos podido verla.

Emili miró por encima de su hombro, calculando que todavía faltaban unos minutos para comenzar el ensayo, y entonces les indicó con un gesto que lo siguiesen por un pasillo. Las chicas lo hicieron, y cuando Emili abrió las dos puertas de madera que daban acceso a la sala de fiestas, ambas se quedaron boquiabiertas. Frente a ellas se abría un espacio que les pareció enorme, de techos altos, con un escenario de madera al fondo vestido con pesadas cortinas. La platea era preciosa, y los palcos que se extendían por todo el contorno del piso superior conferían un aspecto regio al teatro.

—Qué sala tan bonita... —murmuró Ángeles apretándose el pecho con una mano.

Carmen prefirió no mostrar la impresión que le había causado, por si acaso el muchacho las tomaba por unas crías que todavía no habían salido del cascarón. Emili les dijo que la sala de fiestas del orfeón era el orgullo de la entidad. Les contó que allí acudían a tocar cada mes coblas muy populares y que se bailaban sardanas, se celebraban conciertos con maestros reconocidos y cantaban con las diferentes secciones del coro. Mientras él les daba los detalles, las chicas paseaban la mirada por el escenario y la platea y los llenaban

de gente con la imaginación. Ambas percibían las experiencias que vivirían allí y se pellizcaban discretamente, como si no se lo acabasen de creer.

—Aquí también se hacen las funciones de teatro, ¿verdad? —preguntó Carmen.

—Por supuesto. Ahora mismo estamos preparando dos para el próximo mes: una de adultos y unas fábulas para niños.

—¿Tú participas, Emili? —Carmen no pudo evitar abrir mucho los ojos.

—Si te refieres a si actúo, ¡no! —aclaró—. No sé ni jota de actuar. —Carmen bajó los párpados—. Pero ayudo a hacer los decorados —añadió.

Ella habría querido preguntarle muchas más cosas: cómo de buenas eran las actrices del elenco dramático del orfeón; qué edad tenían, cuándo y cómo podría acceder; qué debía hacer una chica como ella para actuar en un lugar como aquel. Le habría contado que tenía la intuición de que lo haría muy bien, que cuando actuaba en casa para sus hermanas se lucía, y que en un escenario como aquel lo haría de maravilla. Mientras todos estos pensamientos se agolpaban en su mente, Emili se percató de que se le había hecho tarde. Seguramente su grupo ya estaba a punto de comenzar el ensayo.

—La próxima vez os enseñaré más cosas —les prometió.

Las acompañó fuera de la sala y ajustó las puertas de madera. La magia y los buenos momentos que prometía aquel lugar se quedaron guardados hasta futuras ocasiones. Ambas hermanas salieron del orfeón cuando el resto de sus compañeras ya se habían ido a casa, también cuando las puertas del aula donde ensayaban los integrantes del coro ya se habían cerrado. Pudieron escuchar las primeras entonaciones de unas voces masculinas que iban subiendo de todo, comenzando una canción que seguramente escucharían en su primer concierto.

8

El domingo amaneció tan soleado como el grupo de Julia y Pilar esperaba. Llevaban una semana de más bonanza de lo habitual en aquellas fechas y las chicas habían estado rezando para que el tiempo aguantase hasta su día festivo y pudiesen salir con la pandilla de excursión. De hecho, ya lo habían discutido y, a menos que hubiese caído un chaparrón de mil demonios, de ninguna manera habrían cambiado de planes. Después de comer, les faltó tiempo para arreglarse y salir de casa apresuradamente para ir a tomar el tranvía. Cerca de las cocheras se reunieron con Rita, Martí y también su amigo Joan, que se había integrado en el grupo con mucha facilidad.

El resto de jóvenes fueron llegando los minutos siguientes. Irían en tranvía hasta el puerto de Barcelona. A pesar de estar lleno, lograron subir y ocupar algunos asientos delanteros. Desde allí veían pasar la ciudad y no se perdían ningún detalle. Pilar se sentó entre su amiga Rita y Anna María, una chica que trabajaba en la fábrica de chocolate de la calle Sugranyes y que vivía con su familia a tres puertas de su casa. Sus madres eran amigas desde hacía años y a veces les regalaban una tableta de chocolate de la fábrica. Las tres observaron el paso del tranvía por Hostafrancs, con el que se cruzaban carros tirados por animales y criaturas de familias gitanas que vivían por los alrededores. Enseguida llegaron a la plaza de Espanya, que se desplegó ante ellos con toda su inmensidad. Para ellas aquella plaza había sido siempre la frontera natural entre el mundo conocido y Barcelona. Llegar e ir más allá era lo mismo que salir al extranjero. No hacía tanto tiempo que tenían permiso para hacerlo sin sus padres y aquello representaba la libertad absoluta. Sentían una especie de excitación que crecía a medida que el tranvía avanzaba.

—Mirad La Pansa. ¡La terraza está a reventar! —señaló Rita, antes de que el tranvía diese la vuelta para tomar la avenida del Marqués del Duero.

—Mi padre me ha contado que el café se llama así porque desde siempre sirven el aguardiente con una pasa dentro —añadió Anna María.

—¡Y tú te lo has creído, boba! —bromeó Pilar pellizcándole la

nariz. De vez en cuando se volvía para que Joan pudiese apreciar su perfil bueno.

—¡Que sí, que es verdad! —Anna María no se percataba de que solo la estaba utilizando para reír y hacerse notar ante el muchacho.

No es que le gustase mucho, tan solo era la novedad. A los demás ya los tenía muy vistos. Joan le parecía, en realidad, demasiado alto, y eso la enojaba porque a su lado se veía pequeña, cuando ella no se consideraba para nada bajita. De haber tenido más dinero, ya se habría comprado unos buenos tacones. Pilar era consciente de que Joan gustaba a todas las chicas del grupo y por eso quería llamar su atención. Por nada más.

El tranvía dejó atrás La Pansa y también la plaza de toros, que ocupaba gran parte de aquella encrucijada de calles. Las tres miraron hacia la gran avenida que se estaba urbanizando en la ladera de la montaña y donde resplandecían los palacios que se preparaban para acoger la exposición internacional. Pero aquello no tendría lugar hasta dentro de un año y medio y a ellas les parecía una eternidad. Enfilaron la avenida del Marqués del Duero en dirección a las aguas del puerto y, hacia el final, el cielo se abrió para mostrar su azul invernal. Las golondrinas, aquellas embarcaciones que salían a dar una vuelta mar adentro, estaban llenas de familias, y algunas gaviotas volaban bajo para pescar algo de comer.

—Hemos hecho bien viniendo. Parece que la tarde va a aguantar —dijo Julia a Martí después de inspirar fuerte el aire húmedo y salino.

Estaban sentados un poco más atrás que el resto y se daban discretamente la mano. Martí se la apretó, descargando un poco la impaciencia que lo asaltaba desde hacía dos días. Tenía una noticia que darle, pero había decidido aguardar la ocasión idónea. Durante el paseo, se apartaría un poco de los demás y hablaría con Julia.

Se apearon del tranvía, primero los chicos, que cortésmente ofrecieron la mano a las chicas para poner el pie en el suelo, y poco a poco fueron caminando hacia el paseo Nacional. Había bastante gente llegada de todos los rincones de Barcelona y alrededores que habían tenido la misma idea que ellos.

Pilar tomó del brazo a sus dos amigas y encabezaron la marcha del grupo. Le gustaba oler tan de cerca el mar, ver los reflejos brillantes de las aguas y las barcas amarradas en el muelle, los veleros, con aquellos palos tan altos, y las modernas barcazas de mercancías. Pero también disfrutaba fijándose en el otro lado del paseo, donde se apiñaban las casas de una sola planta o de dos que sobrevivían a los edificios de mayor altura que se iban construyendo. La Barceloneta era un barrio eminentemente marinero, muy popular, donde las mujeres

tendían la ropa en los balcones y se sentaban en sillas que sacaban al portal. Un poco como en su barrio de Sants, con la diferencia de que las familias no vivían del mar, sino de las fábricas próximas. En medio de las casas de la Barceloneta había tabernas, todas llenas de hombres, por supuesto, marineros y gente del barrio que, al igual que su padre y el tío Miguel, las convertían en una especie de segundo hogar. Pilar se fijó en dos marineros viejos sentados en el muelle que fumaban en pipa: el rostro seco de tanto mar, viento y tormentas; la mirada un poco oscura, cansada de alargarla hasta vislumbrar el horizonte. Cuando pasaron por delante, se las comieron una a una con aquellos ojos pequeños, y Pilar se estremeció.

—Me ha entrado un poco de frío —le dijo a Rita aferrándose a su brazo.

—Pues caminemos más deprisa y entrarás en calor —le contestó ella.

En aquel momento, Joan y otro chico del grupo se colocaron a su lado para charlar. Joan les señaló un par de restaurantes que conocía; de hecho, él había nacido cerca de allí.

—Cuando hace buen tiempo, sacan las mesas al paseo y se está la mar de bien. —Pilar no sabía cómo lo había conseguido, pero en un pispás se había colocado entre Anna María y ella y ahora solo se dirigía a ella—. Y hacen una langosta... para chuparse los dedos. Algún día te invitaré.

Joan le hacía reír. Siempre hablaba como si fuese un verdadero señor. Soñaba a lo grande y no se avergonzaba de comentarlo. Un día que iban paseando, le había contado lo de los motores y los coches que arreglaba. Le había dicho: «Algún día tendré mi propio coche y te llevaré de paseo como una señora». Y ella se lo había creído porque hablaba con un convencimiento que no dejaba resquicio a la duda. Aquel día se había sentido elegida entre todas las chicas del grupo, pero luego vino la rabieta cuando escuchó que aquella misma frase también se la decía a Anna María. Y vete a saber a cuántas más. Esto había herido su orgullo y había decidido seducirlo para luego darle calabazas. Solo para divertirse un poco. Por eso, mientras paseaban por el puerto, le preguntó por su infancia, por cuando vivía con sus padres y con su hermana pequeña, y dejó que hablara. No había nada que le gustase más a los chicos que te interesaras por ellos y sus cosas; no había nada mejor que dejarlos hablar y fingir que lo descubrías todo a través de sus ojos. Y de eso Pilar sabía bastante. Joan hablaba y hablaba y le mostraba los lugares que conocía.

Y cuando ya estaba de lo más animado, de repente Pilar se volvió y se dirigió a Toni, un muchacho que trabajaba en la España con Martí

y que llevaba tiempo enamorado de ella. Le hizo una broma y, dejando a Joan con Rita y Anna María, se quedó charlando con él.

—Dejemos que se queden un poco atrás, Julia —le pidió Martí a su prometida. Era tanta la ilusión que incluso le temblaban un poco las piernas—. Tengo que decirte una cosa importante.

La chica se detuvo en seco y lo miró con aquella expresión seria tan característica.

—No me asustes —le dijo—. ¿Ha pasado algo malo?

Martí se rio y eso le hizo relajarse.

—Pero mira que eres sufridora, chica. ¡Si lo que quiero es darte una buena noticia!

—Ah, ¿sí? —Inmediatamente se le dulcificó la expresión.

Él la tomó de las manos y la miró con cierta solemnidad, lo que a Julia le recordó el día que se le declaró. Martí sonrió de oreja a oreja, adelantándose a la noticia que estaba a punto de darle y en la cual se había estado recreando tanto tiempo.

—Pronto podremos casarnos.

Julia se quedó sin respiración.

—¿Me lo dices en serio?

Él se rio satisfecho.

Conocía a una familia del barrio que el próximo año dejaría el piso donde vivían. Un piso pequeño, en la calle Galileu, con dos habitaciones, una cocina, un comedor pequeño y una galería que daba al patio de luces. Un sitio modesto, pero suficiente para ellos y para la familia que fuesen formando. Con solo decirlo, Martí notó que se le erizaba el vello. Le contó a Julia que aquella familia regresaba a su pueblo y que le habían asegurado que el propietario se avendría a mantenerles el alquiler, que era bastante ajustado. Martí había estado haciendo números y, ahora que ya había ahorrado un buen pellizco y a ella le habían aumentado la paga, creía que podrían salir adelante.

—Así que, Julia, creo que ha llegado el momento de empezar a planificar nuestra boda —concluyó muy orgulloso.

Si por él fuese —Julia ya lo sabía—, ni siquiera habrían necesitado casarse. Para Martí su compromiso con ella era sagrado y su amor, incondicional; no era hombre de creer en formalidades ni rituales de la Iglesia, pero respetaba los deseos de Julia y estaba decidido a hacer lo que fuese necesario para tenerla a su lado.

—La familia dejará el piso en primavera, como mucho a finales de mayo. O sea, que he pensado que podríamos casarnos por San Juan. ¿Cómo lo ves?

A Julia no le salían las palabras. Su corazón latía con fuerza por lo mucho que había estado esperando ese momento. Las orejas le

silbaban de felicidad y le entraron unas ganas locas de gritarle a su hermana Pilar, que iba caminando con las demás chicas y los chicos unos metros más adelante. «¡Martí y yo nos casamos!», habría gritado a los cuatro vientos. Hubo de decirse que aún tendrían que esperar a que pasase todo el invierno y también una primavera hasta que llegase San Juan. Qué buena idea había tenido Martí de casarse por San Juan. El próximo verano ya sería una mujer casada, y aquella vida soñada junto al hombre que amaba podría por fin comenzar. Fueron al encuentro del grupo para darles la noticia.

Volvían a casa en el tranvía nocturno. Hacía tiempo que había oscurecido y Pilar estaba cansada. Anna María, a su lado, le susurraba al oído cosas sobre Joan. Estaba animada porque veía que el chico le prestaba atención.

—¿A que tú también lo has notado? —le preguntó a Pilar.

—Qué quieres que te diga, chica. Joan anda coqueteando con todas las del grupo.

Anna María se hizo la ofendida, pero no por mucho tiempo.

—Pues Rita también se ha dado cuenta. ¿A que sí, Rita?

La chica, que estaba sentada delante, la apartó con un ademán.

—¡A mí no me metáis en líos! Yo no he visto nada de nada.

Pilar sonrió por dentro, triunfal. Su mejor amiga jamás la contradecía.

—Ya lo ves, chica —le respondió a Anna María—. Más te vale no hacerte ilusiones. Los chicos como Joan saben latín.

—Es un chicarrón... —insistió Anna María, impertérrita, con aire soñador—. ¿Sabéis qué? Ya sé a qué actor me recuerda.

—¿A cuál?

—A Douglas Fairbanks. Ese que hizo *Robin Hood*, *El ladrón de Bagdad*...

—¡Joan es mucho más joven! Fairbanks debe de tener por lo menos cuarenta años.

—Mujer, quiero decir de joven. Ahora imaginaos que Joan se dejase ese bigotillo. ¡Serían clavados!

Pilar hizo el ejercicio de imaginárselo, le estudió las facciones desde lejos, ya que el chico se había quedado de pie con Martí y Julia al final del tranvía. Se fijó en que estaban comentando la noticia que la pareja les había dado hacía un rato. Julia no podía ser más feliz.

—Puede que un poco de razón sí que tengas —acabó admitiendo —. Con el bigotito podría pasar por un hermano pequeño de Fairbanks.

El tranvía recorrió el paseo de Colón, que con la incipiente penumbra ya tenía encendidos los farolillos. La luz amarilla iluminaba

los adoquines y proyectaba al pie de cada plátano su alargada sombra. Pilar miró a la izquierda, donde se atisbaban los techos de los tinglados que sobresalían del muro de piedra que hacía frontera con el muelle. Le hubiera gustado ver las barcas una vez más. ¿Por qué las tardes de los domingos se le pasaban tan deprisa? Tendría que esperar una semana entera para poder reunirse con la pandilla. Una semana entera para volver a ver a Joan.

9

En diciembre, el orfeón puso un árbol de Navidad gigantesco en el vestíbulo de la entidad. Ángeles se quedaba embelesada cada vez que entraba, y su hermana tenía que arrastrarla hacia el aula porque llegaban tarde. Carmen se había acostumbrado a las clases y había comenzado a hacerse amiga de un par de chicas que, como ella, además de cantantes, querían actuar. Las tres consideraban que lo hacían muy bien, pero por el momento tan solo podían aspirar a actuar de público en las próximas funciones de teatro. El elenco dramático estaba preparando un total de tres piezas para aquella Navidad, razón por la cual los ensayos eran intensos y se respiraban los nervios anteriores al estreno. Gracias a Emili habían podido asistir al último ensayo de la primera obra que se iba a representar, un drama titulado *La encajera*, que trataba de una pobre muchacha, Agnès, que desde su pueblo junto al mar se mataba a trabajar mientras añoraba a su prometido, que se había marchado a hacer las Américas.

Aquel día, Carmen se enamoró de la actriz principal. Era un poco mayor que ella y de inmediato se sintió identificada porque ambas tenían el pelo muy rizado. Le sorprendió el partido que le sacaba, ya que en lugar de llevarlo recogido, como solía hacer ella, que más bien se lo aplastaba para que no adquiriese demasiado volumen, la actriz lo llevaba suelto. Decidió que ella también se lo soltaría. Pero no fue en la melena en lo único que se fijó. Lo que descubrió durante el ensayo fue lo que hace de una chica cualquiera una buena actriz; la observó mientras se preparaba para una escena. Parecía concentrada en sí misma, como si se hubiese alejado completamente del entorno por unos instantes. A continuación, levantó la cabeza y adoptó un semblante muy triste; eran tan grandes su añoranza y el peso de su día a día que el cuerpo se le había encogido. De repente se había transformado en el personaje, y entonces Carmen ya no la vio a ella, sino a la pobre Agnès esperando a su enamorado. En la escena que estaban ensayando le daban a la encajera la noticia que llevaba cinco años esperando: su americano volvía a casa. No obstante, lo hacía como hombre casado. A Carmen se le revolvió el estómago de indignación y, viendo cómo a Agnès se le desencajaba el rostro, cómo

se retorcía de dolor, le pareció que todo aquello le estaba sucediendo de verdad.

Aquel día comprendió lo que significa ser una buena actriz. Se percató de la importancia de vivir el personaje desde dentro para poder trasladarlo a los demás; fue consciente de que, cuando le tocase a ella interpretar un papel como ese, no podría limitarse a memorizar el texto o a caminar con cierta elegancia por el escenario —como hacía con sus hermanas en el patio cuando organizaban funciones—, sino que actuar requería un compromiso más fuerte: era preciso sentir el personaje hasta transformarse en él. No estaba segura de saber hacerlo, pero aquel día se dijo que quizá sí, que quizá algún día ella sería Agnès o cualquier otro personaje de los que se interpretaban en aquel escenario del Orfeó de Sants. Y notó un gusanillo de emoción con solo imaginarlos a todos atónitos mirándola como ella miraba a la actriz de pelo rizado.

El día del estreno, Emili les presentó a algunos miembros del coro. Lo integraban hombres de todas las edades, y también mujeres y chicas como ellas. Las dos hermanas esperaban poder presentarse el curso siguiente a la prueba para ingresar, pero para eso aún debían esforzarse mucho. Emili les presentó a su mejor amigo, Daniel. Era un muchacho delgaducho, pero de complexión mucho más vigorosa que la suya; tenía la cara redonda, la frente ancha y el pelo liso y negro como el carbón, peinado hacia un lado.

—Mucho gusto, chicas —les dijo estrechándoles la mano.

Tomaron asiento en filas próximas para ver la obra; Ángeles y Carmen, al lado de su madre, que las había acompañado. Y esa vez no solo soltó una lagrimita Ángeles, sino que Carmen tampoco pudo evitarlo. Su madre les iba pasando el pañuelo. Cuando hubo terminado la función, la sala quedó inundada por el sonido ensordecedor de los aplausos de un público entusiasmado. Los actores y actrices tuvieron que salir a saludar muchas veces y sus rostros eran de satisfacción. Luego la gente comenzó a levantarse de sus asientos, y las familias y los orfeonistas se fueron mezclando. Emili y Daniel se acercaron a las hermanas Molina, y su madre fingió estar entretenida con una conocida para permitir que la juventud se relacionase a su aire.

—¿Os ha gustado la obra? —les preguntó Emili.

Ambas hermanas dijeron que sí, aún emocionadas.

Daniel les explicó que la obra provenía de un poema, del cual había salido una novela y luego aquel drama. Gesticulaba mucho al hablar, y Ángeles se dio cuenta enseguida de que Emili le profesaba una gran admiración.

—Daniel es un gran lector —comentó.

—Leo todo lo que cae en mis manos, es verdad. Me gusta el teatro, la poesía, la novela. Os aconsejo que leáis mucho, aquí tenéis una buena biblioteca. Para mí es fundamental porque un hombre, o una mujer —les guiñó un ojo—, debe saber de todo y aprender de todos los ámbitos. Yo, como futuro maestro, estoy obligado, ya que tendré que formar a los futuros ciudadanos.

Ángeles se interesó.

—¿Estudias para maestro?

El muchacho asintió con orgullo.

—¿Y en qué colegio te gustaría trabajar? —le preguntó Ángeles, pensando que, si hubiese nacido hombre, habría querido ser como él.

Daniel sonrió con picardía.

—Eso ni se pregunta: en el futuro colegio público de Sants. El que será nuestro orgullo.

Por si acaso no estaban al corriente, Emili les explicó que se refería al colegio que habían proyectado construir hacía años en la calle Canalejas, pero que la dictadura de Primo había paralizado.

—¿Y crees que algún día lo acabarán? —le preguntó Ángeles.

Carmen la observaba asombrada por lo mucho que intervenía en la conversación. Era la primera vez que su hermana le tomaba la delantera.

—¡Pues yo que tú me buscaría otro por si acaso! —bromeó coqueta.

Pero Daniel se mantuvo en sus trece.

—Primo de Rivera no aguantará mucho más en el poder y entonces vendrán tiempos mejores. Volveremos a tener gobernantes eficaces que retomarán los grandes proyectos sociales. —Se rio—. ¡Seguramente os estoy aburriendo!

—Hablas como un político —se burló Carmen, y se puso una mano en la boca, como si bostezase.

Por la Purísima las mujeres de la sección de beneficencia del orfeón celebraron una fiesta por la tarde en la que cantaron varias solistas, acompañadas al piano por la señora Monné. También organizaron una tómbola que tuvo mucho éxito, y al cabo de quince días la sala de fiestas de la entidad se convirtió en el escenario del primer baile de sardanas al que asistieron las hermanas Molina, en esa ocasión acompañadas por todos los miembros de la familia. Se divirtieron de lo lindo. Parecía que el orfeón les hubiese vuelto la vida del revés, porque nunca habían tenido un diciembre tan intenso en lo referente a actividades sociales.

María estaba encantada y se lo contaba a todo el mundo. El

orfeón estaba superando todas sus expectativas, e incluso se la veía rejuvenecida. Después de muchos años, de toda una vida, según se mirase, se veía transportada de vuelta a su juventud, cuando sus padres le hacían participar en actos de sociedad para buscar un buen partido. Gregorio no lo veía del mismo modo, a él no le gustaba la música ni tampoco tener que bailar. A él más bien le aburría tanta fanfarria, tanta gente y tanto paripé, como solía llamarlo, pero acudía porque era Navidad y no quería ver a su mujer de morros.

La tarde del día 25, el orfeón celebró el concierto de Navidad. Era uno de los grandes acontecimientos del año y, por primera vez, Ángeles y Carmen formaban parte de él. Aunque ellas no cantaban en el coro, eran futuras cantantes y aplaudieron a sus nuevos amigos hasta que les dolieron las manos. Carmen se movía nerviosa entre sus compañeras, y todas susurraban y señalaban a los chicos más atractivos. Todas menos Ángeles, que estaba en trance y solo respiraba entre canción y canción. El coro comenzó a interpretar el *Cant de Nadal*, que ellas habían escuchado ensayar, prosiguió con el *Fum, fum, fum* y luego una serie de composiciones a cargo del director del coro, valenciano como ellas. Notaba su pecho ensancharse con cada canción, solo con pensar que era Navidad, que aquello le estaba pasando a ella y que no había hecho más que empezar. Si cuando dejó el colegio le hubiesen dicho que al cabo de dos años se iba a encontrar en un lugar como aquel, con tantas posibilidades ante ella; un lugar donde podía sacar libros de la biblioteca, donde podía seguir estudiando; un lugar con un coro de renombre del cual algún día formaría parte, en el cual juntaría su voz para fusionarla con la de tantos compañeros como estaba conociendo, nunca lo habría creído. El concierto finalizó con el *Aleluya* de Händel, una pieza que, a partir de entonces, le haría llorar de emoción.

10

Doña Rosalía había tenido que dejar la fábrica porque sufría asma. Los años de tragarse la borra le habían pasado factura y finalmente había tenido que dejarlo. Era una mujer mayor, que nunca había dado a luz y que, una vez que se quedó viuda, no había tenido otra cosa que la fábrica. Ahora se pasaba los días en casa, sentada en su sillón, tejiendo, porque decía que las manos siempre le habían funcionado y no sabía quedarse sin hacer nada. Julia la visitaba con frecuencia y le llevaba algún puchero con comida: que si un poco de asado de su madre, que si unas acelgas con garbanzos... A veces le llevaba alguna onza de chocolate de la fábrica donde trabajaban sus vecinas, y a la anciana se le iluminaban los ojos. Era muy golosa. Luego, eso sí, solía renegar un poco, porque decía que no necesitaba nada y que si Julia no tenía otra cosa que hacer que ocuparse de una vieja como ella. Pero le gustaba que la visitase y la esperaba con la misma ansia con que se espera que llegue una hija. Ella fue una de las primeras personas a las que Julia anunció que ya tenían fecha de boda. La mujer se alegró mucho.

—Siempre me ha caído bien tu Martí —le dijo muy orgullosa, sujetando su mano entre las suyas unos instantes—. Es un buen chico y te quiere con locura.

Se había vuelto más afectuosa y a menudo le lloraban los ojos, aunque ella se apresuraba a decir que era porque sufría alergia y los tenía delicados.

—Cosas de la edad, qué le vamos a hacer.

Pero Julia había notado el cambio. Aquella doña Rosalía que conoció de jovencita al entrar en la fábrica, aquella mujer de armas tomar que se imponía con carácter firme y a la cual los encargados jamás levantaban la voz había quedado atrás para dejar paso a la doña Rosalía más vulnerable, a la mujer que se había hecho mayor de golpe al dejar la fábrica y que ya no veía a nadie. La nueva Rosalía sí que se permitía hablar de emociones. Aunque solo con Julia.

—¿Sabes una cosa, hija? Martí y tú me recordáis a nosotros. A mi Josep y a mí, quiero decir —le confió—. No es que tengamos algo que ver, cada pareja es un mundo, pero las hay que se aman y hay otras

que se casan y punto.

Julia no dijo nada, pero pensó en sus padres.

La mujer le dijo que estaba segura de que tendría un matrimonio feliz porque a ellos no les faltaría el amor ni tampoco la complicidad, que eso se veía a la legua.

—Aprovéchalo, no dejes escapar ni un solo día, yo sé lo que me digo. —Sacudió la cabeza, o puede que se le moviera un poco sola—. Porque la vida se te escurre entre los dedos y un buen día ya no tienes nada.

Se hizo un pequeño silencio en que solamente se oía el tictac del reloj. Julia la miró y notó que le ocultaba algo. «Ya me lo contará», se dijo. Entonces rompió el mutismo para hablarle de los preparativos de la boda. Le contó que el tío Miguel le estaba haciendo unos muebles, una cómoda preciosa y un armario de media luna.

—Lo hace por las tardes y todos los domingos en el taller que tiene al lado de casa.

—El bueno de Miguel... Aún me acuerdo de que cuando llegasteis os hacía juguetes. ¡Qué feliz estaba de tener a la familia aquí! Para mi marido era como un hermano.

Julia le habló de su vestido de novia. Su madre había comprado una seda muy fina y unos bordados que tenía pensado coser en el escote.

—Sabiendo cómo cose tu madre, serás la novia más guapa de Sants —vaticinó.

Y de nuevo Julia intuyó que se guardaba algo.

—¿Se encuentra bien, doña Rosalía? ¿Quiere que vaya a buscarle algo?

Pero la mujer le dijo que no con la cabeza.

—Venga, cuéntame: ¿cómo tienes el ajuar?

Julia, obediente, le contó que todas sus hermanas la estaban ayudando. Desde principios de año se ponían todas juntas a coser siempre que disponían de un rato. No lo habían hecho nunca, porque primero fue ella la que cosía con su madre, luego Pilar, y cuando ellas dos entraron en la fábrica, sus hermanas pequeñas las relevaron. De manera que lo de sentarse juntas y pasarse horas con la aguja en la mano, cosiendo sábanas y almohadas, bordando manteles y preparando la ropa fina que se llevaría para su vida de casada era una novedad. Y un regalo inesperado que disfrutaba intensamente. Julia pensaba que desde que las cinco eran pequeñas y compartían los juegos en el patio de casa no estaban tan unidas. Bueno, de hecho siempre lo habían estado, las hermanas siempre son hermanas y no es necesario hacerlo todo juntas para sentir la cercanía, pero en un

momento tan importante de su vida como eran los meses previos a su boda, para Julia tenerlas a todas cosiendo su futuro hacía que se sintiera muy acompañada. Y afortunada. En ocasiones, mientras todas ellas encorvaban la espalda, concentradas en la pieza que estaban preparando, cuando se hacía un poco de silencio —no por mucho rato —, ella levantaba la vista y las observaba una por una: su Pilar, su Carmen, su Ángeles, su Lola. Y entonces le entraba un no sé qué que le hacía removerse en su asiento para no llorar. Pronto se iría de casa para no volver. Pero estaba Martí, al otro lado estaba aquel chico que le había robado el corazón y que, pese a no gustarle cambiar de vida, le hacía sentirse valiente.

—¿Sabe qué, doña Rosalía?, ¡mi madre ha convencido a mi padre para que hagamos el banquete en una fonda!

—Chica, ¡eso sí que es tirar la casa por la ventana!

—Es una vez en la vida, y piense que solo seremos la familia. Y usted, claro.

Solo entonces Rosalía se permitió hablar.

—Tengo que contarte una cosa, hija.

—Ya me había olido algo —le respondió ella mientras la tomaba de la mano—. ¿Qué es lo que la tiene preocupada?

Doña Rosalía sonrió.

—Me conoces bien. —Y lo dijo con tal tristeza que Julia se asustó.

—¿Está enferma?

—No voy a morirme, quédate tranquila —se apresuró a responder —. Pero sí que vas a perderme de vista...

—¿Qué quiere decir? No me asuste, doña Rosalía.

La buena mujer se incorporó un poco y dejó escapar un suspiro muy largo. Había estado aguardando la visita de Julia para darle la noticia y ahora que la tenía delante lo lamentaba, porque sabía que la muchacha la iba a echar de menos tanto como ella.

—Me ha escrito mi hermana y me ha pedido que me vaya a vivir con ella —le anunció de mala gana.

—¿Dónde vive su hermana?

—Lejos..., en un pueblo al lado de Francia: Portbou.

Julia bajó la mirada y se retorció un poco las manos.

—Y... ¿usted quiere irse tan lejos?

—¿Qué quieres que haga...? Aquí no tengo a nadie.

—Me tiene a mí. Y también al tío Miguel —se apresuró a responder la chica.

Doña Rosalía la acarició y los ojos se le anegaron.

—Si hubiese tenido una hija, la habría querido como tú —le dijo.

Y a continuación le hizo comprender que no tenía más opciones,

que Julia ya tenía bastante con su familia y que ella en aquel piso, sola, no se veía capaz de continuar. Le aseguró que la añoraría mucho, solo faltaría, y que sentía perderse los años venideros, en que la chica formaría una familia y ella no estaría presente para verlo, pero que allí no quería morirse porque las horas se le hacían eternas y en aquel piso solo pasaba algo cuando iban ella o el bueno de Miguel.

—No, Julia, mi hermana tiene razón —concluyó, puede que más por convencerse a sí misma que a la muchacha—. Allí estaremos juntas y podremos cuidar una de otra. ¿Lo entiendes?

Le fue difícil decir que sí. A Julia se le rompía el corazón solo de pensar que iba a perder a aquella segunda madre, que ya no volvería a verla. Y, al mismo tiempo, comprendía que esa decisión era la más conveniente para ella. A menudo se sentía mal al verla tan sola y, por mucho que la visitase, entre ella y Miguel no podían llenar todos los espacios vacíos.

—Pero esperará a mi boda, ¿verdad? Dígame que vendrá.

—¡Por supuesto, hijita! No me lo perdería por nada del mundo.

Y su boca se transformó en una raya mientras desviaba la vista hacia la ventana.

Un sábado de finales de mayo, cuando faltaba un mes justo para la boda, María esperó a que todos se marchasen para salir sola a la calle. Antes había abierto el cajón inferior que tenía en el dormitorio. Ni siquiera su marido sabía lo que guardaba en la caja de nácar, envuelto en un pañuelo de seda. Eran delicadezas de otros tiempos que ella no se ponía y que conservaba para sus hijas o, vete a saber, cuando fuese necesario. Entre aquellas piezas estaban los pendientes de perlas que pensaba regalar a Julia. No le había dicho nada a Gregorio ni tampoco a las otras hijas porque tenía miedo de que alguien se lo dijese, y por nada del mundo quería perderse la cara de sorpresa de su hija cuando se los entregase. Pero los pendientes se veían antiguos, el cierre era muy aparatoso y no encajaba con las finas orejas de la chica, ni tampoco con los nuevos tiempos. Así que fue ahorrando mes a mes para poder llevarlos al joyero y que les diese un aire nuevo.

Había optado por una joyería un poco apartada de casa, camino de Hostafrancs. Se dirigió allí a paso ligero, diciéndose que si se encontraba a alguna vecina, se la quitaría de encima rápido, no quería perder el tiempo. Al llegar se detuvo un instante a mirar los escaparates. Estaban a ambos lados de la entrada, unas vitrinas panzudas hechas de madera de caoba dentro de las cuales se exhibía un buen surtido de preciosuras. Oro, plata, cadenitas, brillantes,

broches, amatistas, perlas finas... Que el joyero tenía un gusto exquisito fue algo que captó de inmediato el buen ojo de María para estas cosas. Entró haciendo sonar la campanilla.

—Buenos días nos dé Dios. —Un señor de cejas pobladas y modales bastante elegantes la saludó.

María le mostró los pendientes. Los desenvolvió del pañuelo de seda que llevaba en el monedero y los dejó sobre el mostrador. El hombre se inclinó con mirada experta y a continuación alzó las cejas de modo interrogante.

—Me gustaría saber si les puede cambiar el cierre —le preguntó —. Está bastante pasado de moda y quiero modernizarlos, ya me entiende. Van a ser para una persona joven, para mi hija mayor.

Había ido a parar a buenas manos, lo supo al instante. El joyero le mostró diversos ejemplos de cierres que había diseñado recientemente. Le sacó algunos modelos, le hizo propuestas, y María se decidió por una especie de botón de oro blanco con un brillantito diminuto engastado debajo, un brillantito que hacía de puente entre el cierre y la perla. Una vez que le dijo lo que le iba a costar, el corazón le dio un salto de alegría porque se lo podía permitir.

—Son de las buenas —le comentó el joyero refiriéndose a las dos perlas.

María las acarició con la yema de los dedos.

—Son de la familia —le respondió con orgullo.

Tal vez no casaría a su hija como a ella le habría gustado, pero la chica iba a deslumbrar tanto como lo había hecho ella el día de su boda.

Miguel se quedó con Lola en el taller mientras los demás se dedicaban a sus tareas. Todo el mundo tenía cosas que hacer ese sábado. Últimamente se pasaba las tardes y los días festivos trabajando en el taller, para disgusto de Gregorio, que lo reclamaba para ir al bar. Pero él le decía que los muebles no se hacían solos y que tenía que terminar los que le había prometido a Julia antes de que se fuera a vivir al piso de la calle Galileu. Adoraba su oficio, siempre había querido ser carpintero. Si bien durante la semana lo hacía a gran escala, montando todo aquello que le pedían en la España Industrial, en su tiempo libre disfrutaba haciendo lo que quería, o más bien lo que las chicas pudiesen necesitar.

Las chicas. Miguel pensaba a menudo en la familia que había ganado gracias a su hermano mayor. No había olvidado los años que había pasado solo en la ciudad, añorando las tierras valencianas y a la

familia que había dejado tan lejos. En la ciudad tenía algunos amigos y también alguna chica que le había gustado, tiempo atrás. Pero en ningún momento de su vida se había planteado sentar la cabeza y formar una familia. ¿Por qué iba a hacerlo si ya tenía la de su hermano? Miguel consideraba que lo tenía todo: la soledad que tanto le gustaba, el poder hacer y deshacer con libertad, y al mismo tiempo a su hermano, su cuñada María y sobre todo las chicas, aquellas sobrinas que eran casi como hijas suyas y por las cuales Miguel se desvivía y se lo consentía todo.

Apartó la vista del armario que estaba montando para Julia para observar a Lola, que estaba barnizando un trozo de madera que debían aplicar al mueble. Estaba concentrada en la tarea y había dejado de protestar. Últimamente se quejaba por todo, pero su tío Miguel no le decía nada, pues sabía que lo hacía porque estaba disgustada. Disgustada porque sus hermanas se habían hecho mayores y ya no querían hacer nada con ella; disgustada porque Julia se marcharía pronto y entonces ya no vivirían todas en casa, como siempre. Miguel conocía cada pensamiento de su sobrina pequeña y también sabía de su inclinación a que nada cambiase. Era la más familiar de todas, la que se habría quedado siendo niña para siempre. Con aquellos ojos verdes llenos de bondad, Miguel la observó durante un momento y se compadeció de ella. Los tiempos cambiaban deprisa para la familia y la jovencita tendría que adaptarse. También él.

Miró hacia la pared detrás de Lola, allí donde estaban las cinco columnas de rayas que durante años había hecho él mismo para marcar la altura de cada una a medida que se iban haciendo mayores. Aquellas rayas habían quedado olvidadas. Antes era una gran fiesta el momento de hacer las nuevas, pero todo eso había pasado. Miguel, sin embargo, no dejaría que nunca las borrasen, porque eran un testimonio del paso del tiempo y de momentos preciosos que tenía guardados en el corazón.

Llegó la víspera de la boda. Como era la verbena de San Juan, todo el mundo estaba de juerga, y Martí tenía la sensación de que toda aquella algarabía era para ellos. Se le había contagiado la ilusión del día siguiente, a pesar de que a él no le habría hecho falta pasar por la iglesia. Con una boda civil y una fiesta como es debido le habría bastado, pero Julia quería hacerlo a ojos de Dios y Martí no tenía un no para su amada. «Si para ti es importante, también lo será para mí», le había dicho en su día. No existía nada que pudiese interponerse en su felicidad porque a partir de mañana viviría con la mujer de su vida.

Llegaron su madre y sus dos hermanas desde Sant Andreu, que es donde vivían ahora, y las llevó a la fiesta que se celebraba en la calle. En las plazas ardían las hogueras alimentadas por los muebles viejos y las maderas que se habían recogido en las casas los días anteriores. En buena medida lo habían hecho los pequeños de la casa, que iban de puerta en puerta pidiendo a vecinos y vecinas todo lo que pudiesen quemar. Y ahora, como es natural, chillaban de emoción al sentir aquellas llamas vivas como algo suyo. Cuando, avanzada la noche, el fuego se fuese consumiendo y no quedasen más que las brasas, la chiquillada saltaría por encima tres veces o más, por aquello de la buena suerte, igual que habían hecho Martí y sus hermanas de pequeños.

Las dos familias, la de Martí y la de Julia, que a partir de mañana serían una sola, se juntaron en la calle para compartir la coca de piñones con los vecinos. Después de cenar, todo el mundo sacaba las sillas a la calle, se juntaban en las plazas próximas y bebían *barrecha* para acompañar el dulzor de la coca. A Martí le pareció que a Julia se le había subido a la cabeza. En absoluto acostumbrada a aquella bebida, la veía reírse por cualquier cosas que le decían sus hermanas. Las cinco habían hecho un corro con sus sillas y ahora parecían vivir en su propio mundo. Pensó en que estaban haciendo su despedida particular. Murmuraban bromas que solo ellas conocían y se tronchaban de risa. Martí disfrutaba solo mirándolas. «A partir de mañana —se dijo—, gano una esposa y cuatro hermanas más». Al pensar en ello, se prometió que cuidaría siempre de todas. Aquella noche de San Juan, Martí Pons se sentía un hombre inmensamente rico. De vez en cuando cruzaba la mirada con Julia, de un negro que centelleaba, una mirada tan encendida como las llamas de las hogueras, y él se fundía por dentro. «Pronto, muy pronto, te abrazaré —le respondía de pensamiento—, y haremos el amor poco a poco hasta tocar el cielo».

Se fueron a dormir de madrugada, pero Julia no tenía nada de sueño. Sentía que la sangre le hervía y le era imposible detener aquel río.

—¿Estás despierta? —le susurró a Pilar, acostada en la cama de al lado. Era la última noche que compartía habitación con ella y percibía ese pensamiento como una punzada en su interior.

Su hermana se giró hacia ella.

—Yo tampoco puedo dormir.

Con cuatro patadas arrinconó las sábanas y saltó a la cama de Julia.

—Hazme sitio —le pidió.

Se acomodaron ambas muy juntas, las manos en la nuca y mirando el techo con los ojos abiertos de par de par.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Pilar.

—Un poco.

—¿Asustada?

Julia tardó unos instantes en contestar.

—No me da miedo ir a vivir con Martí, más bien al contrario. No sé cómo explicarlo, es como si él fuese casa para mí, como si ya hubiese vivido allí.

—Pues entonces, ¿de qué tienes miedo?

Julia se volvió hacia ella y enroscó el dedo en un tirabuzón de su hermana. No dijo nada. Al final, Pilar comenzó a hacerle cosquillas y ambas hubieron de cubrirse la boca de tanto reír, no fuesen a despertar a las demás. Se alisaron los camisones, cansadas, sudorosas, y Pilar se puso del revés, con la cabeza en los pies de la cama. Se quedaron así.

—El día que me case no tendré miedo de la noche de bodas —dijo Pilar, dando por seguro que aquello era lo que le pasaba a su hermana y no quería decirlo—. De hecho, yo siento mucha curiosidad.

—¿Piensas en alguien en concreto para esa noche? —le preguntó Julia con toda la picardía.

Y Pilar se revolvió y se rio.

—Puede ser.

—¿Por casualidad no se llamará Joan?

Pilar soltó un gritito ahogado y se tapó la cabeza con la sábana.

—¡Calla!

Pero Julia no estaba dispuesta a hacerlo.

—¿Quieres que te diga una cosa? Lo sé desde el principio, desde el primer día de Todos los Santos que vino a comer a casa y tú procurabas no hacerle mucho caso. Te gusta de verdad, ¿a que sí?

Pilar se desembarazó de la sábana y se quedó mirando el techo con los ojos fijos. Resopló, como si admitirlo le fastidiase. Le dijo que el problema es que la traía de cabeza, que a veces le parecía que estaba interesado y otras creía que no. ¿A qué venían, si no, las zalamerías a las otras chicas del grupo?

—Quizá le gustas, pero aún no quiere comprometerse —opinó Julia.

—Quieres decir que le gustan unas cuantas y le va bien tenerlas a todas pendientes de él —respondió ella con severidad—. Pues conmigo no tiene nada que hacer, yo quiero un hombre que esté solo por mí, como tu Martí, que no tiene ojos para nadie más.

Julia no dijo nada. Pensaba que Joan era muy distinto a Martí,

pero eso no quitaba que hiciesen buena pareja su hermana y él. Tal vez solo necesitaban tiempo. Decidió cambiar de tema para responder a la pregunta que le había hecho antes Pilar.

—¿Sabes, hermanita?, no me da ningún miedo la noche de bodas, más bien la deseo... con todas mis fuerzas. —Apretó los ojos y dejó escapar una risa nerviosa—. Lo que me asusta es otra cosa: el silencio del piso nuevo. Que no estaréis todas entrando y saliendo. Que no os tendré cerca. Me da miedo pensar que os echaré de menos.

Pilar encajó el pie con el de su hermana, planta contra planta, y como un espejo fueron levantando la pierna hasta formar un triángulo.

—A mí siempre me tendrás cerca, no te creas que porque te vas de casa no nos vamos a ver cada día ni dejaré de contártelo todo.

—¿También lo de Joan?

—También.

Al cabo guardaron silencio, las palabras estaban de más. Notaban la respiración de la otra como una cadencia conocida; era suficiente. Y cuando el alba ya asomaba la nariz por la ventana, ambas se quedaron dormidas.

El día de la boda todo fue un ir y venir de nervios desde primera hora. A Julia la dejaron dormir un poco más que a las otras para que tuviese mejor cara y, mientras tanto, madre e hijas se hicieron arreglar por la peinadora, que había acudido a primera hora. Con el pelo lavado, la mujer fue poniendo grapas para marcar las ondas mientras el ojo de Pilar no perdía detalle. Estaba cansada, apenas había dormido, pero el buen oficio de la peinadora la tenía absorta y quería aprenderlo todo. Le iba haciendo preguntas mientras usaba la tenaza caliente con ella, cuando le cortaba las puntas del flequillo a Lola o cuando colocaba con esmero la malla fina sobre la cabeza de su madre. Olisqueaba uno por uno los frascos que la mujer había llevado en su gran bolsa y le preguntaba para qué servía cada uno.

—¡Esta chica quiere robarme el oficio! —bromeó con María a través del espejo.

—Piense que, cuando usted no viene, es Pilar quien nos peina a todas —le contestó María—. La verdad es que se le da muy bien.

Pilar no dijo nada, pero notó que su pecho se llenaba de orgullo. Le gustaba peinar y sí, creía ser habilidosa. De buena gana haría de ayudante de la peinadora, sobre todo para ir a las casas en las que había boda o alguna fiesta de campanillas.

Al final despertaron a la novia y la peinaron y vistieron para la

ocasión. En el dormitorio de la madre se respiraba una emoción muy fuerte, de día importante. Todas se quedaron estupefactas al verla vestida. Julia se acercó al espejo y dio vueltas sobre sí misma. Miró el reflejo de su madre y con una mano se tocó las perlas que llevaba colgadas de las orejas. No se dijeron nada porque la emoción estaba a flor de piel.

Al llegar a la iglesia, a Julia le pareció que en lugar de caminar, levitaba. Avanzaba por el pasillo central junto a su padre, que, pese a todo, aquel día tenía buen aspecto. Con el traje nuevo que su esposa le había cosido, las mejillas más enjutas de lo habitual por la expresión grave y solemne, y aquel caminar un poco de militar que solo sabe mirar al frente, Julia se acordó del primer día que fue a la fábrica, con él. Entonces estaba muerta de miedo, era la primera vez que salía de casa para enfrentarse, en cierto modo, al mundo de los adultos. Ahora no estaba asustada porque al final del pasillo, frente al altar ante el cual había rezado tantas veces a la Virgen, estaba Martí, con traje oscuro y pajarita negra, el pelo recién cortado y la raya bien marcada. No podía quererlo más. O puede que sí, puede que algún día, cuando se hubiese acostumbrado a dormir con él cada noche, cuando hubiesen venido los hijos y ya no conociese otro hogar que el que ambos habían formado, quizá entonces sería capaz de amarlo aún más.

Se casaron por la Iglesia y celebraron el banquete en la fonda cercana, tirando la casa por la ventana. El retrato que les hizo el mismo día el señor Bonet, el novio y la novia acicalados y con aquellas caras inocentes, presidiría muchos años el estante del piso de la calle Galileu como símbolo de uno de los días más felices de su vida, un retrato que al cabo de los años haría llorar a Julia.

11

Ángeles había adquirido la costumbre de cantar a todas horas. Lo hacía bajito mientras cosía en casa con su madre, mientras ponía la mesa o barría las hojas secas del patio que caían por un ventarrón. Lo hacía para sí misma y a Lola le gustaba, también a su madre, pero a su hermana Carmen la sacaba de sus casillas, sobre todo aquellos días en que estaban a punto de hacer las pruebas para entrar en el coro del orfeón. Las dos hermanas ya tenían día y hora con el maestro Pérez Moya, y eso las tenía muy angustiadas. ¿Y si no superaban la prueba? ¿Y si el maestro les decía que no, que necesitan seguir estudiando? ¿Y si en el coro solo dejaban ingresar a Ángeles, que tenía la voz melodiosa como un ruiseñor, se preguntaba Carmen, y en cambio ella se quedaba fuera? Eso sí que no podría soportarlo, se decía. Entrar en el coro era más que cantar. Entrar en el coro significaba que se subiría a menudo al escenario, que le permitirían ir a los encuentros que se hacían en otros lugares, que conocería gente, que cantaría incluso en la radio, como hacían a veces. Entrar en el coro era colocarse en primera fila de aquella agrupación con la cual harían muchas cosas y saldría con frecuencia de Sants. Carmen anhelaba conocer lugares nuevos para intimar con jóvenes de su edad o un poco mayores entre aquellos que formaban parte de la coral, deseaba tener la oportunidad de hacerse tan popular como lo era Pilar entre su grupo de amigos. Y todo ello solo sucedería si se convertía, finalmente, en una de las cantoras del coro.

El día de la prueba la lluvia había limpiado las calles y dejado como recuerdo unos charcos en los que chapoteaban los hijos de los vecinos. Las chicas los evitaron para no salpicarse el vestido limpio y se dirigieron hacia el Orfeó. Si los nervios de Ángeles se le habían contagiado a Carmen, no se notó, porque la veía caminar ligera con una sonrisa que le pareció distraída. Se habían preparado con ahínco, eso sí. Atravesaron el vestíbulo y bajaron las escaleras hasta la sala de ensayo, donde las habían citado. Solicitaron permiso para entrar. Al piano, situado en pleno centro del hemiciclo escalonado, estaba la señora Monné de pie, apoyada ligeramente en el instrumento e intercambiando algunas palabras con el maestro Pérez Moya. Les

hicieron pasar. El director se volvió y se fijó en ellas por primera vez. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, tenía la cara menuda, un bigote fino y aquella expresión de buena persona que todos le conocían, pero a las chicas les imponía de verdad porque lo habían visto en acción. Era un director exigente, que extraía lo mejor de sus cantores a base de trabajo y mucho esfuerzo. No había en él nada gratuito.

—Y estas muchachas se llaman... —comenzó.

La señora Monné le dio las referencias y a continuación se sentó al piano. Miró a sus dos alumnas para infundirles confianza y de inmediato deslizó los dedos por las teclas haciendo sonar la melodía. Primero cantaron las dos y luego el maestro hizo que interpretasen dos canciones por separado. Mientras una cantaba, la otra permanecía inmóvil como una piedra. Los brazos aferrados al cuerpo, como si los tuviesen pegados con cola. La mirada del maestro no les decía nada por mucho que se esforzasen, lo que las inquietaba todavía más. Siguieron obedientemente las premisas que les daba, respondieron con diligencia sus preguntas. Al ritmo que marcaba la señora Monné iban subiendo escalas y el maestro se fijaba hasta dónde llegaba cada una. Medía la calidad de su interpretación con los ojos entrecerrados, como reflexionando; valoraba su nivel de conocimientos musicales. De vez en cuando, Ángeles echaba un vistazo a la imagen de la Virgen de Montserrat que colgaba de una pared de la sala y le pedía fuerzas y mucha calma para hacerlo bien. Al finalizar, la señora Monné les hizo aguardar afuera. La espera se les volvió eterna. Cuando se abrió la puerta y salieron el director y la profesora, Carmen tomó la mano de Ángeles y se la apretó muy fuerte. Ambos tenían una expresión grave y Ángeles se notó las piernas de goma. Pensó que tal vez no podría aguantar las lágrimas si le decían que...

—Señoritas... —interrumpió el maestro Pérez Moya sus pensamientos—, las felicito. A partir de hoy entran a formar parte de la sección femenina de nuestro querido coro.

Y su vida comenzó a cambiar de verdad. Aquel otoño y aquel invierno se les llenaron de compromisos musicales, de ensayos con el coro y de muchas salidas, que las chicas combinaban tan bien como podían con el hilo y la aguja, terminando como siempre los encargos, que nunca disminuían, del sastre de la calle Isabel II. Para ellas no representaba ningún problema: eran jóvenes y llegaban a todo. Ángeles desbordaba energía y a Carmen nunca la habían visto tanto tiempo seguido sin protestar. María las miraba contenta mientras cosían juntas cada día, las oía cantar en voz baja —ahora Carmen también solía hacerlo—, y se felicitaba por la decisión que había tomado un año atrás y por la cual estaba agradecida a la viuda Grau.

Aquella mujer, sin saberlo, o quizá sabiéndolo, les había abierto todo un mundo de posibilidades.

Después de los meses de invierno, las chicas ya se sentían totalmente integradas en el coro. Conocían a todo el mundo y el ambiente era muy familiar. Emili Grau se había erigido en su protector, igual que su amigo Daniel, aunque solo Ángeles se dejaba guiar siempre por ellos. Carmen iba más por libre. El mismo mes que ellas entraron en el coro también lo hicieron sus dos amigas de clase que aspiraban a ser actrices como ella, y las tres aprovechaban cada salida de la agrupación, cada concierto, cada excursión para dejarse ver todo lo que podían entre los jóvenes que formaban parte de ella. A Ángeles le gustaba escuchar a Daniel, el muchacho la trataba como una hermana pequeña a la cual era preciso instruir y ella se lo permitía. Aquel invierno, la chica leía con fruición las novelas sentimentales que cada primero de mes sacaba de la Biblioteca Gentil de Folch i Torres, y, al enterarse Daniel, decidió ampliar su repertorio. De algún modo se había convertido en su mentor. Emili era otra cosa. A veces su aspecto era el de una persona abstraída; era un muchacho elegante pero discreto, un tanto gris. Y, no obstante, a Ángeles le sorprendía ver cómo se transformaba cada vez que cantaba en el coro. El rostro abstraído se le iluminaba, desprendía tanta vida que alguien que no lo conociese habría dicho que era el miembro más apasionado del grupo. Y quizá lo era, porque Ángeles ya había reparado en que tenía mucha vida interior, pero, a diferencia de su amigo Daniel, él no la proclamaba a los cuatro vientos.

El Domingo de Ramos el orfeón estrenaba un concierto en el Palau de la Música Catalana. Debían hacerlo ese día y repetirlo el siguiente. Cuando el grupo entró en el vestíbulo de aquel templo musical, Ángeles se quedó paralizada. Deseaba captar toda la belleza que se desplegaba ante ella y no se veía capaz. Recorrió con la mirada los grandes arcos de piedra, la escalera noble y el aluvión de elementos decorativos realizados en mármol, piedra, mosaico y también las vidrieras. Sintió vértigo y buscó la mano de su hermana.

—No he visto nada igual en toda mi vida —le dijo en un murmullo.

Carmen, que se esforzaba siempre por no mostrarse impresionada por nada, porque decía que eso les hacía parecer criaturas o, aún peor, demasiado vulgares, no abría la boca. Se dejaron llevar por el grupo escaleras arriba; atravesaron pasillos, antesalas, hasta que entraron en la gran sala de conciertos. Aquello era demasiado.

—Es como una caja de luz gigantesca —observó Ángeles, embelesada.

Y Carmen asintió en silencio. Ambas se entretuvieron con las vidrieras de colores que filtraban la luz de la calle y la volvían rosada. En el techo había un lucernario enorme hecho de cristales de mil colores e infinidad de rosas esculpidas. Sobre los pilares, unos caballos alados galopaban al viento.

Tan absortas estaban que no se dieron cuenta de que Emili y Daniel se habían colocado a su lado y las contemplaban con expresión risueña.

—La primera vez impresiona, ¿verdad? —les dijo Emili mientras se ajustaba las gafas para ver bien.

Ángeles le dirigió una mirada de asombro.

—Yo creo que nunca puedes acostumbrarte a algo así.

El muchacho estuvo de acuerdo.

—La verdad es que cada vez que vengo es como la primera.

Subieron al escenario. El maestro solía ensayar antes de que abriesen las puertas al público, y las diferentes secciones que integraban el coro fueron tomando posiciones. Desde el punto donde se situaron las chicas, Ángeles podía ver las musas de la música, aquellas figuras que llenaban las paredes del hemiciclo y que Daniel le había señalado con el dedo antes de subir.

—Fíjate bien, Ángeles —le había dicho—. Cada una toca un instrumento y tienen medio cuerpo esculpido en piedra y la parte inferior hecha con mosaico. ¿A que son preciosas?

A Ángeles, más que musas le parecieron hadas. Unas hadas como las de los cuentos que le prestaba la señorita Berta y que le hacían soñar cuando era una cría. Y después de familiarizarse con ellas decidió que la ayudarían, se centraría en aquellas figuras y ellas le darían el coraje para cantar ante el público selecto y numeroso que, a partir de cierto momento, fue ocupando la sala. Se hizo el silencio. La muchacha se llenó los pulmones y miró al maestro. A su señal, comenzó a cantar, y entonces la sala se llenó de las voces de su querido Orfeó de Sants.

12

Julia abrió los ojos porque un rayo de sol le calentaba la mejilla. Se enredó un poco entre las sábanas y pensó en la noche anterior, cuando Martí y ella habían hecho el amor. Se recreó un instante mientras buscaba aquel rayo de sol que la acariciaba como esa noche lo había hecho él. Ya es primavera, se dijo con una sonrisa, y cerró los ojos. Pero enseguida los abrió para ver cómo dormía Martí a su lado. Le divertía la cara de concentración que tenía y solo ella conocía, le habría acariciado ese pelo negro y ondulado que le caía por la frente y que más tarde se peinaría hacia atrás, pero no quería despertarlo. Aún no, se dijo. Era algo que le gustaba mucho de los domingos: el rato durante el cual ella abría los ojos y lo contemplaba con toda su belleza. Le parecía el hombre más atractivo del mundo y era suyo. Sin tocarlo, le recorría el rostro con un dedo: las cejas rectas, muy negras, los ojos cerrados sin verle el azul, la nariz de hombre, con carácter, y aquella boca que se bebía a sorbos cuando lo amaba por las noches. Recorrió su mandíbula angulosa y bajó el dedo hasta la nuez. Entonces él, como si lo hubiese notado, abrió los ojos y se quedó mirándola.

—¿Ya te has despertado? —le preguntó. Y cerró los ojos de nuevo —. Yo aún estoy dormido.

Era un juego entre ambos desde hacía un tiempo. Él se hacía el dormido y ella lo tocaba hasta que le despertaba cada parte del cuerpo.

Habían quedado para ir con toda la familia a la Exposición Internacional. Hacía una semana que la habían inaugurado con toda la pompa, pero ellos todavía no se habían acercado. A Martí le provocaba un gran recelo, ya que aquello no dejaba de ser una operación de maquillaje del régimen, una manera de lavarle la cara a la dictadura y apaciguar el descontento general con el rey. Lo cierto es que el republicanismo estaba creciendo a pasos agigantados, lo que le parecía muy esperanzador. No creía que por muy apabullante que fuese aquella exposición, por muchos cuartos que se hubiesen gastado, pudieran detener el mar de fondo que empezaba a hacerles titubear. «El Piernecitas tiene los días contados», aseguraba ante los compañeros utilizando el término con que era conocido el rey Alfonso

XIII, pero, normalmente, en presencia de su suegro evitaba hablar de política porque sabía que no era un hombre combativo. Con Gregorio se entendía bastante bien gracias al deporte, afición que ambos compartían y también el tío Miguel. Y por eso, sumado al hecho de que a todas las mujeres de la familia les hacía ilusión, había accedido a visitar aquel domingo el recinto ferial.

Se reunieron en la carretera de Sants y pronto todos estaban en el tranvía en dirección a la plaza de Espanya. María había preparado una cesta llena de comida, como si fuesen a salir de excursión, y, sentada entre dos vecinas, iba conociendo las cosas que encontrarían en la exposición.

—Se ve que en la cima de la montaña hay un recinto amurallado —le comentaba una de ellas, que había hablado con una vecina que ya había estado—. Lo llaman el Pueblo Español, y dentro hay muchas calles y placitas y unas casas que parecen de verdad. Hay bailes folclóricos y no sé cuántas cosas más. Se ve que han querido representar las diferentes regiones de España. Más arriba, allí donde había una cantera, han hecho un teatro al aire libre con gradas de piedra, como los antiguos griegos. ¡Lo que oye, señora Molina!

—¿Y qué me dice del estadio olímpico? —se unió Miguel a la conversación, que estaba de pie justo a su lado—. Dicen que es enorme y que se van a hacer demostraciones de gimnasia y carreras atléticas, y que además se puede jugar a tenis y a fútbol. También hay un parque de atracciones...

—Madre, ¿iremos al parque de atracciones? —preguntó Lola entusiasmada.

Antes de que María pudiera decir nada, su tío le contestó:

—¡Cuenta con ello!

María miró a su marido y movió la cabeza como queriendo decir: «Este par se cree que en un día lo vamos a ver todo».

Una vez en la plaza de Espanya, se apearon del tranvía y enfilaron la avenida de América. La habían visto en todas las fases de urbanización, al igual que la plaza. Habían seguido las obras de la gran fuente que había en el centro de la plaza, habían visto elevarse las dos grandes torres de estilo veneciano, además de los palacios que había a cada lado del paseo y el gran Palacio Nacional.

—¡Es impresionante! —dijo Gregorio, abarcando con la mirada toda la perspectiva.

—Pues ya verás cuando oscurezca y enciendan la iluminación —le avanzó Miguel, y encendió un cigarrillo.

A Martí le llegó el humo de la primera calada y le entraron ganas de encenderse uno. Caminaba con Julia del brazo y escuchaba a sus

cuñadas, Carmen y Ángeles, cómo le contaban excitadísimas que pronto cantarían con su coro en el Palacio Nacional. Él frunció el ceño y contempló el edificio en lo alto de la avenida. Muy a su pesar, tenía que darle la razón a Gregorio: todo aquello era impresionante.

Entraron en algunos palacios, visitaron el estand de la España Industrial, donde se exponían piezas que ellos mismos habían fabricado. Se perdieron por la calles falsas del Pueblo Español y disfrutaron de una danzas populares mientras María abría la cesta y repartía los bocadillos. El pabellón de Alemania los dejó asombrados porque nunca habían visto una construcción tan moderna, hecha de líneas rectas y materiales como el acero, el mármol verde y el travertino blanco. Desde la cima de la montaña reconocieron su barrio de Sants, las azoteas de las casas, el campanario de la iglesia y las chimeneas de la España y otras fábricas próximas. Eran las líneas básicas de su mundo cotidiano. Y después de caminar todo el día y quedarse embelesados con lo que la nueva montaña urbanizada les ofrecía, comenzó a anochecer. Entonces iniciaron el descenso y de repente se encendieron las luces. Si bien estaban cansados por todo lo que habían visto, aquello les hizo revivir. Estaban justo debajo de las escaleras de la Fuente Mágica cuando comenzó el juego de luces de colores y los surtidores de agua. Hasta cinco colores contó Lola en voz alta, incitada por el tío Miguel.

—Azul, rojo, amarillo, verde y blanco.

Y entonces Pilar, que contemplaba aquello con ojos maravillados, notó una presencia a su espalda.

—Precioso, ¿verdad?

Era Joan.

—¿Qué estás haciendo aquí, chaval? —Martí lo había visto y se acercó contento. Le palmeó el hombro—. ¿También has venido a pasar el día?

Joan le dijo que había ido con un par de compañeros de Collblanc y que habían estado paseando por allí todo el día. Se encendió un cigarrillo y le ofreció otro a su amigo. Después de inspirar la primera calada, dejó escapar el humo lentamente mientras contemplaba el espectáculo de la Fuente Mágica. La señaló con el dedo y agachó la cabeza para hablar con Pilar.

—Espectáculo de luces y colores para tapar la oscuridad del régimen —le susurró antes de guiñarle un ojo.

Martí sonrió al oírlo y asintió con la cabeza.

—Muy cierto, compañero.

—¿Qué tiene que ver? —replicó Pilar. Se esforzaba por disimular la sensación que le recorría el cuerpo desde que su voz le había rozado

la nuca. Llevaba días sin verlo y ya tenía ganas.

—Justo aquí estaban las cuatro columnas que hizo Puig i Cadafalch, ¿te acuerdas? —le señaló él—. El dictador las hizo retirar porque eran un símbolo de catalanidad. Y eso no podían permitirlo. ¿Sabes que ahora mismo, mientras nosotros miramos esta luminaria magnífica, hay un montón de gente en la cárcel Modelo? ¿Y sabes qué han hecho? ¡Pues nada, chica! Solo que Primo de Rivera los considera peligrosos.

—Sospechosos de ser republicanos, catalanistas, socialistas, anarquistas, lo mismo le da —añadió Martí lanzando el cigarrillo al suelo y pisándolo. Se encogió de hombros y compuso una sonrisa traviesa—. Están paranoicos.

Pero a Pilar le interesaba muy poco aquella conversación y no les siguió la corriente. Quería disfrutar del momento y Martí sobraba. Fue como si Julia le leyera el pensamiento, porque en ese momento llamó a su marido y Joan y Pilar se quedaron a un lado.

—No me lo estropees —le rogó Pilar con voz dulce—. Es todo tan bonito...

Y Joan guardó silencio y permaneció aún un buen rato a su lado. De vez en cuando, Pilar percibía su mirada y casi podía escuchar las cosas bonitas que le decía de pensamiento. Llevaban demasiado tiempo jugando al gato y al ratón y estaba harta. Era consciente de que el muchacho se sentía atraído por ella y, desde luego, ella se había ocupado de hacerle saber que también estaba interesada en él. Entonces, ¿cuándo pensaba decidirse a dar el paso? Cuando lo hablaba con Julia, ella le decía que tenía que saber esperar, que su peor defecto siempre había sido la impaciencia y que todo llegaría a su momento. «Para ti es fácil decirlo —le decía ella—, tú ya te has casado con tu Martí». A lo cual Julia contestaba: «¿Y todo lo que tuvimos que esperar?». Pero a Pilar no le parecía lo mismo, su caso era mucho más grave porque Joan ni siquiera se le había declarado. ¿Y si nunca lo hacía? ¿Y si todo habían sido imaginaciones suyas? ¿Y si se había dejado llevar por su vanidad, que la inducía a pensar que todos los chicos se enamoraban de ella? Mientras contemplaba los surtidores de agua y oía las alegres exclamaciones de sus hermanas, mientras dejaba que Joan la acariciase con la mirada y le adivinaba la sonrisa pícara, con el cigarrillo a un lado de la boca, Pilar apretaba los dientes y levantaba el mentón. Lo que más rabia le daba era desear tanto a aquel chico.

Fue esa misma primavera cuando don Pepe inauguró la obra social de

la España Industrial. Aquello oficializaba una dinámica que los dueños habían practicado desde siempre y de la cual los trabajadores podían dar muchos ejemplos. Gregorio saboreaba el licor que había llevado su yerno aquel domingo y se hacía escuchar ante la familia.

—Decidme: ¿cuántas fábricas ofrecen a sus trabajadores asistencia médica gratuita? —Mientras lo decía, miraba a Martí como si hubiese de convencerlo—. Desde hace años, si tenemos cualquier cosa, podemos hacer que nos visite el doctor Julià o Llauradò. Hasta hace poco, en la calle de la Creu Coberta, pero, a partir de ahora, ¡don Pepe nos lo pone aún más fácil con un flamante dispensario en la propia fábrica!

—Será muy práctico —Miguel le dio la razón—, porque el doctor pasará consulta cada mañana, y por las tardes habrá un practicante para atender consultas menos importantes. Las operaciones, eso sí, las seguirá haciendo en su clínica.

Martí no decía nada.

—¿Y qué me decís del comedor que nos ha hecho? —prosiguió Gregorio—. Un pabellón entero solo para los trabajadores que se quedan a comer, con unas mesas de mármol, María, que te dejarían sin habla. Y también hay pilas y fogones para calentar la comida, alumbrado, calefacción y unos baños...

—Pero si tú no te quedas nunca a comer —replicó su mujer, y Martí se rio por lo bajo.

—¡Mujer! —respondió Gregorio, irritado—, porque a mí no me hace falta, pero hay muchos trabajadores que vienen de lejos y eso les va a venir muy bien.

—Y también está la nueva guardería —prosiguió, animado, Miguel. Lanzó una mirada al matrimonio joven de la familia con toda la intención—. Yo sé de unos a quienes quizá algún día les sea muy útil.

Julia se sonrojó y Martí tosió un poco.

—Cuando llegue el momento —admitió Martí—, seguro que nos será muy útil.

—Las instalaciones son una maravilla —continuó el tío—. Yo mismo he hecho algunos de los muebles y os puedo decir que no hay guardería en el barrio que se le parezca. Habrá sitio para más de un centenar de criaturas, de momento solo aceptarán a los lactantes, pero está previsto que haya hasta tres espacios diferentes: uno para los más pequeños, con las cunas que ya hemos terminado; el otro para los que ya andan, y un tercer espacio que será como un colegio para los más mayores. La llevarán las hermanas carmelitas y mosén Miralles será el director.

—¿El sacerdote de la España? —Martí levantó una ceja.

—Sí —respondió Gregorio—. Ya sabes que los dueños le pagaron los estudios sacerdotales después de que le matasen al padre en la puerta de la fábrica. Un episodio lamentable...

—Por lo que yo sé, no lo buscaban a él —quiso aclararle Martí.

Le iba a decir que Miralles padre solo había sido una víctima más del fuego cruzado que había habido años atrás, de las huelgas y la lucha social que se vivió de manera tan intensa y de la que aún no se podía decir que hubiesen salido. Le iba a decir que los sindicalistas habían tenido que defenderse de la patronal, de la constante vulneración de los derechos de los trabajadores y de las detenciones arbitrarias y los asesinatos que se practicaban con total impunidad. Le iba a decir que lo más lamentable era la situación a la que se habían visto abocados los obreros y las obreras por culpa de unos industriales —entre los cuales se contaban, a decir de muchos, los propios Muntadas— que habían fomentado e incluso financiado aquella guerra a punta de pistola por las calles, una guerra que la dictadura solo había tapado de un modo burdo. Pero Julia lo miró frunciendo el entrecejo, como queriendo decir «ahora no, por favor, no os pongáis a discutir sobre eso». Así que Martí se calló.

Al almuerzo siguió una sobremesa larga y, cuando Julia y Martí llegaron a la calle Galileu en dirección a su casa, ya empezaba a hacerse de noche. Iban de la mano.

—Gracias —dijo ella.

—¿Por qué?

—Porque me quieres y haces un esfuerzo por no decir nada.

—¿Lo dices por todo eso de Miralles y la España?

Ella asintió.

—Sé lo que piensas del asunto —le respondió—, sé que muy a menudo tienes que morderte la lengua delante de mi padre porque te parece un blando, poco comprometido.

—Y a ti ¿qué te parece todo eso? —A Martí siempre le gustaba escuchar la opinión de Julia, que le aportaba el equilibrio constante.

—Si te refieres a mi padre, no pienso criticarlo. Si quieres decir qué me parece la obra social de la España, te diré que estoy encantada.

—No es para menos. Cualquier nuevo servicio para los trabajadores es motivo de celebración —reconoció Martí—. Pero no olvides que siempre es un arma de doble filo. Nada es gratuito para los dueños. La obra social no deja de ser una ayuda a cambio de más control y dependencia de todos nosotros. Y, no nos engañemos, a don Pepe le sirve también para hacer carrera política.

—Puede que sí, pero nosotros salimos beneficiados —concluyó Julia con sencillez. Entonces creyó que era un buen momento y se detuvo en medio de la calle. Tenía aquella sonrisa enigmática que le regalaba a veces, con frecuencia cuando tenía que darle una noticia—. Quería esperar a llegar a casa, pero ¡no puedo aguantar! Martí, ¿sabes una cosa? Uno de esos servicios nos va a ser de mucha ayuda dentro de unos meses.

Martí abrió mucho los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Ella dejó escapar una risa.

—Que pronto seremos padres, Martí.

Y, antes de que él pudiese reaccionar, lo abrazó fuerte.

Parte IV
Las mujeres de la República
1931

1

Pilar soñaba con la llegada de la primavera. Con los primeros síntomas, cuando despertaban las flores del jardín, cuando el trino de los pájaros se volvía de pronto un poco histérico, cuando el sol se sacudía la timidez de los meses invernales y comenzaba a calentar las mejillas, entonces ella creía renacer. La sangre se le activaba de repente y le corría por las venas con fuerza, podía percibirlo. Ansiaba salir a la calle los días de fiesta y empezar a lucir aquellas prendas delicadas que había cosido con paciencia, cansada de tanta fábrica, durante las tardes de invierno. La fábrica. Llevaba años trabajando allí y cada vez estaba más obsesionada con la idea de poder escapar de allí. Dominaba el trabajo en los telares y con el tiempo se había ganado un buen puesto, pero le aburría soberanamente y la vida se le hacía muy monótona. «¡Fíjate! —se reía de ella Julia cuando se quejaba—. Resulta que quiere divertirse trabajando». Pero es que Julia no la entendía, ella estaba hecha de otra pasta. A diferencia de su hermana, Pilar se rebelaba contra la idea de pasarse toda la vida en la España. Por otro lado, cuando pensaba en ello, se preguntaba: «¿Y qué más podría hacer yo? No sé hacer otra cosa que llevar los telares».

Sacudió la cabeza, como si con ello pudiese quitarse de encima esos pensamientos, y se concentró en el siguiente día festivo. Si el tiempo continuaba siendo tan bueno, podría estrenar el vestido azul de lana fina de dos piezas. Estaba enamorada de aquel azul pastel. Había leído en las revistas femeninas, esas que devoraba con avidez y de las cuales extraía todas las ideas, que la moda de aquella primavera del año treinta y uno se caracterizaba por «una franca alegría de colores». Lo había leído textualmente en *El Hogar y la Moda*, y desde entonces se moría por estrenar su dos piezas de color azul. Sentada frente al espejo, comenzó a cepillarse el pelo con mucho cuidado de no deshacerse las ondas y a un tiempo darles aquel toque natural que había observado en algunas actrices de Hollywood. Pilar era muy buena detectando el cambio más sutil que se producía en ellas, era la primera en percibir cuándo cambiaba la moda, cuándo el largo de las faldas se volvía más corto o más largo o bien cuándo el pelo ya no se llevaba tan pegado a la cabeza, sino un poco más suelto. Dominaba

también el arte del maquillaje, y muchas compañeras le pedían, los días de fiesta, que las peinase y las pusiese muy guapas porque sabían que se le daba bien. A cambio, ellas le regalaban cosas, como un pañuelo que deseaba o un sombrero que ya no querían y que podía rehacer. De un tiempo a esa parte se le había ocurrido que quizá podría aprender un poco más, que quizá podría ir a ver a la peinadora del barrio y pedirle que le enseñase todas las técnicas. Quién sabe si algún día, en lugar de regalos, podría ganarse algún dinero.

Se pasó las manos delicadamente por las ondas y aproximó el rostro a su reflejo. Quizá todo comenzaría a cambiar el día que se casase con Joan, se dijo. A partir de entonces tendría una vida propia, y tanto el uno como la otra no harían más que progresar. Se preguntó si ese domingo se fijaría en que se había cambiado un poco el peinado y enseguida supo la respuesta. ¡Por supuesto que se fijaría! Una de las cosas que más le gustaban de él es que nada le pasaba inadvertido. Joan. ¿Cuándo le pediría matrimonio? ¿Cuándo haría oficial aquel noviazgo que se podría decir que practicaban desde hacía tiempo? Ansiaba tener su propia casa, como Julia, ser una mujer hecha y derecha, casada, y tomar sus propias decisiones. No obstante, ¿podía confiar en él? Era culpa suya si se imaginaba cosas, si echaba las campanas al vuelo, porque fue él quien empezó a hablarle de sueños de grandeza y luego los hizo suyos. Mientras se aplicaba un poco de carmín en los labios, solo un poco y bien difuminado con el dedo para que resultase natural, se miró la boca de corazón que a Joan tanto le gustaba besar. Siempre a hurtadillas. Se acordó del domingo anterior, cuando Julia y Martí los habían dejado un poco rezagados y él tiraba de ella de vez en cuando para robarle besos. Se reían. Y él comenzó a contarle lo del día en que el taller donde trabajaba sería suyo. El dueño, un tal Romagosa, lo tenía medio apadrinado y no le faltaban muchos años para retirarse. De tal manera que algún día, estaba convencido de ello, se lo traspasaría a él. «Entonces será cuando tengamos nuestro primer coche, un modelo a estrenar de la casa Ford», le había dicho. Y Pilar no se fijó en el modelo concreto de coche que a continuación pasó a detallarle, ni siquiera prestó demasiada atención al minucioso plan que tenía para hacer crecer aquel negocio hasta hacerse rico. Ella se quedó con aquel «tendremos» que había pronunciado con tanta naturalidad. «Tendremos» significaba que ella también formaba parte, «tendremos» quería decir que ella contaba, que ya la veía como su esposa y que lo daba por sentado. Sin embargo, él aún no le había preguntado nada de modo oficial y seguía robándole besos a escondidas. Pilar se preguntó con cierta inquietud si su vida daría pronto ese giro que ella deseaba o

todo continuaría como siempre.

2

—¿Cuándo crees que Joan se decidirá a pedirle matrimonio a mi hermana?

Martí levantó la cabeza de la mesa, se había sumergido en la lectura de un artículo de *Solidaridad Obrera* y pasó por un instante de desconcierto antes de contestar.

—Mujer... —dijo acariciándose la mata de pelo aún sin peinar—, lo hará cuando encuentre el momento.

Pero Julia no pensaba conformarse con esa respuesta.

—Hace más de un año que la pretende y no concreta nada —se quejó—. Mira que siempre me ha gustado Joan, tú ya lo sabes, y me parece que hacen muy buena pareja. Pero, chico, llega un momento en que una debe saber si las intenciones son serias o, si no, a hacer puñetas. Mira que si le está tomando el pelo...

—Pobre de él —le contestó Martí.

Como Julia se quedó callada, con aquella expresión enfurruñada que componía cuando algo le preocupaba, continuó.

—No te preocupes, que hablaré con él. Averiguaré qué tiene en mente el tarambana de mi amigo. —Y entonces aclaró—: De todas maneras, no habría dejado que se acercase a Pilar si pensase que es una mala persona, eso ya lo sabes, ¿no?

Julia asintió un poco más satisfecha.

Martí dobló la *Soli* y se la guardó en el bolsillo. Ambos dieron los últimos sorbos a las tazas que tenían delante: él, al café con un chorrito de leche, y ella, a la leche calentita con un chorrito de café. Martí se levantó de la mesa y fue a despertar a la niña mientras ella retiraba las cuatro cosas y luego se vestía para ir a trabajar. Al cabo de poco, cuando el sol ya despuntaba en el horizonte, los tres se sumaban al río de obreros que se dirigían a la fábrica. Martí sostenía a la niña con un brazo y con el otro le daba la mano a su mujer, aunque nadie más lo hiciera. Él era el hombre más orgulloso del barrio y no le importaba mostrar en público su felicidad. Al llegar a la España, dejó a la niña con Julia para que la acompañase a la guardería mientras él se apresuraba en dirección a Estampados.

Julia entró en la sala que todos llamaban «Cunas», que le había

encantado desde que la vio por primera vez. Dejar a su hija cada mañana había sido uno de los retos más difíciles para ella, pero la luz y la calidez de aquel espacio habilitado para los hijos de las trabajadoras, un lugar lleno de cunas hechas por su propio tío, había ayudado un poco. También las hermanas carmelitas, sobre todo Clara, una chica muy joven de mirada vivaz que, desde el principio, se había hecho cargo de su Juanita. La vio enseguida, se acercaba a ella con la sonrisa de cada mañana, y la niña le abrió los bracitos, reclamándola.

—¡Buenos días, Juanita! —dijo la monja, alegre.

Pero entonces se detuvo a pocos metros y miró a la madre con complicidad. Era el ritual que practicaban desde hacía unos días, desde que la pequeña había comenzado a dar los primeros pasos. Juanita esperó unos segundos y a continuación se apuntaló con las manitas en el suelo para ponerse de pie. Con las piernas ya rectas, intentó dar el primer paso, y luego un segundo, y un tercero... La hermana Clara aplaudió y entonces ella se tambaleó un poco y ya fue suficiente. Había cumplido su parte y ahora reclamaba el premio. La monja carmelita se acercó a ella y la cogió en brazos.

—Hasta luego, amor mío —le susurró Julia al oído y le dio un beso. La sirena estaba a punto de sonar y no quería llegar tarde. Se olió la piel, sintió su calor y entonces hizo de tripas corazón y marchó hacia su nave.

De la ternura de la hija a los telares de cada día, del murmullo de los pájaros al cruzar el patio al sonido perpetuo y ensordecedor de las máquinas conocidas. Vio a Pilar y la saludó con la cabeza. Luego desayunarían juntas, pero ahora era el momento de ponerse a trabajar. Mientras revisaba las bobinas de hilo, mientras daba las primeras indicaciones del día a sus ayudantes, Julia miró un par de veces a su hermana pensando en la conversación de primera hora. Ojalá pudiese ayudarla; ojalá sirviese de algo que Martí hablase con Joan y le hiciese ver que era el momento de dar un paso adelante. No había nada, en aquel momento, que la pudiese hacer más feliz que el compromiso de Pilar con el hombre por el que suspiraba desde hacía tantos años.

La mañana transcurrió sin muchos sustos ni contratiempos. Los telares iban a buen ritmo y Julia conocía bien su trabajo. Tanto que era capaz de volar a ratos con el pensamiento hacia otros lugares, y entonces le venía a la cabeza su hija. «¿Qué estará haciendo ahora mismo? —se preguntaba—. Puede que esté durmiendo, quizá está llorando y yo no lo sé». Solía pensar en cómo aquella niña le había cambiado la vida. «Cuando eres madre —le decía a Pilar—, lo ves todo de otra manera. Las cosas que antes eran importantes parece que ya no lo son tanto, y en cambio hay otras que son nuevas». Julia había

sufrido mucho mientras estaba embarazada, tenía miedo de perder a su hijo. Le había ocurrido a una compañera, Milagros, a la que le crecía la barriga al mismo tiempo que a ella y con la cual había ido ganando complicidad. Y entonces un día Milagros lo perdió. Así sin más. De estar tanto tiempo de pie frente a los telares. Aquella criatura, a diferencia del bebé de Julia, no se había agarrado bien y nació cuando aún no estaba formada. Julia aún se preguntaba cómo podía soportarlo. Ella se habría hundido en el pozo más lóbrego y puede que hasta hubiese cometido una locura. Lo que es seguro es que no habría reaccionado como ella. Porque Milagros no culpó a nadie de su desgracia y lloró la pérdida como si fuese cosa del Señor.

Y no era cosa del Señor, se decía Julia, sino de las condiciones en que trabajaban las mujeres embarazadas en la fábrica. A veces se mordía la lengua para no hurgar en la herida cuando escuchaba a Milagros comentar que los dueños se habían portado bastante bien con ella, que le habían pagado todos los gastos derivados del aborto y que el médico de la España la había asistido gratis. «Don Pepe me dio permiso para quedarme unos días en casa, y en aquel momento lo agradecí mucho», decía. Julia la observó desde la distancia y pensó que de aquello ya hacía más de un año, un poco más de la edad que tenía su hija y de la que habría tenido su pobre niño. Y de nuevo se dijo que ella no habría mostrado tanta gratitud, que habría desatado toda su ira contra aquellos dueños y aquel mundo que no permitía a las mujeres cuidar de sus retoños mientras se formaban, para salvarles la vida antes de nacer. Puede que unos años atrás, antes de saber cómo funcionaban las cosas, ella también hubiera reaccionado de esa manera, con la dulce bondad que mostraban las mujeres y también algunos hombres, una bondad que ahora le parecía inocencia, falta de información, estafa.

Hacía tiempo que se había dado cuenta de lo mucho que había cambiado de mentalidad, de todas las cosas que antes juzgaba de un modo —o más bien no las observaba— y ahora lo hacía de otro. Su perspectiva comenzó a cambiar a partir del día en que tomaron partido en el asunto de Casimiro y lo resolvieron. Ellas. También cuando luchó por que les subiesen la paga, a pesar de que nunca se equipararía con la que recibían los hombres. Hablaba a menudo con Martí acerca de las condiciones de la fábrica y de todas las luchas que vendrían, y ella le hacía ver que a veces los hombres, incluso los del sindicato, no se daban cuenta de que ellas eran las grandes olvidadas, que tenían unas necesidades y unas reivindicaciones específicas y que ellos deberían ponerse de su lado. Martí se mostraba de acuerdo, él siempre la escuchaba, pero no se podía decir lo mismo del resto de

compañeros. Si bien Martí nunca la había tratado como si fuese una niña, había muchos hombres casados que sí trataban así a sus esposas. Eran hombres que alzaban el puño en favor de los derechos y las libertades y olvidaban con frecuencia que aquello debía incluir también a sus compañeras, a las que no siempre respetaban lo suficiente. Martí, en cambio, hablaba siempre a Julia de igual a igual, eran compañeros, eran amantes, era el único amigo hombre que Julia había conocido. Lo que más le gustaba era cuando la llamaba «mi compañera» delante de todos, y también cuando le pedía que lo acompañase a algún mitin o conferencia de los que se organizaban en el barrio, ya que al fin habría elecciones.

—Es una auténtica injusticia que las mujeres no podamos votar en estas municipales —se lamentaba ella al salir de aquellos mítines de palabras entusiastas.

—Esa es una de las cosas que habrá que arreglar cuando tengamos la República —le respondía él convencido.

Y ella lo creía, porque los aires venían cargados de promesas republicanas, de un cambio de arriba abajo en la sociedad. Pensó en aquel día en que asistió con Martí a la formación de un nuevo partido, Esquerra Republicana de Catalunya, en un acto en el Foment Republicà de la calle Cros. Casi todos los presentes eran hombres, y al principio Julia se sintió un poco incómoda, pero entonces comenzó a ver algunas mujeres jóvenes como ella aquí y allá. Se intercambiaron algunas miradas, como queriendo decir «sí, nosotras también estamos aquí. También tenemos derecho y queremos formar parte de esto». Y a partir de aquel momento se sintió mejor. Martí la había informado de que se trataba de una conferencia de distintas fuerzas de izquierdas, republicanas, catalanistas...; un grupo de gente que quería aglutinarse para causar un mayor golpe de efecto. Que aunque él no comulgaba del todo con esas izquierdas, ni sus ideales más puros encajaban completamente con sus premisas y habría podido discutir con ellos un par de matices, consideraba que «era el momento de ir todos a una y derribar el régimen y la monarquía de la manera más inteligente». Le habló de los políticos que vería allí, en la calle Cros, poniendo énfasis en su favorito, el abogado Lluís Companys, a quien conocía por haber representado a varios compañeros del sindicato. Pero lo que no previó Martí fue lo fascinada que se iba a sentir ella por otra figura, la del líder indiscutible de aquel nuevo partido que acababa de nacer en Sants.

—¡Es el *Avi*! ¡Es Francesc Macià! —exclamó al reconocer el pelo blanco, el bigote poblado y el aspecto de *gentleman* en el centro del escenario.

Hasta ese momento tan solo lo había visto en alguna fotografía en prensa, nunca antes en persona. Escucharlo aquel día, con los ojos en llamas, con las manos llenas de nervios y huesos que reafirmaban sus palabras, percibir el poder magnético que aquel hombre de regreso del exilio poseía sobre la gente, percibir el aura que desprendía y que todo el mundo lo escuchaba con atención, fue toda una experiencia.

Julia rememoró los momentos de aquella conferencia y volvió a pensar en que le habría gustado mucho votar. Ahora que leía la prensa, que se sabía informada y que se vislumbraban nuevos tiempos para su país, como madre, como compañera de vida de un sindicalista, pero sobre todo como mujer, deseaba poner su grano de arena para construir una sociedad mejor. No obstante, tal como decía Martí, eso aún estaba por arreglar.

3

—¿A qué hora te vienen a buscar tus hermanas? —le había preguntado la señora Minerva a Lola después de atender a la última clienta, pero estaba tan concentrada en lo que hacía que tardó unos instantes en reaccionar.

—A y media —le respondió, levantando la barbilla de la prenda que estaba doblando. La depositó con esmero encima de la mesa y miró el cesto que tenía a los pies—. Nos da tiempo a terminar con esta ropa, ¿verdad, Irene?

A Lola le encantaba ayudar en la tintorería. Prefería la tarea de planchar, de tender la ropa y atender a las clientas que coser para el sastre de su madre. Cada vez soportaba menos quedarse en casa, y suerte había tenido de que, de un tiempo a esa parte, la señora Minerva le hubiera propuesto echar unas horas por la tardes en la tintorería. No eran muchas, pero aquello contribuía a la economía familiar y sobre todo le permitía pasar más rato con su amiga. Hacía tantos años que iba a la tintorería que la consideraban de la familia. Había sido una suerte. El negocio les iba muy bien, Sants era un barrio donde no dejaba de llegar gente nueva y la clientela aumentaba de forma constante.

La tintorería de la señora Minerva, que es como la conocían los vecinos pese a que el tintorero era su marido, estaba ubicada en la propia carretera de Sants, y el flujo de personas que entraban y salían del establecimiento hacía tintinear la campanilla a cada instante. Allí trabajaban todos: el padre, la madre, Irene y sus dos hermanos. Y ahora también Lola. A menudo, mientras planchaba una prenda o recogía la ropa seca o entregaba un recibo a una clienta, contemplaba aquel espacio y se maravillaba de que en todos esos años no hubiese cambiado ni una pizca; todo continuaba en el sitio de siempre: las tablas de planchar en la entrada, a un lado del mostrador; el pasillo que conducía al patio —al «taller», como lo llamaba el marido de la señora Minerva—, con la ropa tendida por todas partes. Y aquel olor a ropa limpia secándose, y el calor de las planchas: todo era como había sido siempre y aquello la reconfortaba.

Al menos esa parte de su mundo no había cambiado. Porque en su

casa sí habían cambiado las cosas, tenía la sensación de que ya nada era como antes. Julia ya no vivía allí; Pilar nunca estaba, y sus otras dos hermanas, cuando no estaban con el hilo y la aguja, salían corriendo al Orfeó de Sants. A Lola le disgustaba el silencio del patio, el escenario de tantos juegos de infancia; las tardes se le habrían hecho muy pesadas si no hubiese podido salir de allí. Sentía nostalgia, sí, aunque debía admitir que los tiempos de juegos también habían quedado atrás para ella. A finales de ese año cumpliría los dieciséis. Aun así, no podía quitarse de encima esa sensación amarga de pérdida y con frecuencia se sentía abatida. Su madre debió de notarlo, se dijo, seguro que les había pedido a Ángeles y a Carmen que aquella tarde se la llevasen con el grupito del orfeón porque, de otro modo, no se explicaba que hubiesen insistido tanto.

Se apresuró para terminar con la ropa que aún había en el cesto y entonces sonó la campanilla de la entrada. No era ninguna clienta, sino Esteve, que volvía de hacer un recado.

—¡Ya era hora, hijo! —gruñó la señora Minerva—. ¿Acaso te has perdido por el camino? No está tan lejos la casa de los Anglada...

—Tenía cosas que hacer —le contestó él con cierto tono bravucón.

Irene miró a Lola y compuso una mueca de disgusto.

—No soporto cuando le habla así a mi madre —le susurró.

Esteve pasó a su lado y le dio un codazo que la hizo tambalearse. Alzó la vista hacia él.

—¿Qué mosca te ha picado?

El muchacho levantó un dedo a modo de advertencia.

—No me gusta que andes murmurando sobre mí —le respondió sin que su madre pudiese oírlo—, mis asuntos no son de tu incumbencia.

A Lola no le caía nada bien Esteve, no se fiaba ni un pelo de él. En el barrio era conocido por juntarse con los más holgazanes y con frecuencia aprovechaba un servicio a domicilio para ausentarse durante largo tiempo. Es cierto que era bueno aprendiendo el oficio de su padre, que ya sabía teñir la ropa como él y demás, pero Lola creía que no era de fiar. Estaba segura de que se había quedado un buen rato en el bar.

—Es un sinvergüenza —rezongó la chica cuando él ya había salido al patio y no podía oírla. La señora Minerva sacudía la cabeza, pero no decía nada.

Y eso que Esteve era el heredero del negocio familiar. Lola se preguntaba qué pasaría con su amiga y con Jaume, su otro hermano, cuando sus padres faltasen y todo quedase en manos del mayor. ¿Sería

el fin de la tintorería?

Dobló la última prenda que quedaba y se dirigió a la trastienda a recoger la chaqueta. No quería hacer esperar a Carmen y a Ángeles. Se topó con Jaume.

—¿Te vas?

El chico se estaba lavando las manos en una palangana. Se llevaban pocos años, pero él abultaba el doble. Jaume era un muchacho robusto, a diferencia de su hermano Esteve, que era espigado.

—Me vienen a buscar mis hermanas —le respondió.

Jaume se secó las manos mientras le sonreía con aquellos dientes blancos y perfectos que también tenía Irene. Luego volvió al patio, donde su padre estaba tiñendo la ropa y él la frotaba con un gran cepillo. Y Lola pensó que ese hermano sí le gustaba, que siempre las trataba bien, a ella y a Irene, y solía defender a su hermana de los desaires del mayor. Se preguntó cómo sería tener un hermano. Claro que, tal como siempre le habían contado en casa, si hubiese tenido un hermano, o si ella hubiese nacido hombre, no se habrían ido a vivir a Sants. Aún tendrían el trozo de tierra en Valencia, un lugar en el que no había estado desde su nacimiento, pero cuya imagen se había formado gracias a retazos de conversaciones y de recuerdos compartidos, a veces con cierta nostalgia, otras no, por su madre y sus hermanas. De repente las oyó. Carmen y Ángeles habían entrado en la tintorería y estaban intercambiando unas cuantas frases de cortesía con la señora Minerva. Se puso la chaqueta y salió a toda prisa.

Hacía un día espléndido de principios de abril, con un sol deslumbrante y una brisa aún fresca. Las tres se ajustaron el cuello del abrigo.

—Daniel y Emili nos esperan delante mismo del colegio —dijo Ángeles, que nada más salir de la tintorería había apretado el paso.

—¡Chica, no corras tanto! —se quejó Carmen—. Vas a hacer que se me rompa un tacón.

Después de mucho ahorrar, se había comprado unos zapatos nuevos que estrenaba ese día y por nada del mundo pensaba estropearlos a las primeras de cambio.

—¿Y qué vamos a hacer allí? ¿Nos dejarán entrar? ¿Habrá algo de comer? —Lola no dejaba de hacer preguntas.

No estaba lejos, pero tampoco al lado. Hubieron de recorrer unas cuantas calles en dirección a Collblanc, dejaron atrás una fábrica de hilaturas de algodón muy conocida y pasaron cerca de la fábrica de

chocolate de la calle Sugranyes. A corta distancia se veía un edificio de dimensiones considerables, decorado con esgrafiados. Estaba rodeado de campos.

—¡Allí está! —les señaló Ángeles, maravillada. Buscó con los ojos entre la gente que se concentraba en la entrada y enseguida exclamó —: ¡Ya los veo!

Daniel estaba muy excitado. Hablaba por los codos y gesticulaba todo el tiempo. Y no es que no lo hubiesen visto en otras ocasiones en ese estado febril: Daniel era una persona a la que le brillaban los ojos cuando hablaba de sus sueños, pero aquel día estaba especialmente contento. Les avanzó que ya lo sabía todo sobre el Lluís Vives, que es como se llamaba el nuevo colegio. Les dijo que lo había podido ver en la inauguración oficial, una semana antes, cuando asistieron las autoridades. Y ahora estaba ansioso por enseñar a sus amigos aquel espacio que, según él, iba a cambiar la vida de muchos niños del barrio. Y también la suya. Estaba absolutamente convencido.

—Entonces, ¿ya lo han inaugurado? Yo pensaba que era hoy — dijo Carmen con el semblante contrariado. Le había gustado la idea de que la invitasen a un acto solemne—. ¿No va a venir ninguna autoridad?

—Hoy es para la gente del barrio —le explicó Emili—. Abren las puertas para todos nosotros y sobre todo para las familias, para que puedan ver los espacios donde podrán estudiar sus hijos.

Carmen se encogió de hombros sin decir nada, pero se quedó a su lado. De un tiempo a esa parte le rondaba una idea. Una idea que primero descartó, pero que había puesto en práctica hacía poco tiempo. Lo de actuar le gustaba, pero solo le habían dado papeles muy pequeños y la idea de convertirse en actriz se iba desdibujando. Puede que fuese demasiado esfuerzo para ella y, en realidad, las actrices de Hollywood estaban muy lejos. Su desinterés fue creciendo en favor de otro objetivo. Ya era mayor para empezar a tener novio, así que miró alrededor y buscó a un chico con posibilidades. ¡Lo encontró más cerca de lo que pensaba! Emili Grau no era el sueño de su vida, pero tampoco estaba tan mal. Era educado. No le disgustaba su físico y además tenía buen gusto en el vestir. Emili era, definitivamente, un buen partido, alguien que, en un futuro no muy lejano —eso esperaba ella—, heredaría un negocio propio. Desde que se le ocurrió, aprovechaba los momentos que pasaban juntos, ya fuese en el orfeón, ya en las salidas que hacían, para prestarle más atención, para escucharlo con interés cuando le explicaba cosas —eso era lo que les gustaba a los chicos, le había dicho Pilar, que los escuchases—. Y se había comprado los zapatos nuevos pensando en él.

De pronto, la multitud que se agolpaba a la puerta del recinto escolar comenzó a moverse. Habían abierto y las familias y los jóvenes curiosos como ellos empezaban a entrar. Lola tironeó del brazo de Ángeles para volverle a preguntar:

—¿Habrá manduca o no?

Su hermana le lanzó una mirada reprobatoria. No quería que Daniel la escuchase. Se mantenía cerca de él para captar toda la emoción del momento. Quería experimentar de cerca lo que sentía el chico, cómo sería entrar en aquel flamante recinto del que pronto podría formar parte como maestro. Deseaba vivir todo aquello a través de él. Daniel se volvió hacia el grupo.

—¿Habéis visto los esgrafiados? —dijo señalándolos—. Decoran las cuatro fachadas y representan cosas concretas relacionadas con la enseñanza. Mirad: allí están dibujados la escuadra, el compás y la esfera armilar, que simbolizan las ciencias; en aquel otro lado hay unos pinceles y una paleta, ¿los veis? Representa la pintura. También están representadas la música, la arquitectura, el comercio, la industria, la agricultura...

—Me parece que ya se nos permite entrar —lo interrumpió Emili, indicando hacia un grupo de vecinos que habían subido las escaleras de piedra y estaban accediendo a los espacios interiores.

—Pues entremos. —Daniel dejó los detalles de la fachada para más tarde.

El edificio estaba dividido internamente en dos grandes áreas: en una, las aulas de los niños, y en la otra, las de las niñas.

—La idea de las escuelas del Patronato es acabar haciendo la educación conjunta. De momento, me parece que solo harán juntos las actividades. Para ver cómo va.

Entraron en una de las aulas y todos convinieron en que no tenía nada que ver con los sitios donde habían estudiado. Los espacios eran diáfanos, la luz natural entraba a raudales por los grandes ventanales. Ángeles reparó en que encima de cada mesa había un tintero.

—Las familias no tendrán que traer ningún tipo de material —le contó Daniel, que recorría con las yemas de los dedos cada mesa, silla, armario. Estaba tan orgulloso que parecía que la escuela y aquel nuevo sistema los hubiese ideado él—. Lápices, libretas y libros de mucha calidad: se pondrá todo al alcance de los alumnos. ¿A que es fabuloso? Los maestros contaremos con todos los medios necesarios para hacer bien nuestro oficio, sin las limitaciones de siempre. Además, en las escuelas del Patronato se dará mucha importancia a la formación completa de los alumnos, quiero decir que habrá también clases de gimnasia, dibujo, música, se harán representaciones teatrales

e incluso se habla de que cada centro tenga una revista propia, hecha por los alumnos y los maestros.

—Cuánto me habría gustado ir a una escuela así. —Ángeles suspiró.

Rememoró las imágenes de su colegio, un lugar donde había disfrutado aprendiéndolo todo, pero ahora era consciente de sus carencias. Ni de lejos podía soñar, aquellos días, que ir a la escuela podía significar formar parte de un espacio y unas posibilidades como esas. Se dijo que, si algún día tenía hijos, y sobre todo hijas, les daría las oportunidades que ella no había tenido. Las dejaría estudiar hasta que fuesen mayores, les permitiría aprender todo lo que ella no había podido y haría que nunca se sintiesen tan pequeñas e insignificantes como se sentía ella en ese momento ante una escuela de verdad.

Daniel los condujo por todos los espacios que les permitían ver: aulas de tamaños diversos pensadas para actividades diferentes, un teatrillo, duchas para el alumnado, un gran comedor para los que llevasen tartera. De nuevo en el exterior, contemplaron todo el espacio del que podría disponer el alumnado. Pasaron un rato viendo cómo jugaban y corrían con libertad los hijos de familias que habían ido a echar un vistazo y, aunque no les hubiesen dado nada de comer, Lola no se mostró en absoluto decepcionada porque el lugar le había encantado. De algún modo le ocurría como a Ángeles: la extraña mezcla de fascinación, y a un tiempo decepción, por no haber podido estudiar en un sitio como ese. Pensó que quizá entonces sí que habría querido continuar estudiando. Pero aquello ya quedaba muy lejos. Miró a Ángeles y recordó cuando le daba clase en casa, cuando ambas abandonaron el colegio. Y pensó que su hermana debería haber sido maestra, como lo sería Daniel. Pensó que si le hubiesen permitido proseguir sus estudios, como ella tanto había suplicado, a Ángeles le brillarían los ojos tanto como a Daniel.

Al llegar a casa, Ángeles había caído en un estado de ensimismamiento. Las otras ni se dieron cuenta y relataron a su madre todo lo que habían visto. Sin escucharlas demasiado, o como si lo hiciese de lejos, había notado que la invadía una profunda tristeza, una amargura de la que no podía librarse. Entonces dijo que iba a dar de comer a las gallinas y desapareció en el patio. Lloró desconsoladamente. Arrojaba la comida a los animales y su cloqueo le hacía llorar todavía más. El colegio le había encantado. El colegio la había entristecido. Porque, de una manera muy poderosa, había removido sus anhelos del pasado. Aquel proyecto del barrio que acababa de arrancar, que Daniel les había enseñado con el orgullo de formar parte de él algún día, se le había presentado de repente como

la viva imagen de todo aquello a lo que había renunciado. No por voluntad, sino por falta de posibilidades. Su madre, hacía años, había dicho basta a los estudios, y ya era demasiado tarde para una vida que le habría gustado; eran sentimientos dormidos desde hacía tiempo que de pronto despertaban y hacían que se sintiera triste. Muy triste.

Pero ese no era el único motivo. También era por Daniel. ¿Cómo era posible que aún no se hubiese enterado de lo mucho que le gustaba? A veces los chicos están ciegos, se decía. ¿Es que siempre iba a verla como una niña? ¿Es que no se daba cuenta de que había crecido, de que ya había cumplido los dieciocho y le había cambiado el cuerpo? Ángeles no se consideraba guapa. Le disgustaba tener los dientes tan grandes y por eso sonreía discretamente, y además habría dado cualquier cosa por no tener esos ojos tan rasgados, sino más redondos, como los de sus hermanas. Tal vez por eso iba un poco encogida, para no llamar la atención, y su madre le daba palmadas en la espalda y sus hermanas también. No tenía nada de glamur. Carmen y Pilar sí lo tenían, mientras que Julia poseía la belleza serena de su madre, que ella tampoco había heredado. Pero a ella le gustaba pensar que no todo era fachada, que la belleza no se limitaba a la apariencia exterior, sino que residía en el interior. Tenía tanto que ofrecer... Y Daniel la trataba desde hacía años con la confianza y la proximidad que otorgaban ser miembros del mismo coro. Por eso se había hecho ilusiones. Pensó que con el tiempo la vería como la chica que era, una chica llena de energía y con una gran capacidad de amar. De amar a alguien como Daniel.

Intentó calmarse y se secó las mejillas. «Basta», dijo en voz alta. Un par de gallinas dejaron de mover la cabeza y permanecieron tan quietas que parecían pendientes de ella. Y como si hubiese de darles alguna explicación, como si estuviesen esperando algo, les dijo: «No todo está perdido».

4

Llegaron las elecciones municipales. Todo aquel que quería y podía acudió a votar, y luego llegó la espera. Dos días. Y el martes se precipitaron los hechos. Había ganado Esquerra Republicana, el partido de Macià y Companys, y en el piso de la calle Galileu estaban de celebración. Habían acudido unos amigos de Martí y Julia, algunos del sindicato, y Julia había preparado un poco de comida para todos. Martí les ofreció una garrafa de vino.

—Y ahora ¿qué?

—¡Pues ahora a hacer la República, amigo mío!

—¡Viva la República!

—El rey ya debe de haberse marchado.

—¡Brindemos, compañeros!

Levantaban la copa y el puño y estaban visiblemente emocionados. Las expectativas eran altísimas. Sabían que en la mayoría de las capitales de provincia de todo el Estado habían ganado también los republicanos y que, en consecuencia, aquel sería el primer día de una nueva época, de un tiempo en el cual las personas como ellos tendrían mucho que decir, porque tenían la edad, el conocimiento de las necesidades sociales y las ganas. Sobre todo las ganas de ponerlo todo patas arriba, de darle la vuelta al calcetín y hacer que, por primera vez en sus vidas, en aquel país no hubiese rey ni dictador. El pueblo antes que nada. La clase trabajadora a la que pertenecían y que tantas cosas tenía que reclamar tomaría por fin las riendas de la historia. Porque tenían derecho a ello y era su momento. Habían ganado las izquierdas, el mundo estaba a punto de cambiar e iba a hacerlo absolutamente a su favor.

Cuando aquel mismo día Companys salió al balcón del ayuntamiento y proclamó la República, cuando a continuación lo hizo Macià, ellos no estaban presentes, pero les llegó la noticia, que corría como la pólvora. Salieron a la calle dejando a medias la comida y la bebida para celebrarlo con todos sus conocidos. Algunos se subieron al primer tranvía, que iba tan lleno que algunos pasajeros hubieron de dejar medio cuerpo fuera, y se dirigieron a las Ramblas. «¡Todos al ayuntamiento!», gritaban algunos. Pero Julia y Martí tenían a la niña

con los abuelos y no los acompañaron. Dirigieron sus pasos a casa de Gregorio y María y allí encontraron a toda la familia reunida. El padre y el tío Miguel habían acercado un par de sillas a la radio y, con el cuerpo inclinado hacia delante, tenían pegada la oreja al aparato. María exclamaba sin descanso: «¡Madre de Dios! ¡Virgen Santísima!», sin que Martí lograse descifrar si le había entrado miedo, preocupación por lo que pudiese suceder a partir de entonces o es que lo celebraba como todo el mundo. Pero debía de ser esto último, porque sus hijas se movían con gran excitación por la casa y a cada instante la abrazaban y le estampaban besos en la cabeza. Joan también se presentó. Entró sin llamar, ya que la puerta de la calle estaba abierta.

—¿Es que no venís? ¡Vamos a subir al tranvía! —les dijo a modo de saludo.

Se miraron unos a otros y Martí cogió en brazos a la niña.

—Juanita —le dijo solemnemente mientras la pequeña lo miraba con los ojos muy abiertos—, esto no nos lo podemos perder. Lo recordaremos toda la vida. ¡Vamos!

Y Julia no se lo pensó. Tampoco Pilar ni las otras hermanas, que salieron detrás de ellos. Les dio tiempo a coger la chaqueta y poco más. Solo la generación mayor —los padres, el tío— se quedó escuchándolo todo por la radio.

—¡Con cuidado, hijos! ¡Id con cuidado! —les gritó la madre justo antes de cerrarse la puerta con un golpe enérgico de la última en salir.

Vinieron unos tiempos que ni siquiera habían podido soñar. Tan solo unos días después de proclamar la República, las rosas rojas llenaron los puestos en la fiesta de Sant Jordi, y no se regalaban solo flores, sino también libros. Se montaron en distintos lugares, algunos de ellos con carteles publicitarios en los que se representaba un san Jorge clavándole la lanza al analfabetismo. Era una declaración de intenciones en toda regla. En las cocheras de Sants colgaron una señera y debajo situaron una mesa llena de libros. El tío Miguel se acercó y, con la misma ilusión con que años atrás hacía juguetes para sus sobrinas, decidió regalarles un ejemplar a cada una. Los eligió con esmero, pensando en ellas, en sus diversos intereses. Y cuando se los dio, todas respondieron con alharacas, todas se mostraron ilusionadas, aunque algunas pronto dejarían olvidado aquel libro en una estantería y otras lo leerían con fruición. Pero las chicas también recibieron rosas de sus amigos, amores o admiradores.

Aquel Sant Jordi era tan especial que los jóvenes regalaban flores a manos llenas y algunas chicas llegaban a casa con un ramo entero. Fue el caso de Pilar, que desde que habían proclamado la República

había tomado la decisión de darse un respiro de Joan y centrarse en ella. Se había inscrito en un curso por correspondencia de maquilladora profesional y aprendía las técnicas de peluquería junto a la peinadora del barrio, a la que acompañaba a menudo al salir de la fábrica. El resto del tiempo, que no era mucho, lo pasaba con sus amigas y volviendo a dejar que la adularan el resto de chicos del grupo. No es que hubiese menguado ni un gramo su anhelo de prometerse con Joan, pero pensó que tal vez le iría bien sufrir un poco, que viese que no estaba tan pendiente de él. Quizá así cobraría interés, o se cansaría, quién sabe.

En cualquier caso, la estrategia hizo que por Sant Jordi fuese Pilar una de las muchachas que más rosas recibió. Exultante, se paseó por las calles antes de volver a casa, para que todo el mundo la viese con su frondoso ramo. Los ojos le brillaban vanidosos y se aseguró de que Joan se fijase. También Julia tuvo su rosa de manos de Martí, y Carmen y Ángeles recibieron dos cada una, de Emili y de Daniel. Si bien Carmen decidió leer en la rosa de Emili un gesto cargado de segundas intenciones, Ángeles trató de no hacerse demasiadas ilusiones con la que recibió de Daniel. Al fin y al cabo, ambos amigos habían regalado una a cada hermana, sin hacer distinción alguna. Eso sí, al llegar a casa puso las dos rosas en un jarrón con agua y se las llevó a su habitación. Las colocó frente a la ventana y se pasó un buen rato mirándolas, como si se tratase de las dos cosas más bonitas de este mundo.

El mismo día, en un arrebato fuera de lo común, Gregorio salió del café cuando aún había luz y se acercó también a la florista. Le dio una moneda por una rosa roja y, orgulloso, se la llevó a su mujer. Cuando María lo vio entrar con la flor y la cara de bobalicón, chasqueó la lengua.

—Pero, hijo mío, ¡si tenemos un montón de rosas en el jardín! Lástima de dinero malgastado...

Le salió así, no se lo pensó un instante. Gregorio se puso colorado. Aquellas mejillas enjutas se hundieron todavía más y las orejas adquirieron un tono rosado.

—Mujer, pero en el patio no hay ninguna roja como esta —murmuró entre dientes.

María se arrepintió enseguida, pero ya lo había dicho y nada podía hacer. Cogió la rosa y se la llevó a la cocina para ponerla en un poco de agua.

Se formó un Gobierno provisional con Francesc Macià al frente, que

fue ganando popularidad a medida que pasaban los meses. La prensa catalana no dejaba de publicar imágenes del *Avi* —el nombre por el que todo el mundo lo conocía—, que, en compañía de otros políticos, inauguraba escuelas, bibliotecas, visitaba ateneos de todos los barrios y se mezclaba con la población.

Sin embargo, aquel optimismo no iba a durarle a todo el mundo por igual. Los meses avanzaban y la crisis económica era una realidad. Algunas fábricas cerraban o reducían personal y ciertos sectores anarquistas comenzaron a sospechar que tampoco la República recién formada llevaría a buen puerto la revolución social. Con la llegada del calor, llamaron a la huelga. El textil se sumó. En Sants ocuparon algunas fábricas y Martí, aunque no estaba de acuerdo con el modo de actuar de algunos de sus compañeros del sindicato, vio con disgusto cómo la Guardia Civil los desalojaba violentamente. Aquello le recordaba demasiado a los viejos tiempos, no era propio de los aires democráticos y más populares de la República.

—Por eso están creciendo los partidarios de la lucha armada, de volver a la acción directa —le comentó a Julia un día cenando juntos después de haber llevado a la cama a la niña.

—Pero tú no quieres que haya violencia, ¿verdad? —le preguntó Julia.

—Claro que no, pero tampoco ayuda mucho ver en el Gobierno provisional algunos tics y maneras antiguas. Eso solo hace que aumente el deseo de insurrección de algunos compañeros. Y la división entre nosotros no es buena, nos debilita —se lamentó Martí.

Se pasaba la mano por el pelo, adelante y atrás, despeinándose, como cuando estaba preocupado de verdad o algo le desagradaba mucho.

Julia resopló. Se levantó para recoger los dos platos, los enjuagó en el fregadero y los dejó a un lado. Cogió una manzana y comenzó a morderla.

—¿Crees que en la España habrá problemas? —le preguntó.

—La España no cerrará, si es eso lo que quieres decir —le respondió él moviendo la cabeza—. A don Pepe no le afecta la crisis económica como a otros industriales de la zona. Más bien al contrario, hasta se aprovecha de ella. Mira si no lo que ha hecho con Hilaturas Mohair: la fábrica tenía que cerrar y don Pepe la ha comprado. Ya lo ves, tiene dinero a espuertas.

—Pero es bueno que la haya comprado —opinó Julia—. Al menos sus trabajadores no irán a la calle, como ha pasado con otras fábricas del barrio.

Martí hubo de darle la razón. Hacía poco que les habían

informado de que los ciento cincuenta empleados de la antigua fábrica de Sabadell irían a parar a las filas de la España Industrial. La dirección había informado a los miembros del sindicado de que en los próximos meses se construirían pabellones nuevos para los telares de Jacquard, que se reubicaría toda la maquinaria aprovechada de la fábrica de hilaturas recién adquirida y que se montarían talleres auxiliares. Todo ello garantizaba el trabajo de muchas familias.

—Pero no nos engañemos, Julia. La España crece, se multiplica, los beneficios aumentan, pero ¿para quién? Nosotros continuaremos como hasta ahora. —Se metió en la boca un trozo de manzana que Julia le había ofrecido y masticó con ganas—. No quiero echar más leña al fuego con el nuevo Gobierno, pero tendrá que demostrar que las cosas han cambiado y que representan nuestros intereses y no los de la clase acomodada.

5

En otoño Pilar seguía con el plan de guardar las distancias con Joan. De ningún modo había renunciado a él, pero el día a día la tenía tan ocupada que a duras penas le quedaba tiempo para pensar en ello. Cada vez estaba más animada con todo lo que estaba aprendiendo de la peinadora, y el curso de maquillaje por correspondencia iba dando sus frutos. Cuanto más aprendía sobre el mundo de la belleza profesional y los peinados, más lo disfrutaba. Lo compartía con sus amigas, con las cuales iba al cine algunas tardes de sábado o domingo. Unas veces iban al Liceu y otras al Manelic, el cine que habían inaugurado hacía un año donde antes estaba el velódromo El Cubell. Como es lógico, aquello había significado un cataclismo para su padre y el tío Miguel, que habían perdido uno de sus lugares de diversión favoritos, pero a Pilar le parecía maravilloso que el barrio hubiese ganado una sala equipada con todos los avances del cine sonoro. Para ella no había nada que pudiese compararse a la experiencia de sumergirse con todos los sentidos en aquellos mundos de ensueño y glamur. Los decorados, los vestidos y los lugares que aparecían... ¡qué lejos estaban de su día a día en la fábrica! Sentada en la butaca con una amiga a cada lado, solía fantasear con que era una de las heroínas. En ocasiones se mimetizaba con Greta Garbo y su estilo moderno y desenfadado. Había visto *Tentación* hacía poco, donde la actriz sueca lucía unos pantalones con estilo, y tanto ella como Rita se habían quedado prendadas. ¡Qué bien le sentaban los pantalones a la Garbo y con qué naturalidad los llevaba! A veces a Pilar le gustaba adoptar su aspecto duro, sofisticado, distante. Pero no era la única *star* a la que imitaba. Cada semana reunía lo mejor de cada una y copiaba los gestos, el caminar, el modo de moverse y, por supuesto, de peinarse. Quería reír como ellas, llorar como ellas, enfurecerse como ellas y soltar un bofetón cuando era necesario. De buena gana se lo habría soltado a Joan.

Uno de esos sábados por la tarde del mes de octubre, Pilar y sus amigas salían del cine cuando se toparon con unos cuantos chicos del grupo. Entre ellos, Joan. Estuvieron un rato paseando juntos por la carretera de Sants. Cuando pasaban cerca de las cocheras, Joan se

puso a su lado. Los demás se apartaron un poco intencionadamente.

—¿Me vas a decir qué mosca te ha picado conmigo últimamente?

Pilar se detuvo y se lo quedó mirando. Le habría escupido lo que pensaba de su alegre indiferencia, de lo de confundir a las chicas con atenciones que no conducen a ninguna parte, pero enseguida reculó y, con el porte natural e imperturbable de la Garbo, optó por seguir caminando.

—No sé de qué me hablas —le respondió—. ¿Qué es lo que debería pasarme, según tú?

Joan se rio por lo bajo.

—A mí no me engañas. Hace tiempo que intentas ponerme celoso.

Y ella notó que se le encendían las mejillas.

—¿Qué te has creído —le soltó—, que no tengo otra cosa que hacer que pensar en ti y ponerte celoso? Mira que sois simples los hombres a veces... Os creéis que la vida de las chicas solo gira a vuestro alrededor, y no, chico, no es así.

Joan se quedó un poco parado.

—Pilar, ¿tú sientes algo por mí? —Ella, como es lógico, no le contestó—. Porque si es así —prosiguió él—, deberías saber que me había hecho ilusiones. Que incluso había pensado que podíamos tener un futuro juntos.

Joan parecía contrariado y eso a ella la descolocó. ¿Cuál era su problema? ¿Cómo no se daba cuenta de que las cosas no funcionaban así? ¿Que si le dedicas tantas atenciones a una chica, que si ella te permite besarla a escondidas, que si entras y sales de su casa como si ya fueses de la familia —por muy íntimo que seas de su cuñado— no puedes tardar en hacerle una proposición formal? ¿Por qué ella iba a creerse, si no, que sus intenciones eran tan buenas?

—Mira, Joan, que ya somos mayorcitos —le soltó ella—. Yo no puedo permitirme tantas confianzas como tú si nunca me has propuesto una relación formal. —¿Acaso tenía que explicárselo todo punto por punto o es que se hacía el inocente?, se dijo furiosa.

Joan permaneció un momento en silencio, parecía estar midiendo las siguientes palabras.

—Pili, escúchame. —La agarró del brazo y la obligó a parar.

Los amigos pasaron de largo como si no prestasen atención, y ella, al observar la expresión de Joan, que de pronto se había vuelto seria, se notó el corazón acelerado. Quizá había llegado el momento en que él se le declarase, quizá lo que ocurría en las películas era verdad y cuando las chicas imponían una distancia y se hacían valer, los chicos corrían hacia ellas desesperados.

—Intenta entenderme... —comenzó él despacio—. Estoy

esperando mi momento en el taller, no quiero ofrecerte menos de lo que mereces. Eres una chica fuera de lo común y has nacido para tener una vida con ciertas comodidades, con algunos lujos que quiero ser capaz de ofrecerte. Nunca se me habría ocurrido jugar contigo, no sé cómo has podido pensarlo. Si aún no te he hecho ninguna proposición es porque estoy esperando el momento, y ese momento aún no ha llegado. Pero cuando llegue...

Pilar notó que la sangre le subía a la cabeza.

—Mira, Joan —respondió con impaciencia—, cuando lo hagas quizá ya sea demasiado mayor o, quién sabe, algún otro me lo habrá propuesto.

Esa no se la esperaba. Joan era tan orgulloso como ella. Aquella sonrisa que poco a poco le había ido dulcificando las palabras se le congeló de golpe. Pilar lo percibió y, por un instante, se arrepintió de haber sido tan brusca. Tal vez había ido demasiado lejos, pero ya no sabía cómo dar marcha atrás, así que las siguientes palabras le salieron casi en contra de su voluntad, como si se las escuchase decir a otra persona.

—A partir de ahora, prefiero no verte —le dijo con la boca pequeña—. Creo que nos irá bien... durante un tiempo.

Le entraron ganas de llorar. Necesitaba que Joan se lo discutiese, que se rebelase, que la agarrase por los hombros y le respondiese: «No, Pili, no puedes hacerme eso», y comenzase a besarla como en las películas, unos besos que todo lo arreglaban y lo ponían en su sitio. En lugar de eso, Joan la miraba muy serio y no decía nada.

—No acabo de entenderlo —le respondió mientras reiniciaban el paso—. Pero si es lo que tú quieres, lo respetaré.

A Pilar le temblaba el cuerpo, los dientes le castañeteaban de rabia, no sabía si contra Joan o contra sí misma. De pronto, notó que estaba a punto de desmoronarse, pero se dijo que no, no delante de él.

Aligeraron el paso para reunirse de nuevo con el grupo de amigos. El resto de la tarde lo pasaron sin decirse nada.

Al llegar a casa, se encerró en su habitación y no dejó que entrara nadie. Al cabo de un buen rato, su madre, que estaba muy preocupada, envió a Lola a buscar a Julia, aunque fuese tarde.

—Inténtalo tú, hija —le pidió cuando llegó—. No ha querido cenar ni hablar con nadie. Ya te lo ha dicho Lola, ¿verdad? Creo que ha discutido con Joan.

Julia subió. Frente a la puerta cerrada de la que había sido también su habitación encontró a sus hermanas, que trataban de hacer entrar en razón a Pilar. Julia se decidió sin vacilar, sin pedirle permiso. Había dejado a la niña con Martí a medio cenar y no estaba

dispuesta a alargar aquella situación, de modo que entró y cerró tras ella. Apoyó la espalda en la puerta y miró a su hermana, sentada a los pies de la cama, acurrucada, la mirada fija en el armario.

—A ver, Pilar —comenzó con un suspiro—, cuéntamelo todo.

Estaba tan desconcertada que ni siquiera le salían las lágrimas. ¿Qué había hecho exactamente? ¿Había renunciado a Joan? ¿Lo había apartado definitivamente de su lado? ¿Y si solo le hacía falta paciencia? Julia siempre le decía que le faltaba mucha, que era su peor defecto, y por lo visto quizá llevara razón. Tal vez solo tenía que haber esperado, darle un voto de confianza a aquel chico con el que ya se había imaginado la vida y dejar que se declarase cuando lo creyese conveniente.

Julia, aquella tarde de sábado, regresaría a casa muy tarde, Martí ya habría puesto a dormir a la niña y no le preguntaría nada, porque ya sabía que las conversaciones de hermanas quedaban entre ellas. Aquella tarde de sábado Julia abrazaría muchas veces a Pilar durante la conversación y le diría todas las palabras bonitas que le viniesen a la cabeza porque no soportaba verla sufrir. No le recriminaría nada, ni siquiera ese orgullo que a veces la conducía a situaciones límite, más allá de donde ella habría deseado, pero tampoco le haría promesas ni le daría ninguna esperanza sobre Joan porque, sencillamente, no estaba en su mano.

—Ay, Martí... —le dijo a su marido, un poco cansada y triste, al llegar a casa—. ¿Por qué a veces las cosas son tan complicadas?

6

El año 1932 comenzó con una ola de frío que en ningún caso detuvo la febril actividad de las cantoras del Orfeó de Sants. Arrancaron el año con un concierto dedicado a los socios protectores en la propia entidad y, diez días después, los tres grupos corales se desplazaban montaña de Montjuïc arriba para actuar como una sola voz en el Pueblo Español. Por Cuaresma fueron a los estudios de Radio Barcelona, desde donde difundieron un estudiado repertorio de canciones como ya habían hecho en otras ocasiones, y la actividad no cesó hasta la primavera, con una serie de festivales, funciones de teatro, tómbolas benéficas, bailes de sardanas y colaboraciones con otros orfeones hermanos. Se cumplió un año de vida republicana y a finales de abril los miembros cantores, acompañados de las familias y algunos socios protectores, convocaron la esperada excursión de cada año a Montserrat.

También hacía un año que Carmen había puesto en práctica su plan para enamorar a Emili, pero no lo había conseguido. El muchacho había recibido todas las muestras de atención con complacencia, confiaba en ella e incluso había dejado de lado sus reservas habituales con las chicas para recrearse de buen grado. Pero en todo aquel tiempo no le había demostrado ningún otro interés que no fuese la mera amistad. Aquello había herido su orgullo —en absoluto su corazón, para ser honestos—, de tal manera que la chica había dado un giro inesperado y ahora se dedicaba a criticar abiertamente a Emili. No lo hacía delante de él, pero aprovechaba cada ocasión que se le presentaba para desfogarse con sus amigas.

Aquel domingo de finales de abril partieron de Sants en un tren especial que debía llevarlos hasta el monasterio de Montserrat. Carmen estaba sentada con dos compañeras del coro y Ángeles, al otro lado. Cuatro filas más adelante estaba Emili con otros compañeros.

—Yo sé lo que me digo —murmuraba Carmen, muerta de risa—. A Emili Grau no le gustan las chicas, sino más bien los chicos.

—¿Tú cómo lo sabes? —le preguntaba Lluïsa, una de sus amigas íntimas, con ganas de cotillear.

A Ángeles no le gustaba nada aquella conversación y le daba

codazos a su hermana.

—Te va a oír —le advertía.

—Me da exactamente igual.

—Pues a mí no —le rebatía la chica.

Ángeles apreciaba mucho a Emili, lo consideraba un buen amigo y no dejaba de estarle agradecida por haberles abierto las puertas del orfeón. Le disgustaba que su hermana olvidase esas cosas y fuese capaz de criticarlo, de hacer correr rumores sobre él solo porque no le había hecho caso. Conocía su estrategia, había asistido como espectadora de primera fila todo el año y no sentía ninguna lástima por Carmen, porque sabía que nunca había estado enamorada de él. En cierto modo, le estaba bien empleado. Pero claro, Carmen no concebía que ningún chico, cualquier chico, pudiese no caer rendido a sus encantos, y por eso se dedicaba a ultrajarlo, a crear teorías sobre su posible homosexualidad sin tener ninguna prueba, ningún conocimiento concreto. Y aunque así fuese, aunque a aquel amigo de ojos bondadosos y conversación inteligente le interesasen más los chicos que las chicas, no era un asunto de su incumbencia.

A las nueve y cuarto llegaron a la explanada del monasterio y desde allí contemplaron las vistas. María estaba acompañada por otras madres de cantoras, vecinas del barrio que ya conocía de antes o con las cuales había ido ganando confianza de tanto hacer de público y de claque en los conciertos de sus hijas. Estaba orgullosa, siempre se lo contaba a todo el mundo y se adjudicaba el mérito absoluto de haberlas hecho entrar en el orfeón.

Las diferentes secciones del coro accedieron a la basílica antes que el resto y se situaron en el lugar que les habían asignado. Los bancos se fueron ocupando poco a poco con las familias que entraban, María encontró un buen sitio y los socios protectores ocuparon las primeras filas. Era un día de gran afluencia y enseguida se llenó la iglesia con la multitud que subía a la montaña para celebrar la festividad de la Virgen. Se celebró la misa, y la coral contribuyó en la parte musicada haciendo aflorar su repertorio junto con la escolanía de Montserrat. Los cantos continuaron en un segundo concierto, dedicado al padre abad, y a continuación les permitieron acercarse a la Virgen, que tenía a Ángeles absolutamente fascinada. Cuando la tuvo delante, se santiguó. Casi temblaba. En ocasiones le sucedía que, ante algo que consideraba muy importante, el mundo desaparecía y solo estaban ella y la Virgen negra. Aprovechó para pedirle en un murmullo inaudible, en un roce de labios que nadie podía percibir, que la ayudase. Que le diese fuerzas para cumplir sus deseos. Carmen la observaba de cerca, pero no le dijo nada.

Almorzaron en una explanada boscosa a la que llegaron por un camino de tierra. Formaban un grupo muy grande y ruidoso, entre cantores y familiares. Se sentaron en grupos pequeños, los jóvenes con los jóvenes, los mayores con los mayores, y algunos niños, hermanos pequeños de los miembros del coro, saltaban como moscas de grupo en grupo. Las hermanas Molina abrieron las bolsas donde guardaban el bocadillo y empezaron a comer.

—¡Qué hambre tenía, madre mía! —exclamó Carmen dándole un buen mordisco.

Lluïsa la imitó y las dos amigas se rieron como si hubiese ocurrido algo muy gracioso. Aquellas dos compartían muchas confidencias, y a veces había entre ellas más complicidad que con su propia hermana, pensó Ángeles un poco celosa. Se fijó en que Daniel y Emili llegaban entonces y estaban buscando un sitio a su lado. Se inquietó un poco porque pensó que no soportaría que Carmen se riese de Emili delante de él. Afortunadamente, no lo hizo, sino que más bien se mostró encantada de que los chicos se sentasen con ellas e inició una conversación.

—Vosotros ya sois veteranos en estas subidas a Montserrat —se dirigió a Daniel—. ¿Cuántos años hace que hacéis esta excursión con el orfeón?

—No sabría decirte, pero ¡muchos! —respondió él.

Ángeles reparó en el rostro bronceado del chico, fruto de tantas salidas a la naturaleza. Además del orfeón, Daniel iba con un grupo excursionista de Sants formado por unos cuantos chicos que salían los domingos para ir a caminar por el territorio, observar la naturaleza y realizar rutas de montaña. Siempre les hablaba de ello, a ella y a Emili, al cual le había dicho un montón de veces que se apuntase, pero él no estaba hecho para el esfuerzo físico. «Lo que pasa es que no estás entrenado», le decía Daniel, a quien todo le parecía fácil. Emili solía contestarle con su típico encogimiento de hombros. «Tengo otras virtudes —le decía—. Entre la tienda y las salidas con el orfeón, ¡no me queda mucho más tiempo, amigo mío!».

Carmen seguía la conversación de Daniel mientras se zampaba con ansia el bocadillo. Le pedía que le dijese el nombre de los arbustos que le señalaba, de los árboles que los rodeaban, que básicamente eran encinas y pinos, y le preguntaba por los animalillos que podrían encontrarse allí. A Ángeles no le sorprendió aquel torrente de atención: conocía a su hermana y sabía que deseaba hacerse notar ante Emili. Casi le había retirado la palabra, pero de un modo tan sutil que solo él y las que sabían de su despecho podían percatarse. El muchacho, sin embargo, no parecía en absoluto preocupado por aquel

cambio de comportamiento y escuchaba la conversación con un interés sincero.

—Podríamos ir a caminar un poco, aún tenemos un rato —propuso Carmen una vez que se hubo acabado de comer.

Lluïsa aplaudió la idea y las dos se levantaron, sacudiéndose las migas de la falda. Los chicos, que aún estaban comiendo, se las quedaron mirando, pero entonces Daniel se animó.

—Tenéis razón. ¡Venga, vayamos todos!

Le ofreció la mano a su amigo Emili y otros también se pusieron en pie. Antes de irse, Ángeles fue a avisar a su madre, que le advirtió de que no se alejasen demasiado, que el tren no esperaría. Se adentraron por algunos senderos del bosque y Daniel les iba describiendo lo que veía y les hablaba como siempre de historias, de aquella particular montaña y de otras excursiones que había hecho. Muchos jóvenes se fueron sumando, de manera que pronto formaron un grupo numeroso que se fue dispersando por los caminos. Ángeles se quedó un poco atrás con Emili, y aunque habría preferido poder seguir el ritmo de Daniel, alejándose lo menos posible porque le gustaba tenerlo cerca, escuchar todo lo que le decía, tampoco desdeñó la compañía de Emili, con quien practicaba unos silencios muy agradables. El bosque les hablaba y eso les bastaba. Los perdieron de vista. Al cabo de un tiempo ya no veía a su hermana ni a Lluïsa, tampoco a Daniel. Y de pronto apareció Lluïsa. Ángeles se inquietó.

—¿Dónde está Carmen? —le preguntó.

—Estaba conmigo hace un momento —le respondió distraída. Con una canción en los labios, se dirigió apresuradamente hacia donde estaban un par de chicas del grupo y se quedó con ellas.

Ángeles miró a Emili.

—Deberíamos ir a buscarla —le pidió—. A mi madre no le gustará nada que nos hayamos separado. Y además se hace tarde.

Le entró un desasosiego inexplicable. Por fortuna, Emili se puso en marcha enseguida y comenzó a preguntar a todos aquellos con los que se cruzaba si habían visto a Carmen Molina. Recorrieron algunos caminos estrechos, siguieron algunas indicaciones, pero no hallaron ni rastro. Poco a poco, todos habían ido dando la vuelta para regresar al claro del bosque donde estaban las familias. El tiempo se les escurría entre las manos.

—Ay, madre mía... —se le escapó a Ángeles.

—No te preocupes, mujer, no puede haber ido muy lejos —le respondió Emili con tranquilidad.

Ángeles lo miró y deseó tener su templanza. Y estaba en lo cierto, no la encontraron muy lejos, pero lo que vio Ángeles no la tranquilizó

en absoluto. En un pequeño claro del bosque, al lado de un riachuelo que producía un agradable murmullo, Carmen y Daniel se estaban dando un beso. Él la agarraba delicadamente por la cintura y Carmen reclinaba un poco la cabeza, dejándose querer. El corazón le dio un brinco y miró a Emili. Se le había helado la sangre. El muchacho le respondió con una de sus sonrisas tristes, no como si aquello lo hubiese contrariado, a pesar de las atenciones de Carmen los últimos meses, sino como si quisiera disculpar a su amigo. Pero ella notaba cómo la invadía la furia, el aguijonazo agudo y punzante de la traición. Avanzaron unos pasos y el ruido de la hojarasca los delató. Daniel se separó de Carmen de inmediato.

—¡Ah! Estáis aquí —dijo, como si no hubiese pasado nada, como si no los hubiesen visto, aunque los ojos, traviesos, le brillaban.

—Esto... Deberíamos volver con los demás —le dijo su amigo.

Carmen y Ángeles intercambiaron una mirada rápida, pero Carmen no dijo nada. Tampoco Ángeles abrió la boca en todo el camino de vuelta ni luego, cuando ya bajaban de la montaña en tren.

—¿Piensas estar enfadada conmigo mucho tiempo? —le preguntó finalmente Carmen.

Ángeles le lanzó una mirada vacía. Ni siquiera era consciente de lo mucho que la había herido. Carmen solo pensaba en ella, lo único que pretendía era que su hermana no la delatase ante su madre.

—No me traicionarás, ¿verdad, hermanita?

Y Ángeles indicó que no con la cabeza, con un movimiento más de autómata que de persona. El resto del camino lo hizo con la vista clavada en la ventana, alejando la mirada tanto como le era posible y aguantándose las lágrimas, la rabia, el disgusto que le habían dado y que ni siquiera podía expresar. Porque, después de todo —ahora veía su error—, su hermana no podía ser consciente del daño que le había hecho porque nunca le había contado que estaba enamorada de Daniel. Aun así, a medida que dejaban atrás el paisaje montañoso y verde para adentrarse en el gris de la ciudad, se preguntó si no debería haberlo adivinado. Al fin y al cabo, ¿acaso Carmen no era su hermana más próxima, con quien lo hacía todo, con quien compartía habitación desde el nacimiento? ¿No era su amiga más íntima y la primera que debería de haberse dado cuenta de que ella solo tenía ojos para Daniel? Para Carmen, Daniel no significaba nada, estaba segura de eso. Solo había actuado así por despecho. Y, en cambio, con aquel gesto, con aquella imagen que le revolvía el estómago cada vez que la recordaba y que ya nunca podría quitarse de la cabeza, le habían hecho descender al pozo más negro y más profundo. No lo había visto venir y eso la enfurecía aún más. Jamás habría imaginado que Daniel

se fijaría en alguien tan superficial como su hermana, y tampoco había previsto que ella se prestase a ningún tipo de noviazgo con un chico sin posición social alguna.

Ángeles miraba por la ventana y cerca, como una molestia, oía la risa indiscreta de Carmen mientras hablaba con las otras chicas del coro. Solo en una ocasión se volvió a mirarla, y por primera vez en la vida creyó detestarla. Algo se le había roto por dentro y tuvo miedo de que nada, nunca más, volviese a ser igual.

7

Con las ventanas abiertas de par en par para que entrase un poco de aire en el patio, María y las chicas trabajaban a pleno rendimiento para poder cumplir con los recientes encargos del sastre. La primavera era la época en que les llegaban más prendas, ya que a la confección de los nuevos modelos de temporada se sumaban las que la clientela deseaba retocar o actualizar. Y eso era algo bueno porque María y las chicas cobraban a tanto alzado, pero también implicaba que debían quedarse a trabajar todo el día, pese a que el buen tiempo invitara a salir.

A María le gustaba tenerlo todo en orden, pero cuando había tantos encargos era casi imposible lograrlo. Entonces había un desorden bastante ordenado, como le decían en broma sus hijas. Encima de la mesa del comedor se amontonaban los patrones, una pila de cartones que Carmen colocaba de uno en uno sobre la tela y cuya silueta recorría con un jabón de sastre. Hacía rayitas discontinuas, tris-tris, con una precisión y una rapidez que las demás no tenían. Cuando terminaba, entregaba aquel trozo de tela a Lola y ella lo recortaba con mucho cuidado. María y Ángeles cosían. A veces el sastre les enviaba prendas a medio hacer y solo tenían que terminarlas, pero esto no implicaba una labor más fácil ni tampoco más rápida de finalizar, porque a menudo se trataba de coser las solapas a las chaquetas y había que hacerlo muy bien. Algunos días llegaba un encargo grande, por ejemplo, algunos trajes de hombre, y entonces cada una se dedicaba a una cosa: María, a las chaquetas —que por algo era la más experimentada—, y las chicas se repartían los pantalones y los chalecos. Ángeles solía ocuparse de los chalecos porque se le daban muy bien.

Hacia mediodía, ponían la olla al fuego y, más tarde, cuando llegaban Gregorio y Pilar de la fábrica, soltaban agujas, jaboncillos, tijeras, dedales y máquina Singer y se reunían alrededor de la mesa para almorzar.

—¡Ay, mis riñones! —rezongó María al sentarse a la mesa frente al plato de sopa. Se masajeó con ambas manos.

—Debería trabajar menos, madre —le dijo Ángeles, preocupada.

Últimamente era consciente de que su madre se hacía mayor muy rápido.

—Oh, pues ya me dirás cómo saldríamos adelante con menos encargos. ¡Quita, hija, que ya se me pasará!

Carmen la miró con semblante travieso y le dio un buen pellizco al pan. Ella no pensaba pasarse la vida cosiendo como su madre.

—¿Cómo ha ido hoy en Estampados, padre? ¿En qué prendas trabajan ahora? —le preguntó Lola.

Era la única hija que le hacía ese tipo de preguntas, y a Gregorio le gustaba porque podía explayarse cuanto quisiera. La chica no se impacientaba en absoluto si se ponía técnico y lo escuchaba con atención mientras le hablaba de prensas nuevas, cilindros y técnicas modernas para estampar tapicerías. Era consciente de que su interés había crecido desde que trabajaba por las tardes en la tintorería, y se beneficiaba cuando la instruía en técnicas de acabados textiles como si fuese un chico. ¡Si hubiese sido un chico! Pero enseguida las otras hijas empezaron a resoplar, ellas no demostraban ni paciencia ni interés por el trabajo de su padre, de modo que acabó callando.

Quien no decía ni mu aquel día era Pilar. Y aquello sí que era poco habitual. Al final María se la quedó mirando, con la cuchara en alto.

—Hija, ¿qué te pasa? ¿No estás fina?

Le palpó la frente y la chica se rio.

—Madre, me encuentro perfectamente —le respondió—. De hecho, me encuentro mejor que nunca.

Deslizó la mirada alrededor de la mesa, hermana por hermana, luego se detuvo en su padre y finalmente volvió a su madre.

—Os tengo que dar una noticia —anunció.

Y casi no hizo falta, porque todos ya se lo habían imaginado al verle la cara de felicidad. Dos días atrás, Julia había avisado a sus padres de que Pilar y Joan se habían reconciliado, pero les advirtió que no les dijesen nada, que aparentasen que no lo sabían porque era ella quien tenía que contárselo. Cuando Pilar se lo dijo, fingieron sorprenderse, que no se lo esperaban, pero lo que verdaderamente les hizo abrir la boca fue la noticia que siguió a esta. Porque la pareja no solo volvía a hablarse, no solo había dejado atrás las peleas de enamorados, sino que finalmente Joan y Pilar se habían prometido y tenían previsto casarse después del verano. Gregorio tensó los hombros y la chica se dio cuenta.

—Quiere venir a verlo enseguida, padre —se apresuró a decirle. Y, mirándolos a los dos, padre y madre, añadió—: Como es natural, desea su consentimiento.

Gregorio refunfuñó ligeramente. Por un momento había pensado que ya no tenía ninguna autoridad en casa, porque los tiempos habían cambiado tan deprisa que le parecía que la juventud se comía el mundo sin necesidad de los padres. Le alegró saber que algunas cosas seguían igual y que las buenas costumbres se conservaban intactas. Miró a María y le hizo una señal de aprobación porque, pese a las disputas de enamorados, Joan le caía bien y ya tendría a dos de sus cinco hijas casadas.

Desde entonces y hasta principios de septiembre, la familia no dejó de ocuparse de los preparativos. Las chicas estaban contentas, Joan había vuelto a ser un miembro de la casa, esta vez de pleno derecho. Martí no podía creer que su buen amigo finalmente sería su cuñado, y el tío Miguel llenó de maderas nuevas el taller adosado a la casa para empezar a trabajar en los muebles del futuro hogar. Y con el estallido de las primeras rosas, el patio de la casa de los Molina se llenó de sillas donde las chicas cosían el ajuar. Dispuestas en medio círculo, charlaban por los codos mientras preparaban camisones, sábanas, manteles y ropa interior de la más fina para la segunda de las hermanas, la novia que anticipaban como la más guapa y elegante. Pilar repartía sonrisas, era difícil no verla contenta aquellos días mientras preparaba su gran momento. Se casaría por lo civil, porque los tiempos eran republicanos y laicos, aunque a María aquello le pareciese un poco de pega. Quizá la chica también se habría casado por la Iglesia, como era costumbre hasta entonces, pero en realidad a Pilar le daba igual, porque lo que deseaba con todo su corazón era comenzar aquella vida imaginada durante tanto tiempo y que, por un breve periodo, había llegado a considerar perdida. Casarse con Joan y por lo civil le parecía lo más moderno del mundo y ella era una mujer moderna, ese sería su principio fundamental. Eso sí, tampoco estaba dispuesta a renunciar a las cosas buenas de antes y le pidió a su madre que le cosiera un vestido de novia de seda blanca, con blondas y zapatos forrados de la misma seda.

Los días de julio y agosto avanzaron a buen ritmo y las chicas iban acabando los preparativos. En ocasiones, cuando llevaban demasiado tiempo sentadas en el semicírculo del patio, alguna se levantaba para estirar las piernas y las otras la imitaban. Dejaban la costura a un lado y recorrían el espacio conocido, amado, ahora acercándose al huerto, ahora a las gallinas o al palomar. Lola tomaba impulso, subía los escalones de dos en dos hasta la azotea y las demás la seguían, deseosas de recibir un poco de brisa en las mejillas. Arriba estaba la ropa tendida, las camisas del padre secándose al sol y que, una vez libres de humedad, quedaban tan tiesas que parecían

personas. Lola no podía evitar aferrarse a una y dar vueltas con ella, como si fuese su pareja de baile. Las otras se reían y se abrazaban a las camisas porque también querían bailar. Las cuerdas de tender se quedaban vacías mientras la azotea se convertía en una pista de baile improvisada, la más animada de Sants. Armaban tanto revuelo que a veces su madre las oía y asomaba la nariz por la escalera. No les decía nada porque se regocijaba con la complicidad entre ellas y le divertía la impaciencia aún juvenil por que llegase el día de la boda.

Joan y Pilar fueron los novios más atractivos del barrio, aunque por supuesto aquello no era una sorpresa para nadie. Parecían dos actores de cine, y ambos fueron los más populares de la fiesta que tuvo lugar después. Estaba todo el grupo de amigos que, poco a poco, al igual que ellos, se iban prometiendo y casando. Bailaron hasta la madrugada y bebieron más de la cuenta. También Gregorio y el tío Miguel, a quienes les dio por ponerse nostálgicos y hablar de los viejos tiempos. María se dedicó a hacer de buena anfitriona con los tíos de Joan y su hermana pequeña, que habían acudido expresamente para la boda y solo se quedarían unos días. Joan, radiante, quería presentárselos a todo el mundo. Julia se alegró de corazón al ver a su hermana tan feliz y pensó en que a veces solo hace falta paciencia y saber esperar nuestro momento. Ahora podrían hacer muchas cosas juntas, como antes. En medio del baile y de la fiesta, Julia se imaginó a los cuatro en los años venideros. Compartirían momentos de ocio, preocupaciones y quizá pronto la maternidad. Y aquello le hizo sonreír porque la vida le parecía difícil, sí, pero al mismo tiempo maravillosa y llena de promesas.

Los recién casados se fueron a vivir a un piso de alquiler de la calle Munné, al lado casi del barrio vecino de Collblanc. Se trataba de un edificio de cuatro plantas, con dos pisos por descansillo, y ellos ocupaban la segunda. Tenían un salón bastante grande, con mesa para comer y un aparador muy elegante que les había hecho el tío. Las sillas, tapizadas con una tela floreada de la España Industrial. La sala daba a un balcón que a su vez miraba a la calle Munné. Era una calle estrecha y enfrente tenían unas casas bajas con patio detrás, como la de sus padres, justo lo que a Pilar le habría gustado tener, pero de momento se habría de conformar con un piso. También le habría gustado estar más cerca de sus padres o de Julia, más en el corazón de Sants, aunque a Joan le iba muy bien aquella ubicación porque estaba al lado del taller. El dueño, el viejo Romagosa, seguía al pie del cañón, pero le había mejorado las condiciones, y Joan trabajaba allí con la promesa de que algún día el negocio sería suyo. Lo mejor de todo llegó cuando, a partir de octubre, Joan le confirmó a Pilar que no

tendría que continuar en la fábrica, que se lo podían permitir si no cometían ninguna locura. Pilar estaba exultante porque se le hacía todavía más tediosa desde que vivían allí, y además tenía que ir en tranvía. No iba a echarla de menos, pero sí no ver tan a menudo a su hermana, a Rita y a las demás compañeras. Aparte de eso, Pilar era consciente de que dejar la España le abría por fin las puertas de un mundo en el que ya había empezado a soñar.

—Pero entiendes que tendremos que apretarnos el cinturón, ¿verdad, Pili? —le advirtió Joan, que sabía de sus gustos caros.

—Por supuesto, no soy idiota —le respondió ella tranquila—. Pero no te preocupes, Joan, porque no pienso dejar de trabajar.

Joan se quedó de piedra, eso sí que no lo esperaba. Y entonces fue cuando Pilar compartió con su marido aquello que tan solo se había atrevido a imaginar.

—Voy a montar un salón de peluquería y belleza en casa, Joan —le anunció con decisión—, solo para unas cuantas clientas. Y con eso podremos ir ahorrando.

Joan observó el comedor recién estrenado.

—¿Aquí? —preguntó.

—¡Aquí! —confirmó ella con decisión.

Y así fue. Se compró los utensilios, de momento los esenciales. Y aquel salón bastante grande del piso de la calle Munné, que prácticamente acababan de decorar como comedor, se transformó de pies a cabeza hasta convertirse en el espacio idóneo para las futuras clientas de Pilar. Las sillas tapizadas se colocaron alineadas contra la pared, el aparador pasó de contener la vajilla y el menaje de mesa a almacenar los utensilios de peluquería y belleza. Compraron un par de mesas bajas, donde puso las revistas femeninas que tanto le gustaban, colgaron dos espejos rectangulares en una pared. Su madre le cosió unas cortinas bordadas que creaban un espacio más refinado y elegante. Y, como es obvio, las primeras clientas fueron sus hermanas y su propia madre. Pronto, sin embargo, hicieron correr la voz y unas cuantas vecinas se presentaron. Eran las amigas más fieles del barrio, por supuesto, a las cuales Pilar dispensó un trato siempre especial. A finales de año, la muchacha ya tenía una nueva rutina y sentía que la vida no podía sonreírle más.

8

Cada día antes de ponerse a coser, María iba al mercado acompañada de su hija pequeña. Ambas, cesta en mano, lo hacían a primera hora para comprar los mejores productos a buen precio. María sabía muy bien cómo elegir las piezas y aún más regatear el precio. Se lo había enseñado a sus hijas, una por una, con vistas al día de mañana, y se podía decir que estaba orgullosa de cómo se defendían ya Julia y Pilar. A Lola, cuando era niña, el mercado de Sants le parecía tan grande como una catedral, y el tráfico de gente y de carretas le hacía aferrarse a la falda de su madre. Pero entonces era una polvorilla y no podía quedarse mucho tiempo escondida, así que pronto asomaba la cabeza y la pescadera o la verdulera o la de las legumbres le decía alguna lindeza y ella respondía sacando la lengua. En más de una ocasión se había llevado un cachete. Pero de aquello hacía unos cuantos años y, a pesar de que el escenario apenas había cambiado, ella se sentía otra. Era un jueves de principios de noviembre y se había levantado con el pie izquierdo.

—Tienes cara de pocos amigos —le dijo su madre, mirándola por el rabillo del ojo.

Se encontraban a pocos metros del mercado y ya se percibía el trasiego de buena mañana. Los puestos del exterior que se cobijaban bajo la marquesina desplegaban sus productos como en un bazar oriental: cestas de mimbre, alpargatas, artículos de mercería, platos y ollas, retales de tela por metros; todo se podía encontrar alrededor del gran edificio del mercado.

—Déjelo, madre —le respondió Lola enojada—, son cosas mías.

—¿Sabes qué te digo?, que me parece que últimamente te enfadas por todo. Te has vuelto un poco antipática, chica, déjame que te lo diga. Siempre discutes con tus hermanas y les respondes mal.

—¡Es que ellas me pinchan!

—Que ya eres mayorcita, hija. Ese mal carácter que tienes no te hará ningún bien. Ayer por la tarde no sé qué te estaban diciendo, pero hay que ver cómo te revolviste.

Lola permaneció en silencio porque habían entrado en el mercado y Teresa, la de las verduras, había hecho detenerse a su madre.

—Fíjese, señora Molina, qué acelgas más hermosas, ¿le pongo un puñado? Cocidas y rehogadas con una buena loncha de tocino y listo, no necesitan nada más. ¿Y qué me dice de estas coliflores? Son las primeras, recién traídas.

Mientras su madre compraba y regateaba con la mujer, ella rememoró la discusión de la tarde anterior. Pilar y Joan habían ido a casa, y Carmen y ella se habían dedicado a bromear y a meterse con todo el mundo. No entendía qué gracia le veían a meterse con la gente. Pero habían apuntado hacia la familia de su amiga Irene y eso sí que no. Si se hubiesen metido con Esteve, bueno. Todo el mundo sabía que el hermano mayor de su amiga era un granuja y a ese no quería defenderlo por nada del mundo. Pero meterse con Jaume, no, nanay. Fue Pilar quien empezó: que si el otro día había pasado por la tintorería a recoger unas camisas de Joan, que si la había atendido la señora Minerva y entonces había entrado Jaume desde el patio y le había entregado las camisas... «¡Ese chico está hecho un oso!», exclamó divertida. Lola tensó el cuello. Carmen se sumó de buen grado, diciendo que el tal Jaume se había ensanchado tanto que ya no le quedaba cuello. «Qué poco se parece a su hermano Esteve, que es alto y delgado como una espiga», dijo. Ambas hermanas se partieron de risa al compararlos y empezaron a decir que podrían trabajar en el circo. A Lola, que se le había ido mudando el semblante, no le hizo ni pizca de gracia. «¡Dejad tranquilo a Jaume! ¿Qué daño os ha hecho? No lo conocéis de nada», les soltó con malos modos. Pero a Carmen y a Pilar les hizo aún más gracia que se enfureciese de aquella manera y entonces comenzaron a chincharla. «¿Es que acaso te hace tilín?», le preguntó Pilar. Lola no se dignó a contestar, y a partir de aquel momento todo fueron malas caras por parte de ella y pullas por cada cosa que decían en la mesa. Se le había agriado el humor.

Su madre terminó con la verdulera, que le puso las hortalizas en la cesta. Se detuvieron delante de la charcutería, que tenía unas butifarras para chuparse los dedos. La mujer siempre contaba que las hacían con la receta secreta de la abuela, que había venido de Murcia. No había ningún otro puesto donde las elaborasen tan sabrosas.

—Ya no le queda ninguna niña en casa, ¿eh, señora María? —le dijo la mujer a su madre después de echarle una ojeada de arriba abajo a ella. Lola encogió el pecho por instinto, a pesar de que le había crecido tanto que no había modo de ocultarlo. Debió de ponerse colorada porque la mujer se rio con disimulo.

—¡Chica, no te lo tomes a mal, que te has puesto muy guapa! —le dijo. Y dirigiéndose de nuevo a María—: Pronto las tendrá a todas casadas.

—Calle, calle —dijo la madre—, que esta me ha salido respondona.

Lola volvió la cabeza para no escucharlas. Se notaba las orejas calientes de la rabia que sentía, cosa que últimamente le sucedía muy a menudo. En su casa parecía que nadie la entendía.

Y es que ella apreciaba mucho a Jaume, se dijo retomando el hilo de sus pensamientos. Lo apreciaba... y algo más. Sentía algo por el segundo hermano de Irene que aún no sabía definir muy bien porque era la primera vez que lo experimentaba, una especie de cosquilleo cuando él estaba presente, cuando se le acercaba en la tintorería, que la ponía un poco nerviosa. Si el muchacho se aproximaba más de la cuenta para ayudarla a llevar el cesto, si le sonreía al pasar junto a ella o le guiñaba el ojo, como le hacía a su hermana Irene..., ¡hay que ver cómo le sudaban las manos a Lola! Y la axila izquierda.

Las tardes en que trabajaba en la tintorería intentaba tratarlo con la misma naturalidad de siempre, de años atrás, pero percibía que algo le había cambiado por dentro y, lo que era peor, estaba segura de que se le notaba. Cuando a veces salía al patio a buscar alguna prenda y lo veía tiñendo la ropa con su padre, aprovechaba para fijarse en él con detalle. Le habían crecido unos pelos en la barbilla, tenía la cara más cuadrada, masculina, y los brazos fuertes de tanto trajinar género. Los ojos siempre huidizos, vivaces, y cuando de pronto se volvía como si la intuyese y se topaban con los suyos, ella se ponía como un tomate y se apresuraba a volver al trabajo como si no hubiese pasado nada. Le había acabado confesando estos sentimientos a Irene —muerta de vergüenza, eso sí— y su amiga le había respondido con un entusiasmo que la había asustado. «¡Te has enamorado de mi hermano!». Ella le había dicho que no, que aún era joven, que no pensaba en esas cosas. Pero Irene, como si fuese la chica más sabia del mundo, le había contestado: «El amor no tiene edad. Te puede llegar muy pronto o muy tarde». Les había entrado la risa floja, como la que les hacía doblarse por el suelo desde que eran niñas. Al cabo de un buen rato, al finalizar la jornada, hablaban sentadas una junto a otra. «¿Te imaginas que fuésemos hermanas?», le decía Irene mirándola fijamente. Lola le respondía: «¡Calla, anda, que ya te estás pasando!», pero en el fondo de su corazón le gustaba recrearse. Sin embargo, allí, en la tintorería, Esteve se ocupaba con frecuencia de hacerle bajar de las nubes. Desde hacía algún tiempo la señora Minerva había empezado a valorar la facilidad de Lola para los números y los asuntos del negocio —cualidades que no interesaban en absoluto a Irene— y recurría a ella como ayudante. Le ordenaba escribir en la libreta de entrada y salida de prendas, clasificar y archivar los recibos. Ello había provocado que

el hijo mayor se la tuviese jurada y no perdía la ocasión de criticarla y reiterarle a su madre delante de ella: «Lola no es de la familia».

La cesta de ir al mercado estaba llena cuando salieron a la calle y se dirigieron a casa. Apretaron el paso porque la jornada sería intensa y Carmen y Ángeles debían de llevar cosiendo un buen rato. Una vez que ellas también se pusieron a la tarea, ya no hubo tiempo para rifirrafes con sus hermanas ni para pensar en nada más.

9

Una tarde, en el orfeón, el maestro Pérez Moya les anunció que el coro había sido invitado a participar en una fiesta en el Círcol de Sants. Nada más escucharlo, Carmen y sus compañeras saltaron de alegría porque aquella era una de las entidades con más solera del barrio, el lugar donde las familias prominentes celebraban las mejores fiestas y también, rememoró la chica con cierta nostalgia, donde acudía siendo muy jovencita con sus hermanas solo para ver los vestidos de cada ocasión. Que si un carnaval, que si un baile de gala, que si una velada literaria; cualquier acto que organizaban en el Círcol era motivo para que todas ellas se acercasen y no perder detalle. El hecho de que ahora, al cabo de los años, las llamasen para participar en un concierto en esa entidad, para formar parte de la fiestaza que sin duda celebrarían, le parecía la cosa más excitante del mundo. Al salir aquel día del aula de ensayo, la chica se acercó a Daniel, que ya la estaba esperando en la puerta como cada día, y comenzó a planificar en voz alta el feliz acontecimiento.

—Tendré que estudiar muy bien el vestido que me voy a poner —le dijo entusiasmada—, ¡por no hablar del peinado! Pilar me ayudará, por supuesto, ella siempre tiene buenas ideas.

El muchacho permanecía en silencio mientras la escuchaba con cierta desgana.

—Ay, Daniel, ¡qué emoción! Nos codearemos con la flor y nata de Sants, ¿te lo imaginas? Todas las buenas familias del barrio estarán allí. ¿Crees que podremos conversar con ellas? ¿Que conoceremos a gente interesante?

El chico ya no podía más.

—Me parece que te estás pasando de rosca, Carmen —la criticó—. No digo que no esté bien ir a cantar al Círcol, pero me disgusta que caigas en todas esas frivolidades. No te engañes, allí no vas a encontrar a nadie mejor que nosotros. Que tengan más dinero no significa absolutamente nada.

Carmen se quedó de piedra. A veces no entendía qué había visto en aquel muchacho; se asombraba al comprobar cuán distinto lo veían todo.

—¿Cómo puedes decir que no significa nada? ¡Lo significa todo! Las chicas de esas familias no necesitan trabajar, Daniel, se pueden pasar el día sin hacer nada y se permiten cualquier capricho que se les pasa por la cabeza. ¿Cómo quieres que sea lo mismo?

Daniel adoptó un aire más conciliador.

—Mujer, me refiero a que eso no las hace más importantes. Yo no me considero menos que cualquiera de los hijos de buena familia que van allí —concluyó con orgullo.

—Lo que pasa es que te da miedo que te hagan sombra y te has puesto celoso —lo acusó ella.

—¿Celoso yo? —Daniel la miró con sorpresa—. ¿De qué o de quién debería estarlo?

Ella dibujó una sonrisa maliciosa y lo señaló con un dedo.

—Tienes miedo de que me enamore de un hijo de buena familia y ya no te haga caso.

Pretendía darle la vuelta a la conversación, seguir con aquel tono burlón que hasta entonces le había resultado tan divertido, pero de repente Daniel se había puesto serio.

—Si pasase eso, si te fijases en una persona solo por lo que tiene y no por lo que es... —midió las palabras antes de terminar la frase—, me decepcionarías mucho.

Ella puso los ojos en blanco.

—Cuando te pones así, no me gustas —le dijo.

Y él guardó silencio por un instante.

—A veces tú tampoco me gustas.

Carmen ya estaba harta de tanto tira y afloja. Lo que había comenzado como un simple coqueteo entre ellos, como un juego de seducción que le gustaba y le hacía sentir bien porque despertaba el interés y la admiración de sus compañeras, se había ido enmarañando hasta el punto de que Daniel se comportaba casi como si fuesen pareja. Y eso le hacía sentir muy incómoda.

Después de la pequeña trifulca, la chica deseó que Daniel enfermase, no mucho, solo un dolor de garganta o un malestar de estómago que le impidiese ir a cantar la noche que actuaban en el Círcol. De ese modo no tendría que estar pendiente ni le estropearía una de las veladas más esperadas del año. Desgraciadamente, sus deseos no tenían ese poder y la tarde en cuestión el muchacho se hallaba en perfecto estado de salud. Le pareció que estaba tenso, un poco distante y, en lugar de preocuparse, lo consideró una buena oportunidad para mantenerse alejada de él. Llegó el gran momento y el grupo entero se concentró frente a la fachada principal del Círcol de Sants. Carmen iba del brazo de Ángeles.

—¿Te acuerdas? —le preguntó, emocionada, señalando con el mentón hacia la escalera de piedra que daba acceso a la entidad—. Cuando éramos pequeñas, lo mirábamos desde aquí fuera y ahora vamos a entrar para formar parte.

Ángeles le dedicó una media sonrisa, pese a que últimamente sentía poca simpatía hacia su hermana. Aún no la había perdonado. De alguna manera, ella debería haber intuido que su noviazgo con Daniel la había herido. A menudo le daba vueltas porque, por desgracia, debía verlos juntos cada vez que tenían ensayo o alguna actividad en el orfeón. Ángeles se lo reprochaba secretamente, y no era lo único: también le hacía responsable del hecho de que lo más valioso de su vida, aquel orfeón que le había abierto las puertas a seguir formándose y aprender música, un lugar al que acudía ilusionada, se hubiese convertido en el escenario constante de sus celos y su sufrimiento. Aquella tarde, sin embargo, ante la mirada nostálgica e ignorante de Carmen, en vista del magnífico concierto en que debían participar, tomó la decisión de esforzarse para dejar aquellos sentimientos de lado. Deseaba disfrutar de la música, su refugio más querido.

El salón de actos estaba lleno hasta la bandera. Era un espacio diáfano con forma de semicírculo con doble galería. Los orfeonistas no ocultaron su admiración al ver tantas familias conocidas del barrio, los elegantes de Sants, vestidos con las mejores galas y los ojos puestos en el escenario, donde se encontraban ellos. Estaba presente la prestigiosa banda de música del Círcol al completo, con sus trajes oscuros de ceremonia y el instrumento correspondiente en las manos. El conjunto infundía respeto.

Se hizo el silencio en la sala y entonces comenzaron a cantar. Primero algunas composiciones del maestro Pérez Moya, como *San José y San Juan* o *Els fadrins de Sant Boi*, para continuar con piezas del maestro Millet y otras de su repertorio habitual. Mientras Ángeles cantaba su favorita, *Montañas regaladas*, se fijó en que su hermana no apartaba los ojos de un punto concreto de la platea. Al terminar la pieza, y antes de que saliesen las señoritas solistas —dos hijas de familias del Círcol que interpretarían una serie de canciones—, le preguntó qué estaba mirando.

—¿Todavía no la has visto? —le dijo entre dientes—. ¡Allí! Griselda Martínez.

Después de las señoritas solistas actuaron los de la agrupación infantil del orfeón, que, al sonido del piano interpretado por la maestra Prunera, bailaron *L'hereu Riera* y otras piezas populares. Recibieron los aplausos más sonoros y la ovación del público. Y, una

vez finalizado el concierto, los coros se disgregaron y sus miembros se mezclaron entre los asistentes.

—¿Quieres que vayamos a saludarla? —le ofreció Ángeles.

—No, que venga ella —le respondió Carmen, altiva.

Y Ángeles meneó la cabeza. Le hizo gracia que la rivalidad entre las dos chicas continuase intacta, como si los años de colegio no hubiesen acabado hacía mucho tiempo.

Griselda Martínez no solo se aproximó con su madre, que las tenía vistas del colegio, sino que incluso se mostró amable, o tal vez solo lo hiciera por educación. «Sí —se dijo Carmen—, quiere demostrarme que ella tiene más educación que yo, que sabe comportarse, que es una señorita y ni se acuerda de las peleas de otros tiempos». De modo que optó por imitarla y se comportó con idéntica exquisitez. De reojo, mientras la señora Martínez les preguntaba por la familia, Carmen reparó no sin cierta rabia en lo guapa que se había puesto su rival. Aquella melena rizada de la que, en otros tiempos, le había tirado con ganas era ahora una cabellera exótica y bien peinada. Se tocó el pelo con un gesto inconsciente y le dedicó una sonrisa deslumbrante. Por un momento deseó que Daniel dejase de hacerse el engreído y se les acercase, porque el chico tenía buena planta y ella solo quería impresionarla. En lugar de eso, quien se dirigió a ellas fue un muchacho llamado Javier, a quien Carmen nunca había visto.

—Es mi hermano —dijo Griselda, y se colgó de su brazo con un ademán posesivo.

Dejó claro que estaba orgullosa de él, seguramente porque, aunque no fuese el chico más atractivo del mundo, exhibía un traje oscuro muy caro y unos modales impecables.

—Tanto gusto —les dijo a una y otra hermana con amabilidad sincera—. Las felicito por el concierto. Tienen una calidad musical indudable.

Carmen se hizo la modesta con una caída de párpados y un semblante discreto nada natural en ella. Y causó efecto, porque Javier Martínez ya no se separó de ellas en toda la velada; de alguna manera se convirtió en su amable y muy servicial anfitrión. Les presentó a otras personas, elogió sus voces y, en definitiva, hizo que, por una noche, las hermanas Molina se sintiesen parte de aquel mundo que en otra época habían observado de puertas afuera.

10

Joan solía proponerle a Pilar que saliesen con Martí y Julia, ya que los cuatro se llevaban muy bien y les gustaba divertirse juntos. Un domingo de principios de año, los convenció para ir a ver una revista a la avenida de Francesc Layret, la de los cafés, teatros y cabarets por excelencia, que unos años antes llevaba el nombre de Marqués del Duero, aunque se conocía popularmente como la avenida del Paralelo. Joan era un gran aficionado, había ido de joven con su padre y ya no había dejado de acudir. Se conocía los establecimientos de la zona y tenía amistades allí. Era el tipo de persona que hacía amigos con gran facilidad.

Cuando aquel domingo se bajaron del tranvía y recorrieron los primeros metros de la animada avenida, llevaba a su mujer del brazo y estaba muy orgulloso de ella. Desde que había dejado la fábrica y comenzado con el salón de peluquería, el rostro le brillaba de una manera especial. Era cierto que estaban gastando un buen dinero en el asunto del salón porque Pilar solo quería lo mejor y los aparatos no eran precisamente baratos. Pero lo iban haciendo poco a poco y, de momento, se lo podían permitir. «Mientras no lleguen los hijos...», le decía. Y no solo accedía a gastarlo en el negocio que había puesto en marcha su mujer, sino que disfrutaba comprándole finezas. Aquel día ella estrenaba el vestido de cuadros marrón y rosa pálido que le había comprado en el Dique Flotante, regalo de los seis meses de casados. Le sentaba tan bien que el muchacho la miraba de reojo. Lo de los hijos era algo de lo que hablaban con naturalidad, ninguno de los dos tenía prisa por que llegasen, aunque a veces Julia le insistía a Pilar con que sería muy bonito que los primos se llevasen pocos años. «¿Te imaginas lo contenta que se pondría Juanita al tener a alguien con quien jugar?», le había oído decir a su cuñada. Y solo entonces, en aquellos instantes fugaces, Joan vislumbraba en su mujer un destello que le decía que quizá sí, que tal vez no deberían demorarlo mucho más y que, después de todo, sería bonito convertirse en padres. Pero aquel día no estaba para ese tipo de pensamientos, solo tenía en la cabeza divertirse. Iban al teatro Cómico a ver dos revistas que estaban teniendo un éxito arrollador.

—Podríamos sentarnos en una de estas terrazas —propuso Julia señalando hacia El Español, uno de los cafés más concurridos—, aún tenemos tiempo para comer y beber algo.

Martí estaba de acuerdo, pero tenía dudas.

—Es que tenemos que reservar el dinero para el Cómico, y en estas terrazas te cobran hasta por respirar.

—Podríamos pedir algo en ese puesto ambulante —les señaló Joan echándole una mano a su cuñado—. Conozco al chaval que lo lleva y hace unos bocadillos muy buenos. Y tiene la cerveza barata.

—A mí me parece bien —se apresuró en decir Julia, que se había avergonzado al instante de haber querido tirar la casa por la ventana. Debían de ser las luces de los carteles de los teatros, que ya se habían encendido, o las imágenes vistosas de la diversión que ofrecían lo que le había hecho perder de vista la realidad por un momento.

Pilar estaba tan contenta con su vestido nuevo y las miradas que recibía de todos los que estaban sentados en la terraza del Español que no necesitaba más.

—A mí todo me parece bien —les dijo.

Comieron unos bocadillos verdaderamente deliciosos y también les sirvieron cerveza a buen precio. Joan empezó a charlar con el chico del puesto ambulante, que de inmediato se había alegrado de verlo. Era un muchacho de piel muy morena al cual le faltaban dos dientes, pese a ser de la misma edad que ellos. Cuando sonreía, mostraba los huecos sin ninguna vergüenza y los ojos se le empequeñecían.

—¿Vais a ver algún espectáculo?

Joan tenía la boca llena y fue Martí quien contestó.

—Vamos al Cómico, a ver dos revistas.

—Ah, ya sé cuáles son —contestó él—. ¡Todo el mundo habla muy bien de ellas!

—Por lo visto tienen muy buena crítica —dijo Pilar dándoselas de entendida. Le gustaba parecer una mujer de mundo.

El chico la miró sin poder evitar quedarse embelesado. Asintió en silencio y entonces Joan, que ya había engullido el trozo de bocadillo, intervino.

—A ver si tienen razón —dijo—. A las diez y cuarto es la primera revista, que se llama *Niñas, a votar*. Y luego la de *Bonitas y peligrosas*.

El muchacho de la parada ambulante sonrió con picardía al escuchar el segundo título y miró de reojo a Pilar.

—¿No deberíamos ir entrando? —propuso Julia, y Martí asintió.

—Venga, vamos a comprar las entradas y así buscamos un buen sitio.

Se dirigieron al Cómico pasando por otros teatros que anunciaban revistas, vodeviles y espectáculos de todo tipo, algunos más o menos serios, otros más subidos de tono. Aquella avenida hacía que Barcelona despertase de noche y que centenares de ciudadanos se acercasen, atraídos por la diversión que ofrecía. Pagaron una peseta y media por persona y accedieron al patio de butacas para conseguir unos buenos sitios. Pilar se fijó en los palcos del proscenio, donde estaban sentados algunos señores que debían de ser importantes, con sus bigotes y esa expresión de superioridad que los caracterizaba.

—Estos esperan fielmente a que salga a escena su querida —le susurró Joan al oído. Pilar se volvió con mirada interrogante—. Algunas coristas que actúan en la revista y a las que estos les han puesto un pisito, ya me entiendes... —aclaró.

—Ya lo había entendido —le respondió ella, orgullosa—. Me pregunto cómo lo hacen para no sentir asco de esos viejos.

Martí les señaló cuatro butacas seguidas con muy buena visibilidad y se apresuraron a ocuparlas. La función no tardaría mucho en empezar.

Se encendieron las luces del escenario y las vedetes comenzaron a desfilar al son de la música alegre y un poco demasiado alta para el gusto de Julia, que interpretaba la orquesta. La obra les pareció un poco floja, pero, en general, el espectáculo fue muy divertido. En la segunda revista actuaban vedetes famosas, como Conchita Constanzo y Anita Lasalle, además del popular cómico Mariano Ozores, con el que se rieron mucho. Julia y Pilar intercambiaban miradas, un poco escandalizadas y al tiempo risueñas, por la ligereza de la ropa de las vedetes, así como por los chistes que contaban y las insinuaciones a un público mayoritariamente masculino y completamente entregado. Pilar reparó en las miradas y los gestos explícitos que alguna de las coristas lanzaba a los señores de los palcos y, a pesar de esbozar una mueca de disgusto, todo aquello la excitó.

Era bien entrada la madrugada cuando los cuatro volvieron a Sants. Iban un poco bebidos y hablaban más de la cuenta. Martí y Julia se despidieron de los otros al llegar a la calle Galileu y siguieron adelante. Pilar y Joan se quedaron solos, las calles estaban vacías a aquella hora y continuaron hacia su casa. Joan estaba muy hablador y Pilar le reía todas las gracias. Era feliz. Él aprovechaba los tramos oscuros, entre farola y farola, para agarrar a su mujer por la cintura y besarla. Ella se ponía de puntillas y le entregaba la boca, ávida de placer, ardiente por todo lo que había visto en la avenida de los teatros, deseando emular los movimientos insinuantes de las vedetes. A pocos metros de su casa oyeron la pica del sereno, velando por los

que ya estaban durmiendo y alejando del barrio a los malhechores, tal como decía la estampita que repartía por Navidad. Al oírlo, la pareja se escondió como si fuesen niños, como si no estuviesen casados, y Joan le tapó la boca a Pilar, que se moría de risa. A continuación se la selló con un beso, uno largo. A duras penas lograron llegar a casa, y aquella noche, o más bien de madrugada, aún no los alcanzaría el sueño porque el deseo de uno y de otra los había desvelado por completo.

11

El año 1933 comenzó como un calvario en la tintorería de la señora Minerva. Su marido sufrió una apoplejía y medio cuerpo se le quedó paralizado. Permaneció unas semanas en el hospital y la pobre mujer se desdoblaba entre el negocio y atender a su marido. A Lola le preocupaba verla tan desbordada por la situación y aún más porque había dejado la caja y los números en manos de Esteve. Por supuesto que lo primero que hizo él fue apartarla de su lado, y solo se le permitía planchar y lavar la ropa junto a Irene. En cuanto a Jaume, se deslomaba haciendo la labor de tintorero que hasta el momento ejercían entre tres. Aquella situación no podía prolongarse mucho más porque el ambiente se había vuelto absolutamente hostil entre hermanos y Lola temía que ocurriera algo. Y ocurrió.

Acababan de estrenar el mes de marzo cuando un día Lola entró en la tintorería tan impetuosamente que pilló a Esteve guardándose unos billetes de la caja en el bolsillo. Se detuvo en seco y el chico no supo si ella lo había visto o no.

—Ya era hora, llegas tarde, chica —le soltó sin razón—, que para algo te pagamos y aquí el trabajo no se hace solo.

Lola no dijo nada, pero lo miró con toda la intención como queriendo decir: «Ya te he visto, ya. No pienses que lo voy a pasar por alto».

Y más tarde, cuando la clientela ya se había marchado y estaban poniendo orden para el día siguiente, cuando Esteve, como cada día, ya se había ido a hacer de las suyas y los había dejado a los tres solos en la tintorería, Lola se decidió a hablar con ellos.

—Hoy vendrá vuestra madre y debéis saber lo que ha pasado —comenzó.

A Jaume e Irene se les fue mudando la expresión mientras Lola les contaba lo que había visto aquel día nada más entrar en el establecimiento.

—No es la primera vez —admitió Jaume después de resoplar—. Lo pillé hace un par de semanas y le hice devolver el dinero a la caja. Se lo gasta en apuestas o saldando deudas que tiene, yo qué sé.

Jaume estaba muy furioso y la sangre se le subía a la cara hasta

ponerse como un tomate. Lo último que deseaba era tener que dar más disgustos a su madre y se debatía entre la rabia contra su hermano y el bienestar de ella.

—Tenemos que decírselo a nuestra madre —intervino Irene con contundencia.

—No sé... No estoy seguro.

—¿Y qué quieres, que Esteve se salga con la suya y hunda la tintorería? —no pudo evitar la réplica Lola, crispada. Se sentía tan parte de aquel problema como ellos—. Jaume, piensa que tu hermano os va a dejar a todos a dos velas si le das tiempo... —El muchacho asentía en silencio. Estaba pensando.

—¿Sabéis lo que vamos a hacer? —les propuso—. Dejadme que vuelva a hablar con él. Esta vez seré mucho más tajante y lo obligaré a que me enseñe el libro de cuentas para comprobar todo lo que falta y todo lo que seguramente tiene que devolver. Dejadme intentarlo, porque madre ya tiene bastante con lo de padre, y él tampoco tiene por qué pasar por todo esto en el estado en que se encuentra. No le conviene. Creedme cuando os digo que debemos intentar resolverlo entre nosotros.

Y a pesar de que tanto Irene como Lola discrepaban porque no confiaban que Esteve hiciera caso a su hermano pequeño, al que no respetaba en absoluto, lo dejaron seguir adelante con su plan. Al día siguiente, cuando la señora Minerva se había ido al hospital con la cestita de la comida que le gustaba a su marido, Jaume tuvo una conversación con su hermano. Lola no estaba, no llegaría hasta la tarde y por lo tanto no oyó los gritos que se profirieron. Irene se lo contaría después, angustiada.

—Ay, Lola... He visto que empezaban a pegarse y yo... —se presionaba el pecho—, yo les he pedido que se detuviesen, pero no me hacían caso.

—¿Y qué ha pasado luego? —preguntó Lola, con ganas de dirigirse al patio para comprobar que Jaume estaba bien. Sin embargo, no fue necesario, porque el chico, al oírlas, fue a reunirse con ellas.

—Le hemos dicho a Esteve que no diremos nada ni a madre ni a padre, a condición de que devuelva hasta el último céntimo antes de que acabe el mes —le explicó. Lola respiró al verlo de una pieza, aparte de un moretón al lado de la ceja izquierda.

—¿Te duele? —le preguntó.

El chico se tocó la ceja.

—Esto no es nada.

Con mucho gusto la propia Lola habría zurrado a Esteve.

—Resulta que falta un montón de dinero —prosiguió él—. Más de lo que pensábamos.

—Esteve nos lo ha acabado contando —añadió Irene—. Por lo visto tenía una deuda pendiente con unos tipos que no se andaban con tonterías y les ha tenido que ir pagando a plazos con el dinero de la tintorería. Nos ha jurado que ya ha saldado la deuda y que buscará el modo de devolverlo antes de que mi madre se dé cuenta.

—Y os lo habéis creído —dijo Lola, nada convencida.

Ambos hermanos se miraron.

—Debemos intentarlo, Lola. Por la salud de nuestros padres —concluyó Irene.

12

Pilar estaba en la cocina preparando la comida cuando su hermana Carmen llamó al timbre.

—Llegas pronto —le dijo al abrir la puerta, después de secarse las manos con el delantal. Le dio la espalda para regresar a la cocina y Carmen la siguió.

—Es que quería comentarte una cosa antes de que venga Joan —le dijo en un tono que, pese a tratar de quitarle hierro, hizo que Pilar se volviera.

—¿Ha pasado algo en casa?

—¡No! Es más bien una consulta que quiero hacerte... sobre mí.

Pilar hizo un gesto de aprobación, entró en la cocina y fue directa al mármol, donde tenía el pescado ya muy limpio. Carmen comenzó a salivar, porque cada vez que iba a casa de su hermana —algo que procuraba hacer con frecuencia— comía cosas deliciosas. No hacía falta que fuera un día festivo, en casa de Joan y Pilar siempre había exquisiteces. Pilar había dispuesto el pescado como en una sala de operaciones con su instrumental y ahora removía con esmero el sofrito, y el olor a ajo, cebolla y tomate lo impregnaba todo.

—Dime, ¿qué querías consultarme?

Carmen hizo una mueca, Pilar siempre iba al grano.

—Se trata de Javier.

—¿Javier?

—Sí, el hermano de Griselda Martínez, aquella compañera mía del colegio...

—¡Ah! Tu gran rival —recordó Pilar—. Por tu culpa no poníamos los pies en su tienda de modas. ¿Te acuerdas? ¡No querías ni que nos acercásemos!

—Bueno, sí, esa... —contestó ella, un poco incómoda—. Ya te conté que nos encontramos a los Martínez el día que fuimos a cantar al Círcol y que me presentó a su hermano. —Pilar asintió en silencio y dejó que Carmen prosiguiera—. Javier es el tercero de los hijos Martínez. De hecho, tiene dos años menos que Grisela... y que yo, claro. —Aguardó a ver si aquello desagradaba a su hermana porque era lo único que a ella la había contrariado. Pero al ver que Pilar no se

inmutaba, continuó—: Resulta que me gusta mucho y yo creo que a él también le gusto.

—¡Eso es fantástico! —celebró Pilar.

Carmen respiró, pero a continuación frunció el entrecejo.

—Pero no sé cómo hacerlo, Pilar —se lamentó—. Javier y yo nos movemos en distintos círculos. ¡Es imposible que se enamore de mí si apenas coincidimos!

Pilar abandonó el sofrito por un instante. Miró a su hermana y pensó que el tiempo había pasado muy deprisa. Que, hasta hacía poco, Julia y ella eran las chicas mayores de la casa y las otras tres solo niñas. Pero Carmen ya tenía edad para salir con chicos, y su mirada obstinada le decía que ya había encontrado al idóneo. Por lo tanto, le habló de estrategias, de formas de gustar a los chicos partiendo de sus propias experiencias, tan practicadas en otros tiempos. «De hecho —le confesó con una sonrisa—, no dejas nunca de intentar tenerlos enamorados; incluso cuando estás casada debes mantener la llama viva».

Aquello la llevó a la noche anterior, con el consiguiente escalofrío de placer. Había hecho el amor con Joan y por la mañana se habían despertado abrazados. A Pilar le gustaba esperarlo arreglada al volver del trabajo. Cada tarde, cuando llegaba, ella tenía ordenado el salón y las últimas clientas ya se habían marchado. Nada más oírlo en la puerta, iba y le quitaba la chaqueta como si se tratase de un hijo. «Ve a lavarte las manos, que vienes sucio del taller», le ordenaba. Y él obedecía, deseoso de zamparse lo que estuviera preparando en la cocina. A continuación se sentaban a la mesa y Joan comenzaba a contarle cosas del taller. Ella solo lo escuchaba a medias porque ansiaba describirle su propio día, y sobre todo los cotilleos más jugosos que le habían contado las clientas. Que si el marido de Rosita tiene una querida, que si la señora Milagros ha echado de la cama a su marido, que si la viuda Soler quiere cambiarse el peinado para parecer más joven... «No sabes la de confidencias que llegan a hacerse en un salón como el mío», le decía orgullosa. Pero en ocasiones se disgustaba un poco porque notaba que a Joan no le interesaban sus cosas. «No es eso, Pili —se defendía él al verla arrugar la nariz y quedarse muda de repente—, lo que no me gusta es hablar de las miserias de los demás, no de tu salón». Y la cosa no iba a más porque Pilar se había esmerado en crear una tarde perfecta que con frecuencia acababa en la alcoba, donde ella se dejaba llevar por el torrente de placer que sabían darse uno al otro. Volvió a Carmen.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —le dijo removiendo de nuevo el sofrito—. Recuperar el contacto con su hermana y hacerte muy

amiga suya.

—¿De Griselda? —Carmen la miró con un mohín.

—¿De quién si no, chica? Es tu manera de llegar a él; o sea, que olvida vuestras diferencias y gánatela, que tú de eso sabes mucho.

Carmen reflexionó y no dijo nada porque sabía que Pilar tenía razón. Aquella era la única manera de acercarse a Javier. Aun así, le vino un escalofrío con solo pensar que, después de tantos años, tendría que hacerle la pelota a aquella mosquita muerta. Tendría que esforzarse mucho. ¡Mucho! Y sin embargo no tenía ninguna garantía de que ella fuese a reaccionar bien. Pero sabía que no tenía ninguna otra opción, Pilar lo tenía muy claro y así se lo reiteró.

—¿Y qué ha pasado con Daniel? —le preguntó Pilar con curiosidad—. ¿Ya es historia?

—¡Por supuesto! Es evidente que no estábamos hechos el uno para el otro.

—Pues ya lo sabes, chica. Ahora te toca hacerte amiga de tu antigua rival —concluyó Pilar guiñándole un ojo—. Javier lo vale, ¿no?

Y Carmen le dijo que sí, que Javier bien lo merecía. No se explicaba el porqué, pero desde la velada del Círcol no se lo había podido quitar de la cabeza. Se había dicho que era más joven que ella, que seguramente no tenía nada que hacer porque procedían de familias demasiado distintas, que quizá sus padres nunca la mirarían con buenos ojos y Griselda aún menos. Y aun así continuaba pensando en él. De hecho, desde entonces pensaba cada día en él.

Joan llegó y se sentaron a comer. Su cuñado le gustaba porque siempre estaba de buen humor. Le preguntaba cosas y le contaba otras divertidas. Le hacía sentirse bien. Mientras los tres compartían mesa y una comida excelente, Carmen se fijó en la pareja y en cómo se miraban a los ojos. Lo había visto en muchas ocasiones, pero puede que ese día prestase más atención porque creía que, por primera vez en la vida, sabía lo que era estar enamorada.

13

Una tarde de verano, Ángeles se instaló bajo la higuera del patio a pelar patatas. Sentada con el cubo entre las piernas y el cuchillo en la mano, la chica se tomó su tiempo antes de comenzar. Miró alrededor, cerró los ojos e inspiró el aire tibio, y eso le provocó al instante un hormigueo agradable. Se sintió viva. Había vuelto a recuperar el buen humor desde que Carmen y Daniel habían roto, y a partir de entonces las cosas no habían hecho sino mejorar. Ella había esperado con paciencia; de hecho, no le sorprendía, ya que siempre había pensado que aquella unión era como mezclar el agua con el aceite y, como es lógico, no había funcionado. Daniel y Carmen tenían personalidades tan dispares e intereses tan opuestos que seguía sin creer cómo uno se había llegado a fijar en la otra. El juego del amor se le presentaba como un misterio absoluto del que no tenía las claves, aunque esperaba poder participar en él algún día.

Por entonces, Daniel se sentía absolutamente desencantado con su hermana y se había vuelto a acercar a Ángeles, no del modo que ella anhelaba, por supuesto, sino como amiga, como confidente. Había tenido que escuchar las críticas y los lamentos de enamorado hacia Carmen —esa había sido la parte más difícil de digerir, desde luego—, pero había aguantado estoicamente porque sabía que después de eso recuperarían la confianza y el compañerismo de antes. Y así había sido.

Aquel verano se podía decir que Ángeles era feliz porque disfrutaba de nuevo de la atención de Daniel y también de Emili, que solía acompañarlos. Los tres volvían a ser una piña. Cuando acudían a una reunión de orfeones, cuando cantaban en la iglesia, cuando participaban en un ensayo, los dos la buscaban como siempre habían hecho. La música continuaba siendo su amiga fiel, pero también las lecturas en la biblioteca del orfeón, a partir de las cuales le gustaba compartir conversaciones con ambos muchachos. Se podía decir que Ángeles ya se consideraba una joven más cultivada, o al menos más leída, y eso le daba más seguridad a la hora de hablar y de contrastar ideas. Cualquier tema le interesaba y, gracias a aquella biblioteca bien surtida, había descubierto muchas cosas sobre historia, literatura,

sobre plantas y flores y clases de pájaros. También sobre oficios que ni siquiera sabía que existían, como el de bibliotecaria, por el cual había empezado a sentir fascinación. En la biblioteca, además de libros, encontraba todo tipo de revistas, publicaciones que no tenían nada que ver con las de moda y belleza que veía en casa de Pilar. En las del orfeón no hallaba patrones ni consejos de belleza, ni cómo llevar una casa o encontrar marido, sino que contenían artículos de divulgación cultural, científica, musical, reseñas de exposiciones, reportajes sobre hombres de cultura y también sobre mujeres artistas, como músicas, pintoras, escritoras o benefactoras de las artes. Ella quería parecerse a cada nueva mujer que descubría en aquellas páginas y hablaba de ello con Emili y Daniel. Carmen ya no era un estorbo porque, después de romper con Daniel, mantenía las distancias con él y prefería juntarse con sus amigas del orfeón e idear estrategias para acercarse a su antigua enemiga, Griselda Martínez, aunque el resultado no era del todo satisfactorio. Ángeles tenía claro que todo lo hacía por Javier, al que había echado el ojo desde el día que los presentaron en el Círcol, pero ella no le preguntaba por ese asunto, porque ahora Carmen prefería hacerle las confidencias a Pilar.

Comenzó a pelar las patatas, que iba depositando en el cubo para después cortarlas a cuartos y cocerlas con unas judías que su madre tenía preparadas. Y mientras lo hacía, sonreía pensando en la última conversación con Daniel. Había tenido lugar el día anterior, cuando el chico los había reunido a ella y a su inseparable amigo Emili para compartir las últimas novedades sobre el nuevo ateneo del barrio, a punto de nacer y en el que se había implicado.

—Se llamará Ateneu Enciclopèdic Sempre Avant, y prácticamente lo tenemos todo preparado en el nuevo local de la calle Riego. ¿Iréis, verdad?

Como siempre que se involucraba en un proyecto, estaba entusiasmado. Todo venía de un grupo excursionista con el que llevaba años saliendo. De las excursiones habían pasado a hacer cursillos y conferencias, en un intento por acercar la cultura a todo aquel que lo desease y no dejarla únicamente en manos de las élites. Aquello había ido tomando forma hasta que se dibujó en las mentes de los excursionistas la idea de constituir un nuevo ateneo en el barrio. Ahora, casi coincidiendo con la fiesta mayor, era casi una realidad.

—En el Sempre Avant tendrá cabida gente muy diversa —explicó —, con el denominador común de creer en la cultura como el arma más formidable para la libertad del ser humano. Estamos redactando un texto sobre eso, para que todo el mundo lo entienda bien.

—¿Y qué tipo de cursos se van a hacer? —se interesó ella.

—Por el momento se están formando comisiones. Se abrirá una biblioteca, desde la que se organizarán actividades; habrá una sección de cultura física, otra de fotografía, de literatura y bellas artes, de música, de estudios económicos... Se harán cursos de todo tipo que organizarán las secciones, como catalán, historia universal, de lenguas extranjeras, de economía, taquigrafía...; de todo lo que te puedas imaginar. Chicos, tenéis que inscribiros enseguida.

—¡Amigo mío —resopló Emili—, entre el colmado y el orfeón no doy abasto!

Daniel se avino porque sabía que ya lo convencería más adelante, pero entonces se centró en Ángeles.

—¿Y tú? ¿Qué me dices? —le preguntó con toda la intención—. Siempre te lamentas de no haber podido estudiar más, de todo lo que aún te gustaría aprender. Puede que el ateneo sea una buena oportunidad.

Ella lo miraba dubitativa.

—No te digo que no me seduzca la idea, pero hace tanto tiempo que no voy a clase... Una cosa es estudiar en los libros y otra aprender con un profesor. ¿Qué tipo de gente asistirá?

—Muchas chicas como tú.

—¿Como yo?

Ángeles se debatía entre el gusanillo que se le había despertado y la enojosa inseguridad que sentía. Le parecía que había pasado toda una vida desde que dejó el colegio y de pronto se presentaba esa oportunidad. Temía no estar a la altura.

—¿Es que no lo ves? —replicó Daniel al verla dudar—. El Sempre Avant está pensado para gente como tú y como yo, Ángeles. Es la clase de entidad que necesitamos en estos nuevos tiempos. Porque la República debe abrirnos puertas y ventanas, nuevos horizontes encaminados a la formación de la persona y no solo en la edad infantil, no, sino en la edad adulta. Debemos meternos en la cabeza que cualquier edad es buena para aprender.

En el patio, sola, rememoraba aquella conversación, y sus labios esbozaban una sonrisa de excitación. Puede que sí. Puede que hubiese llegado su momento.

14

A Pilar, el negocio de peinadora que había montado en casa le iba cada vez mejor. Había empezado utilizando a sus hermanas como conejillos de Indias, y también a su madre, y poco a poco se había ido corriendo la voz entre las vecinas y ahora daba horas para que no se le acumulasen las clientas. Cada día, una vez levantada y con Joan ya fuera de casa, echaba un vistazo a su salón con orgullo. La luz entraba a raudales a través de las cortinas que le había bordado su madre, y el espacio adquiría un ambiente difuminado y dorado que colmaba su pecho de ganas de ponerse a trabajar. Lo primero era ordenar las revistas, luego ahuecaba bien los cojines del sofá, deslizaba la mano por la superficie de todos los productos para comprobar que no quedase nada de polvo ni de grasa y, con un trapo limpio, daba un último repaso a los dos grandes espejos. Acariciaba los frascos, le gustaba que todo estuviese bien colocado al llegar la clientela del día, para que pudieran apreciar, como lo hacía ella, aquel paraíso exclusivamente femenino. Hacía tiempo que Joan había renunciado al salón de su casa y se había acostumbrado a la habitación que, mientras no llegasen los hijos, utilizaban como salita de estar. Era el lugar donde se sentaban cada noche después de cenar y donde él le repetía día tras día los planes de futuro que tanto había previsto.

—Al dueño no le falta mucho para retirarse y ya sabes que lo tenemos todo apalabrado. Cuando el taller sea mío..., ay, Pili, ¡cuando el taller sea mío! Haré muchos cambios.

—¡Mira que si nos endeudamos! —le advertía ella—. Más vale que pienses en que se quede como hasta ahora y poco a poco ir cambiando.

—¡Mujer! ¿Acaso has perdido la fe en mí? —le respondía él, ofendido. Pero enseguida se le pasaba porque era muy difícil estropearle el buen humor—. Nos compraremos nuestro primer coche —le repetía, como una música conocida—. Lo tengo todo bien pensado. Será un coche bueno, con una carrocería excelente y con un motor de los más nuevos porque yo seré el escaparate del negocio y habrá que hacer publicidad. Te pasearé como a una gran señora, ya verás, ¡seremos la comidilla del barrio!

Se lo decía para que estuviese contenta, y sí, ella entornaba los ojos y casi podía saborear aquel momento del futuro en que se dejarían ver por Sants, pero al mismo tiempo se había vuelto más prudente, un poco más realista, porque el día a día de casada y el trabajo de peinadora le habían demostrado que a veces las cosas se hacen esperar.

Habían dejado atrás los días más calurosos del verano y también la fiesta mayor. En Sants todo el mundo volvía a la normalidad y a las rutinas diarias que implicaba el nuevo curso. Pilar acababa de recibir las nuevas revistas que anunciaban las tendencias en ropa y peinados para el otoño y estaba impaciente por que las disfrutasen sus clientas, sugiriéndoles nuevas ideas de peinados. Sin embargo, la clientela tendría que esperar porque aquella tarde se la había reservado única y exclusivamente para su madre y sus hermanas. Habían adquirido esa costumbre: desde que Pilar había abierto el salón, guardaba una tarde entera para las mujeres de su familia. Así podían charlar de sus cosas y ella aprovechaba para probar productos y hacerles nuevos peinados. Eran sus modelos, les decía ufana, y sus hermanas se dejaban hacer, al contrario que María, que le decía que no, que ella ya era demasiado mayor para probaturas y que le hiciese lo de siempre.

Julia fue la primera en llegar. Se había presentado un poco antes porque, según explicó, había dejado a la niña con Martí.

—Se la ha llevado a ver un partido de fútbol. No me preguntes quién jugaba porque yo me pierdo. Lo que les gusta el fútbol a nuestros maridos, ¿verdad?

—Joan también me ha dicho que iría —le respondió Pilar mientras le hacía sentarse en el sofá y le llevaba una bandeja con café con leche y galletas que ya tenía preparada.

—Ah, pues seguro que Juanita se alegrará —le comentó Julia.

Pilar pensó en el afecto que sentía la niña por el tío Joan, que además era su padrino. Joan sabía tratar a las criaturas y estaba segura de que algún día sería un buen padre. Debía admitir que llevaba un tiempo pensando en ello y comenzaba a esperar con cierta ansiedad el momento de la maternidad.

María llegó con las otras hijas y todas se pusieron a merendar y a hablar al mismo tiempo. Carmen cogió una revista y empezó a hojearla.

—¿Has visto cómo imitan a Jean Harlow? —Con el dedo le señaló a Pilar la fotografía de un perfil de mujer con el cabello decolorado—. Ahora todas querrán ser rubias.

Pilar aplicó su mirada experta. Hacía poco que había visto *Ángeles del infierno*, una película de esa actriz tan de moda en la que llevaba el

pelo rubio platino. Como la Dietrich, la vampiresa por excelencia.

—Yo también me lo teñiré de rubio algún día —dijo.

—¡Virgen Santa! —saltó la madre. Dejó la galleta a medias y miró a Pilar con los ojos desorbitados—. ¿Es necesario? Una cosa son las actrices americanas y otra... Joan no te lo permitirá.

—Joan no tiene que darme permiso, madre —la corrigió ella—, pero no se altere, que todavía no pienso hacerlo.

Julia envolvió una mano de su madre con toda la dulzura.

—Ahora las mujeres tenemos derecho a decidir sobre nuestras cosas, madre —le dijo—. ¿Es que no se da cuenta de que ya no necesitamos permiso para todo?

—Hija, pero teñirse de rubio...

Las demás se rieron.

—¡Madre, que los tiempos han cambiado! —intervino Carmen pasando las páginas de la revista—. En las próximas elecciones las mujeres ya podremos votar.

Y María la miró de reojo.

—Tú seguro que no, aún no tienes la edad —le respondió.

—Pero Julia sí y Pilar también —le replicó Carmen.

Pilar hizo levantarse a su madre para que se sentara frente al espejo. Con gestos ágiles y precisos le cubrió los hombros con el peinador y empezó a cepillarle el pelo. Con el moño deshecho, el cabello de su madre era aún el de una persona joven: abundante y sedoso, a pesar de las pinceladas de blanco que lo cubrían y que ella se negaba a tapar con producto alguno. La madre entrecerró un poco los ojos mientras Pilar la cepillaba con movimientos enérgicos; le gustaba que su hija le tocase el pelo.

—Y usted, madre, ¿qué va a hacer? —le preguntó Julia desde el sofá donde se había instalado. Había cogido otra revista y la estaba hojeando con discreción—. Irá a votar, ¿verdad?

—¡Quita! —le respondió la madre—. Votar, dices... Como si no tuviera otra cosa que hacer.

Ángeles le dio un codazo a Lola, sentada a su lado, y ambas rieron con disimulo ante su reacción. Habían oído a su padre y a su madre hablar de ello, y les resultaba gracioso que les sorprendiese tanto y que se adaptasen tan poco a los nuevos tiempos. Ellos eran de otra generación y a veces les costaba entender las cosas nuevas y buenas que pasaban. Y pasaban muchas en aquellos años republicanos. A Ángeles le estaba cambiando la vida desde que había comenzado a hacer cursillos en el Sempre Avant. De momento solo acudía dos tardes por semana, pero intuía que la entidad podía brindarle un mundo de posibilidades.

—Pues yo sí que iré —dijo Pilar mientras le ponía las pinzas a su madre y luego le cubría la cabeza con la redecilla. Se volvió a guiñarle un ojo a Julia—. Votaré lo que me diga Joan.

Julia, que había comenzado a dibujar una sonrisa, la convirtió en mueca.

—¿Lo que te diga Joan? ¿Y por qué? No digo que esté mal que votéis lo mismo, pero lo que deberías hacer es informarte y decidir por ti misma. Eso es lo que pienso hacer yo.

—¡Fí-ja-te! —le contestó bromeando Pilar, que había ido a ver si las tenazas estaban lo bastante calientes para poder marcar las ondas a sus hermanas. Con cada una practicaba un estilo diferente, adecuándolo a su rostro para así potenciar sus facciones—. Cómo se nota que estás casada con un sindicalista, chica.

—Más bien con un hombre al que le gusta que piense por mí misma, aunque discrepe —le replicó.

—¡Chicas, chicas! Que haya paz —intervino la madre.

Tal vez el mundo avanzase más deprisa de lo que ella podía entender o asimilar, pero ninguna discusión le iba a estropear la tarde que más esperaba de la semana, aquella en que volvía a tener, como cuando eran pequeñas, a todas sus chicas para ella sola.

15

Llegó el día de noviembre en que se celebraban las elecciones generales a Cortes, y Julia no podía estar más enfadada. La CNT había llamado a la abstención, y Martí, aunque había dudado porque no siempre estaba de acuerdo con los actuales pesos pesados de su sindicato, no pensaba ir a votar. Él intentó hacerle ver que el Gobierno no estaba gestionando nada bien las reivindicaciones de los obreros; que reprimir las huelgas que había habido a lo largo del año y enviar guardias armados, por ejemplo, no era lo que muchos habían esperado al votar a los partidos republicanos unos años antes; que la situación pintaba muy mal en todo el país, que lo de los presos políticos no tenía nombre y que era preciso demostrar en las urnas el descontento general. Pero Julia no estaba dispuesta a perder su primera oportunidad de votar. Se mostró inflexible en esta cuestión y le advirtió de que ella iba a depositar su voto en la urna de todas todas, y que él debería respetarlo. «Yo no pienso prohibírtelo, ¿por quién me has tomado?», le había dicho, un poco ofendido y, sin decírselo, incluso un poco contento de que ella compensase sus dudas acerca de si hacía o no lo correcto al no acudir. «Lo que pasa es que tú y tus amigos del sindicato no os dais cuenta de que, si vuestra gente no va a votar, ganará la derecha. Ya deben de estar frotándose las manos», le respondió ella con el rictus tenso. Puede que tuviese razón. Aun así, no hubo forma de hacerlo cambiar de opinión, y el mismo día de las elecciones, mientras Martí estaba citado con los del sindicato, Julia cogió a su hija y se dirigió a la calle Iberia, donde habían habilitado uno de los colegios electorales.

No se había imaginado que aquella primera vez tendría que ir sola, que no podría vivir la nueva y excitante experiencia con su compañero, aquel con el que había celebrado efusivamente el hecho de que las mujeres pudiesen votar. Al llegar al colegio electoral, encontró a una veintena de personas haciendo cola en la calle, la mayoría hombres, pero también mujeres de diversas edades. Cuando se colocó al final de la fila, un par de niños mayores que Juanita, que revoloteaban como abejas entre la gente, se les acercaron. Miraron a la pequeña y luego a la madre y le pidieron permiso para darle la

mano y llevársela con ellos a jugar. «Pero no os alejéis mucho», les advirtió ella. Juanita estaba encantada con las atenciones de los mayores y, como era una niña muy sociable, enseguida se distrajo.

Julia miró al inicio de la calle por si veía a Pilar y a Joan. Habían acordado reunirse allí. Al lado de la entrada del colegio electoral vio un panel de madera con dos patas apoyado en la pared, y la mujer de delante le dijo que allí estaban colgadas las listas electorales y el censo de habitantes. Pensó en que cuando llegasen los otros se acercaría a echar un vistazo y miró de nuevo, un poco nerviosa, hacia donde empezaba la calle. Inspiró fuerte y notó que el aire frío de aquella importante mañana de invierno le entraba en los pulmones. Se preguntó dónde estaría Martí en aquel preciso instante. Le daba miedo que se metiese en algún lío, ya que corrían rumores de huelga general de transportes y sabía que él y sus compañeros estaban al corriente. El día anterior habían visto guardias armados en la plaza de Espanya. Pensó que Martí quizá tenía su parte de razón, que el Gobierno de la República no podía utilizar las mismas maneras que sus predecesores para reprimir los altercados y las reivindicaciones de los obreros, que en toda España había presos políticos y que aquello no podía continuar así, pero ella barría para casa y seguía confiando en el presidente Macià, que la tenía deslumbrada desde aquel día, años atrás, en que lo había visto en el Foment Republicà de Sants. Entonces no había podido votarlo —¡sí lo había hecho Martí!—, y aunque ahora no lo elegía a él directamente, ya que se trataba de votar los nombres de los diputados que irían a las Cortes de Madrid, le hacía ilusión pensar que, si escogía a los candidatos de Esquerra Republicana, de algún modo estaba dándole su apoyo a él. Esperaba que todo se desarrollase con normalidad, que las elecciones trajesen un poco de paz y que los ánimos se calmasen. Sin embargo, algo le decía que incluso podía empeorar.

En aquel punto de sus pensamientos vio llegar de lejos a su cuñado. Era tan alto que primero lo reconoció a él y luego a Pilar, colgada de su brazo. Su hermana agitó la mano para saludarla, y le dirigió una de sus sonrisas, como si en lugar de ir a votar acudiesen a una fiesta. Pero aquello la calmó y pensó que, aunque Martí no estuviese allí, intentaría disfrutar de ese momento tan importante.

La jornada fue según lo previsto, y a continuación comenzó el tiempo de espera hasta saber los resultados de las elecciones. Una vez hechos públicos, se sucederían los comentarios de todo tipo: que si las mujeres conservadoras se habían dejado llevar por sus maridos a la hora de votar, que si al final todo era culpa de la desunión de las izquierdas... El hecho es que Julia acabó teniendo razón, muy a su

pesar, y los comicios los ganó la derecha, que había unido sus fuerzas para poder darle la vuelta a la tortilla y gobernar el país. «Vienen tiempos peligrosos para nuestra clase —se lamentó Martí a Julia—. Habrá que actuar con inteligencia para volver a recuperar posiciones». Y aunque ambos coincidían en que era necesario volver a ser una piña, dejarse de escisiones entre obreros, sindicatos y partidos y crear una estrategia común para hacer frente a aquella nueva e indeseable situación, la realidad fue otra. Se levantaron algunas barricadas, volvieron a oírse disparos en la calle y las noticias que les llegaban de toda España llevaban el nombre de unos cuantos muertos y aún más heridos. Así comenzó aquel diciembre de 1933.

16

Carmen lo había intentado de todas las maneras posibles y no había hecho ningún avance. Si bien Pilar había sido perspicaz al aconsejarle que se hiciera amiga de Griselda para acercarse a Javier, no había contado con que aquella chica no tenía ninguna intención de incluirla en su círculo de amistades y, de haber sabido los motivos, lo más probable es que hubiese querido aún menos. Porque seguía tan altiva y antipática como siempre, aunque sabía disimularlo muy bien. Cada vez que Carmen pasaba por la tienda de modas de su familia —algo que había comenzado a hacer con frecuencia desde el encuentro en el Círcol—, la buscaba y procuraba tener con ella una breve conversación, siempre cordial, tratando de ganarse su confianza y de estrechar su relación. La había invitado a asistir a algunos conciertos del orfeón, pero Griselda siempre tenía una respuesta negativa para ella.

—Lo siento, chica, pero tengo los días muy ocupados.

—No importa, Griselda, quizá la próxima vez.

Carmen apretaba fuerte las mandíbulas y sonreía. «Los días siempre ocupados», se repetía, con amistades que sí le convenían y sin acordarse de que cuando eran pequeñas, habían compartido aula, maestra y muchas cosas más. Pero no podía reprochárselo: la animadversión había sido mutua desde el principio de los tiempos, y eso no lo cambiaba el hecho de que ya fuesen adultas y no se les ocurriese tirarse del pelo.

Con semblante frío y falsa amabilidad, Griselda Martínez llevaba meses cerrándole las puertas de su mundo y, por extensión, hacía que la posibilidad de coincidir con su hermano Javier estuviese cada vez más fuera de su alcance. Y, de repente, hacia Navidad, la situación cambió. Recibió en casa una nota suya.

> Apreciada Carmen:
>
> Hace semanas que no te veo por la tienda, de manera que te escribo esta nota para invitarte al baile de Navidad que organizan cada año en el Círcol. Será el sábado de la próxima semana y espero que tú y tu hermana Ángeles

podáis asistir.

Me disculpo por no haber podido decírtelo antes, pero esperaba la ocasión de invitarte en persona y no ha podido ser.

Espero tu pronta respuesta.

Tu amiga,

GRISELDA MARTÍNEZ

Se quedó paralizada. Volvió a leer lo de «tu amiga» y se le escapó la risa. ¿Qué había pasado? ¿A qué se debía aquel cambio repentino en Griselda? Porque si había dejado de pasar por la tienda de su familia, como podía leer entre líneas, era porque no se sentía bien acogida y porque la chica había aprovechado cada ocasión para hacerle un desaire. Un desaire educado, sí, pero siempre una negativa ante la idea de que se vieran fuera de allí, interesarse por ella o querer relacionarse. Entonces, ¿qué había sucedido para que, de pronto, recibiese aquella carta en la que no solo la llamaba «amiga», sino que la invitaba a uno de los actos del Círcol más esperados del año? Al pensar en ello comenzó a ponerse nerviosa. No tenía ningún vestido adecuado ni tampoco había tiempo de coser uno. Comprárselo no estaba ni mucho menos a su alcance. Dejó la nota encima de la mesa de la cocina, donde se había sentado a leerla sola, y echó a correr escaleras arriba. Su madre tenía la Singer en marcha mientras Ángeles cosía encorvada a su lado.

—Ha pasado algo maravilloso —les anunció jadeando—. Y tenemos un problema muy grave.

Durante aquella semana, que a Carmen se le hizo inesperadamente corta, con menos horas de las que habría querido para prepararse como es debido, su madre extrajo del fondo del armario un vestido de terciopelo verde que llevaba años guardando. Con algunas modificaciones, quizá serviría a su propósito. Ángeles, por su parte, accedió a acompañarla, pero se negó a hacerse nada nuevo. Con un dos piezas marrón oscuro que tenía para las fiestas más distinguidas del orfeón era más que suficiente. Al vestido de Carmen le añadieron unos volantes de gasa en las mangas, le modificaron el escote e incluso le cosieron unas flores de tela del mismo color que aplicaron en el costado izquierdo. El día antes de la fiesta hicieron la última prueba.

—Ha quedado bastante bien —concluyó María con mirada experta.

Solo por el hecho de que hubiesen invitado a sus hijas al baile de

Navidad del Círcol merecía la pena el esfuerzo de aquellos días. La tarea del sastre se le había retrasado un poco, pero la ocasión lo merecía, por supuesto. Que hubiesen invitado a dos de sus hijas a un lugar y a una celebración como aquella únicamente les podía reportar cosas buenas.

El sábado por la tarde las dos jóvenes se vistieron, Pilar fue a casa a peinarlas y a maquillarlas, y María les prestó unas joyas de la caja que guardaba con tanto afán. Se respiraba la excitación del momento.

—Un broche para Ángeles —dijo María mientras le prendía con orgullo una concha de plata con una perla que había pertenecido a su madre—, y estos pendientes para Carmen.

Se los acercó y su hija dispuso las manos. Se trataba de unos pequeños aros de oro muy finos que, una vez en sus orejas, se movían graciosamente con cada gesto.

—Me favorecen, ¿verdad? —les dijo llena de expectativas y contemplándose en el espejo.

María las contempló satisfecha.

—Venga, hijas, que los Martínez ya os deben de estar esperando.

Los vieron en cuanto entraron en el Círcol. Fue Javier quien se adelantó a su familia y acudió a su encuentro para recibirlas.

—Me alegro tanto de que hayáis podido venir... —les dijo a ambas, aunque tenía los ojos puestos en Carmen y le resultaba difícil apartarlos.

Y entonces, observando a Griselda por encima del hombro de Javier, Carmen supo el porqué de aquella súbita invitación, intuyó lo mucho que debió de costarle a Griselda redactar aquella nota y que, si lo había hecho, había sido solo porque su hermano, aquel por el que sentía gran debilidad, se lo había pedido. Le dedicó a Javier la mejor de sus sonrisas y aceptó gustosa un brazo, y Ángeles, el otro. Los tres fueron a reunirse con los padres Martínez y Griselda, que lucía un vestido con aplicaciones de pedrería espectacular, y en aquel momento Carmen apretó ligeramente el brazo de su acompañante.

—Yo también estoy muy contenta, Javier —le dijo—. Intuyo que esta será la noche más maravillosa del año.

17

Se levantaron al mismo tiempo, como siempre, porque los movimientos de uno despertaban al otro. María buscó las zapatillas con la punta de los dedos, a tientas aún en la oscuridad, y permaneció sentada mientras el cuerpo se le acostumbraba al impacto de abandonar la calidez de las sábanas. Se lo notó agarrotado, le dolían las articulaciones y ya no se movía como antes. «Me hago vieja —se dijo—, qué le vamos a hacer». Sentada en la cama, le daba la espalda a su marido, que debía de estar en la misma postura que ella, pero no se hablaban. Estaban demasiado dormidos. «Tan mayor y todavía yendo a la fábrica, pobre hijo», pensó María de su marido. Y entonces fue cuando notó algo extraño. Se volvió de golpe.

—¿Gregorio? ¿No te levantas?

María se fijó en que su marido había vuelto a meterse entre las sábanas y se cubría con ellas hasta la barbilla. Con la luz encendida se levantó y rodeó la cama. Lo miró y se quedó horrorizada.

—¿Qué te pasa? Estás blanco como el papel.

—No me encuentro muy bien —le respondió él en un susurro.

—Ay, Gregorio, no me asustes.

María se estremeció, pero no por el frío de diciembre, sino como si hubiese pasado un ángel.

—No sé qué me pasa —murmuró él. Temblaba.

Fue lo último que escuchó decir a su marido. Al cabo de unos instantes pareció que se quedaba dormido. Se murió ante sus ojos mientras lo miraba de pie con el corazón helado.

Al principio, María no reaccionó. Se quedó muy quieta y se puso a rezar. Más tarde no recordaría ni cómo aparecieron sus hijas junto a ella. No sabía si había ido a buscarlas, no sabía si se despertaron y entraron en la alcoba sabiendo que algo muy grave había ocurrido. Lo único que recordaría después era la imagen de Carmen gritando a su lado y las otras dos llorando sobre la cama de Gregorio. Sobre su cama. Ella aún no había soltado ninguna lágrima, le parecía que se le había secado el alma.

Lo pusieron en un catafalco en la habitación que ocupaba Carmen desde que las dos hermanas mayores se habían marchado de casa.

Aquello no le gustó a la chica, pero tuvo buen cuidado de no decir nada. Mientras el cuerpo de su padre reposaba como dormido, con aquel rictus extraño y solemne, sobre la plataforma vestida con telas negras, ella trasladó su colchón de vuelta a la habitación de Ángeles y Lola. Se quedaría allí hasta mucho tiempo después de la muerte de su padre.

El velatorio lo hicieron entre todos. Iban entrando y saliendo de la alcoba y las hijas no se lo podían creer. Había sido tan abrupto que no se hacían a la idea. Como si todo aquello fuese una broma, como si solo lo estuviesen soñando. De repente ya no tenían padre. Así de sencillo.

De madrugada permanecieron solamente María y Miguel. María miró a su cuñado y lo vio más viejo de lo que era. Por primera vez. Aquel buenazo que siempre sonreía, que nunca discutía con nadie y que no se parecía en nada a su hermano, tenía ahora las mejillas hundidas y adoptaba una expresión tan adusta como la de Gregorio.

—Se me ha muerto mi hermano —murmuró más para sí que para María. Y a ella le vinieron ganas de levantarse y sujetarle la mano. Pero no lo hizo—. Se me ha muerto mi hermano —repitió aún un par de veces antes de sollozar.

Y cuando lo iba diciendo quería decir mucho más. Quería decir que se le había muerto también el amigo, y el compañero de fatigas, y la familia que había añorado cuando estaba solo en Barcelona antes de que se mudasen a Sants.

María se puso a pensar en aquellos años y en todo lo que habían vivido Gregorio y ella. Mientras lo hacía, miró a su marido, allí tumbado, y de pronto ya no veía en él la extraña mueca, aquel no ser, sino al joven con el que se había casado. Entonces no tenía las mejillas chupadas ni aquel color de pergamino. Las arrugas habían desaparecido y recordó sus ojos. Le entró un arrebato de tristeza que le sacudió el alma y reparó en el tiempo que hacía que ya no lo veía así.

Pocos días después de enterrar a Gregorio, falleció el presidente Macià, y toda Barcelona, toda Cataluña, lloró su muerte.

Parte V
Las mujeres de la retaguardia
1936

1

Hacía tiempo que Ángeles se sentía una persona diferente. La formación que había recibido de manos de los maestros del Sempre Avant le había aportado más seguridad en sí misma y unas ganas locas de continuar aprendiendo. Asistía a las conferencias que la entidad organizaba y al mismo tiempo se había ofrecido como voluntaria en la biblioteca. Ayudar a clasificar los volúmenes que llegaban; pasearse entre aquellas estanterías repletas de libros y empaparse del silencio que se respiraba la llenaban de una paz y una felicidad indescriptibles. En la biblioteca del Sempre Avant descubría a menudo lecturas entrañables con las que había disfrutado años atrás: epopeyas marítimas, aventuras en islas lejanas, relatos espeluznantes o novelas de amor que recordaba con ternura. Pero también encontraba nuevas lecturas, autores que las editoriales catalanas iban recogiendo en colecciones vistosas y selectas que la entidad adquiría. Así fue como descubrió los paisajes de la Cerdanya a través de Pilar Prim, sufrió por Laura en la opresiva Comarquinal o se quedó fascinada con la camaleónica Fanny de Soldevila.

No había nada que le gustase más que estar durante horas en aquella biblioteca tan bien surtida. O puede que sí. Puede que hubiese algo con lo que se deleitase aún más, y eran los momentos que pasaba con Daniel. Había tenido que transcurrir una eternidad, según ella, para que el chico acabara dándose cuenta de sus sentimientos. Al principio, cuando coincidían en el Sempre Avant, el muchacho estaba muy pendiente de ella y Ángeles se había hecho ilusiones. Pero el tiempo había ido pasando y la relación nunca avanzaba más allá de la pura amistad. Carmen no fue la única chica cuya relación con Daniel Ángeles hubo de digerir, porque luego llegó la compañera de Magisterio que él conoció en la escuela de verano y, a continuación, la maestra del Lluís Vives, una vez que comenzó a trabajar como maestro titular. Ángeles acabó perdiendo cualquier esperanza, llegó a decirse que tal vez Daniel era demasiado Daniel para ella, que en el fondo siempre lo había sabido. Decidió poner cierta distancia entre ellos, ya que el hecho de verlo con tanta frecuencia solía herirla, y así fueron pasando los meses y pronto el año entero sabiendo que lo más

probable era que se quedase para vestir santos, porque no, no era capaz de imaginarse con alguien que no fuera Daniel.

Ángeles estrechó el círculo de nuevo con sus hermanas, su madre, el tío Miguel, y se concentró en los momentos alegres que le proporcionaba su sobrina Juanita. Con frecuencia iba a recogerla al colegio de la España Industrial antes de que Julia terminase su turno, y se la llevaba a pasear, le compraba alguna golosina y le preguntaba cosas de lo que aprendía en clase. Juanita era una niña muy despierta y, como de momento era el único retoño de la familia, todos la consentían. Sobre todo sus tías. Sobre todo la tía Ángeles. Lo que no esperaba es que fuese precisamente la niña la vía por la cual acabaría ganándose el corazón de Daniel.

Hacía unos meses que Juanita había comenzado la educación elemental en el Lluís Vives. La abuela María no daba crédito, pensaba que la niña iría a la Divina Pastora porque la España Industrial pagaba los estudios elementales, pero no, Martí dijo que no. Que los tiempos que corrían eran otros y sus ideas también. Que Julia y él habían hablado y ambos estaban de acuerdo en que fuese al colegio público del barrio, laico, republicano y catalán. María insistió en que las monjas ya no mandaban en la Divina Pastora, y Martí la miró con cara de no decir nada y decirlo todo. Y el hecho de que Juanita comenzase el curso en el Lluís Vives le dio la posibilidad a Ángeles no solo de ser útil a su hermana y a su cuñado, sino también de volver a acercarse a Daniel. Ella iría a recoger a la niña, no tenían de qué preocuparse. Cada tarde la iría a buscar y se irían a merendar. Luego la llevaría a su casa, o bien pasarían ellos a buscarla a la de la abuela, donde estaría la mar de bien. Martí tenía una actividad frenética en el sindicato y Julia hacía más horas en la fábrica para poder dar lo que querían a su hija, de modo que aquel trato les iba muy bien. Ángeles volvió a ver cada día a Daniel a la salida del colegio y, para entonces, habían recuperado la amistad y algo más.

—Me vais a tener que esperar un poco más de lo habitual, tengo que hablar con el director —les dijo Daniel a tía y sobrina al pie de las escaleras del colegio.

Ángeles miró a la niña, que le aflojó la mano para ir a jugar con una amiga que había visto correr por el patio.

—No importa. Nos quedaremos aquí —le respondió Ángeles.

Él le guiñó un ojo, los besos llegarían luego, cuando estuviesen fuera del colegio. A Ángeles le encantaba el juego que se traían entre ellos a menudo. Cuando estaban en la granja cafetería de siempre, merendando los tres, él miraba a ambos lados con expresión traviesa, le tapaba los ojos a la niña y en un segundo estiraba el cuello hasta

ella para besarla. Juanita se quejaba porque quería ver el beso entre su tía y Daniel, pero él le decía que si no lo veía, no podía contárselo a nadie. Eran unos días maravillosos, Ángeles quería detenerlos porque temía que todo cambiase, que aquella pizca de felicidad que estaba saboreando no durase para siempre. No sabía si podría soportarlo. Pero lo cierto era que Daniel estaba enamorado de ella, que por fin la había descubierto como mujer, y ella comenzaba a creer que sí, que podía convertirse en la compañera de vida de su gran amor. Lo único que la tenía disgustada era el alejamiento voluntario por el cual había optado el otro miembro importante de aquel antiguo triángulo de amistad: Emili había tolerado sin problema a las otras parejas de Daniel, quizá porque nunca había creído en ellas, quizá porque le pillaban más lejos. Pero el hecho de que sus dos buenos amigos hubiesen iniciado una relación amorosa hizo que se sintiera excluido desde el primer momento. Solía eludir juntarse con ellos con el pretexto de que la tienda lo mantenía muy ocupado. No obstante, a Ángeles sus argumentos no le servían porque sabía a ciencia cierta que los evitaba, que le dolía verlos juntos. Y eso le disgustaba y lo entendía a partes iguales. Si alguien quería a Daniel como lo hacía ella, desde siempre, sin condiciones, ese era su amigo Emili Grau. Ángeles sabía que los dos chicos continuaban viéndose, pero muy a pesar suyo lo hacían por separado.

Cada mes anunciaban cursillos nuevos en el Sempre Avant, y Ángeles, que ya no le guardaba ningún rencor a su hermana Carmen, intentaba convencerla para que se apuntase, pero la chica nunca quería saber nada.

—Hay un cursillo de declamación —le propuso casi en febrero—. ¿Te acuerdas de cuando decías que te gustaría ser actriz?

Pero Carmen ni la escuchó. Ya no quería saber nada de actuar, como tampoco del Orfeó de Sants. La muchacha había abandonado las actividades de otros tiempos y también había reducido su vida social porque lo único que quería era que pasasen los meses y regresase su prometido. Javier le escribía cartas desde Melilla, donde estaba haciendo el servicio militar. No lo estaba pasando muy bien y hacía gestiones para intentar que lo trasladasen a un lugar más cercano a casa, pero de momento no lo había conseguido. En sus cartas, Javier le pedía que le escribiese muy a menudo, que él vivía para su correspondencia y que así los meses se les pasarían más deprisa. Le contaba poco de la instrucción que recibía, aún menos de las escasas salidas que hacía con sus compañeros. Las horas se les hacían muy

aburridas y, cuando tenían ocasión, iban del cuartel al café y del café al cuartel. Nada más. Javier prefería llenar la hoja con los planes sobre su vida futura, la que comenzarían juntos una vez que hubiese finalizado el servicio militar. Y Carmen guardaba aquellas cartas en una caja de hojalata y de vez en cuando se encerraba en su alcoba y las esparcía sobre la cama. Las leía una y otra vez, hasta desgastarlas. Y pensaba en aquellos dos últimos años.

No se lo habían puesto nada fácil. Griselda la había invitado a regañadientes a aquella fiesta de Navidad del año treinta y tres solo porque sentía debilidad por su hermano y nunca tenía un no para él. Sin embargo, cuando fue consciente de que aquello de Javier no era un simple capricho, que Carmen Molina le gustaba de verdad y que no había nada pasajero en aquella relación incipiente, estuvo en contra. Se dedicó a malmeter a sus padres, les hizo entender que los Molina no eran una familia de su categoría y que en realidad Carmen era una oportunista que solo pretendía pescarlo. La chica lo pasó mal. Esa vez su felicidad podía estar en manos de su antigua rival. O eso pensó ella durante todos los meses en que le hizo la pascua. Consiguió que los padres de Javier la mirasen con cierto recelo y que no se mostrasen dispuestos a incluirla en el círculo familiar. De vez en cuando había una fiesta en el Círcol de Sants y Javier la invitaba, pero tanto los padres como Griselda iban a la suya y, a pesar de que nunca la trataron con desdén delante de nadie, ni siquiera del propio Javier, se aseguraban de demostrarle, por medio de su frialdad, que de ninguna manera podía ser una de ellos. Hasta que Javier, que había tenido más de un enfrentamiento con sus padres por ese motivo, que había intentado hacerles ver que aquella era la mujer que quería y que era incuestionable, acabó optando por un golpe de efecto que no diese pie a ninguna otra discusión.

Sin avisar a sus padres, un buen día se presentó en casa de Carmen y pidió hablar con su madre.

—Señora María, usted ya conoce mis sentimientos hacia Carmen —le dijo con dulzura, porque, a diferencia de sus padres, María siempre había acogido de buen grado aquella relación—. Como falta su esposo, yo querría pedirle a usted la mano de su hija.

Ella no se sorprendió, estaba esperándolo. Y rápidamente le contestó que sí, que le daba su consentimiento, sin saber que los Martínez no sabían ni una palabra.

Javier aguardó a que el compromiso fuese un hecho para anunciarles la buena nueva. Lo hizo delante de su hermana con toda la intención.

—No me hagáis escoger —les dijo para su sorpresa y antes de que

nadie saliese con sus propios argumentos.

Los había visto venir: que si no te conviene precipitarte, que si aún tienes que hacer el servicio militar, que este asunto debemos tratarlo entre todos porque quizá esta no es la chica adecuada... Los miró uno a uno.

—Os lo repito, no me hagáis escoger. Porque la escogería a ella sin ninguna duda. Carmen y yo nos casaremos una vez yo haya terminado el servicio militar.

La chica recordaba aquel periplo como el más maravilloso y a un tiempo angustioso que había vivido, y le parecía que aquello le había hecho crecer y saber muy bien lo que deseaba a partir de entonces. En ningún caso se imaginaba ya la vida sin Javier y, tumbada en la cama, con sus cartas esparcidas y la mirada obstinada fija en el techo, contaba los días, las semanas, los meses para que acabase aquella maldita instrucción en Melilla y pudiesen volver a estar juntos. Sabía a ciencia cierta que tanto Griselda como su padres vivían con la esperanza de que el muchacho la olvidase, que aquel distanciamiento forzoso y largo le hiciese entrar en razón, como dirían ellos mismos, porque se lo demostraban cada vez que ella se acercaba a la tienda a saludarlos y la recibían con una mezcla de cortesía y frialdad que en casi nada se parecía a la que dispensarían a una futura y querida nuera. Y aunque aquello la mortificaba por dentro y le hacía detestar de nuevo a Griselda —que ya no la invitaba al Círcol—, e incluso le hacía detestar a los padres de su Javier, se decía que aquella guerra la ganarían porque lo que sentían el uno por el otro acabaría superándolo todo.

Lola adoraba a la señora Minerva desde que era pequeña. Siempre la había considerado una auténtica matriarca capaz de sacar adelante a la familia, el hogar y el negocio sin esfuerzo. Ella era la cabeza visible de la tintorería desde el principio de los tiempos, aunque su marido hubiese sido el tintorero. Por ello, cuando el hombre falleció después de la segunda apoplejía, ella hizo de tripas corazón y continuó con el negocio familiar. La clientela nunca les falló. De puertas afuera, prácticamente nada había cambiado en aquel establecimiento de la carretera de Sants, porque quienes daban la cara eran las mismas de siempre: la señora Minerva, Irene y, por las tardes, también Lola, mientras que en el patio trabajaba tiñendo la ropa el hijo menor. Jaume había aprendido bien el oficio y era él quien transformaba aquellas prendas de vestir de mujer y de hombre en ropa de otros colores, sobre todo negro, porque las familias solían teñírsela cuando

estaban de luto.

La señora Minerva también fue de luto, como antes la propia madre de Lola. La tintorera estuvo de luto, y a su vez se echó encima unos cuantos años por culpa de su hijo mayor. Todo el barrio murmuraba acerca de las malas compañías con las que se juntaba Esteve y de cómo malgastaba el dinero de la familia. Por mucho que los hijos lo habían intentado al principio, la madre no pudo librarse por mucho más tiempo. Le advirtió un montón de veces, le prohibió con gran contundencia seguir apostando e incluso lo amenazó con dejarlo en la calle si no lo hacía. Pero nunca llegó a cumplirlo.

Y mientras Esteve continuaba vaciando la caja o pidiéndole el último préstamo a su madre —«se lo juro, mamaíta, esta es la última vez, después de esto estaré limpio»—, los otros hijos y Lola los miraban desesperados e impotentes. La tintorería iba de mal en peor y las trifulcas entre los hermanos se hacían cada vez más insoportables. Todos cumplían con su trabajo mientras Esteve dilapidaba el dinero. ¿Hasta cuándo aguantarían así?, se preguntaba Lola. ¿Cómo era posible que una mujer tan inteligente como la señora Minerva fuera incapaz de comprender que Esteve no cambiaría nunca? ¿Por qué no cumplía su amenaza y echaba a aquel hijo que era una auténtica lacra para la familia?, una familia que ella adoraba como si fuese la suya propia y cuyo desgaste debía presenciar día tras día. Lola se hacía todas estas preguntas furiosa, impotente ante aquella situación que se veía venir desde el principio, pero claro, no era ella quien tenía que solucionar aquello y, por mucho que hubiera querido, no podía ponerse en la piel de una madre.

2

Julia había tenido que esperar hasta las elecciones generales de febrero de 1936 para tener la ocasión de ir a votar junto a su compañero. El sindicato había dado libertad a sus afiliados y unos habían depositado el voto en las urnas y otros no. Martí estaba satisfecho de haberlo hecho, tanto como Julia, porque después de aquel día celebraron el triunfo del Frente Popular. Las izquierdas habían vuelto al poder y ello auguraba tiempos mucho más propicios para sus intereses. La pareja acudiría a Barcelona a recibir al presidente Companys, encarcelado junto con sus consejeros desde los hechos del seis de octubre dos años antes, y no serían los únicos: estaría lleno hasta la bandera. De nuevo se respiraban aires de libertad y aquello los llenaba de esperanza. Pero no todo el mundo lo veía de la misma manera, había mucho resentimiento acumulado. Solo diez días después de los comicios llamaron a la puerta de casa de Julia y Martí.

—¿Os habéis enterado de lo de la iglesia de Sants?

Era Mateu, un compañero del sindicato, jadeando en los últimos peldaños de la escalera. Ante la expresión interrogante de la pareja, superó los pocos que le faltaban y se plantó en el rellano.

—Han intentado quemarla —les anunció.

—¿Cómo? —Julia agarró a Juanita, que había asomado la cabeza por la puerta, y en un gesto instintivo se la puso detrás.

—¿Quién ha querido quemarla? —quiso saber Martí.

—Un grupo de hombres que aún no han identificado. Trabajadores como nosotros, por lo visto.

—¿Del sindicato? —Martí levantó las cejas.

El compañero se encogió de hombros.

Cogieron las chaquetas y salieron a la calle. Se dirigieron a la iglesia de Santa María para verlo con sus propios ojos. Julia apretaba tan fuerte a Juanita que la niña se quejó.

—Me haces daño, mamá.

Después de pensarlo un instante, Julia hizo detenerse a Martí.

—Vosotros id hacia la iglesia, que yo voy a dejar a la niña en casa de mi madre. No quiero que vaya, por lo que pueda pasar.

Martí estuvo de acuerdo. Al cabo de un rato, Julia se reunía con ellos en la plaza de Málaga, donde ya se arremolinaban los vecinos, que contemplaban estremecidos el funesto espectáculo.

—¿Hay algún herido? —le preguntó a Martí. Observaba las puertas quemadas del edificio con la mano en el pecho. Su marido respondió que no.

—Al parecer alguien había avisado al rector.

La muchacha respiró con cierto alivio. La violencia la dejaba paralizada. Nunca la entendería. Por fortuna, habían sofocado el fuego rápidamente y no había habido víctimas ni el edificio había ardido. Alzó la vista hacia el campanario y pensó en las veces que, cuando eran pequeñas, ella y sus hermanas lo habían mirado como si se tratase de un gigante. Habían jugado mucho en aquella plaza, compraban hierbas medicinales cuando había feria y también solían ir con su madre cada Navidad. De repente sintió un escalofrío y se ajustó la chaqueta.

—Venga, Martí, vámonos, aquí ya no hacemos nada.

Aquel día, por mucho que se abrigase, no hubo forma de que Julia se librase del frío en el cuerpo. Se le había metido dentro.

Pilar tenía la cabeza en otra parte, las cosas como son. Su rutina se limitaba al pequeño universo de la peluquería y su salón de belleza, que cada vez contaba con más clientela fiel. El boca a boca entre las señoras del barrio le había hecho ganarse una buena reputación. Los domingos salía a pasear con Joan, iban mucho al cine y a veces invitaban a las hermanas pequeñas. Mientras Julia y Martí se reunían en su casa con los compañeros del sindicato, ella se entretenía con las películas que se estrenaban y tomaba buena nota de los nuevos modelos y peinados. Y aunque Joan no progresaba en el taller como a ella le habría gustado, no se quejaba de la vida que llevaba.

Solo le faltaba una cosa para ser feliz, una cosa para la que no había tenido ninguna prisa una vez casada, pero que poco a poco le había ido obsesionando. Hacía demasiado tiempo que quería ser madre y no había manera de quedarse embarazada. ¿Qué es lo que fallaba? ¿Es que no estaba hecha para eso? A veces se desesperaba porque había personas poco cuidadosas que le hacían siempre la maldita pregunta: «¿Qué, Pilar, para cuándo tendréis novedades?». Y ella notaba que la sangre se le subía a la cabeza y se preguntaba por qué la gente era tan estúpida, cómo es que no se daban cuenta de que aquello no hacía otra cosa que angustiarla todavía más. «Oh, ya vendrán, ¡no tenemos prisa! —mentía ella—. De momento nos va bien

divertirnos un poco, porque trabajamos mucho y tenemos poco tiempo». Y así se las quitaba de encima, aunque las palabras se le clavaban como agujas en el pecho.

Sin poder evitarlo, se comparaba con algunas chicas de su antiguo grupo que ya eran madres —como su amiga Rita—, y se percataba de cómo se había ido distanciando de ellas precisamente por ese motivo. Cuando la angustia la acechaba más allá de lo razonable, lo hablaba con Joan y él siempre le decía lo mismo: «No le des vueltas, Pili, los niños llegarán cuando tengan que llegar». Ojalá se hubiera podido contagiar un poco de su buen carácter, pero en eso no se parecían nada. Y quizá por ello, la decepción que había ido creciendo en ella como un mal bicho se convirtió en mal humor, un mal humor feroz que le brotaba por cualquier cosa, y sobre todo unos celos que empezaban a echar raíces. Cualquier mirada de Joan hacia otra mujer, la más pequeña atención, el hecho de llegar a casa un poco más tarde de lo habitual o notarlo discreto, poco atento, era motivo suficiente para que se le tensasen las facciones y se desatase la tormenta entre ellos. Discutían demasiado a menudo y eso le preocupaba. ¿Qué les estaba pasando? A veces le daba por comparar su matrimonio con el de su hermana y le parecía que no podían ser más diferentes. Martí y Julia no discutían nunca. Aunque, por supuesto, Julia había sido madre y no había tenido que pasar por aquel sufrimiento. Puede que eso la hubiera alejado un poco de su hermana porque, a diferencia de otros tiempos, no compartía con ella aquel torrente de aflicción y malos sentimientos. Tampoco lo compartía con su madre, y agradecía de todo corazón que ella no se comportase como las otras señoras, que sacaban el tema a las primeras de cambio.

Lo que Pilar no sabía es que hacía tiempo que María había comenzado a coserle ropita para cuando llegase el hijo. Tenía un armario donde guardaba pañales, sabanitas, un albornoz, braguitas, peleles, camisas de batista, camisetas y gorritos. Todo en colores neutros, para que le sirviese tanto si era una niña como un niño. Lo que Pilar no sabía es que María también estaba preocupada por ella, pero no le decía nada para no hacer más grande el problema. Cuando miraba la ropita del armario pensaba: «Pobre hija, qué mal lo debe de estar pasando». Entonces sacudía un poco la cabeza y se decía lo mismo que Joan solía decirle a Pilar: «No le des más vueltas, los hijos llegarán cuando tengan que llegar». Pero entonces volvía a mirar la ropita y le rezaba a la Virgen para que sucediese pronto.

A medida que avanzaban los meses, la tensión iba en aumento. A

finales de mayo, a Martí y sus compañeros les llegó el rumor de que se estaba preparando un alzamiento. Las consignas desde el sindicato fueron bastante claras al respecto: debían estar preparados para hacerle frente. Si bien no todos los compañeros defendían la República, si bien había habido diferencias y divisiones entre el anarquismo a la hora de afrontar los conflictos, unos partidarios de la violencia, otros buscando la paz y otras maneras de luchar por los propios derechos, había un punto en el que todos convergían y era que el auténtico enemigo era el fascismo y contra ese sí, contra ese todos empuñarían las armas.

Martí llevaba meses leyendo en la *Soli* los artículos relacionados con la instauración del fascismo en Europa. Le leía a Julia los detalles sobre la dictadura nazi y compartían la preocupación de que el nuevo monstruo de mirada feroz extendiese sus garras hasta llegar a ellos. Sabían que la CNT había puesto hombres para vigilar los cuarteles, tanto desde fuera como desde dentro, y que estaban moviendo todos los hilos para conseguir armas y trazar un plan.

Si el asunto iba a más, Julia sabía que Martí cogería uno de esos fusiles y, aunque no quería pensar en ello, por las noches le era difícil conciliar el sueño. A veces se cansaba de dar vueltas y de pensar y salía de la cama sin hacer ruido. Recorría los pocos metros del piso sin molestarse en calzarse las zapatillas, le gustaba notar el frío de las baldosas. Abría la puerta y entraba en la cocina. Se sentaba con las manos extendidas encima de la mesa, aquella en la que siempre había gente reunida y pasaban cosas, y miraba hacia la ventana con ojos insomnes. Por la mañana le costaría levantarse, pero le daba igual. Los demonios la visitaban y ella debía estar alerta. Cuando el cuerpo le decía basta, regresaba junto a su marido, no sin antes echar un vistazo a aquel angelito que era su hija y que dormía a pierna suelta. Una vez en la cama, intentaba acercar su cuerpo al de Martí sin despertarlo. Y se quedaba allí, inmóvil, notando su calidez y siguiendo el ritmo de su respiración. Solo así lograba ahuyentar a los demonios y, con un poco de suerte, se dormía antes de que el alba le hiciese salir otra vez de la cama.

Y la pesadilla se hizo realidad. Era domingo, 19 de julio, cuando todo saltó por los aires ante sus narices. Dos días antes, en Melilla se habían sublevado unos cuantos militares. La sedición se extendía por la Península, y en Barcelona algunos miembros de la CNT asaltaron las armerías del puerto y luego desarmaron a los serenos de la ciudad. Ya tenían las armas y esperarían a que los militares salieran de los

cuarteles para empezar a actuar. Defenderían la República, junto con los guardias de asalto, los *mossos d'esquadra* y todo aquel que quisiera sumarse. De ningún modo permitirían que el fascismo pisotease sus derechos y su ciudad.

Cuando Martí salió de casa el domingo a primera hora, le dio un beso a la niña, luego a Julia y le dijo: «No salgáis, hoy habrá follón». Julia le notó la tensión en cada parte del cuerpo, en la expresión de la cara, en aquellos ojos que eran como dos mares y que conocía tan bien. Y no le dijo ni que sí ni que no, pero no estaba dispuesta a encerrarse en casa. Cuando se hubo marchado, vistió a la niña a toda prisa. Se dirigió a casa de su madre con el corazón saliéndole por la boca mientras veía a algunos vecinos endomingados como si nada fuese a pasar. En la carretera de Sants, cerca del tranvía, vio a gente esperando y también un grupo de chicos y chicas que se iban concentrando frente al Orfeó de Sants. Pensó en decirle a Ángeles que nada de salir de excursión. Se corrigió a sí misma: se lo prohibiría tajantemente.

En casa de su madre estaban desayunando como un domingo normal, y las voces de sus hermanas pequeñas, risueñas y despreocupadas, actuaron como un bálsamo.

—¡Julia! ¡Juanita! —La madre se desató el delantal y fue a su encuentro—. ¿Qué hacéis aquí tan pronto?

Lo dijo contenta mientras su nieta le rodeaba la cintura con los brazos.

—¡Abuelita! ¿Puedo ir al patio a jugar?

Lola, que ya se había terminado el desayuno, se levantó de la mesa y le ofreció una mano a su sobrina.

—Vamos, Juanita, me ayudarás a recoger los huevos de las gallinas.

A la niña se le iluminaron los ojos, tan azules como los de su padre, y le faltó tiempo para salir con su tía al patio.

A Julia le cambió el semblante. De repente no pudo más y se desplomó en la silla.

—¿Qué pasa? —Carmen estaba cortando una rebanada de pan y se detuvo en seco. Miraba a su hermana mayor intuyendo que algo grave había ocurrido.

Julia las miró una a una con el rostro desencajado.

—Esta mañana no salgáis de casa. ¿Me habéis entendido?

Su voz había sonado tan autoritaria que María enderezó la espalda.

—Hija mía, habla.

Les contó lo que sabía y lo que podía pasar. Le tembló la voz al

mencionar a Martí y solo faltó que la madre le pusiera la mano en la espalda para que se echara a llorar. La tensión que había ido acumulando en las conversaciones entre los compañeros del sindicato que cada tarde se reunían en su casa estalló de pronto. Carmen y Ángeles la miraban asustadas, pero fue su madre quien reaccionó.

—¿Dónde están Pilar y Joan?

Julia levantó la mirada hacia ella y volvió a ponerse en guardia. Se levantó de un brinco.

—Voy a buscarlos —dijo.

—Ni hablar —ordenó su madre—. Los llamaremos.

Ellas no tenían teléfono, pero su vecina sí, de modo que fueron a verla y desde allí hablaron con Pilar. Estuvieron de acuerdo en que tanto ella como Joan se reunirían en su casa lo más pronto posible, aunque finalmente Pilar apareció sola.

El tío Miguel también había acudido y fue él quien abrió la puerta.

—¿Y Joan?

—Joan ha ido a buscar a Martí —le respondió ella visiblemente contrariada.

A pesar de ser domingo, las sirenas de las fábricas sonaron y Julia notó un escalofrío.

—Esa era la señal —murmuró en un hilo de voz.

Martí se había unido a los compañeros que arrancaban adoquines en la calle y estaban construyendo una barricada en la calle de la Creu Coberta. Enseguida tuvo a Joan también a su lado. En poco tiempo comenzaron los disparos, y un obús desde la plaza de Espanya casi los revienta. Les silbaban los oídos, la lucha había comenzado. Los militares golpistas disparaban en su dirección, querían adelantar posiciones, pero a los compañeros se les unieron pronto unos cuantos guardias de asalto y entre todos lo impidieron. A los dos cuñados aquel día les parecería irreal y no podrían contarlo con palabras, les resultaría imposible describir todo lo que habían visto y vivido. Los obuses mataron a gente que estaba esperando frente al tranvía, los cuerpos volaron por los aires y algunas partes quedaron colgando de los cables eléctricos, imágenes grotescas que jamás podrían quitarse de la cabeza. La barbarie se desató en calles conocidas, queridas, donde todos ellos habían crecido y celebrado algo; quién sabe las bajas que se producirían y, entre estas, cuántos conocidos. Pero mientras duró aquel infierno no se permitieron pensar, sino que dispararon uno al lado del otro hasta que el combate cesó. Ya no se oían los tiros, los

otros llevaban tiempo sin disparar y pronto se enteraron de que habían logrado rodearlos, neutralizar sus fuerzas.

Ángeles oyó que un obús había impactado en la calle del Riego, justo en frente del ateneo Sempre Avant, y por un momento creyó morir, la incertidumbre la consumía al pensar que Daniel podría haber muerto. A pesar de los ruegos de su madre y sus hermanas, se disponía a salir a la calle cuando, por fortuna, llamaron a la puerta. Era Emili Grau. Ángeles se echó en sus brazos sin dejar de sollozar. Ni siquiera le permitía hablar porque no quería que pronunciase las palabras, no estaba preparada para escuchar aquello que seguramente había ido a decirle. Sin embargo, el muchacho la agarró con firmeza de los brazos y la apartó un poco para mirarla a los ojos.

—Ángeles, escúchame —le pidió en un tono firme y al mismo tiempo lleno de ternura—: A Daniel no le ha pasado nada.

Ella tuvo la sensación de que sus rodillas eran de goma y le faltó poco para desplomarse.

—¿Dónde está? —le preguntó.

—Esta mañana tenían trabajo montando la Olimpiada Popular —le dijo—. Ya sabes que Daniel está en la comisión de organización. Por suerte, estaban fuera de la entidad y no ha habido ninguna víctima.

Ángeles se echó a llorar, el pecho sacudiéndose con los espasmos.

—¿Dónde está ahora? —repitió—. Quiero verlo, Emili.

El chico la abrazaba con dulzura y poco a poco se fue calmando. Las respiraciones se le fueron acompasando y por fin Emili se pudo separar de ella.

—No te preocupes, Ángeles, estará bien. Me ha pedido que venga a decírtelo y que te pidiese que no salgas a la calle. ¿Verdad que nos vas a hacer caso?

Y Ángeles lo miró y esbozó una media sonrisa. Volvía a hablarle en plural, como cuando formaban aquel triángulo de confianza tan bonito de otros tiempos. Se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos y le pareció que al muchacho le ocurría lo mismo. Tal vez fuesen imaginaciones suyas, pero en la expresión de Emili vislumbró una especie de reconciliación. Creyó leer algo parecido a «si no puedo tenerlo yo, al menos que te quiera a ti». Y aquello hizo que se abrazara a él de nuevo.

—Os haré caso, Emili —le respondió—, pero te pido por lo que más quieras que me tengáis al corriente de todo.

Por la tarde se reunieron todos en casa de María, también los hombres de la familia, y escucharon juntos los comunicados por la radio. Los golpistas habían sido derrotados y el presidente Companys hizo hablar a un tal general Goded por la radio para anunciar que lo

habían hecho prisionero y que, por lo tanto, si querían evitar que continuase el derramamiento de sangre, los soldados que lo acompañaban quedaban libres de todo compromiso. El golpe de Estado había fracasado en Barcelona.

Sin embargo, cuando María y Miguel salieron a la calle en compañía de las chicas, cuando recorrieron las calles y las plazas del barrio días después, comprenderían que ya no estaban hechos para entender ese mundo. Porque lo que vieron no revelaba solo una lucha encarnizada del pueblo contra unos militares sublevados, sino que había mucho más: ambos cuñados observaron compungidos cómo algunos habían aprovechado la confusión para quemar y saquear la iglesia de Sants, de la que solamente quedaban los escombros y un campanario que, a golpes de mortero, acabó desplomado. Horrorizados, se enteraron de que habían asesinado al párroco y que también habían ido a buscar a los hermanos maristas y a todas las monjas y sacerdotes del barrio. Y pronto supieron que no solo perseguían a los religiosos, como responsables y cómplices de un régimen que deseaban abolir desde hacía tiempo, sino que las familias más ricas de Sants estaban sufriendo represalias. Habían entrado en las casas de algunas y las habían destrozado. Algunas habían huido, otras habían tenido el mismo destino que el párroco. Entendieron que sí, que habían sofocado una revuelta en contra de la República, pero que a la vez se habían llevado a cabo venganzas y que, en definitiva, había estallado la revolución obrera. Y los dos se sentían muy viejos para todo eso.

Carmen lloró con desconsuelo al ver destruido el Círcol de Sants. El escenario principal de su noviazgo con Javier, la terraza de verano donde habían intercambiado tantas palabras de amor, todo se había esfumado espantosamente de la noche a la mañana. Y pensó en él y el estómago se le revolvió. ¿Dónde estaría su prometido en aquel momento? ¿Cómo y cuándo tendría noticias suyas? Lo único que sabía por mediación de Martí era que en Melilla había triunfado el levantamiento militar y que no había modo alguno de saber nada hasta que él se pusiese en contacto con ella. Tan pronto como le fue posible, fue a ver a los Martínez. Primero a la tienda de modas, que encontró cerrada a cal y canto. Luego pasó por su domicilio, pero allí no vio a nadie. Alguien le dijo que la familia se había marchado del barrio, que los habían visto irse cargados de enseres vete a saber dónde. El hecho es que Carmen fue consciente muy pronto, con toda la lucidez y la crueldad que ello implicaba, de que la familia de su prometido no contaba con ella para nada.

3

Guerra. Qué palabra más fea, se repetía Miguel, y qué desgarradora cuando sucede en casa y entre hermanos. Durante los días posteriores a que los jóvenes y no tan jóvenes defendiesen la ciudad, pensó mucho en la guerra de 1914 y en cómo la habían vivido ellos desde lejos. Se preguntaba si ahora los países vecinos harían lo mismo, si vivirían su guerra desde la distancia y los industriales aprovecharían para hacer negocio con ella y ampliar mercados. Miguel estaba preocupado por los muchachos de la casa sobre todo; con la muerte de su hermano ya había tenido suficiente, y solo pensar que Julia o Pilar tuviesen que ver cómo se marchaban sus maridos... Por no hablar de lo que le podría haber pasado al prometido de Carmen. Miguel ahuyentaba los miedos, pero no se le iban de la cabeza. Vislumbraba tiempos mucho más largos y negros de los que los jóvenes de la casa estaban dispuestos a admitir. Y, pese a todo, cuando las cosas volvieron a una cierta normalidad, él se aferró a ellos con entusiasmo y se obligó a retomar las rutinas recientes.

Volvió al café como cada mañana, donde se reunía con los amigos de siempre, compañeros retirados de la fábrica como él; volvió a comer cada día en casa de María y por las tardes continuaba usando las manos de carpintero en el taller adosado a la casa. Prosiguió con su vida sencilla y previsible y, aun así, aquella sensación de vértigo regresaba a oleadas. Pensaba en los jóvenes de la casa y en lo embriagados que estaban con la nueva situación. Había comités revolucionarios de barrio que controlaban y gestionaban el día a día, la ciudad entera había cambiado de aspecto. Con los escombros aún humeantes de algunas parroquias y los religiosos huidos, muertos o escondidos, como la mayoría de las personas acomodadas de Sants, había dado inicio aquella nueva cotidianidad en la que los obreros eran por fin los auténticos protagonistas.

Cada mañana al salir de casa, Miguel se quedaba asombrado al ver circular los autobuses y tranvías pintados de rojo y negro, luciendo el anagrama del sindicato. Sabía de los muchos edificios que habían sido requisados, entre ellos el Orfeó de Sants, donde había acudido tantas veces a ver cantar a sus sobrinas. Pero cabe decir que lo que

más inquietaba a Miguel eran las patrullas de control que hacían la ronda por el barrio, unas patrullas que, pese a estar formadas por camaradas de lucha de Martí, despertaban en él una absoluta desconfianza. En el café corrían historias oscuras, de rondas nocturnas y de personas que, de la noche a la mañana, desaparecían. Miguel salía a dar una vuelta por el barrio y en ocasiones caminaba un poco más para pasarse a ver al Joan de Pilar. El muchacho había vuelto a levantar la persiana del taller de coches donde trabajaba junto con su antiguo jefe, ya de igual a igual, porque ya no había patrones. Le preguntaba por Pilar, que había vuelto a abrir su salón, y si estaba contenta. Y, cuando podía, se interesaba por saber cómo veía él la situación, porque Martí, como bien sabían, estaba aquellas semanas demasiado ocupado para preguntarle, y prácticamente no se podía hablar con él.

Martí, Julia y los otros trabajadores de la España Industrial habían vuelto al trabajo poco después del 19 de julio. Los dueños ya no estaban, tampoco algunos directivos, que habían huido a algún lugar incierto. Pero era necesario continuar trabajando si querían ganarse la paga y sacar adelante aquel gran engranaje que les daba para vivir. Sabían que aquel era su momento, que a partir de entonces debían tomar las riendas de la fábrica y gestionarla entre todos, de modo que decidieron montar un comité y el día 8 de agosto convocaron a los trabajadores a una asamblea general cuyos puntos se habían discutido y escrito en buena medida en la cocina de la calle Galileu.

Eran las nueve y media cuando los obreros de la fábrica comenzaron a entrar en el cine Arenas, el lugar escogido para la reunión. El patio de butacas se fue llenando de rostros conocidos, cotidianos, y mientras Julia buscaba sitio en primera fila junto con otras compañeras implicadas, observó cómo Martí se dirigía a la mesa de los ponentes y les daba algunas consignas de última hora. Poco a poco se fue haciendo el silencio, y entonces el compañero García del Comité Central tomó la palabra.

En primer lugar, tal como habían acordado, informó a la concurrencia sobre el dinero que se había recaudado para las víctimas del fascismo y aquello produjo un gran murmullo de satisfacción. La gente se removía en su asiento y se percibía el nerviosismo propio de los días trascendentales. A continuación pasaron a nombrar la mesa de discusión y a elegir a las personas que ejercerían de presidente y de secretario, mientras Martí lo apuntaba todo para poder levantar acta una vez finalizada la asamblea.

Julia lo miró y se sintió henchida de amor y de orgullo por aquel hombre que la noche anterior había dado tantas vueltas en la cama como ella. Volvió la cabeza con discreción para echar un vistazo general a la sala y se sintió complacida: la convocatoria había sido un éxito rotundo. Mientras el compañero García pedía serenidad a los asistentes ante la tarea que debían llevar a cabo y adoptaba un tono solemne, ella se fijó en los muchos rostros que conocía y que ahora asentirían. Se dio la vuelta hacia García justo en el momento en que les explicaba que solo adoptando aquella actitud serena y firme demostrarían «que estaban capacitados para vivir un verdadero régimen social». A veces Julia pensaba que aquella nueva situación la superaba, que no lo lograrían, pero entonces se fijaba en los ojos refulgentes de su marido y se decía que no, que tal vez todo iría bien. Martí estaba convencido de que había llegado la hora de hacer la revolución social, era el momento que tanto tiempo llevaban esperando y lo único que hacía falta era coordinarse bien y ejecutarla.

Con el pensamiento puesto en los días precedentes, Julia no prestó demasiada atención al compañero Martí, que fue el siguiente en hablar. El muchacho leyó el informe que el comité había elaborado para enviar a la Generalitat, en el cual se solicitaba la ayuda económica para hacer frente a la situación actual, pero a ella no le hacía falta escucharlo porque se lo sabía de memoria. Se arrellanó en la butaca y la compañera que estaba a su lado le sonrió excitada ante aquellos parlamentos. Percibió cómo le crujían los huesos y reprimió una mueca. Enderezó el cuello e intentó prestar atención al siguiente en hablar, el contable de la España, que acababa de sentarse a la mesa del comité para exponer el estado de cuentas de la fábrica.

De un modo pulcro y ordenado, aquel hombre que ocultaba la timidez tras unas gafas de pasta redondas y que enterneció a la chica al ver su semblante inseguro, pasó a dar detalle del dinero que quedaba en la caja, del que había en las cuentas bancarias, de las existencias de piezas manufacturadas que tenían en aquellos momentos en la fábrica y de una serie de aspectos económicos que ella no llegó a captar. Los datos la aburrían y se distrajo escrutando aquel rostro que tenía algunos tics nerviosos y el aspecto de no haber dormido, igual que ellos. Se solidarizó con él y por ello lamentó tanto lo que ocurrió a continuación, cuando, una vez que hubo terminado, un obrero del ramo del agua al que solo conocía de vista se levantó para acusarlo.

—Y ¿cómo sabemos que no nos está mintiendo? —lo desafió con cierta chulería. Se dirigió a la sala—: Todo el mundo sabe que en muchas fábricas los contables estafan con engaños. ¿Por qué

deberíamos fiarnos de los números que nos está dando él?

El pobre contable se ruborizó tanto que Julia temió que le diera un vahído, pero entonces vio que Martí se acercaba a él desde atrás y le susurraba unas palabras al oído. El contable asintió con gestos rápidos y breves, y a continuación volvió a tomar la palabra.

—Los libros de la España son lo bastante claros y transparentes —respondió sin mirar a su interlocutor, sino a la audiencia en general. Inspiró ligeramente, como queriendo infundirse valor, antes de reafirmar el tono de voz para dirigirse al compañero que había dudado de él—: Además, no podría hacer eso que dices porque la moral no me lo permitiría.

Fue en ese momento cuando otro compañero de la mesa proclamó que el objetivo era la «incautación inmediata de la fábrica», que no podían esperar más.

—Don Pepe y los demás accionistas están desaparecidos y no vayáis a creer que volverán, no... —gritó—, ¡por la cuenta que les trae!

Una parte de los asistentes estalló en risas y Martí levantó la mano para pedir calma. Eran muchos los asuntos que faltaban por tratar. Aprovechó para tomar la palabra y buscar la aprobación de todos de una manera más razonada.

—Compañeros y compañeras —les dijo—, llegó el momento de ponernos a la altura de las circunstancias que estamos viviendo. Como sabéis, ya hay algunas industrias que están siendo administradas por los propios trabajadores, como por ejemplo la del transporte urbano. Nosotros, ahora, tenemos la oportunidad de hacer las cosas a nuestra manera, de llevar la España según nuestro criterio y velar por nuestros derechos. ¿Quién la conoce mejor que nosotros, que llevamos años dejándonos la piel allí? Os lo repito, camaradas, no debemos permitir que esto se nos vaya de las manos y por ello os pedimos que aprobemos hoy entre todos la incautación.

Muchos se levantaron de sus asientos y comenzaron a aplaudir con fuerza. Julia también se puso en pie por inercia. Pero entonces hubo algunas voces que también querían dar su opinión, voces que deseaban mostrar en público sus dudas sobre lo de convertirse de la noche a la mañana en los dueños de la España.

—¿Estáis seguros, compañeros? —preguntó un tal Gallen—. Vienen tiempos difíciles. Yo lo estudiaría bien.

—¿Y por qué no hacemos un llamamiento a la gerencia y, en caso de que en ocho días no se presente, requisamos? ¿No sería más prudente? —propuso un jefe de sección de Hilaturas.

El compañero Lluís, miembro del sindicato y habitual en la cocina

de la calle Galileu, intervino de inmediato para hacer notar que, gracias al sindicato, la mayoría hacía días que había vuelto al trabajo y que eso demostraba que podían hacerlo solos, sin necesidad de propietarios.

—Cierto —admitió el jefe de sección—, pero, habiendo una dirección constituida, es un peligro incautarnos. Propongo que, en todo caso, el comité asuma la responsabilidad.

Aquello provocó una lluvia de críticas y palabras discordantes. El revuelo aumentó hasta que la presidencia recién nombrada lo cortó en seco.

—¡Compañeros! —gritó Beltrán—. Mostremos respeto a todos los que hagan uso de la palabra.

Un obrero se dirigió entonces al jefe de sección llamándolo «señor» y el hombre le advirtió, señalándolo con el dedo:

—No me llames señor, ¿me has entendido? Ahora todos somos compañeros.

Julia respiró aliviada cuando los asistentes regresaron a sus asientos y los ánimos se apaciguaron. Le lanzó una mirada a Martí y él se la devolvió con una sonrisa calmada que decía: «Tranquila, todo va como la seda». Y tenía razón, porque aquel día salieron del cine Arenas, habitado en tiempos muy recientes por las estrellas de Hollywood, con vítores a la CNT, a la FAI y con la España Industrial por fin en manos de los trabajadores.

4

A principios de agosto volvieron a abrir algunos teatros, también las salas de cine y, por supuesto, las tiendas del barrio que debían abastecer a la población. Emili Grau atendía como cada día a la clientela con ayuda de Vicenç, un chico de piel blanca y rostro muy pecoso que había contratado hacía unos meses, cuando su madre dijo «se acabó bajar a la tienda», a causa del reuma y seguramente de la edad. La viuda Grau, que en otros tiempos había capitaneado el negocio familiar con mano de hierro y que había despertado siempre la admiración de mujeres como la propia María, vivía ahora enclaustrada en el piso de encima de la tienda y apenas asomaba la nariz. Pero las clientas le habían sido fieles y Emili no había notado ni un mínimo descenso en las ventas; al contrario, ya que la población de Sants era cada vez más numerosa. A pesar de los tiempos que corrían, Emili estaba satisfecho con su vida, y ahora que el establecimiento era un poco más suyo, había querido aportar su toque personal haciendo de la trastienda un lugar de reunión para sus amistades. Entre las cajas y bultos del almacén había colocado unas sillas en las que Ángeles y Daniel solían acomodarse. Una vez por semana iban a verlo y, si Emili se lo podía permitir, dejaba a Vicenç al cargo de la tienda y se quitaba el guardapolvo azul para pasar un rato con ellos. Habían recuperado la buena sintonía y disfrutaban del simple hecho de estar los tres vivos. Solían comentar todo lo que ocurría en la calle, que no era poco.

—¿Habéis visto los carteles que han colgado por todo el barrio? —les preguntó Ángeles un buen día, con una angustia que no había podido sacudirse en toda la mañana—. Me refiero a esos que llaman a todos a inscribirse en las milicias.

—Ya han salido por lo menos cinco columnas de milicianos —comentó Daniel pensativo—, casi dos mil hombres en cada una.

—Y más que saldrán, Daniel. Hacen falta muchos hombres en Aragón —añadió Emili.

—Pero vosotros no iréis, ¿verdad? —preguntó Ángeles poco convencida.

Los dos muchachos se miraron y fue Emili quien contestó.

—Yo no podría... No quieren miopes como yo. —Dibujó una sonrisa triste, como disculpándose—. Aunque por supuesto tampoco podría dejar la tienda, hay que abastecer a todo el mundo mientras dure esta guerra...

—... que será corta, Ángeles, no te preocupes —terminó por él Daniel.

Se llevó la mano a la barbilla y se la frotó, un gesto que solía hacer cuando le estaba dando vueltas a algo.

—A mí ahora mismo lo que me mantiene ocupado son los niños, que también pueden sufrir de mala manera los estragos que cause este conflicto —les explicó—. Ya sabéis que a finales del mes pasado se creó ese nuevo organismo, el CENU, que agrupa sindicatos y partidos. Ya han comenzado a trabajar con el lema «El 1 de octubre ningún niño sin colegio», y yo me alegro porque debemos estar preparados de cara al próximo curso.

—¿Es verdad que ya no habrá ningún colegio religioso? —le preguntó Ángeles, que no acababa de creérselo. Toda la vida viendo monjas y frailes ejerciendo de maestros en un montón de colegios y ahora, de la noche a la mañana, se habían esfumado.

—Puedes estar segura, Ángeles —le contestó Daniel convencido —. La escuela confesional ha desaparecido del mapa, y a partir del próximo curso toda la educación será laica, pública y catalana, además de hacer que niños y niñas no estén segregados. Ya sabes que yo siempre he defendido la coeducación.

Ángeles asintió.

—¿Y qué pasará con todos los pequeños que iban a esos colegios de monjas y de curas? —se interesó Emili.

—Tendremos que acogerlos en la escuela pública, por supuesto —dijo Daniel—. El Gobierno tiene que actualizar los datos de los niños de cada población que será necesario reubicar, y al mismo tiempo deberán confiscarse muchos colegios religiosos con la idea de reutilizarlos para eso.

—¡Muchos de esos edificios han quedado medio derruidos! —dijo Ángeles—. Yo no entiendo la necesidad que tienen algunos de quemar cosas y destruirlo todo.

—Deberemos dejarlos en condiciones para que cumplan su función —respondió Daniel en tono práctico, sin entrar en debates. Tenía una confianza ciega en lo que estaba haciendo—. ¿Sabéis? Tanto el CENU como los propios maestros tenemos una tarea ingente por delante, pero no me asusta en absoluto porque esta es nuestra oportunidad de difundir los valores de la educación pública y republicana de una manera total. Ya no solo nos haremos cargo de

unas cuantas familias, sino de toda la población infantil. ¿Os lo imagináis?

—Hablas como uno de esos políticos... —comentó Emili. Y ante la expresión interrogante de su amigo, que no sabía si tomárselo como un reproche, añadió—: De los buenos, ¿eh?

Pero lo cierto era que el comerciante no veía las cosas como él. Emili era amante de la vida tranquila y previsible de antes. Ver marchar a tantos hombres al frente cada semana, con una esperanza a flor de piel que él no comprendía; ser consciente de todos los que habían huido o habían liquidado en uno de aquellos «paseos nocturnos» que hacían las patrullas; ver salir cada día esas patrullas de su querido orfeón, que había cesado su ingente vida cultural; atisbar una situación cada vez peor en lo referente a los víveres y a los productos básicos si el conflicto se prolongaba... No, él veía las cosas de un modo muy distinto. En el fondo, Emili Grau estaba tan preocupado como parecía estarlo Ángeles, aunque no le gustaba demostrarlo para no fastidiar a su amigo ni alarmar aún más a la chica. El comerciante deseaba con todo su corazón que el futuro se pareciese más a la visión que tenía Daniel en lugar de a la suya, pero lo embargaban las dudas.

Ángeles los había escuchado, pero ahora quería dar su opinión porque consideraba que ella también tenía cosas interesantes que contar.

—Emili, ¿te ha dicho Daniel que ahora trabajo de voluntaria en la biblioteca del Sempre Avant? —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja. El muchacho le respondió que sí lo sabía, pero la invitó a darle detalles—. Pues bien, esta semana estamos organizándonos para dar servicio a los milicianos. Hay muchas propuestas sobre la mesa y hemos formado comisiones; se trata de buscar la mejor manera de ayudar a los socios que se van al frente.

Había en ella cierto orgullo que a Emili no se le escapó. Observó cómo Daniel asentía ante las explicaciones de su novia, y en sus ojos percibió el deseo y el cariño. Se había obligado a acostumbrarse al hecho de que eran pareja; después de todo, él nunca podría tener a Daniel. Lo supo desde el momento en que lo conoció, era consciente de que jamás estaría a su alcance, pero esto no le evitaba sentir de vez en cuando una punzada de celos que provenía de muy adentro. Nunca amaría a nadie como a Daniel, se decía, y eso, al mismo tiempo, lo unía en cierto modo a Ángeles.

—La biblioteca también sigue funcionando para los ateneístas —comentó entonces la chica—. ¡Si vieras la colección de libros que tenemos! Está todo clasificado por materias para que sean fáciles de

consultar: libros científicos, filosóficos, cuadernos educativos, el apartado de novelas, que es el más grande, libros de arte preciosos y también de poesía y teatro. Yo llevo las fichas de préstamo...

—Con esa letra tan pulcra que tienes —intervino Daniel satisfecho.

—Los socios los sacan y se los llevan a casa —prosiguió ella, y entonces levantó una mano—. ¡Ah, y también ayudo a montar el escaparte de sugerencias!

Daniel le contó a Emili que Ángeles era de las más capacitadas de la biblioteca para recomendar libros, ya que nadie la superaba en lecturas.

—Me gusta recomendarlos, sí —dijo ella con discreción—. Cuando un libro te gusta, lo que quieres es que los demás lo descubran, ¿a que sí?

Habían empezado hablando de la guerra y, gracias a Ángeles, la conversación había derivado hacia los asuntos que les interesaban antes. De un título a otro, la muchacha les fue desgranando historias leídas hacía poco y les hizo un listado de las lecturas que tenía pendientes. Durante un buen rato, allí, en la trastienda, fue como si no hubiese guerra, como si nada en sus vidas hubiera cambiado.

Sin embargo, las cosas habían cambiado, y mucho, sobre todo para María, que debía vivir la guerra sin su marido a su lado. Había adquirido la costumbre de visitarlo en el cementerio una vez por semana y siempre le llevaba flores. Se hacía acompañar por una de sus hijas, pero últimamente era Carmen la que siempre se ofrecía, quizá porque era la que menos salía, la que tenía menos cosas que hacer. A María le preocupaba el cambio que se había producido en la chica y a menudo animaba a sus hermanas a buscar excusas para hacerla salir de casa y que se distrajese. «Proponedle ir a ver alguna de esas películas que le gustan», les pedía, o «Invítala a tu casa, Pilar, que al menos se distraerá charlando con tus clientas».

Pero Carmen casi siempre les decía que no, que no necesitaba hacer nada y que lo único que quería era que le llegase de una vez la esperada carta o telegrama de Javier. Porque no había sabido nada de él, y hasta que no supiese si estaba bien podía continuar esperándolo, y su sueño de vida juntos no se había esfumado de la noche a la mañana como tantas cosas en el barrio. Hasta que no supiese qué le había pasado, dónde estaba y cuándo volvería, de ningún modo podía continuar con su vida. «¿Es que no lo entendéis?», les decía con una rabia contenida que daba pavor.

Y María sufría, por supuesto que sufría, y cada noche rezaba a la Virgen para que le llegase alguna noticia. Entretanto, madre e hija hacían aquel trayecto al cementerio, en eso no le fallaba nunca. No hablaban mucho, pero se hacían mutua compañía y María pensaba que al menos a Carmen le hacía bien visitar la sepultura de su padre. El ritual era siempre el mismo: salían de casa a pie y se dirigían al puesto de flores del mercado. Desde allí subían hasta la carretera de Sants y tomaban el tranvía. En poco tiempo se plantaban en las puertas del cementerio y enseguida estaban dentro. Paseaban en silencio entre las tumbas, admiraban los panteones más grandes de familias que habían huido de Sants y luego se dirigían a los nichos más modestos, allí donde reposaba su Gregorio con las flores ya mustias de la semana anterior.

Carmen avanzaba unos pasos y con movimientos rápidos y eficientes recogía el ramo que ya no servía, sacudía las hojas muertas que habían caído al suelo y dentro del jarrón clavado en la piedra y, a veces, discreta en sus pensamientos, deslizaba la yema de los dedos por las letras de la lápida con el nombre de su padre. María no la interrumpía, la observaba recorrer la fecha del nacimiento y muerte sin abrir la boca.

En aquellos instantes, la madre se preguntaba si el pensamiento de su hija estaba con el padre muerto o con el prometido desaparecido. Le constaba que la familia de Javier no se había puesto en contacto con ella desde que se hubieron marchado de Sants, que la tienda de modas ahora la llevaban los empleados y que algunas voces decían que los Martínez se habían instalado en la casa de veraneo de Sant Adrià, donde estaban más aislados y tranquilos. Ni una triste carta para su hija, ni una visita, ni siquiera hacerle llegar un mensaje para decirle: «Estamos bien, esperamos que tú y tu familia también». Puede que incluso ellos tuviesen alguna noticia del hijo y no quisieran compartirla con ella. Como si no fuese nada suyo. María se compadecía de su hija mientras la observaba en silencio ante la tumba de Gregorio.

Y cuando le parecía que la chica ya la tenía bastante limpia, se acercaba a poner en el recipiente las flores que habían comprado. Ambas se retiraban un poco y, con discreción, se persignaban y susurraban juntas un padrenuestro. Era entonces cuando María se recogía en sí misma y, frente a los restos mortales de su marido, se disponía a rememorarlo. Con frecuencia se preguntaba qué diría él de la situación actual y cómo creería que se resolvería. Pero no se recreaba demasiado porque prefería hacer volar la mente hasta antes de la guerra, cuando aún estaba con ella. Procuraba pensar en los

buenos momentos con la familia al completo, aquellas comilonas de los días de fiesta, las niñas corriendo por el patio como si la vida fuese a detenerse siempre allí. Y entonces, de pronto y sin proponérselo, la memoria regresaba, pertinaz, a aquel Sant Jordi de hacía unos años, el primero de la República, en que Gregorio se le presentó en casa con una rosa roja como la sangre. Tenía su rostro incrustado en la memoria: su marido sosteniendo la rosa con aquella cara de satisfacción que pocas veces le había visto. Y aquella imagen se le clavaba dentro, como un montón de agujas en mitad del pecho cada vez que lo recordaba. Se preguntaba por qué había reaccionado de aquel modo tan mezquino, por qué no le había hecho más que reproches en lugar de agradecerle el gesto. Que si ya tenían rosas en casa —le había dicho—, que si no hacía falta tirar el dinero... Entonces no pensó en cómo recordaría aquella rosa: como el símbolo más sincero de su amor, un amor que nunca supieron decirse con palabras, vete a saber por qué, pero que de alguna manera torpe y adusta existía. El recuerdo de aquella rosa se le clavaba en el alma porque añoraba a Gregorio, y ante su tumba se preguntaba una y otra vez si no debería haber sabido quererlo más.

5

—¿No están Julia y la niña? —le preguntó Joan a Martí nada más entrar en el piso de la calle Galileu. Se quitó el abrigo como sacudiéndose el primer frío de la calle.

Martí negó con la cabeza y le contó que estaban en casa de la abuela, pero que no podrían tardar mucho en llegar. Y aunque a Joan le gustaba mucho ver a su ahijada, en aquella ocasión se alegró, porque así podría compartir con su cuñado algo a lo que últimamente le estaba dando vueltas. Pero antes se mostró interesado por cómo iban las cosas en la fábrica y si lo tenían todo bajo control.

—Más o menos —le respondió Martí mientras lo invitaba a sentarse a la mesa de la cocina y ponía agua a hervir. Luego fue a sentarse con él y soltó un buen resoplido.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Joan.

Martí lo miró y sonrió.

—Son tantas las cosas que me preocupan ahora mismo... —lo dijo aún con aquella sonrisa y revolviéndose el pelo al mismo tiempo, como hacía siempre que estaba inquieto.

—¿Vais bien de dinero? ¿Podéis cobrar de la fábrica cada semana? —le preguntó Joan.

—La verdad es que sí. Por fortuna no se ha dejado de pagar a nadie desde que empezó la guerra. Y no te creas que es fácil porque los jefes vaciaron bastante la caja antes de largarse.

—Me lo imagino.

—Y vosotros, ¿cómo vais en el taller?

—Vamos tirando.

El agua ya estaba a punto y Martí se levantó para verterla en dos tazas después de añadirle y filtrar el café.

—No es el mejor que hemos tenido, pero es pasable —se disculpó.

—Por mí está bien —le respondió Joan.

Echó mano del periódico *La Rambla* que estaba encima de la mesa y miró distraídamente la portada. Volvió a doblarlo. Martí siguió sus movimientos y la vista se le quedó clavada en aquel diario. Le dio unos golpecitos con el dedo índice y miró a Joan.

—Has leído la noticia, ¿no? —Joan asintió con la cabeza—.

¿Sabías que Julia y yo tuvimos una fuerte discusión por esto? —le contó Martí. Pero antes de que Joan respondiese, se apresuró a decir —: Que conste que no se lo reprocho, que la decisión ya está tomada y que entiendo su punto de vista. Seguramente tiene razón.

Joan volvió a coger el periódico y lo abrió por la página que ya había leído, en la cual se anunciaba que algunos miembros de la Unió Esportiva de Sants se habían integrado en la columna de deportistas que se marchaba al frente.

—Sí, seguramente tiene razón, Martí —comentó él, que ya sabía por Pilar que Julia le había montado un drama cuando a Martí se le pasó por la cabeza inscribirse también—. Tú tienes una hija, debes ocuparte de ellas y además desde aquí estás haciendo un buen trabajo. La España no funcionaría ni se cobraría cada semana si gente como tú no estuviese detrás e hiciera que todo funcionase. Muchas familias dependen de ello.

—En una cosa tienes razón —le respondió Martí—: debo seguir velando por el buen funcionamiento de la fábrica, que ahora es de todos, pero te equivocas en el hecho de que con eso sea suficiente. Hay muchos compañeros que se han ido al frente y también es necesario ayudarlos. He estado pensando en cómo hacerlo desde aquí... He estado hablando con un par de compañeros del sindicato y nos estamos planteando montar una oficina de contacto, información y estrategia.

—¿Dónde?

Martí señaló la mesa de la cocina.

—Aquí.

—¿Aquí? —Joan alzó las cejas con sorpresa, pero de inmediato entendió que sí, que, de hecho, aquella cocina ya había servido de oficina, de sala de reuniones y de muchas cosas más durante el conflicto y mucho antes.

—Me parece una idea fantástica —opinó.

Y Martí volvió a sonreír y le dio dos palmadas enérgicas en el hombro.

—¿Puedo contar también contigo, cuñado?

Joan movió la cabeza y dio un sorbo a la bebida caliente para infundirse fuerzas.

—Lo siento, Martí, pero esta vez no va a poder ser.

Entonces Joan le habló de todo lo que llevaba días rumiando y que aún no se había atrevido a decirle a Pilar. Le contó cómo se había enterado a través de un compañero de que estaban buscando mecánicos para incorporarse a la Aeronáutica Naval de Barcelona y que aquello había sido un revulsivo y que había estado dándole

vueltas durante días.

—Martí, si la guerra se alarga, tarde o temprano nos reclutarán —le dijo. Su cuñado asintió con un gesto—. Y si hay un sitio desde el cual yo querría hacerla es desde el cuerpo de aviación. Los motores son mi especialidad, creo que puedo formarme como es debido y ser de gran ayuda en este sentido. Y ¿sabes qué? —La mirada se le iluminó—. Siempre me han fascinado los aviones. ¡Desde que era pequeño!

Martí le hizo poner los pies en el suelo.

—Entonces, ¿dejarás el trabajo en el taller?

—No tengo más remedio.

—Pero Romagosa te prometió que un día el taller sería tuyo, ¿no?

Joan se encogió de hombros.

—Las cosas cambian, compañero. Ahora mismo el taller lo gestionamos entre todos y él es un trabajador más. ¿Qué pasará después de la guerra? Quién puede decirlo... Yo me siento llamado a probar lo de los aviones. Tengo un gusanillo en el estómago que no me deja vivir, la poderosa intuición de que mi sitio está con los aviones.

Martí permaneció un momento en silencio. Estaba pensando. Luego lo miró.

—¿Se lo has comentado a Pilar? —Joan bajó la cabeza y dijo que no—. ¿Cómo crees que reaccionará? —le preguntó Martí.

—Se enfadará mucho, nos pelearemos...

—... porque llevas tiempo diciéndole que vuestro futuro está en el negocio de los coches, en el taller donde trabajas ahora —acabó Martí la frase por él.

—Las promesas de otros tiempos ya no son válidas —le rebatió—. La guerra lo ha cambiado todo y debemos saber adaptarnos. Martí, ahora lo más importante es aplastar a esos fascistas, cada uno desde el lugar donde pueda aportar más. Ya me he presentado en la Aeronáutica Naval y me han aceptado.

Martí lo miró no sin admiración. En el fondo, pese al drama que de ello haría Pilar y probablemente también Julia, estaba orgulloso de su cuñado.

—¿Te enviarán al frente? —le preguntó.

Joan le dijo que no, que de momento entraría en el equipo de mecánicos que estaban reparando los motores de unos bombarderos para hacerlos efectivos tan pronto como fuese posible y luego...

—... luego, a finales de año o quizá a principios del que viene habrá una convocatoria para un curso de especialización que me han dicho que se hará en Godella, cerca de Valencia. Serán unos meses y

luego puede que sí, entonces sí tendré que ir al frente.

Martí estaba fascinado.

—Solo un consejo, amigo —le dijo—. Habla con Pilar ahora mismo, no esperes ni un día más y haz el favor de ponerla al corriente de todo el proceso sin guardarte nada. Tiene derecho a saberlo, ¿no te parece?

Joan no pudo más que darle la razón y, en aquel preciso instante, se oyó el sonido de las llaves en la puerta. Julia y Juanita acababan de llegar y enseguida se plantaron en la cocina.

—¡Padrino! —gritó la niña.

Se echó en su regazo y Joan la abrazó un poco más fuerte de lo debido porque reparó en que una de las cosas que más echaría de menos cuando se marcharse al cabo de pocos meses, aparte de a su Pilar, serían los abrazos de su ahijada.

6

Ángeles no podía creerlo: su peor pesadilla se había hecho realidad. Lo intuyó al leer el boletín del mes de noviembre del Sempre Avant, en el cual, desde la primera página, se llamaba a colaborar en aquella guerra para defender la cultura y aplastar el fascismo. «La cultura, fuerza vital del progreso y de la civilización —había leído en voz alta y despacio— hay que defenderla con trabajo, con el fusil, como sea». Y había aguantado la respiración. Era la primera vez que el ateneo del que formaba parte, una entidad que siempre se había declarado pacifista, ponía negro sobre blanco el llamamiento a sus miembros a coger el fusil. Y pensó en Daniel, en todo lo que le pasaría por la cabeza al leer aquel boletín. No había transcurrido ni una semana cuando el chico le anunció que en breve se marcharía al frente, y ella se deshizo en lágrimas, le imploró que no lo hiciera, que lo necesitaba ahí, al igual que sus alumnos.

—No lo entiendo —le gritó con voz ahogada. Pensó que no sería capaz de soportarlo—. Si solo hace un mes que habéis empezado el curso... ¿y ya abandonas a tus alumnos?

—Precisamente, Ángeles, lo hago por ellos. —Su tono sereno la irritaba todavía más—. Ha llegado el momento de defender la República cueste lo que cueste. ¿No ves que sin República no hay proyecto de vida para ellos..., para nosotros?

Ángeles no dijo nada. Se tragó la congoja. Él le sostenía las manos con ternura y hacía una cueva con las suyas, como si eso la pudiese consolar.

—Escúchame bien —le dijo de manera pausada—, esto lo acabaremos rápido y muy pronto volveré a Sants. No lo dudes ni por un instante.

Pero a Ángeles las palabras le parecían vacías, era una sensación como de lejanía, como si las oyese con un eco metálico que les hacía perder el significado. No lo entendía y no estaba dispuesta a hacerlo.

—¿Por qué tú? —sollozó, sabiéndose perdida.

—¿Por qué yo no? —respondió él—. Sabes que igualmente me habrían llamado a quintas.

—O a lo mejor te habrías librado —dijo ella.

Y él la miró con severidad, como hacía con los alumnos cuando decían algo fuera de lugar.

No hubo discusión, Daniel haría una instrucción rápida y en poco más de dos semanas Ángeles lo vería marchar al frente de Aragón con aquella sonrisa que ya había visto en otros. Pero antes de eso aún habría de suceder un hecho que causaría el desánimo de los que se iban y empeoraría la angustia de los que se quedaban esperando a alguien: les llegó la noticia del fallecimiento de Durruti, el líder anarquista que muchos habían salido a despedir con la primera columna de milicianos. Durruti tenía sus defensores y sus detractores, pero era un símbolo, y con su muerte se convertía en héroe nacional. Los periódicos anunciaron el traslado de sus restos mortales de Madrid a Barcelona, lugar donde debía rendírsele el último adiós antes de ser enterrado. Aquel domingo de finales de noviembre, que apareció gris, feo a más no poder, Ángeles se vistió y se dirigió con su hermana Lola a la carretera de Sants. Daniel y Emili las estaban esperando, también los hijos de la señora Minerva, Irene y Jaume. Juntos se montaron en el tranvía que poco después los dejó cerca de las Ramblas. Hubieron de caminar un buen trecho porque algunas calles estaban cortadas al tránsito y la gente comenzaba a agolparse.

—¿Qué es toda esta multitud? —preguntó Lola, incrédula—. ¿Van todos al entierro de Durruti?

Daniel, conmovido por aquel baño de masas, le contestó que sí, que toda Barcelona estaría allí porque era una leyenda y todo el mundo quería verlo pasar.

—Ayer nos dijo Julia que Martí iba a ir con los del sindicato a llevarle una corona de flores muy bonita —comentó Ángeles a su lado, intentando no pensar que al día siguiente Daniel se marchaba a hacer la instrucción.

Se situaron en un tramo de la Rambla de las Flores, estuvieron esperando mucho tiempo y, entretanto, la gente fue apiñándose a su alrededor. Nunca habían visto tanta gente en las Ramblas, y decían que a lo largo de todo el camino de la comitiva había multitudes. En un momento dado les llegó el murmullo de voces que anunciaba que el féretro se acercaba y más de uno contuvo el aliento.

Desde su apretado sitio, encajada entre Daniel y Lola, Ángeles vio llegar el cortejo fúnebre desde lejos: primero el ruido de las motos de la Guardia Urbana, que encabezaban la marcha, después un escuadrón de caballería y una serie de milicianos a pie. La banda de las Milicias Antifascistas estaba tocando una pieza y muchos alzaron el puño, solemnes. Y entonces vio el ataúd, un magnífico féretro de caoba con adornos de plata, cubierto en buena parte por una bandera roja y

negra. La muchacha se llevó la mano al pecho y su hermana pequeña e Irene la imitaron. Alzó la mirada por encima del féretro, primero hacia el cielo para contener las lágrimas y luego para observar los balcones de las casas, donde se asomaban muchas vecinas que lanzaban flores al paso del difunto. Al bajar de nuevo la vista hacia la comitiva fúnebre, distinguió a una mujer de negro riguroso entre las autoridades, una mujer que apenas podía andar y que bajaba la cabeza, desconsolada. Era la compañera de Buenaventura Durruti, y Ángeles se cubrió el cuello con la mano porque le ardía de rabia y de incomprensión. «¿Por qué? —se preguntó—. ¿Por qué todo esto?». Miró a Daniel, que no tenía ojos para nada más que para aquel féretro rojo y negro, y seguramente el pensamiento puesto en su gesta a partir del día siguiente. «¡¿Por qué?!», le habría gritado a la cara.

Poco antes de la una, el séquito había superado el último tramo de la Rambla y se detuvo en el Portal de la Pau. Hubo muchos discursos en un acto lleno de solemnidad, y a continuación la comitiva prosiguió para emprender el viaje final hasta el cementerio de Montjuïc.

El grupito de Sants volvió a casa y, una vez superada la plaza de Espanya, se dividió en dos: Ángeles quería aprovechar las horas que quedaban para pasarlas con Daniel, mientras que Lola quería ir a la tintorería con Jaume e Irene para contarle con pelos y señales a la señora Minerva todo lo que habían visto. Lola agarró del brazo a su amiga y Jaume se colocó a su lado. Cuando la chica comprobó que Ángeles ya no podía verla, miró al muchacho con cierta picardía y le lanzó un beso. Eran novios, pero nadie aparte de Irene lo sabía. Era tan reciente que no acababa de creérselo. Todo se había precipitado a raíz de una discusión con su hermano. Jaume se había enfrentado a él y Lola había salido en su defensa. Casi recibe un tortazo de Esteve, que, al levantar la mano, detuvo Jaume.

—Ni se te ocurra —lo amenazó.

—Ella no pinta nada en todo esto —le respondió el hermano mayor. Y entonces hizo uso de aquella frase que tanto le gustaba—: Ella no es de la familia.

Pero aquel día, cuando la discusión hubo terminado y Lola y Jaume se encontraron solos en el patio, él quiso hablarle.

—Hace tiempo que me tengo que tragar ese tipo de comentarios y no me gusta nada —le dijo a la chica.

Ella le restó importancia.

—No te preocupes, Jaume, todo lo que pueda decir tu hermano no me afecta en absoluto.

—Pero es que tú sí eres de la familia —se apresuró él a

discutírselo—. Quiero decir que, de alguna manera, formas parte de ella desde siempre. Al menos así es como lo sentimos todos.

Lola sonrió y, antes de que pudiera contestar, Jaume le estampó un beso en los labios. Ella se quedó sorprendida y al mismo tiempo encantada, porque hacía demasiado tiempo que estaba enamorada de Jaume y no sabía cómo romper el hielo. El muchacho era tímido a más no poder, nunca se decidía a dar el paso. En más de una ocasión, la chica se había planteado hacerlo, pero aún no se había atrevido, tal vez porque le daba mucha vergüenza que él no sintiera lo mismo. No obstante, Jaume se había convertido en su sombra y en la de Irene hacía mucho tiempo, solía acompañarlas a todas partes en los ratos libres. Cuando iban al cine, cuando paseaban un domingo, Jaume siempre quería sumarse.

—Ya era hora —le soltó Lola con una sonrisa.

—¿Cómo dices?

—Que llevo tiempo esperando que te decidas.

Uno de las cosas que a Jaume más le gustaban de la chica era que no tenía pelos en la lengua. Decía las cosas tal como le venían y eso lo había enamorado. Y deslumbrado.

—Mujer... Es que tú eres mucha Lola y no sabía cómo ibas a reaccionar.

Ella lo miró y lo besó.

—Pues ahora ya lo sabes.

De aquello habían transcurrido unos cuantos días y desde entonces vivían embobados el uno por el otro. Irene, por su parte, estaba encantada.

Llegaron a la carretera de Sants y, a medida que se acercaban a la tintorería, comenzaron a oír los gritos. Vieron una multitud reunida en frente de su casa y echaron a correr. Estaba allí el cuerpo de bomberos y, como una imagen grotesca, como una pesadilla, los jóvenes vieron horrorizados que el establecimiento había ardido. Todo olía a quemado, las puertas habían sido arrancadas y del interior solo se veían las paredes calcinadas. Y escombros.

—¡Madre! —Irene dejó escapar un grito desde el estómago y se hizo un hueco entre la gente. Jaume y Lola la siguieron.

Sentada encima de una caja que alguien había colocado allí, la señora Minerva contemplaba con expresión aterradoramente vacía todo lo que sucedía a su alrededor. Parecía perdida por completo. Lola se quedó inmóvil, muy impresionada, y un segundo después corrió a los brazos de la tintorera como acababan de hacer sus hijos.

El jefe de bomberos les informó de que el piso de arriba no había resultado dañado, que afortunadamente habían llegado a tiempo y que

solo debían lamentar los destrozos de la planta baja. «Solo», murmuraron los jóvenes mientras contemplaban desolados, desde la calle, aquel pequeño universo cotidiano consumido por las llamas.

Los vecinos se habían ido concentrando ante el edificio, aunque se mantenían a cierta distancia de aquel círculo familiar que se recuperaba del fuerte impacto.

—Pobre gente —se oía decir a alguna vecina que, antes de que llegasen los hijos, se había ocupado de la tintorera—, todo el negocio a hacer puñetas.

No tardaron mucho en saber qué había ocurrido. O, más bien, quién estaba detrás de su desgracia. Esteve se presentó en casa cuando los bomberos y los vecinos ya se habían marchado. Los bomberos habían dado permiso a los residentes para subir a la vivienda. Estaban allí reunidos cuando el hijo mayor entró y se arrodilló ante su madre.

—Mamaíta, es culpa mía, es culpa mía... —comenzó a murmurar entre sollozos.

La señora Minerva contempló la cabeza de su hijo, que lloraba sobre su regazo, pero ni lo tocó.

—Cuéntamelo —le pidió con un hilo de voz.

Y Esteve lo hizo. Esa vez no ocultó ni un gramo de verdad porque estaba absolutamente impactado. Sabía que había tocado fondo. Dijo que debía mucho dinero, mucho más del que su madre podía imaginar, y que llevaban tiempo amenazándolo con hacérselo pagar con creces si no lo devolvía.

—¡No creía que fuesen capaces de algo así! —bramó entre gimoteos.

Jaume se levantó de repente, ya había escuchado suficiente. Lo alzó del suelo tirándole del cuello de la camisa y, antes de darle tiempo a nada, le dio tal empujón que casi vuelve a ponerlo de rodillas. Pero Esteve aguantó.

—¡Lárgate de esta casa! ¡Ya no eres mi hermano! ¿Me oyes?

Lo gritó con tanta furia que las chicas se asustaron.

—Basta, hijos. ¡Basta! —se impuso la señora Minerva.

Poco a poco se levantó y se quedó justo en frente de su hijo mayor. A Lola se le encogía el corazón al ver lo que estaba pasando aquella mujer y aquella familia a la que adoraba.

—Mamaíta, perdóneme, perdóneme... —le suplicaba Esteve agarrándose la cabeza con las manos. Parecía un demente, fuera de sí.

—Nunca has dejado de apostar —comenzó la tintorera en un tono neutro que infundía pavor—. Nunca has cumplido las promesas que me haces. Y aún tienes deudas... Tantas como para hacernos esto.

Era como si estuviese pensando en voz alta más que hablando con

su hijo. No esperaba respuesta alguna, ni siquiera parecía escuchar las súplicas.

—Haremos lo siguiente: veremos cuánto nos paga la aseguradora, y yo, personalmente, saldaré hasta el último céntimo que debes. A cambio, ni tú ni esa banda de miserables y de criminales con los que tienes tratos pondréis los pies en mi casa. Nunca más, hijo, no quiero volverte a ver. Nos dejarás en paz, debes irte para que nosotros podamos continuar con nuestras vidas y levantar de nuevo el negocio. Nos recuperaremos, pero si te queda algo de amor por nosotros, no volverás nunca.

Al terminar la última frase, la pobre mujer se notó desfallecer y fue Jaume quien la sostuvo e hizo que se sentara en el sofá. Las chicas se acercaron de inmediato a hablarle y a tratar de apaciguar los ánimos. Mientras tanto, Jaume y su hermano mayor no se tocaban, pero se lo decían todo con la mirada.

Esteve se fue de casa y prometió dejarlos en paz, porque tanto él como los otros sabían que su madre había tomado la decisión más dolorosa de su vida, pero que era inamovible. Aquella mujer a la que Lola admiraba, por lo fuerte y capaz que la había visto siempre, envejeció de golpe aquel fatídico día sabiendo que jamás se recuperaría de aquello.

7

Joan se había ido a Godella a principios de año para el curso de especialización que le daría el título de mecánico de aviación y la graduación de sargento, cosa que Pilar no se tomó demasiado bien. Tuvieron una fuerte discusión antes de irse, en la que ella le mostró su absoluta incomprensión.

—No lo entiendo, Joan —le dijo perpleja—, tu obligación es quedarte conmigo, soy tu mujer y no puedes dejarme sola.

Joan trató de razonar con ella.

—¿No ves que esta guerra será más larga de lo que pensábamos y que pronto pueden llamarme a filas? Pilar, yo quiero escoger el lugar desde el que hacer la guerra y esta es la mejor opción para mí.

Sin embargo, ella no quería escucharlo y enseguida le recriminó que no hubiese hecho lo mismo que Martí.

—Él sí que quiere a Julia —le soltó—, mi hermana le ha pedido que no se vaya con las milicias y él le ha hecho caso.

—Martí tiene sus propios motivos, Pili... Martí es padre.

Aquello le sentó como una puñalada. Pilar se lo tomó tan mal que desde ese momento y hasta que se marchó solo se comunicó con él lo justo y necesario. Llevaba demasiado tiempo deseando ser madre, y que se lo echase en cara de aquella manera le dolió mucho.

Aun así, Joan se fue a Godella y ella cerró el piso y se trasladó a casa de su madre. «Será por poco tiempo», quería convencerse a sí misma, aunque por dentro le parecía que el mundo se hundía bajo sus pies. Pero ella no se tenía por una persona sentimental y no le gustaban los dramas, de modo que el disgusto se le pasó pronto y cerró el piso dejándolo todo como si hubiese de volver al día siguiente: la cama hecha, la cocina limpia, el salón de peluquería bien ordenado y los suelos recién fregados. Reunió los utensilios básicos que necesitaba para seguir con su trabajo, que a partir de ese momento haría a domicilio, porque era un hecho que las clientas ya no acudían como antes. La guerra había relegado la belleza a un segundo plano para muchas, y Pilar no tenía otra opción que adaptarse. Les arreglaría el precio y, si era necesario, las visitaría puerta a puerta.

La realidad, no obstante, se impuso de inmediato. El trabajo era escaso y disponía de mucho tiempo libre. Eso le crispaba los nervios. Así que, una vez instalada de nuevo en su habitación de soltera, se dedicó en cuerpo y alma a organizar la casa de su infancia con la autoridad que le confería ser una mujer casada y la hija mayor bajo aquel techo.

—¡Cómo le gusta mandar! —se lamentaba Lola, pese a estar contenta de tenerla de nuevo en casa, aunque fuese por una breve temporada.

Le habían ocurrido tantas cosas en los últimos meses que la reconfortaba un poco el hecho de tener una hermana más en casa. Entre todos iban levantando la tintorería de la señora Minerva poco a poco, y mientras ella continuaba dedicándole todas las tardes, Jaume había comenzado un trabajo en una fábrica química del barrio que les permitía salir adelante. Se habían librado de Esteve y solo necesitaban tiempo y esfuerzo para volver al punto de partida, allí donde lo habían dejado antes del desastre.

Carmen también se benefició de tener a Pilar cerca. Compartían habitación y cada noche podía sincerarse con ella. Pilar la escuchaba en silencio y siempre le decía lo mismo:

—Estoy segura de que Javier volverá. Ya verás como encuentra el modo de escaparse, muchos lo han hecho. Tendrás noticias suyas, Carmen, ten fe, y no hagas caso a su familia. Son unos desgraciados.

Pilar aportó sentido práctico, energías renovadas y ciertas alegrías a la casa familiar, pero a María no se le escapó aquel rictus severo que se le había incrustado en la boca, ni la barbilla un poco más encogida de lo habitual. Su madre sabía que, tras aquel semblante contenido de guardarse inquietudes y rencores, su segunda hija luchaba por resistir la embestida.

Julia las visitaba cada día y les llevaba algo de la cooperativa que habían montado en la España Industrial: que si un saco de legumbres, que si un paquete de arroz o una garrafa de aceite: cualquier cosa que les resultase útil para llenar una despensa que iba menguando. Porque, en este sentido, el año había empezado con malos augurios: los productos de primera necesidad escaseaban y era algo que preocupaba a todo el mundo y crispaba los nervios. Lo peor se vivía en las panaderías: comenzaron las largas colas ante estos establecimientos y, para disgusto de las vecinas, se presenciaron las primeras peleas. Pilar se vio involucrada en una de ellas.

Cada mañana era ella la que salía a comprar el pan. Se levantaba

muy temprano y se dirigía a la panadería más cercana con los cupones de toda la familia. Al llegar comprobaba que le habían adelantado unas cuantas y se enfurecía por dentro, pero no decía nada. Saludaba con un movimiento de cabeza y se ponía a la cola, que a medida que el día despuntaba se iba haciendo más larga.

—No hay derecho —gruñó un viernes de principios de febrero en que el frío era tan húmedo que le llegaba a los huesos. Solo pensaba en lo mucho que le habría gustado no haber tenido que abandonar la cama. Se ajustó la chaqueta de lana al notar un escalofrío—. Estoy harta —rezongó con la mandíbula apretada.

Y ni ella misma sabía si se refería a la cola, al maldito racionamiento o al hecho de estar esperando carta de Joan. Su marido le había escrito las primeras líneas desde Godella y le decía que estaba aprendiendo mucho, que tenían unos instructores muy buenos y que pronto sería capaz de encargarse él solo de un avión. «Él, bah —se decía ella al leer aquellas palabras, que, en lugar de añoranza, desprendían una mortificante ilusión—, allí, aprendiendo a utilizar esas máquinas y divirtiéndose». Porque Joan siempre se divertía en todas partes. Se notó el conocido sabor acre de los celos y sintió que los reproches se le acumulaban en el estómago vacío.

Una joven que conocía del mercado se le intentó colar justo en ese momento, y ella, rauda, le dio un empellón con el hombro.

—¡Chica! ¿Qué te has creído, que voy a dejarte pasar por tu cara bonita? —le soltó. Señaló con el dedo hacia la parte de atrás—. Hala, allí tienes el final de la cola.

La joven protestó, dijo que ella estaba desde antes y que solo había salido un momento de la cola para ir a saludar a una vecina.

—Pues mala suerte, guapa —le respondió Pilar, que no la creyó.

La chica se encaró con ella y comenzaron los empujones. Y los gritos. Pilar estaba tan fuera de sí que no sabía ni lo que decía. Algunas señoras mayores les soltaron alguna reprimenda, tanto a una como a la otra, pero sin moverse de su sitio, no fueran a perder el turno. Pilar acabó agarrando a la muchacha por el brazo y la mantuvo así, inmóvil, unos segundos.

—No me busques las cosquillas porque me las vas a encontrar. Y te voy a hacer daño —la advirtió con unos ojos que echaban chispas —. Sal de aquí ahora mismo si no quieres que te suelte un sopapo.

La joven aún le aguantó un momento la mirada, pero era lista y se dio cuenta de que no conseguiría nada. Si ella estaba rabiosa, la otra aún más, así que murmuró algo ininteligible y se alejó hacia el final de la cola mientras, al pasar, las demás mujeres sacudían la cabeza disgustadas.

Una de las que estaban delante de Pilar se volvió hacia ella.

—Bien hecho, chica —farfulló.

«Sí, bien hecho, pero aquí nadie ha movido un dedo», le respondió Pilar con el pensamiento. Y siguió pensando: «No hay derecho, ¿por qué tenemos que aguantar esta situación por un trozo de pan?».

Por la tarde, cuando Julia fue a la casa familiar con un saco de patatas y una sonrisa de cansancio de tanta fábrica, Pilar hizo que se sentara en la cocina y se lo contó todo con pelos y señales.

—¿Cómo hemos llegado a este punto? —se lamentó—. No estoy en absoluto orgullosa de lo de hoy, pero ocurre cada día, Julia, no te puedes imaginar cuántas peleas he presenciado, y codazos todos los días y empujones e insultos entre vecinas. ¿Y todo por qué? ¿Por qué tenemos que arrebatarnos las unas a las otras el pan que nos pueden dar? No deberíamos permitirlo, es necesario hacer algo.

Julia guardó silencio, asentía con la mirada clavada en el suelo.

—Tienes razón, Pilar, tenemos que hacer algo.

Las dos hermanas decidieron tomar la iniciativa e ir a hablar con otras vecinas. Visitaron algunas casas de conocidas, Julia habló con compañeras de la fábrica que vivían cerca y se enteraron de que en otros sitios de la ciudad algunas mujeres habían alzado la voz. ¿Por qué no?, se dijeron unas a otras, ¿por qué no hacer una gran manifestación y pedir responsabilidades?

Acordaron hacerla el 8 de febrero, y el lugar de encuentro sería el mercado de Sants. Julia y Pilar aparecieron a primera hora y, con gran alegría, vieron cómo las mujeres, jóvenes y mayores, madres e hijas, hermanas, vecinas... surgían de las diversas calles que conducían al mercado y se unían a ellas. Enseguida formaron un grupo numeroso y compacto, y dos de ellas mostraron el cartel que habían preparado. Se solicitaba a la Generalitat que se hiciese responsable de aquella lamentable situación. Lo desplegaron y lo colocaron al frente de la marcha que acababan de iniciar. Dejaron atrás el mercado y, de manera silenciosa y con expresión solemne, las mujeres tomaron la carretera de Sants hacia la plaza de Espanya. Los vecinos se asomaban a los portales, las criaturas observaban, entre risueñas y curiosas, cómo sus madres, tías, hermanas mayores, se manifestaban como hacían los hombres en tantas ocasiones. A su paso se encontraban con alguna panadería y entonces el grupo se detenía e intentaba deshacer la cola que había.

—Venid con nosotras —les decían—, no tenemos por qué pasar por esto cada día. Vamos a hacernos escuchar de una vez por todas frente a la Generalitat.

Y algunas de las que estaban haciendo cola se sumaban y otras no.

Al llegar a la plaza de Espanya ya eran unas cuantas más, y aquello encendió los ánimos y les dio fuerza para seguir adelante. Julia miró a Pilar.

—Todo esto lo hemos fomentado nosotras —le dijo con cierto orgullo.

Y, por primera vez en semanas, Julia vio sonreír a su hermana.

De camino hacia la plaza de Catalunya se produjeron algunas situaciones no deseadas, como la de una de las manifestantes que, furiosa por una mujer que se negaba a salir de la cola de una panadería, hizo el gesto de romperle el papel que llevaba para el racionamiento del pan.

—¡No! —gritó Julia adelantándose a codazos—. Compañeras, no permitáis que logren que nos peleemos entre nosotras. No somos enemigas, luchamos por lo mismo, por un poco de dignidad, y no tener que mendigar un trozo de pan.

Aquello tuvo efecto en ambas rivales y se quedaron calladas. Julia les pidió a cada una respeto por la otra y la manifestante le devolvió la tarjeta.

—De acuerdo, discúlpame, chica, pero es que nos tenemos que quejar todas o no gritaremos lo bastante fuerte, ¿comprendes?

La otra mujer se guardó la tarjeta en el monedero. Miró un instante a Julia, luego a la mujer a la que se había enfrentado y asintió con la cabeza.

—Seguramente tienes razón, pero yo debo mirar por mis hijos y, si no me pongo a la cola, hoy no comerán como es debido.

Julia le acarició el hombro.

—Yo también tengo una hija. —Señaló hacia la otra mujer—. Y ella tiene tres, ¿verdad, Pepita?

Pepita contestó con una media sonrisa y en esa media sonrisa su rival se vio reflejada.

—¡Qué puñetas! —exclamó—. Voy con vosotras a decirles cuatro frescas. ¿Qué se han creído?

Hubo una celebración general entre las mujeres que estaban mirando y se reanudó la marcha con el grupo aún más compacto. Pilar se colgó del brazo de Julia y la miró.

—Hermanita, estoy orgullosa de ti —dijo, y le estampó un beso en la mejilla.

De la manifestación de las mujeres por el pan se habló mucho; incluso algunos periódicos se hicieron eco, y también se inventaron cosas, como que las patrullas de la Generalitat les habían salido al

paso y las habían dispersado. La verdad es que las mujeres de Sants y las de la ciudad que se habían ido sumando se separaron estratégicamente en dos grupos, como dos afluentes de un mismo río, unas avanzando por el Portal de l'Àngel y las demás por las Ramblas. Y al llegar a la Generalitat volvieron a reunirse, y adquirieron fuerza y un nuevo impulso para hacerse oír como una sola voz, la de las mujeres que reclamaban medidas y, sobre todo, ser escuchadas por los gobernantes. No obstante, el problema de la escasez de pan y otros productos de primera necesidad, lejos de mejorar, no haría más que empeorar a medida que la guerra se volviera más cruenta y se dilatase en el tiempo.

8

Ángeles pasaba más horas en el ateneo Sempre Avant que en casa. Desde que Daniel se marchó a la guerra se podía decir que había convertido la entidad en el lugar donde siempre se la podía encontrar. Cada día solía quedarse hasta tarde, ocupada ordenando los libros y las publicaciones que enviaban al frente de manera periódica, o bien atareada con la correspondencia que mandaban a sus soldados. Porque, tal como le había pedido Daniel, no solo se escribía con él, sino también con unos cuantos compañeros ateneístas que no tenían a nadie más con quien cartearse. Enseguida fue consciente de que, con ese gesto de aparente generosidad, de solidaridad, quien más salía ganando era ella, porque escribir y recibir todas aquellas cartas significaba una fuente constante de alegría y, sobre todo, de consuelo. Sentía que los ayudaba y, a un tiempo, la ayudaban a ella.

En sus misivas, la joven les detallaba las cosas de allí, lo que hacían desde la retaguardia y en especial en la entidad, mientras que en las que recibía se enteraba de todo lo que sucedía. Era una especie de catarsis mutua que los acompañaba en aquel periodo terrible de separaciones, de muerte y de gran incertidumbre.

Por encima de todo, lo que cada día le hacía salir de casa después de coser mucho y dirigirse a paso ligero hasta el Sempre Avant era la posibilidad de haber recibido carta de su novio. Cuando se encontraba con una nueva, recién llegada, creía que el pecho le explotaría si no la leía inmediatamente. Los dedos le quemaban y, en cuanto podía, se encerraba en uno de los despachos y rasgaba el sobre. Entonces devoraba cada letra escrita por su amado como si fuesen perlas de otro mundo. Solo podía permitirse una primera lectura, demasiado rápida para su gusto, ya que las horas en el ateneo pasaban rápido y tenían mucho trabajo. Doblaba la carta con cuidado y se la guardaba en el bolsillo. Durante la tarde, mientras estaba trabajando con el resto del equipo de la biblioteca, pensaba en la carta y la tocaba con la yema de los dedos. El corazón le daba brincos. Una vez en casa, volvía a leerla dos o tres veces y saboreaba cada palabra bonita dirigida a ella, cada frase en la que él le reafirmaba su amor. Y, aunque siempre se esforzaba por irse a dormir con las líneas más agradables y

esperanzadoras que le escribía Daniel, no podía evitar la oscuridad, y con los ojos cerrados le venían otras, aquellas en las que el chico le describía su día a día en el frente de Aragón.

> Las condiciones de vida son muy penosas, Ángeles; en la trinchera el ambiente es bastante claustrofóbico porque desde dentro no ves la salida. Es debido a que la entrada no es recta, sino que hace un zigzag; si no, saldría la luz al exterior y seríamos un buen blanco para el enemigo. También nos sirve para protegernos de la metralla que pueda explotar afuera. [...] Las noches se me hacen largas y pienso mucho en ti. Me meto dentro de mi capote —no todos tienen, pero yo sí— y me tapo hasta las orejas. Hace frío, pero a mí me calienta el recuerdo. Cierro los ojos y vuelvo a estar en Sants con todos vosotros, con los niños, y pienso que todo esto que estamos haciendo es para disfrutar otra vez de ellos y salvaguardarlos de cualquier mal. Duermo muy poco, eso sí, porque aquí en la trinchera ni siquiera te puedes desnudar, ya que en cualquier momento nos podemos ver en la necesidad de salir corriendo. Me preguntas en tu última carta si como, y me has hecho sonreír, amor mío, porque esa es la pregunta de todas las madres. Sí que como, todo lo que me dan, que no es tan bueno como la comida de casa, pero sí suficiente para no acabar muriendo de hambre. La paradoja es que la vida continúa aquí a pesar de la guerra: estamos en mitad del campo y los campesinos siguen trabajando la tierra. [...] El tema de la higiene es otro cantar. ¡Qué ganas tengo de lavarme como es debido! Aquí solo lo hacemos cuando podemos, que no es muy a menudo, ¡así que tienes suerte de no olerme o arrugarías la nariz! [...] El momento más esperado del día es cuando llega el correo. Tendrías que vernos, Ángeles, ¡todos pendientes de que digan nuestro nombre! Y entonces, cuando hay carta para mí, ¡qué alegría!, y a veces luego me invade la tristeza porque me entra una añoranza repentina de la que no puedo librarme. [...] Ahora mismo la noche es clara, he asomado la cabeza y he visto las estrellas. He pensado en ti y en el firmamento me ha parecido ver tu sonrisa, esa bondad que desprende tu rostro y que me acompaña aquí en el infierno. [...] Hemos cenado unas alubias y un trozo de carne un poco seca, pero qué le vamos a hacer. Ahora te escribo desde un rincón al que he venido en busca de un poco de intimidad, no mucha, pero suficiente para imaginarme que estás conmigo. Los compañeros montan guardia y mañana me tocará a mí. La verdad es que somos una piña, todos nos encontramos en una situación muy similar y el trato diario, las mismas penurias y la misma añoranza del hogar nos libran de las diferencias de edad, de origen y de carácter, y nos igualan a todos. Esta es la única parte buena. La cara más negra es cuando nos atacan de noche. [...]

En ocasiones, Ángeles no lograba conciliar el sueño en toda la noche y las horas le parecían trincheras infinitas que recorría a oscuras, sola, buscando a su Daniel. Se esforzaba en recordar cada detalle de su fisonomía porque hacerlo le apaciguaba los ánimos, le hacía sentirse mejor, pero a la vez le brotaban unas lágrimas que no podía retener y que le resbalaban por el rabillo del ojo como un grifo

abierto. A veces llegaba a dormirse, o quizá solo se imaginaba que dormía. Y cuando el día amanecía, y también los sonidos de la calle y las voces de casa, y Lola que se metía en su cama como cuando era pequeña porque ahora compartían la habitación mientras que Carmen dormía con Pilar, entonces Ángeles se sacudía el sueño y los desvelos que la noche había colmado de oscuridad y se desvivía, se desvivía por comenzar un nuevo día tal como le había prometido a su novio.

Porque todo el mundo se esforzaba en la medida de sus posibilidades, desde los más jóvenes a los más mayores. Porque la guerra no se libraba únicamente en el frente, sino al lado de casa, en la ciudad, y por ello era preciso estar muy alerta y no bajar la guardia en ningún momento.

Cuando en febrero de aquel año comenzaron a caer bombas, los vecinos de Sants concluyeron que solo era cuestión de tiempo que llegasen también al barrio. Así, se formaron comisiones encargadas de construir y habilitar los refugios, y mucha gente participó. Durante los meses siguientes, próxima ya la primavera, las chicas Molina vieron cómo cada tarde algunos salían de la fábrica para coger el pico y la pala y ponerse a cavar. Lo perforaron todo: la carretera de Sants, las calles adyacentes, las plazas. Se trataba de conseguir que, para cuando se produjesen los ataques de una aviación fascista que desdeñaba la muerte de los civiles, de niños y abuelos, de madres e hijas, cada vecino y vecina de Sants pudiese llegar al refugio del modo más rápido posible. Las bocas de metro servían, pero no eran suficientes.

Miguel, pese a su edad avanzada, vio un filón en el que podía colaborar. Porque él se había pasado la vida construyendo cosas, arreglando mecanismos, tenía una mente práctica y ordenada que podía ser muy útil. Él no cogió el pico y la pala, pero ayudó a hacer los planos, se presentó voluntario para todo aquello en que se le pudiese requerir y al hacerlo le pareció que también hacía la guerra, como los jóvenes que estaban en el frente.

Se aprovecharon las piedras de las iglesias derruidas, los adoquines arrancados del suelo en las barricadas, e incluso las vías del tranvía se usaron para construir vigas. Por supuesto que el ayuntamiento llevaba la batuta, pero sin la organización vecinal no habrían hecho ni la mitad del trabajo que, un día muy próximo, podría salvarles la vida. Se involucraron entidades del barrio, asociaciones, ateneos, cooperativas y también algunas comisiones de la fiesta mayor que cada agosto montaban los grandes decorados, unos decorados que quién sabe cuándo regresarían, se decía Miguel, y le venían a la memoria aquellos tiempos en que se llevaba a las sobrinas pequeñas por el barrio a ver los entoldados recién instalados. Como si

fuese ayer, y al mismo tiempo como si se tratase de otra vida, el viejo tío rememoraba las celosías de madera, las flores de papel y las ramas, las hojas y las guirnaldas de una vida hecha de colores. Se preguntaba si le daría tiempo a volver a ver todo aquello.

Cuando en mayo llegó el primer bombardeo cerca de casa, la familia entera corrió al refugio más cercano. Lo tenían siguiendo la calle, a pocos metros, y la madre, con las hijas y el cuñado detrás, entraron en él. Aunque todo el mundo había estudiado los carteles que colgaban por el barrio, unos carteles en los cuales el Consejo de Sanidad daba las instrucciones a seguir en caso de peligro de bombardeo, María perdió un poco los nervios, Miguel hubo de imponerse y las chicas vieron cómo el caos y el desasosiego reinaban en las calles y bajo tierra. No estaban acostumbrados, no tenían por qué, pero pronto lo estarían, ya que aquel acontecimiento hasta entonces excepcional en sus vidas —las alertas por radio, las sirenas sonando tanto de día como de noche, la gente dirigiéndose al refugio o a la boca de metro más próxima transportando mantas y hasta el colchón— se convertiría en un hecho tan cotidiano como levantarse cada mañana, trabajar, buscar comida o intentar dormir en un mundo en guerra.

9

—Papá, ¡déjame, que tengo que concentrarme!

Se lo dijo riendo y Martí no le hizo mucho caso. Le gustaba tocarle la oreja a su hija y hacerla rabiar un poco mientras ponía aquella cara tan seria ante el papel. Estaba tan orgulloso de ella que se la habría comido a besos. Y a veces lo hacía, cuando ella se quejaba y se volvía con mirada severa antes de echarse a reír.

—¡No hay derecho! —le decía Juanita.

Pero enseguida se retorcía entre cosquillas y abrazos de su padre.

Aquel día, sin embargo, él la soltó enseguida porque tenía otras cosas en la cabeza, y a Juanita le pareció bien, pues la esperaba un papel demasiado blanco, demasiado vacío, que debía rellenar antes de irse a dormir. La maestra les había pedido que hicieran una redacción sobre el momento que vivían, como una crónica periodística en que expusiesen su realidad, y Juanita, que se había ganado la fama de buena escritora, además de buena dibujante, sentía el deber de hacer algo para la posteridad. ¡Cuánto le gustaba cuando la maestra escogía sus redacciones para leerlas en voz alta ante toda la clase! El pecho se le henchía de un orgullo que procuraba que no se le notase, porque su padre siempre decía que el orgullo no te lleva a ninguna parte y que lo que hace falta es ser humilde y atender a los demás y no tanto a uno mismo. Se esforzaba, pero el río corría caudaloso por sus venas y se concentraba en las palabras escritas por ella y leídas en aquel tono perfectamente modulado de la maestra. Lo mismo le ocurría con los dibujos: desde el comienzo de la guerra dibujaba lo que veía en la calle: las colas en las panaderías, sus tías manifestándose, la vida en el refugio. Las láminas mejor acabadas solían colgarse en un panel enorme, junto a las de otras compañeras, y ella no podía evitar aquel fuego en el pecho al pasar por delante.

A veces, no obstante, Juanita tenía el día mustio y entonces pensaba en cuando, en lugar de colas y peleas y refugios, pintaba las excursiones al zoo, al parque, a la fábrica de sus padres, a la playa. Le entraba un poco de mal humor, pero enseguida se le pasaba porque sus amigas la venían a buscar y se la llevaban al patio a jugar. Tenía algunas, como Rosita o Anna, que eran de toda la vida, pero el grupito

se había ampliado con las recién llegadas, niñas y también niños con los que jugaba en el patio, que habían ido a vivir a Sants desde diferentes lugares de España. Era el caso de Aitor, que le gustaba un poco, pero solo lo sabía Anna; o de Edurne, que si bien al principio no le había caído nada bien por ser una estirada, enseguida se hizo muy amiga suya porque su padre le hizo comprender que su actitud era solo una defensa y que lo que debía hacer era conocer su historia, que era la de todos los niños refugiados.

Su padre la dejó tranquila porque tenía otras cosas de las que ocuparse y Juanita hizo un esfuerzo para ordenar sus ideas ante la hoja en blanco, pero no le resultaba fácil, su mundo estaba bastante desordenado. Su padre había montado una oficina en casa y los hombres iban y venían constantemente, como ahora mismo, en que llegaban dos. Su madre siempre iba de un lado para otro, de la fábrica a casa, de casa a ver a la abuela y a sus tías, y de allí vete a saber dónde. Y el colegio..., en el colegio, tres cuartos de lo mismo: los horarios cambiaban cada dos por tres y nada funcionaba como antes. La culpa era de algunos maestros, que se habían marchado al frente, como Daniel, el novio de la tía Ángeles, y también era culpa de los avisos de bombardeo. Qué fastidio, pensaba ella, cada vez que sonaba la sirena y tenían que dejarlo todo para correr a un lugar seguro. Las alarmas no entendían de horarios y su sonido los podía sorprender en cualquier lugar, de día o de noche. Si sonaba mientras estaban en el colegio, los maestros los ponían en fila ordenada y se dirigían al refugio; si sonaban cuando Juanita estaba en casa era otro cantar, porque su madre a veces se enredaba tanto que ella se ponía nerviosa. Su padre le decía desde la puerta de casa: «Julia, mujer, démonos prisa», y Juanita se la quedaba mirando con ojos muy abiertos, expectantes, mientras su madre continuaba doblando la ropa u ordenando algo que había dejado a medias. «¡Ya voy! ¡Ya voy!», le respondía a su padre, pero nada, no iba. Y ellos dos allí, plantados en el umbral de la puerta, esperando a su madre. «Tu manía con el orden es enfermiza, chica», le decía él, pero no llegaba a enfadarse; su padre nunca se enfadaba con su madre. Y Juanita se angustiaba, ¡vaya si ese angustiaba esperando allí en la puerta! Aquel miedo que se te metía en el cuerpo cuando sonaba la alarma, cada vez que las bombas se volvían una posibilidad real e inminente, era también lo que había vaciado su colegio de compañeros. Porque había familias enteras que se habían marchado al campo a casa de unos parientes, un lugar que consideraban más seguro en tiempos de guerra; porque había padres que se habían quedado en Sants; aun así, tenían a los hijos metidos en casa, por si acaso una bomba los pillaba en el colegio y ya no volvían

a verlos.

Juanita tenía los codos anclados a la mesa y las manos arrugándole las mejillas hacia arriba. Estaba harta porque de todo aquello ya había escrito redacciones y había hecho muchos dibujos. La voz de su padre y de los hombres con los que se había encerrado en la cocina la sacó de su ensimismamiento y levantó la cabeza para aguzar el oído. ¿Discutían? No, siempre hablaban en aquel tono airado y lleno de frases contundentes que unas veces ella entendía y muchas otras no.

A Juanita le parecía que pasaban muchas cosas importantes en su casa, y por eso había aprendido a no hacer ruido y a no estorbar mucho cuando había gente. Se movía como un gato sigiloso y que al mismo tiempo lo observa todo. Y aquel último mes de mayo había sido muy intenso, había tenido que actuar mucho como un gato. Se preguntó si de eso podría escribir una redacción, de lo que había pasado en casa y en la calle durante aquel mes que ya terminaba.

No estaba segura de si de aquel tema podía hablar, porque había cosas que se decían en la cocina de casa y que nunca debían salir de allí. Pero su padre estaba encerrado con sus compañeros y no podía interrumpirlo, eso sí lo tenía claro. Tampoco se lo podía preguntar a su madre, porque en esos momentos estaba en la fábrica y no podía esperar a que volviera. Entonces pensó en su maestra, que siempre los animaba a escribir sin miedo, «sin filtros», les decía, y Juanita se imaginaba unas telas muy finas y medio transparentes que lo atenuaban todo, pero también unas telas que en ocasiones eran necesarias, según su padre, porque tapaban secretos que no debían revelarse. La niña solía hacerse un lío con lo que podía y no podía contar, y su madre le decía: «Es muy sencillo, cariño. Puedes hablar de todo lo que ves en la calle, pero no puedes repetir las conversaciones que escuchas en casa».

Y recordando ese consejo de su madre lo tuvo claro: escribiría una redacción sobre lo que había visto aquellos días del mes de mayo, a plena luz del día, y se guardaría para ella las cosas que había escuchado en la cocina, para proteger a su padre y a sus amigos. Aquel sería su lienzo o filtro, o como se quiera llamarlo, que no usaría para suavizar las cosas, sino más bien para lo que decía su padre.

Enderezó la espalda y agarró el lápiz con decisión. Esforzándose en hacer buena letra —su maestra lo valoraba mucho y a ella le gustaba—, comenzó a llenar la libreta con las primeras frases:

> Este mes de mayo han pasado cosas malas en el barrio y también en la ciudad. Un día me levanté temprano y mi madre me dijo no, hoy no vas al colegio. Yo me puse triste porque a mí me gusta ir al colegio y ver a mis

amigas y pregunté por qué. Me dijo que en la calle había disparos y todo el mundo estaba muy enfadado. Que unos guardias de la Generalitat habían querido entrar en la Telefónica, y yo le dije qué es la Telefónica y ella me dijo un edificio de Barcelona. Que era de la CNT y que los policías querían que fuese suyo. Por eso había disparos y cañonazos en Barcelona y Sants. Mi madre me dijo te voy a llevar a casa de la abuela y por la calle vi a unos hombres arrancando adoquines. Hacían barricadas y mi madre me dijo deprisa deprisa. En casa de la abuela me dijo te quedarás unos días y yo al principio estaba contenta pero luego ya no. Las tías cosen todo el día y yo me aburro. La abuela tenía la radio puesta y decían cosas que pasaban en la calle pero yo fingía que no escuchaba nada. Mi madre venía por la noche y me decía el colegio está cerrado y yo preguntaba hasta cuándo. Mi padre no venía siempre, tenía mala cara y yo le daba besos. Porque él se ríe cuando yo le doy besos, pero no se reía. El tercer día me dejaron salir con la tía Carmen. Fuimos a buscar comida y me apretaba muy fuerte la mano. Me dolía. Me decía deprisa deprisa como mi madre y no quería que viera nada, pero yo vi a los hombres con pistolas y también unas ametralladoras muy grandes. En la radio escuché a un señor de la Generalitat que ponía una voz muy seria. Decía serenidad y que todos éramos hermanos, no debemos matarnos unos a otros. Dijo que si nos peleábamos ayudábamos a los fascistas y eso sí que no. Esto último lo dijo la tía Pilar, que siempre está enfadada. Yo pregunté más cosas pero mis tías nunca me cuentan nada. A la tía Pilar se le escapó que había guerra entre los comunistas y los anarquistas y yo me asusté y la abuela la regañó. Yo solo quería volver al colegio y cada día estaba de peor humor. Y añoraba a mi padre porque lo veía poco. Pasaron los días y ya no se oían disparos. La radio de la abuela dijo que había muertos y heridos. En el hospital Clínico. Cuatrocientos muertos y mil heridos. La abuela se santiguó y las tías decían que no con la cabeza. Mi madre me vino a buscar y yo me puse muy contenta. Los hombres ya no llevaban pistolas e iban a la fábrica. Mi madre me dijo mañana vuelves al colegio y yo le dije viva. Pasamos por la lechería pero no había leche, la habían enviado toda a los hospitales. Tampoco encontramos verduras ni pan. Cenamos arroz. Al día siguiente fui al colegio y mis amigas y yo nos abrazamos. Los tranvías funcionaban, antes no iban. Le dije a mi madre si me llevaría al cine con Anna, pero me dijo no, no estoy de humor y tu padre tampoco.

JUANITA PONS MOLINA

10

Joan volvió a casa en junio. Pilar olvidó todos los reproches que había ido acumulando durante aquellos meses y no hacía otra cosa que besarlo y colgarse de su brazo. Joan estaba encantado con todas aquellas muestras de cariño porque no estaba acostumbrado a ellas. Su mujer tenía otras virtudes, pero no era de las que hacen arrumacos. Se deleitó, por lo tanto, con la sonrisa traviesa y el azul brillante de sus ojos como el niño que disfruta de su momento de suerte.

Los días parecieron transcurrir como una nueva luna de miel. En cuanto llegó a Sants, fue a buscarla a casa de su suegra y la encontró con la maleta hecha, lista para marcharse. Le había enviado un telegrama en el que le anunciaba el día de regreso y, al verla, fue consciente de cuánto la había echado de menos. Volvieron a su casa. El piso de la calle Munné estaba impecable porque Pilar había ido de vez en cuando a quitar el polvo. No había mucho que comer, pero Pilar se las apañó para prepararle un arroz de los que a él le gustaban, con menos cosas que antes pero bastante sabroso. Se chupó los dedos de placer y Pilar le atizó en las manos.

—¡No seas infantil!

Pero se lo dijo con una sonrisa, y Joan se preguntó cómo es que en Godella, cuando pensaba en ella, no recordaba aquella preciosa sonrisa. Estiró la espalda para besarla en los labios y ya no pudieron continuar comiendo. El postre, unas naranjas que Pilar había conseguido de no se sabía dónde, lo devoraron después de hacer el amor y de amarse como si estuviesen recién casados. A Pilar le pareció que estaba un poco más delgado de cintura, pero no le importó, era su Joan, tan guapo como siempre, como un actor de cine de los buenos.

—Esta tarde iré a ver a Martí —le anunció Joan mientras abría el balconcito y se asomaba para encenderse un cigarrillo. A Pilar no le gustaba que fumase dentro de casa porque decía que el piso cogía mal olor.

Ella estaba doblando el mantel y se volvió hacia él.

—Lo encontrarás ocupado —le avanzó—. Julia siempre dice que cuando no está en la fábrica, está en casa reunido con los compañeros. Este Martí no para nunca. Sabes que montó una oficina en casa,

¿verdad? Mantiene contacto con los miembros del sindicato que están en el frente.

Joan le dio una calada al cigarrillo y expulsó el humo lentamente. Había que aprovechar el tabaco porque cada vez le costaba más conseguirlo.

—Sí, Pili, me acuerdo. Aún estaba aquí cuando la puso en marcha.

Ella movió la cabeza.

—Es que a veces me parece que hace siglos que te fuiste a Godella... —le dijo.

A Joan no le molestó. No le apetecía romper el hechizo y decidió guardarse para más adelante lo que tenía que decirle. Meses atrás, al incorporarse a la Aeronáutica Naval, siguió el consejo de su cuñado y le había contado a Pilar que al cabo de unos meses se iría a Godella, pero no le había hecho caso del todo, ya que omitió la parte más dolorosa por verla todavía lejana, la parte en la que debería haberle anunciado que todo aquello era, de hecho, el preludio de su traslado al frente, una parte que, si antes le había parecido lejana, ahora la tenía a la vuelta de la esquina.

—Esta tarde iremos al cine —le propuso apoyado en la barandilla y con el cigarrillo colgando del labio—. ¿Qué me dices?

Ella le dijo que sí, que le hacía mucha ilusión, y salió al balcón a abrazarlo por la cintura. Apoyó la cabeza contra su torso.

—Ay, Joan, qué alegría que estés otra vez en casa.

—Si quieres se lo decimos a Martí y a Julia, a ver si quieren venir —añadió él saliéndose por la tangente—. O a tus hermanas pequeñas.

—Prefiero que vayamos los dos solos. —Cuando alzó la mirada, sus ojos negros resplandecían de amor y deseo—. Te quiero solo para mí.

Joan le dio un beso en la frente, que alargó más de la cuenta.

Por la tarde se encaminó al piso de sus cuñados. Tal como esperaba, encontró a Martí con un par más del sindicato. Julia y Juanita estaban en casa de la abuela. Los tres hombres estaban sentados a la mesa de la cocina y de inmediato le hicieron un hueco. Martí se lo quedó mirando un rato antes de darle una palmada en el hombro con camaradería.

—Qué alegría volver a verte por aquí, Joan.

—No será por mucho tiempo —le avanzó él—. Me voy dentro de diez días.

—¿Dónde vas, compañero? —le preguntó Luis, un peso pesado del sindicato que Joan conocía desde hacía mucho tiempo.

—Me han destinado a una base cerca de Murcia —les contó—. A

mí y a dos compañeros más del curso de Godella.

Les explicó que, una vez allí, le asignarían el mantenimiento de unos cuantos aviones de combate y, orgulloso, les dijo que en poco tiempo obtendría el título de sargento.

En aquella cocina se hablaba más de milicianos y de guerrillas que de galones militares, pero no le dijeron nada porque, al fin y al cabo, Joan era uno de los suyos y el muchacho había encontrado el modo de contribuir a la guerra contra el fascismo.

—¡Bravo, compañero! Brindamos por ti.

Los cuatro levantaron los vasitos que tenían delante, en los que habían servido un chorrito de licor que había traído el joven desde Godella.

—¡Y deseadme suerte para cuando se lo cuente a mi mujer...! —les dijo antes de beberse de un solo trago el contenido del vaso y guiñándole un ojo a Martí, que se sorprendió.

—¿No sabe que te vas?

—Aún no —le respondió—. He querido disfrutar un poco de su sonrisa, ¿sabes?

Al rato se despidió y vio que aún disponía de tiempo para pasar por el taller donde trabajaba antes. Le apetecía saludar a Romagosa y ver cómo le iba el negocio. No es que quisiera volver, no se arrepentía de ninguna decisión tomada, pero al mismo tiempo creía que no era necesario cerrarse ninguna puerta. Quién sabe si la guerra terminaría pronto. Cuantas más opciones, mejor.

Encontró a su antiguo jefe ocupado, pero lo recibió con tanta cordialidad como siempre. Le presentó a su nuevo ayudante, y Joan procuró ser amable, aunque no pudo evitar mirarlo con cierto recelo.

—Este chaval no me va a quitar el sitio, ¿verdad, jefe? —le dijo a Romagosa dándole un codazo con la complicidad de otros tiempos.

—¡Chico, si eres tú el que se ha largado! —exclamó. Pero enseguida se arrepintió porque le tenía un profundo afecto y además estaba orgulloso de él—. Tú haz la guerra, que aquí siempre tendrás un sitio.

Lo miró con ojos entornados y le dio un cachete.

Al llegar a su casa, Joan ya se había preparado mentalmente para la conversación con Pilar. Sin más preámbulos, le soltó la noticia.

—Tendré que irme dentro de diez días, Pili. Me han destinado cerca de Murcia.

Pilar contuvo la respiración y lo miró horrorizada.

—Eso no me lo habías dicho.

—Mujer, era de esperar...

Y se desató la discusión. Pilar comenzó a gritarle, se le saltaban las lágrimas de desesperación y lo acusaba de haberla engañado.

—¡No puedo confiar en ti! —le reprochó. Estaba que trinaba—. Me has engañado una vez más. Me dijiste que solo serían unos meses y ahora... Ahora te vas a la guerra sin que te hayan llamado.

Joan trató de hacerle comprender que no iría al frente, que estaría en una base aérea donde acudían a formarse los pilotos para después ir a combatir y se ocuparía de los aviones.

—Ya lo tenías todo pensado antes de irte a Godella —le recriminó ella con rencor—. En ningún momento has pensado en cómo me sentiría yo, lo has decidido tú solo. ¡Y eso, Joan, eso no lo hacen las parejas! Martí jamás le haría eso a Julia porque ellos sí son una pareja de verdad. Ellos se cuentan las cosas, lo deciden todo juntos.

Joan ya estaba harto de comparaciones y se iba a defender, pero justo entonces Pilar se desmoronó. Le dijo que si lo mataban, nunca se lo perdonaría. Y mientras él intentaba abrazarla, sin que ella se dejase, le hablaba con ternura. Le habría contado el resto, no quería dejar nada pendiente, pero al verla así pensó que ya tenía bastante. Joan optó por callarse lo peor: que aquella base murciana solo era la antesala, que luego lo enviarían a otros destinos, y, entonces, puede que más cerca de la línea enemiga.

Cuando al cabo de diez días el chico se marchó, Pilar volvió a repetirle aquella frase.

—Si te matan, no te lo perdonaré nunca.

11

Aquel julio del año treinta y siete se suprimieron las vacaciones escolares y, ante la imposibilidad de organizar campamentos de verano, una actividad de la cual la República estaba especialmente orgullosa, y que niños y niñas esperaban cada año con júbilo, las autoridades fijaron un horario de verano para los colegios que cubría de nueve de la mañana a mediodía. Juanita y sus compañeras, por lo tanto, podrían seguir yendo al Lluís Vives, aunque a partir de mediodía ya no tendrían nada que hacer.

Muchos niños del barrio campaban por las calles aprovechando las horas de calor mientras los adultos trabajaban y la mayoría tenían pocas ganas de volver a casa al atardecer, porque sabían que lo más probable era que las alarmas les interrumpiesen la cena o, todavía peor, los sacasen de la cama. Juanita solía ir a pasar el rato al Sempre Avant, donde cada tarde estaba la tía Ángeles trabajando en la biblioteca. Le gustaba observarla mientras trajinaba libros de un estante a otro, mientras atendía a los socios y les hablaba en aquel tono bajito, siempre con una sonrisa en los labios y dispuesta a recomendarles una lectura adecuada. También se las recomendaba a Juanita y, poco a poco, la iba aficionando a aquella actividad que tantas cosas le había aportado a ella. Cada día, cuando la niña acudía a la biblioteca, la tía Ángeles le tenía reservado algún libro nuevo en el mostrador: un ejemplar de *Patufet*, una aventura de Massagran o un libro de cuentos que había conseguido en algún sitio. Su tía siempre tenía alguna sorpresa guardada en la manga, y Juanita se sentaba en su rincón favorito de la biblioteca, cerca de la ventana, y comenzaba a leer. En otras ocasiones, le daba papel y lápiz y entonces se ponía a dibujar.

—Tía, ¿crees que podría decirles a mis amigas que vengan también un rato? No haremos ruido, solo leeremos o dibujaremos —le preguntó un día la niña.

Ángeles se la quedó mirando y se dio cuenta de que nunca se le había ocurrido proponérselo. «Pobre hija —se dijo—, la mayor parte del tiempo le toca estar entre gente mayor».

—Tendré que consultarlo con mi jefe —le contestó.

Y lo hizo aquella misma tarde, cuando hubo terminado su horario. Sin embargo, en el rato que transcurrió entre la petición de su sobrina y que lo hablase con el responsable, Ángeles comenzó a darle vueltas a una idea. Sabía por Juanita —y porque lo veía cada día con sus propios ojos— que los niños del barrio no tenían otra cosa que hacer que jugar en la calle. Y, horrorizada, había visto a más de uno jugando a la guerra, imitando lo que hacían los mayores en el campo de batalla como si aquello fuese lo más natural. Pensó que los pequeños pasaban demasiado tiempo sin disfrutar de un espacio de recogimiento, un espacio en el que pudiesen hacer actividades más tranquilas y que les alimentasen el espíritu. Que, aunque ellos todo lo convertían en juego, sufrían aún más que los adultos y era necesario acogerlos, sí, había que abrirles las puertas del ateneo.

Aquella tarde, al cerrar, lo comentó con los responsables de la sección de biblioteca y, a su vez, ellos lo trasladaron a los responsables de la entidad. Lo que nació como un hecho casual fue tomando forma, y Ángeles vio, encantada, cómo la entidad acordaba habilitar un espacio de la biblioteca para los pequeños lectores. Le encargaron que se ocupara, lo cual era de justicia teniendo en cuenta que la idea había surgido de ella, de modo que pronto hicieron un llamamiento a los ateneístas y también a los vecinos del barrio para que cediesen una parte de sus ejemplares de literatura infantil y juvenil a la nueva sala de primeros lectores que el Sempre Avant quería impulsar. Los días posteriores, Ángeles vio conmovida cómo los socios, muchos de ellos padres y madres, llevaban gustosamente sus libros de cuentos y revistas ilustradas. Ella, junto con el equipo de la biblioteca, los iba depositando en el espacio que tenían para esa finalidad.

Y comenzaron a llegar los pequeños. Las primeras, las amigas de Juanita, que, contentas, convirtieron aquel nuevo espacio en el lugar al que acudir cada tarde. Pero no fueron las únicas, porque pronto se corrió la voz y muchos otros se presentaron. Aquel verano de 1937, la biblioteca del Sempre Avant se convirtió, gracias a tía y sobrina, en un refugio infantil donde combatían la guerra, las añoranzas y las miserias cotidianas a través de la cultura. Ángeles les ofrecía lecturas y también los animaba a dibujar. Los pequeños reproducían en cada papel todo lo que ocurría a su alrededor, y Ángeles se asombraba ante la amalgama que llenaba aquellas mentes diminutas y aún inocentes: castillos medievales con caballeros y princesas, *cowboys* que veían en el cine, Patufets, ratoncitos de los dibujos animados al lado de carteles de guerra que copiaban de las calles, con milicianos vestidos con mono y fusil, y escenas de trincheras, con el padre o el tío luchando en el frente tal como ellos los imaginaban.

—Tía —le dijo Juanita a Ángeles un día de finales de verano—, yo seré bibliotecaria como tú.

Y, aunque se lo había dicho como de pasada y probablemente cambiaría muchas veces de idea, Ángeles no pudo más que sentirse con el corazón henchido.

—¡Eso no vale! ¡La tía Lola ha hecho trampa! —gritó Juanita con rabia y las demás se rieron.

—No se te escapa, nada, ¿eh? —Lola le guiñó el ojo y le revolvió un poco el pelo—. De acuerdo, de acuerdo, te toca a ti.

Estaban en el patio de casa. Lola, Carmen, Ángeles y Juanita. También estaba la madre, que las miraba desde cierta distancia, sentada bajo la amplia copa de la higuera, que lucía unos frutos maduros. La naturaleza no entiende de guerras, pensaba ella, el ciclo continúa como si nada. Miraba a sus hijas pequeñas, que ya no eran pequeñas, y también a Juanita, aquel sol brillando en su cara a pesar de todo. Hacía buen tiempo y las chicas pasaban el rato jugando a la rayuela. Habían dibujado las casillas en el suelo con una tiza blanca y estaban haciendo cola para saltar por turnos a la pata coja.

Juanita estaba muy excitada, se fijó María, como siempre que sus tías le prestaban atención y accedían a jugar con ella. Soltó un suspiro con el que se libró de todos los pesares de los últimos tiempos. Seguía preocupada por Carmen, tan encerrada en sí misma desde que Javier se había marchado a Melilla. Pobre hijo, quién le iba a decir que el estallido de la guerra lo sorprendería allí y no podría volver... Se preguntaba si en algún momento del conflicto tendría noticias de él y si serían buenas o malas. Cada día rezaba por él. Y también por Joan, de quien Pilar recibía cartas periódicas desde que se había ido. Pero aquella era otra historia: su madre notaba lo contenta que se ponía la chica cada vez que recibía una y también el mal humor que se apoderaba de ella a continuación. ¡Y no es que no la entendiese, pobre hija! Llevaba una eternidad esperando que llegasen los hijos y ahora, cuando finalmente se había quedado embarazada, su marido estaba en una base lejana ocupado con los aviones. No le veía crecer el vientre como lo veía ella ni la dulzura que por momentos reflejaban sus ojos y que anunciaban que pronto se convertiría en madre. Su madre veía todo eso y no podía evitarlo: le venía una llorera, mezcla de alegría y tristeza, que, como es natural, se guardaba para sí misma.

—¡Ángeles, eliminada! —gritó Carmen.

Y María vio cómo su hija sonreía sin malicia y reculaba. A Ángeles le había ido muy bien implicarse de aquella manera en el Sempre Avant. Pasaba allí demasiadas horas, pero no importaba, se decía María, porque era consciente de que aquello la mantenía

ocupada y menos apenada por la ausencia de Daniel. Un buen chico, Daniel, aunque en su opinión demasiado soñador. Así es como lo veía ella: un muchacho que siempre quería estar en todas partes. ¿Por qué, si no, se había ido a hacer la guerra como voluntario cuando tenía a su cargo a todos aquellos niños del Lluís Vives? ¿Acaso no hacía bastante ahí, ocupándose de todos ellos? ¿Y no tenía a Ángeles a su lado? A veces María no entendía las cosas de los jóvenes y, en el caso de Daniel, dudaba de si verdaderamente amaba a su hija. Rezaba a menudo para que así fuese.

Se ciñó un poco la chaqueta fina de lana, los años le pesaban como piedras y siempre cogía frío. Incluso en una día tan bonito como aquel, en que el sol de finales de verano o comienzos de otoño, según se mirase, bendecía el patio y las cosas buenas y cada uno de los rostros amados. Clavó la mirada en su hija pequeña y, al verla reír de placer, sus labios la imitaron. ¡Y pensar en la niña arisca y tarambana que había sido en otros tiempos! «Mi Lola», pensó, la más traviesa de todas; la que más quebraderos de cabeza le había dado. La pequeña siempre sería la pequeña y nunca la dejaría crecer del todo. Y, aun así, ella también tenía novio desde hacía casi un año.

—Uno, dos, tres, cuatro... —Juanita avanzaba por las casillas con mucho cuidado de no pisar los bordes.

—¡Salta! —la animó Ángeles desde el otro extremo.

La niña saltó por encima de la piedra con gran agilidad y enseguida completó todas las casillas. Sus tías aplaudieron.

—Seguid vosotras, que yo tengo que ir a arreglarme —les dijo de pronto Lola.

—¿Viene Jaume a buscarte? —le preguntó Carmen.

Y Lola asintió con la cabeza, pero no dijo nada más. No le contó que iban a ir al cine, ni que después se pasarían lo que les quedase de tarde paseando. La muchacha no se explayaba en esos temas porque los otros hombres estaban fuera. No quería ni podía mostrarles el alivio que sentía por el hecho de que Jaume no se hubiese marchado porque no habría sido justo.

Lola solía decirse a sí misma que de una desgracia podían salir también cosas buenas, como había sido el caso de su novio. Jaume había tenido que ponerse a trabajar en aquella fábrica química del barrio para ayudar a reconstruir la tintorería familiar y, sin saberlo, aquello sería lo que lo iba a librar de ir al frente. Porque, poco después de entrar, la fábrica reconvirtió su actividad para producir armamento, como tantas otras en la ciudad, de modo que el chico quedaba eximido porque ya contribuía desde la retaguardia en la lucha por su país.

—Fabricamos natamina —le gustaba explicarle a Lola—, un explosivo casi tan potente como la dinamita, pero más fácil de obtener.

La chica, a aquellas alturas, estaba familiarizada con aquel nombre y con muchos otros tecnicismos que Jaume le detallaba, referentes a toda la línea de fabricación de pólvoras y cargas de cartuchos que habían implementado durante aquel año. Cartuchos, granadas de mano, mechas..., nombres que significaban material bélico que enviaban al frente y que hombres, como las parejas de sus hermanas, debían utilizar en una guerra que ella deseaba, con todas sus fuerzas, que terminase pronto.

12

El invierno de 1937 fue uno de los más extraños que vivieron las chicas Molina. La ausencia de su padre aún estaba reciente cuando llegaban las fechas señaladas, el tío Miguel y la madre se resentían mucho, pero además estaban los otros hombres que ahora formaban parte importante de la familia y a los que se echaba tanto de menos. Joan les escribía cartas desde un lugar próximo a Valencia, donde lo habían destinado hacía poco con su escuadrilla de combate. Se las enviaba a Pilar y también a su cuñado Martí.

El tono de esas cartas difería según el destinatario, y mientras que a Martí le contaba la vida en la base, los modelos de cazas de los que se ocupaba, y le describía la salida periódica de los pilotos hacia el frente, a Pilar le hablaba más bien de lo mucho que la echaba de menos y de que pensaba en ella todo el tiempo. Le preguntaba cómo se encontraba, se interesaba por toda la familia y quería saber si comía lo suficiente para ella y el hijo que estaban esperando.

En cada una de esas cartas, Joan seguía justificándose por estar allí en lugar de a su lado, ya que Pilar le había enviado unas primeras misivas llenas de resentimiento que aún no había olvidado. En las suyas le prometía que, cuando naciese la criatura, solicitaría un permiso especial a su superior. Le aseguraba que no se lo perdería por nada del mundo, que ni siquiera la guerra podría evitar que volviese unos días a casa para conocer a su hijo. En las cartas a su mujer le describía las ganas locas que tenía de ver la carita de ese niño o esa niña que iluminaría sus días futuros. «Porque un día no muy lejano esta guerra se acabará, Pili, y entonces nunca me separaré de vosotros. Acabarás hartándote de mí. Solo de pensar en ese hijo, tanto tiempo deseado por ti y por mí, me parece que las fuerzas se me multiplican y me veo capaz de todo».

Las cartas eran siempre muy amorosas y llenas de perspectivas de futuro. Omitía deliberadamente lo que pasaba en el frente y le hablaba de todo lo que harían después de la guerra, del negocio que por fin dirigiría —había retomado la idea después de enviarle una carta a Romagosa— y de todo lo que les daría a ella y al niño. Y puede que no debiera haberlo omitido, porque Pilar le devolvía las cartas en otro

tono. Ajena a lo que debía de suceder cada día en el campo de aviación, la muchacha dejaba de lado la esperanza futura y todo lo que tendrían después y se centraba en repasar las miserias que vivía ella en el presente. La escasez cada vez más acusada de alimentos, los cortes de luz constantes, las bombas que caían cerca y las caras largas, las colas, las peleas. Quería hacerle ver que ellas también hacían la guerra, desde casa, día a día, y que no solo la libraban los hombres en el frente. No quería ahorrarle todo eso porque la rabia le subía por la garganta y debía plasmarlo en el papel, tenía que desahogarse, aunque en el fondo de su corazón sabía que no era culpa suya, que él no podía hacer nada. Pilar podría haberle escrito que lo echaba mucho de menos y que tenía ganas de él, pero no lo hacía, se lo callaba, quizá porque la piel se le había hecho tan dura que tenía miedo de pellizcarse y no volver a sentir nada nunca más.

Por fortuna, aquel invierno despojado de cualquier alegría acabó barrido por una primavera, la del año 1938, que asomó la cabeza por primera vez el día que nació Josep. Pilar le puso ese nombre porque era como se llamaba el padre de Joan y así lo habían acordado si era niño. Joan cumplió la promesa que le había hecho y, al cabo de una semana, voló a casa en un avión correo y con un permiso en el bolsillo de pocos días. Y no le resultó nada fácil: el avance de las tropas nacionales, las últimas batallas perdidas... no habían augurado que fuera posible, y a punto estuvo de escribirle una carta para decirle que no iría. No obstante, en aquellas fechas precisamente volvieron a abrir la frontera con Francia y su escuadrilla fue informada de que en unos días recibirían material soviético para rearmarse. Entretanto, solo hacía falta esperar.

Y Joan lo aprovechó. Se presentó con el uniforme oscuro —aún no se lo habían visto— luciendo en el pecho la insignia alada de La Gloriosa. Llegó con la piel bronceada, seguramente por las horas pasadas a la intemperie, y el azul de sus ojos brillaba aún más. Aquella sonrisa, enmarcada por el bigote, como dos pinceladas curvas a derecha e izquierda, le daba el aspecto de uno de esos soldados salidos de las mejores películas.

En casa de María todas las chicas lo abrazaban y, tan pronto como lo soltaron, él corrió escaleras arriba hacia la habitación donde descansaban Pilar y el niño. Aún no le permitían levantarse; el parto había sido complicado. Pero la joven madre se encontraba bien y la criatura había nacido sana. Al ver a su marido en el umbral, a Pilar le pareció una figura irreal, más fruto de su imaginación o de sus deseos que no de carne y hueso. Pero allí estaba, había vuelto a casa para conocer a su hijo.

Se hizo el silencio entre ellos, por tanta emoción contenida, y Pilar supo que guardaría aquella imagen durante mucho tiempo, que sería su hogar en los periodos oscuros que aún les tocaría vivir, que aquello la mantendría viva, fuerte, capaz de todo.

—¡Joan!

La muchacha abrió los brazos para acogerlo, y aquel hombretón, alto como una espiga, se deshizo en lágrimas al abrazarla y ver por primera vez a su hijo.

No se trasladaron al piso de la calle Munné porque Joan solo estaría allí unos días y Pilar debía reponerse del parto. Sin embargo, la madre y las hermanas procuraron que la pareja disfrutase de sus momentos de intimidad durante la estancia. Se movían por la casa con sigilo y, cuando Pilar comenzó a bajar al patio del brazo de su marido, los dejaban deleitarse con el primer buen tiempo bajo la higuera mientras ellas se inventaban cualquier cosa que hacer en otro sitio.

Fueron unos días maravillosos en que dejaron de lado la guerra y todas las miserias y se concentraron en aquella criatura que se les presentaba como la viva imagen de su futuro. Volvieron a hacer planes, hablaron e imaginaron su vida una vez acabado el conflicto, y Joan le prometió que, después de aquello, nunca más los abandonaría.

—Nunca más, ¿eh, Joan? —le dijo ella levantando un dedo.

—Te lo prometo —selló él con un beso.

Pilar miró al niño, que estaba durmiendo en su capazo con ropa que le había hecho su abuela y aquella expresión de concentración, con los puños alzados.

—¿No crees que se parece a ti? —le preguntó ella.

Y Joan se rio orgulloso.

—Mujer, tan pequeño no sé verlo, pero yo diría que tendrá lo mejor de nosotros.

Pilar contempló de nuevo a su hijo y le acarició suavemente la cabecita. El tacto fino del escaso pelo de neonato le provocó una oleada de amor que últimanente la colmaba. ¿Era eso ser madre? ¿De dónde provenía toda aquella ternura que por momentos le parecía como un torrente que la desbordaba? Pepito —así lo llamaba toda la familia— le había cambiado la perspectiva de las cosas y ahora solo deseaba dedicarse a él.

—Te prometo —le dijo a su marido con actitud muy seria— que a este niño nunca le va a faltar de nada.

Martí y Julia los visitaron con frecuencia durante aquellos días. Estaban tan contentos de que Juanita tuviese por fin un primito que

todo eran mimos y alegría. Hasta que el tercer día algo cambió y Joan se percató en cuanto los vio entrar. Él y Pilar estaban en el patio disfrutando de un rato de calma después de haber amamantado al niño y de ponerlo a dormir. Su cuerpecito reposaba en el capazo, que llevaban de un lado para otro de la casa, con una paz que daba gusto mirar, y ellos estaban saboreando el momento. Sobre sus cabezas, el trino frenético de los pájaros les indicaba que la primavera había comenzado. Joan vio venir a Martí desde la cocina, el semblante serio.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó enseguida.

La actitud de su cuñado era muy triste y, al mismo tiempo, resignada.

—Me han llamado a filas, me voy en pocos días —les anunció.

Pilar se estremeció, no solo por la noticia, sino también porque detrás de su cuñado vio llegar a Julia con los ojos enrojecidos. Se levantó de inmediato y fue a su encuentro. Ambas se abrazaron y permanecieron así un momento, sin decirse nada.

Martí se sentó al lado de Joan mientras soltaba un resoplido. Se masajeó la nuca para aliviar la tensión que se le iba acumulando. Para distraerse, aunque solo fuese un instante, estiró el cuello y contempló con satisfacción a su sobrino.

—A esta edad cambian cada día, ¿verdad? —le dijo a Joan.

Martí ya se temía que lo llamarían a filas; estaba preparado desde hacía tiempo, pero esto no le ahorraba el drama de tener que dejar a sus dos mujeres hasta vete a saber cuándo. También significaba tener que abandonar la España Industrial, cuando había estado luchando en primera fila por su buen funcionamiento desde que había empezado la guerra, desde que los trabajadores la habían hecho suya. Es cierto que muchos compañeros ya se habían marchado al frente, que las bajas en la fábrica eran continuas y que procuraban no sustituirlos, sino asumir sus tareas y guardarles el puesto de trabajo. Martí había luchado por aquellas dos pesetas diarias que el comité pagaba a cada trabajador que era llamado a filas o que se había marchado voluntariamente, y había ayudado a reorganizar la logística y las máquinas, que ahora fabricaban sobre todo uniformes para los soldados. Sentía la España un poco suya, si es que debía ser de alguien. Suya y de los compañeros que la mantenían activa cada día.

—¿Dónde te envían? —quiso saber Joan.

—Al Segre —le contestó preocupado. Aún estaba mirando al niño y sentía celos de su plácido sueño—. Deben reforzar posiciones.

Joan le ofreció un cigarrillo.

—Estamos bien jodidos... El frente de Aragón se ha roto y los fascistas intentarán llegar al Mediterráneo.

—Los detendremos —le respondió Martí con firmeza, y luego soltó el humo de la primera calada formando una nube que al instante se desvaneció.

—Por supuesto que los detendremos. —Joan no quería ser menos, aunque él ya había visto muchas cosas y no estaba nada convencido.

Julia y Pilar se habían ido alejando hasta el huerto y allí contemplaron las pocas verduras que estaban madurando. Hablaban entre ellas con aquel murmullo tranquilo que era música para sus maridos.

—Cada vez hay menos provisiones —comentó Martí señalándolas con la cabeza—. Nuestras mujeres se dejan la piel para conseguir lo que pueden.

—Saldrán adelante —le aseguró Joan, que había fijado la mirada en Pilar y una vez más era consciente de cuánto la amaba.

Puede que no siempre supieran decírselo, puede que a menudo las discusiones hicieran sombra a los momentos de paz, pero adoraba a aquella mujer que ahora era la madre de su hijo y, si algo tenía claro, era que ella saldría adelante, porque Pilar no era una mujer corriente, su Pili era una luchadora de los pies a la cabeza.

Antes de acabarse aquella semana, otra de las hermanas Molina recibió una gran noticia y corrió a buscar a la hermana con la que lo compartía todo.

—¡Pilar! ¡Pilar!

—¿Se puede saber qué te pasa? ¡Me despertarás al niño! —Pilar la estaba mirando desde lo alto de la escalera, y entonces oyó que Pepito se echaba a llorar—. ¿Lo ves?

Le lanzó una mirada de reproche. Pero Carmen subió los escalones sin dejar de sonreír. Le estaba enseñando un papel que llevaba en la mano.

—¡Tengo noticias de Javier!

Le leyó el telegrama que había recibido, llevaba el sello de la Cruz Roja y solo contenía dos líneas mecanografiadas, en que su prometido le decía que se encontraba bien, que le enviaba recuerdos para toda la familia, y finalizaba con un emotivo «abrazo de este siempre tuyo, Javier».

Las dos hermanas se abrazaron y, mientras Carmen lloraba de alegría, sintiendo por fin una felicidad que casi ya no se atrevía a esperar, Pilar le acariciaba la espalda con expresión preocupada. Intentaba ordenar aquellas pocas palabras del prometido de Carmen, desaparecido hasta entonces, y asimilar todo lo que significaban.

Un momento después pudo contrastar la información con Joan. Se encontraban los dos solos en la habitación que ocupaban aquella semana, antes de que él volviese a marcharse, y hablaban bajito.

—¿Tú qué piensas, Joan?

—La buena noticia es que Javier está vivo...

—... y la mala es que parece que se quedó a luchar en el bando fascista. ¿Cómo es posible?

—Quizá no tuvo otra opción. —Joan medía la palabras porque intuía el cataclismo que todo aquello podría causar entre las hermanas. Mientras unas se despedían de sus maridos para ir a defender la República, la otra tenía a su prometido entre los que deseaban aniquilarla.

—Pero sabemos que algunos se escaparon, Joan, que huyeron de los militares sublevados y volvieron a casa y se sumaron al bando republicano.

—En el barrio tenemos algún ejemplo —le dio la razón Joan—. Aun así, no conocemos ni el caso ni la situación de Javier.

—No sé por qué lo defiendes —le respondió ella, de repente indignada—. ¡Podríais toparos con él en el frente y mataros uno al otro!

Hundió la cabeza entre las manos y Joan le dijo que no, que aquello no era probable y que debería tener paciencia y esperar que todo volviese a la normalidad y dejar que él mismo se explicase.

—Eso si volvéis todos vivos —sentenció ella con mirada funesta.

Joan se quedó muy intranquilo. Pensó en el amor que su mujer sentía por aquella hermana; siempre había tenido debilidad por Carmen porque, en cierta manera, era la que más se le parecía. No en el físico —su mujer había salido a su madre, más redonda de cara y con la nariz fina, mientras que su cuñada Carmen tenía el rostro afilado de su padre—, pero por dentro ambas tenían mucho en común, y Joan pensó que bajo ningún concepto deseaba verlas enfrentadas. Convenció a Pilar de que no extrajese conclusiones, le dijo que en aquellos momentos debían apoyarse todas y esperar que la paz llegase pronto. Sin embargo, cuando pensaba en ello, solo le asaltaban malos presentimientos.

Lo peor para Martí fue tener que decirle a Juanita que se iba a la guerra. La niña dominó sus sentimientos, y su semblante grave, contenido, enorgulleció y dolió a su padre a partes iguales.

—Cuidaréis la una de la otra, ¿verdad? —les hizo prometer a madre e hija.

Julia estaba muy callada. Los dos días anteriores a la marcha de Martí los había pasado prácticamente en silencio, preparándole las cosas que tenía que llevarse, ensimismada y usando frases cortas, nada más. Lo cierto es que la angustia le constreñía el pecho y si no hablaba mucho era porque le daba miedo soltar todo lo que llevaba dentro. Si mataban a su marido, si le pasaba algo a Martí..., no respondería de sí misma, se volvería loca, no lo aguantaría. Martí era su fuerza, era su hogar, su puntal, y si bien era consciente de que no quedaba más remedio, que todos los hombres se marchaban y que el suyo no sería una excepción, llegado el momento sentía que le fallaban las fuerzas y que no lo soportaría.

Martí se fue una tarde de abril, la más triste que sus dos chicas habían vivido. Fueron a despedirlo. Cogidas de la mano, aguantaron el tipo hasta que vieron el camión alejarse y hacerse muy pequeño. Ya no estaba, por primera vez se encontraron las dos solas. Madre e hija caminaron sin prisa, aún de la mano, hasta la casa de la abuela. Una vez allí, Juanita halló refugio en el abrazo cálido de María.

—Pobrecitas... —La abuela acariciaba el pelo de la nieta mientras observaba la expresión ausente de su hija.

Julia no sabía si sentarse o permanecer de pie, era como si no encontrase su lugar.

—Siéntate, Julia —le ordenó su madre acercándole una silla—. Os voy a preparar algo caliente.

Pero Julia retrocedió un paso.

—No hace falta —le respondió con voz adusta, como si no fuese la suya—. A mí no me haga nada porque no voy a quedarme.

—¿Cómo dices?

—Madre, le dejo a Juanita —ni siquiera miró a la niña—, tengo cosas que hacer... Hoy dormirá aquí.

Estaba tan alterada que María pensó que más valía no intervenir. No consideraba que dejarle a la niña fuese lo mejor, pensaba que madre e hija debían apoyarse, pero no intervendría, no diría nada, porque la expresión de Julia le decía que, si la contrariaba, se quebraría como una hoja de otoño y no quedarían más que los pedacitos. Juanita no debía verlo. «Démosle tiempo», se dijo. Y aunque la niña se quejó, que incluso virtió alguna lágrima para pedirle a su madre que no se marchase, o que en todo caso quería irse con ella, Julia se mostró inflexible.

Había oscurecido en la calle y también dentro de su corazón. Julia caminaba por la calle Galileu como un alma en pena, casi arrastrando

los pies. No tenía ninguna prisa porque en realidad le daba pavor entrar en su casa, encontrarla tan vacía, sin la voz ni la presencia de Martí. «Ya me puedo ir acostumbrando», reflexionaba, y sentía una amargura que le hacía encogerse. Una vez en la casa, soltó las llaves encima de la mesa de la cocina, el monedero, y observó los estantes prácticamente vacíos de comida. «Me da igual, no tengo hambre», pensó. Se quitó los zapatos y ella, que siempre lo tenía todo ordenado, los dejó de cualquier manera, en mitad del paso. Fue a su habitación, donde la cama estaba hecha, inmaculada, y entonces le dio pena porque habría preferido encontrarla sin hacer, tal como la habían dejado ambos a primera hora de la mañana. Se dejó caer encima vestida, ni siquiera se veía capaz de quitarse la ropa. Su cuerpo se sacudió violentamente con el primer sollozo y luego ya no supo parar. Al cabo de un rato se durmió sobre la colcha, aún vestida, completamente agotada.

13

En otoño, cuando la alarma sonaba de noche, las luces de la calle se apagaban y el vecindario salía a tientas de casa, acostumbrándose a la oscuridad tan pronto como fuera posible. En ocasiones aquello provocaba situaciones de nervios, también mucha indignación, porque la gente estaba harta de que la sacasen de la cama. Se sabían de memoria el mensaje que salía de la radio: «Atención, barceloneses, hay peligro de bombardeo. Dirigíos con calma y serenidad a vuestros refugios, que la Generalitat vela por vosotros».

—¡Y un pimiento! —soltó Lola—. Yo no pienso ir.

Se tapó la cara con la almohada hasta que apareció Pilar y de un tirón la sacó de la cama.

—¡No me hagas perder el tiempo, Lola!

«Qué carácter de mil demonios», pensó la chica, aunque no abrió la boca y obedeció porque a su hermana no se le podía llevar la contraria. Si no espabilabas, sacaba las garras y te saltaba encima. Siguió sus pasos escaleras abajo, haciéndole muecas a Pepito, que la miraba contento por encima del hombro de su madre como si no fuese medianoche.

En el refugio se reunieron con los demás, que ya estaban allí: el tío Miguel, su madre y sus otras dos hermanas. Todos muy juntos, apoyados los unos en los otros hasta que pudiesen volver a la cama. Estaban tan acostumbrados que ya no tenían miedo, sino más bien impaciencia y un agotamiento del que no conseguían librarse. Excepto María, que sí se preocupaba.

—Espero que hayan bajado al refugio —suspiró la pobre mujer.

Sus hijas intercabiaron unas miradas, pero no dijeron nada. Sabían que se refería a Julia, que últimamente se negaba a bajar al refugio y que permanecía con la niña en el piso de la calle Galileu. Se lo había contado Juanita hacía muy poco, muerta de miedo.

—Mamá no quiere que vayamos —les había confesado con reticencia, como si de algún modo la estuviese traicionando—. Dice que está harta, que la sirena no para de sonar y que ella tiene cosas que hacer. Me ordena que me meta bajo la mesa..., pero, abu, la mesa no me protege. ¿A que no? Me dice: «No te muevas», y yo le hago caso

para que no se enfade, pero tengo miedo. Ella no se mete debajo de la mesa, ella sigue a lo suyo como si nada.

Así es como se habían enterado, y a María le faltó tiempo para hablar con su hija e intentar hacerle entrar en razón. Pero no lo había logrado.

—¿Por qué no quieres instalarte con nosotras, Julia? —había insistido por enésima vez—. ¿Es que no ves que en casa solo faltáis vosotras dos?

Pero Julia la había mirado ofendida.

—En casa faltan todos los hombres —le respondió con sequedad.

Y María se rindió porque, sobrecogida, se dio cuenta de que si Julia se negaba a marcharse de la calle Galileu era porque estaba esperando a su marido, como si hubiese de volver en cualquier momento.

«Como si hubiese de volver en cualquier momento», se decía Pilar con las manos en la cabeza. Ella no podía aspirar a eso, ella no sabía cuándo podría volver a ver a Joan porque, desde la primavera anterior, los nacionales habían llegado al Mediterráneo y habían creado una línea que dividía el territorio republicano. Por encima del río Ebro, Cataluña había quedado aislada de la zona valenciana, precisamente donde se encontraba Joan. Pero Pilar no tenía tiempo para lamentaciones, ya había llorado bastante y eso no la llevaba a ninguna parte. Desde hacía unos meses su única obsesión era poder alimentar a su hijo. Y a sus hermanas. Y a su madre y a su tío Miguel. En cierto modo, tomó el relevo de su hermana mayor, porque a Julia le fallaban las fuerzas y ella hubo de sacarlas de algún sitio. Puede que del hecho de ser madre por fin, y de saber que valía la pena luchar y arañar si era necesario. Cualquier cosa con tal de mantener con vida a su hijo. Pilar fue vendiendo las joyas de su madre, una a una, y ello provocó escenas desagradables, como el enfrentamiento con Carmen, que deseaba conservarlas.

—Al menos algunas —le imploró—, para el día de mañana.

—No habrá día de mañana si nos morimos de hambre, ¿es que no lo entiendes?

A veces no podía evitar hablarle con brusquedad, y al instante siguiente se arrepentía y la abrazaba.

—Venga, no te preocupes, juntas lo superaremos todo.

Se lo decía con el corazón en la mano, porque en aquellos momentos solo era capaz de concentrarse en sobrevivir al presente.

El día que su madre le dio la gargantilla de perlas que había

llevado de novia, Pilar se la probó sentada en su tocador antes de ir a venderla. Se encontraba sola en la habitación que su madre había compartido tantos años con su padre, y la gargantilla resplandecía en su escote. La acarició y entonces contempló la imagen que le devolvía el espejo. El rostro se le oscureció. De repente se vio las marcas de la guerra y el hambre, le pareció que ya no quedaba nada de aquella chica recién casada y con un salón de peluquería y belleza que prometía. Se tocó el pelo, que seguía procurando llevar arreglado pese a todo, pero ya no era la misma. Y entonces se preguntó si algún día volvería a serlo. Horrorizada, se levantó y le dio la espalda al espejo, pero se volvió enseguida. Se enfrentó a su reflejo y, como si le hablase, se prometió que sí, que algún día regresaría al punto donde había dejado todo lo que amaba.

Pilar desarrolló una gran habilidad para enterarse de los lugares y las personas a través de las cuales podía obtener lo más básico. No tenía miedo a nada ni a nadie y era capaz de caminar durante horas si le llegaba el rumor de una población donde podía conseguir patatas. Malditas patatas.

Eso fue lo que le pasó aquel día tan frío de finales de octubre. Anna María, aquella chica de la calle de su madre que trabajaba en la fábrica de la calle Sugranyes, les llevó dos tabletas de chocolate. A su madre se le saltaron las lágrimas porque era bonito que en medio de tanta miseria hubiese gestos de amistad como aquel.

—Para ustedes, María —le dijo frunciendo un poco los labios y poniéndole en las manos el chocolate envuelto en un papel. Se las cerró como si le entregase un tesoro muy preciado. Y lo era, porque en aquellos tiempos no se conseguía una exquisitez como esa ni pagando todo el dinero del mundo.

Cuando María se lo enseñó a sus hijas, todo fueron explosiones de alegría. ¿Cómo iban a repartirlo? Tenían que avisar a Julia y a Juanita y guardar para ellas también.

—Ni de broma.

Fue Pilar, que había entrado en la cocina al oír tantos vítores y había visto el chocolate. Avanzó unos pasos, lo tomó de las manos de su madre y lo mostró a todas.

—No nos lo comeremos.

Las hermanas comenzaron a quejarse. ¿Qué se había creído? Pero enseguida se dieron cuenta de que Pilar tenía razón.

—Con esto puedo conseguir muchas cosas. Un saco lleno de patatas, leche, aceite, quién sabe.

Dicho y hecho. Pilar dejó al niño en casa y les anunció que se iba a Montgat. Que tardaría, sí, pero que volvería con comida para todas.

Acordaron que Ángeles la acompañaría y ambas emprendieron el camino enseguida. Era preciso aprovechar la luz del día y evitar la oscuridad en la medida de lo posible. No podían ir en tren porque había controles y les quitarían el chocolate. Caminaron a paso ligero, pero al cabo de unas horas ya no sentían los pies. El tiempo no era bueno y constantemente tenían que ceñirse el abrigo. Al menos no llovía.

A partir de un punto determinado caminaron a la orilla del mar. Ángeles miraba sin parar las olas para no pensar en el chocolate que llevaban encima y que no podían tocar. Se concentraba en el azul grisáceo del mar de invierno fundiéndose con el cielo en el horizonte.

—¿Te acuerdas de cuando de pequeñas íbamos a la playa? —le preguntó a su hermana.

Pero Pilar avanzaba con la mirada fija al frente. El pasado no era un lugar que le apeteciese visitar en esos momentos. Ángeles no insistió, a pesar de no apartar los ojos de las olas. Sentía que le daban energía y el sonido era tranquilizador. Pensó en los niños que acudían a la biblioteca y en lo mucho que le hubiese gustado llevarlos a ver el mar.

Al llegar por fin a Montgat les dolía todo. Se sentaron un momento junto al camino, tenían que tomar un poco el aire antes de llegar a la casa del campesino donde Pilar ya había ido una vez. Conocía al hombre y sabía que podía negociar con él. Recobró el aliento poco después y azuzó a su hermana. El campesino las recibió bastante bien, se acordaba de Pilar y enseguida se avino a tratar con ella. La muchacha le mostró las dos tabletas de chocolate y no eludió incidir en su valor.

—¿Qué nos puede dar por esto? Y no me engañe, que ya nos conocemos —le dijo ella.

Al hombre, al que ya era difícil sorprender después de las casi siete décadas que llevaba en el mundo, le resultó graciosa aquella actitud tan decidida. No se ofendió, ni siquiera le dio importancia.

—Dos sacos de patatas. —Los señaló con el mentón—. Podréis cargar uno cada una.

—¿Nada más? —dijo Pilar.

—¿Te parece poco, chica? —le respondió él.

El payés le mostró de qué sacos le estaba hablando y Pilar vio que eran bastante grandes. Les costaría cargar con ellos, pero les cundiría para muchas comidas.

E hicieron el intercambio. Volvieron sobre sus pasos hasta casa con cierta alegría; las horas se les hicieron menos penosas pese al frío, la oscuridad que las engullía poco a poco y los pies que ya no eran ni

pies. Los sacos pesaban tanto como habían calculado, pero se daban ánimos la una a la otra. Pilar incluso se mostró un poco más habladora que a la ida.

—Conseguiré un poco de carne, y con las verduras que quedan en el huerto prepararemos unos cuantos platos —le dijo a Ángeles con la voz más animada—. Y con los huevos de las gallinas haremos una tortilla para chuparse los dedos.

Ángeles jadeaba a su lado y seguía sus pasos como podía.

—No sé de dónde sacas tanta fuerza, Pilar... Yo estoy deslomada —le decía con el saco a la espalda y haciéndola detenerse de vez en cuando.

En una de esas pausas breves, Pilar se permitió contemplar el mar.

—Es bonito cuando adquiere ese tono ceniza, ¿no crees? —Sonrió a su hermana y señaló a lo lejos—. Cuando se acabe la guerra y regresen todos, iremos de excursión a la playa. Todos juntos. ¿Qué te parece?

Ángeles asintió con la cabeza y, con solo imaginarlo, los ojos le brillaron como el reflejo plateado de las crestas de las olas al tocarlas la luna: la familia entera, sus cuñados, Daniel. Se los imaginó allí en la arena, a pleno sol, un día de verano después de la guerra, y por poco se echa a llorar. Le iba a preguntar a Pilar si en aquella imagen también veía a Javier, pero por fortuna su hermana interrumpió sus pensamientos.

—Hale, venga, que pronto se nos hará muy tarde para poder ver.

Al llegar a casa se desplomaron en la silla. Su madre les llevó una palangana para que pusiesen los pies en remojo y sus hermanas las aclamaban. Abrieron los sacos igual que si contuviesen piedras preciosas en lugar de patatas, y comenzaron a guardarlas con cuidado en la despensa. Una vez que Carmen hubo extraído la primera capa se detuvo en seco.

—¡Están llenas de gusanos! —gritó.

Todas se asomaron y, con desesperación, con una impotencia que venía de lejos de tantas penurias como estaban pasando y que no podían evitar, fueron conscientes de que las habían engañado, de que solo una parte de aquel cargamento que habían traído Ángeles y Pilar a la espalda durante horas les sería útil. No obstante, nadie dijo nada del chocolate. Nadie se lo reprochó a Pilar, porque la chica apretaba las mandíbulas con tanta rabia, se lamentaba de tal manera por no haber caído, por no haber vaciado los dos sacos delante de aquel desgraciado y asegurarse de que todo el producto era bueno que temieron que le diese un ataque y lo mandase todo a hacer puñetas.

La necesitaban firme, de una pieza, porque, a pesar de las malditas patatas, ella les conseguía casi todo.

14

Ángeles solía pasar por el colmado Grau de regreso del Sempre Avant. Emili era muy bueno con ella y con frecuencia le daba algo de comer que podía llevarse a casa. Pero no solo iba por ese motivo, sino porque estaba acostumbrada, de los tiempos en que estaba Daniel. Cuántas cosas habían hablado allí en la trastienda, cuántos besos se habían dado ella y su novio mientras el bueno de Emili atendía a la clientela y los dejaba un momento solos... Le gustaba acercarse a visitarlo porque le recordaba a Daniel y a los buenos tiempos, porque charlaban sobre él y lo echaban de menos juntos. Cada uno de ellos esperaba carta y, cuando uno u otra la recibía, se apresuraban a compartirla, a leérsela en voz alta y a comparar la información. A veces, cuando tenían un buen día, hacían planes de futuro y una lista de lo que harían y los lugares a los que irían una vez que el chico hubiese vuelto.

—Cuando se acabe la guerra pienso tomarme un día libre a la semana sin excepciones —le aseguraba Emili—. Vicenç se puede quedar solo, ya sabe cómo va todo en la tienda, y podríamos ir a conocer pueblos, o subir montañas con Daniel; podríamos ir a todos esos sitios que siempre nos comentaba y que quedaron pendientes.

Ángeles se reía.

—¡A ti no te gusta subir montañas!

—Tienes razón, pero por Daniel las subiré todas —le prometía convencido.

La muchacha se animaba con todos esos planes que la llenaban de esperanza en que la vida continuaría después de la guerra tal como la habían dejado, e incluso se atrevía a imaginar un futuro al lado de Daniel. Se veía formando una familia con él, quién sabía. Cuando Emili le hablaba de todas esas excursiones y actividades, ella lo secundaba, pero también retenía el deseo de tenerlo a ratos solo para ella, para poder disfrutar por fin de aquella intimidad que tanto anhelaba.

Fue un viernes del mes de noviembre, al anochecer. Ángeles regresaba del Sempre Avant un poco cansada, pero con ganas de conversación con Emili. Nada más entrar por la puerta del colmado y verle la cara, blanca como un cirio, supo que había ocurrido algo muy grave. El chico se despojó del guardapolvos y dio instrucciones a su ayudante para que no los molestase nadie.

—Ven, Ángeles —le pidió sujetándola por el brazo—, vamos a la trastienda.

La chica se quedó clavada en el suelo, parecía que las piernas no le respondiesen. Quería saber y al mismo tiempo tenía un miedo terrible a entrar en la trastienda.

—¿Qué pasa, Emili? Dímelo —le suplicó con un hilo de voz.

—En la trastienda —le insitió él. Y la voz se le quebró un poco, y Ángeles aún se asustó más.

Una vez dentro, el muchacho se quitó las gafas y se frotó los ojos. Se echó a llorar. Se dejó caer en la silla y encogió todo el cuerpo. Sus sollozos daban miedo.

—Lo siento, lo siento, pero llevo tiempo aguantándome y no puedo más —murmuró.

—¿Qué pasa, Emili? —Ella estaba de pie, el cuerpo petrificado.

Él alzó la cabeza y la miró desconsolado.

—Daniel ha muerto, Ángeles. Nos lo han matado.

El mundo se detuvo en aquel preciso instante. «No puede ser —se decía ella y se tapaba las orejas—. No puede ser. Daniel no, por favor, por el amor de Dios, Daniel no».

Las piernas le temblaron y cayó de rodillas. Se puso a gritar.

Poco después, estaba sentada en el sofá floreado del salón de la señora Grau, en el piso de encima del colmado, con una taza de leche caliente en las manos. La mujer le hablaba, pero ella casi ni la escuchaba. Fue Lola a buscarla y, nada más verla, volvió a llorar a lágrima viva. Lola la abrazó muy fuerte, como si con ello pudiera librarla de todo el dolor que sentía, mientras la viuda Grau las miraba cubriéndose la boca con la mano y aguantándose el llanto.

—Ay, hijas mías... —iba mascullando.

A Daniel lo mataron en el Ebro, cuando, después de unos meses de haber ganado posiciones frente a los nacionales, el Ejército Popular hubo de recular ante una contraofensiva franquista que segó muchas vidas. Ángeles no podía dejar de pensar en cómo lo habían matado, en si habría sufrido o habría sido rápido. De noche, las pesadillas la desvelaban, y a menudo se ahogaba de tanto gritar en silencio. Se echaba las manos a la garganta y se le caían las lágrimas. En ocasiones pensaba en los niños, lo que Daniel más quería, sus alumnos. Se

preguntaba si ellos también lo lloraban como ella y se decía: «¿Ahora qué? ¿De qué ha servido todo esto?».

Cuando al cabo de un par de semanas volvió a ver a Emili, tenían la sensación de que había pasado una eternidad desde que charlaban felices y hacían planes en la trastienda.

—Nunca más podré amar a ningún hombre, Emili —le confió la chica.

Emili la entendió, por supuesto que la entendió, porque él tampoco se veía capaz de volver a amar a nadie.

15

Durante el mes de noviembre, las tropas republicanas se redistribuyeron para cubrir la retirada del Ebro. A Sants llegaron noticias de que los franquistas estaban rompiendo todas las líneas del frente y de que, a su paso, no solo causaban bajas, sino que hacían muchos prisioneros. Por fortuna, los otros hombres de la familia no se contaban entre ellos. Cada uno desde su lugar seguía enviando cartas a casa que se recibían como auténticos milagros. A finales de noviembre también Pilar recibió carta de Joan, que, a diferencia de Martí, se encontraba en la zona valenciana. Gracias a esta misiva se enteró de que habían recibido una remesa de aviones a los que llamaban Súper Mosca y que estaba bien. Que estaba bien. Sin embargo, esa fue la última carta suya que le llegó, porque en las siguientes semanas —meses— no recibiría ninguna más.

Martí volvió en enero después de una Navidad que no había sido tal para nadie. Barcelona sufría el desgaste de las bombas constantes, de las malas noticias, que salpicaban a todas las familias, y del miedo, aquel miedo terrible que se les iba metiendo bajo la piel y les circulaba por el cuerpo a medida que los franquistas conquistaban pueblo tras pueblo y se aproximaban a la ciudad.

Volvió Martí, pero no para quedarse, sino que debía seguir la orden de su batallón y cubrir la retirada de las tropas republicanas hasta Francia. No quiso darle detalles a Julia hasta el día después de su llegada porque necesitaba aire, una pizca de felicidad y todos los abrazos de sus dos chicas para olvidarse, aunque fuese solo por unas horas, del infierno vivido en los últimos tiempos. Ellas no podían ni imaginarse lo que había tenido que hacer en el frente, y él no pensaba contarlo nunca. Solo quería acariciarlas y decirles una y otra vez cuánto las había echado de menos. Eran su mundo. Pero el día después llegó dolorosamente rápido y entonces sí, entonces Martí hubo de mantener con Julia la conversación que más temía.

—Me marcho con mi batallón a Francia. Ni siquiera me han dado tiempo para ir a ver a mi madre y a mis hermanas a Sant Andreu. ¿Les harás llegar esta carta? —Julia no contestó. Él parecía desconsolado —. Cubriremos la retirada de soldados y también de civiles hasta la

frontera —prosiguió—. Luego la cruzaremos nosotros.

—Y ¿cuándo volverás? —le preguntó ella en un hilo de voz. El tiempo de felicidad había durado menos que un suspiro.

—No lo sé, Julia. No quiero engañarte.

Estaban solos, habían dejado a Juanita un rato en casa de la abuela pese a las quejas de la niña, que solo quería estar con su padre. Martí sostenía las manos de su mujer y le hablaba muy cerca, las caras casi tocándose, como si con ello pudieran suavizar las palabras.

—¿No puedes negarte? —le preguntó ella—. Si la guerra está perdida, ¿no puedes quedarte con nosotras? Te esconderemos.

Martí movió la cabeza con pena.

—Tengo el deber de seguir a mi batallón, Julia. Y de organizar también la retirada de algunos compañeros del sindicato que, una vez que lleguen los nacionales aquí, correrían el mismo peligro que yo. Aquí no podemos quedarnos ahora mismo.

Julia asintió con un movimiento firme. Parecía hacerse cargo de la situación. Luego se levantó, y Martí la observó mientras se dirigía al dormitorio. La siguió hasta allí para ver cómo le bajaba la maleta del altillo y la dejaba encima de la cama. Comenzó a llenarla de ropa. Primero unas prendas de él, a continuación cosas de ella.

—Julia... —Martí avanzó hacia ella hasta rodearla por la cintura. La hizo volverse hacia él. Estaba buscando las palabras adecuadas, pero no le salían, así que la abrazó. Le acarició el pelo y hundió la nariz en él. Aquel olor... El cabello de Julia olía a los días felices—. No puedes venir conmigo —le dijo en un murmullo.

—¿Por qué? Hay muchos civiles que se marchan —replicó Julia.

—Pero tu sitio está aquí.

—Mi sitio está donde estés tú, Martí.

Él le acarició el rostro con las dos manos y la miró con una mezcla de dulzura y firmeza.

—Tú tienes que quedarte aquí con Juanita.

Julia decía que no con la cabeza, como una niña.

—Nos la llevaremos a Francia. Iremos los tres.

Pero Martí tenía muy claro que no era una opción.

—No sé lo que me espera allí, no sé lo que haremos ni cómo nos recibirán. Quizá volvamos a cruzar la frontera y luchemos desde otro lugar, hay partes de España que siguen resistiendo. O puede que nos quedemos un tiempo en Francia. No sabría decirte.

—Y ¿qué será de nosotras, Martí? —A Julia le brotaron las primeras lágrimas.

—Tú cuidarás de la niña, y entre toda la familia os apoyaréis. Yo volveré cuando pueda, ¿me oyes?

«¿Y eso cuándo será?», le habría preguntado Julia, pero no se atrevía, porque sabía que no había respuesta, que el futuro era tan incierto como el propio camino hacia Francia. Y peligroso.

Martí no pudo más y se contagió de las lágrimas de su mujer. Acabaron ambos abrazados en la cama, abatidos, como si el tiempo se les hubiese agotado. Aquella noche, después de cenar con la niña en la cocina, después de que Martí le hablase y se quedase con ella hasta que se hubo dormido, tomó a su mujer de la mano y se encerraron en el dormitorio.

—Abre la ventana, Martí —le pidió ella desde la cama—. Apaguemos la luz, descorramos las cortinas, que hoy hay una luna muy bonita. ¿No crees que es bonita? Es como si hubiese salido para nosotros.

Martí obedeció en silencio y permaneció apoyado en el alféizar de la ventana. Su perfil se recortaba en la penumbra y Julia lo contempló mientras encendía un cigarrillo. Estaba registrando cada movimiento, cada pequeño detalle de aquel cuerpo que tardaría en volver a abrazar. La luna les fue cómplice en una de las peores noches de su vida, con una pátina blanquecina, también en la piel de Julia, que descansaba desnuda sobre las sábanas. Lo estaba esperando.

Hicieron el amor una vez y luego otra hasta quedarse un poco dormidos, solo un poco, porque pretendían aprovechar todas las horas que les quedaban de estar juntos.

Al día siguiente, al amanecer, Martí se marchó con su batallón y Julia ni siquiera se levantó de la cama. Fue Pilar quien la sacó al cabo de unas horas y quien se llevó a la niña a casa de la abuela.

—Hasta que mamá esté mejor y pueda venir con nosotras —le dijo a Juanita.

Julia no opuso ninguna resistencia, más bien lo contrario. Cuando se hubieron marchado del piso, respiró aliviada porque solo quería estar sola, que la dejasen en paz.

—Nos tienes a nosotras, ¿me oyes? —le había dicho Pilar antes de irse—. No estarás sola.

Y Julia se rio, y la risa se le convirtió en mueca. Por supuesto que estaba sola, más sola de lo que jamás en la vida se habría imaginado.

Lo intentó. Julia se esforzó por retomar su día a día, aunque sintiese que le habían arrancado una parte del cuerpo. No podía apartar de su cabeza la imagen de Martí alejándose con su batallón hacia Francia; la distancia entre ellos cada vez era mayor y la incertidumbre acerca de cuándo volvería a verlo no la dejaba vivir. Miraba a su hija y no podía

evitarlo: como una enfermedad, sentía crecer en ella un resentimiento. Como si la pequeña tuviese la culpa, como si le hubiesen puesto unas cadenas en los pies cuando el cuerpo le pedía correr, darse toda la prisa posible en seguir los pasos de su amor camino de Francia.

Durante los días posteriores a la partida de Martí lo intentó, dejó el piso de la calle Galileu y se instaló con su madre y sus hermanas en la casa familiar. Creyó que allí hallaría algo de consuelo, que juntas serían una piña y que aquella situación terrible quizá pasaría deprisa, pero se equivocó. Los sollozos de Ángeles, que continuaba llorando la pérdida de Daniel como el primer día, la despertaban cada noche y, lejos de poder consolarla, como habría hecho en otros tiempos, se tapaba la cara con la almohada y lloraba de rabia y desesperación. Juanita, a su lado, fingía estar durmiendo, pero la preocupación la consumía. Sufría por su madre, por su padre ausente, por su tía Ángeles. Su madre no se había ido, pero ella se sentía como si también lo hubiese hecho. La niña se convirtió en la sombra de su tía Pilar. En ella veía la fuerza, el cobijo del árbol que con su amplia copa las protegía pese a todo. Alargaba su mano hacia la tía Pilar y, a diferencia de su madre, que desde que su padre se había ido a Francia parecía ensimismada, la acogía siempre.

No pasaron muchos días más. Cuando aún no había transcurrido ni una semana desde que su marido se hubo ido, Julia se dirigió una mañana a la fábrica y se topó con los carros. Llevaba días observándolos. A plena luz del día, familias enteras cargaban los cuatro enseres que aún poseían encima de cualquier cosa que tuviese ruedas y emprendían el largo viaje hacia la frontera. Julia se detenía en medio de la calle y los contemplaba unos instantes, deseando con todas sus fuerzas ser una de ellos, subirse a uno de aquellos carros o hacerse con una bicicleta, o incluso acompañarlos a pie tras los pasos de su Martí. Aquellas personas eran la viva imagen de todo lo que ella deseaba en aquel momento.

Aquella mañana se fijó en un carro concreto. Había una mujer con dos criaturas más pequeñas que Juanita, la veía de espaldas mientras daba indicaciones a su marido sobre cómo encajar los bultos de ropa que iban subiendo. Le pareció que estaban discutiendo sobre lo que podían y no podían llevar consigo y notó una punzada de envidia. De repente, la madre de aquellos dos pequeños se volvió, como si hubiese notado que alguien la estaba mirando, y entonces los ojos de una se posaron en los de la otra. Se reconocieron de inmediato. La mujer, más joven que Julia, dejó a los niños con su marido y se acercó.

—¡Julia! ¿Te acuerdas de mí? —le dijo.

—Por supuesto —le respondió en un murmullo—. ¿Cómo estás, Ramona?

Habían pasado al menos diez años, puede que incluso un poco más, desde que ella y Pilar, junto con las demás compañeras, defendieron a aquella chica de las garras de Casimiro. La joven había dejado la fábrica al cabo de un tiempo, nunca llegó a adaptarse a la España, de modo que le habían perdido la pista.

—Ya lo ves... —dijo la chica señalando con un gesto en dirección a su familia—. Nos vamos antes de que lleguen los nacionales. Aquí ya no pintamos nada.

—¿Vais a Francia?

Ramona le dijo que sí.

—Mi marido tiene unos primos allí. De momento nos quedaremos una temporada con ellos y luego ya veremos.

—Mi Martí también se ha ido a Francia —le contó Julia abatida.

—¿Martí Pons? ¿Os casasteis?

—Y tenemos una hija, Juanita. —Julia notó un pinchazo en el estómago.

Intercambiaron unas pocas palabras más, hasta que el marido de Ramona le gritó que se apresurase.

—Aún nos quedan cosas por hacer antes de irnos —se disculpó Ramona—, pero me ha alegrado mucho verte. Siempre os estaré agradecida a ti y a tu hermana Pilar. Lo que hicisteis por mí aquella vez... Son cosas que no se olvidan.

Julia se despidió de mala gana y siguió su camino hacia la fábrica sin mirar atrás, pero con cada paso notaba que los pies le pesaban más, como si las cadenas imaginarias que llevaba la lastraran de una manera insoportable. Se detuvo en seco y, por unos instantes, permaneció inmóvil. La gente pasaba por su lado, pero ella no se inmutaba. Y entonces dio la vuelta hacia donde todavía estaban Ramona y su familia y dirigió los pasos hacia ellos.

—¡Ramona! —gritó a escasos metros. Jadeaba porque el corazón se le había disparado—. ¿Cuándo os vais?

—Dentro de una hora, más o menos, ¿verdad, Antonio? —La muchacha la miró extrañada.

—¿Podría ir con vosotros?

La pareja se miró desconcertada.

—Vamos justos de espacio —respondió el hombre—. Lo siento, pero no puede ser.

Pero Julia no se movía de allí y los miraba, a uno, a la otra, con unos ojos que parecían dardos.

—Ramona...

La joven madre saltó del carro y se colocó a un palmo de ella. Le habló en un susurro para que solo ella pudiese oírla.

—Sabes que si pudiese te ayudaría... —comentó.

—Pues hazlo, Ramona, por lo que más quieras.

La chica miraba a Julia con expresión grave, luego le lanzó una mirada a su marido y bajó la vista.

—Antonio me va a matar... —Dudó—. ¿Cuántos sois?

Julia tenía claro que no podía exponer a la niña a aquel peligro, que Martí no se lo perdonaría. Tragó saliva.

—Solo yo. —Notó que su cuerpo comenzaba a temblar.

Temblaba por dentro y a un tiempo percibía una nueva energía, como si de pronto viese muy claro. Aquel sentimiento de culpa llevaba días arañándole el alma, sentía rabia hacia todo el mundo. Hacia Martí por haberle pedido el sacrificio de quedarse; hacia sí misma por haber accedido; hacia su hija Juanita por estar; hacia el resto del mundo por haberla puesto en una situación como aquella, en la que ya no podía notarse ni la piel, ni el corazón, como si no fuese persona, como si solo fuese un amasijo de carne y huesos que se movía como un autómata por aquel Sants de la posguerra que ya se atisbaba en el horizonte.

Julia tomó la decisión probablemente más dolorosa de su vida: en unos segundos debía escoger entre su hija y su marido. Y lo escogió a él.

—Te lo suplico, Ramona, déjame ir con vosotros.

—¿No me has dicho que tienes una hija?

—Juanita estará bien. —Lo dijo más para ella que como respuesta a Ramona—. Pilar me la cuidará mientras esté fuera. Yo tengo que ir a buscar a mi marido. ¿Lo entiendes?

Ramona no pudo negarse. Le acababa de decir que estaba en deuda con ella, que nunca había olvidado lo que Pilar y ella habían hecho.

—Una hora, Julia, te damos una hora y nos vamos. Yo me encargo de convencer a Antonio.

Julia no pudo despedirse de su hija porque sus tías se la habían llevado donde el sastre. No había tiempo y, después de todo, quizá fuera mejor así. Si la tenía delante, si la niña le suplicaba, puede que no fuese capaz de hacer aquello que ya había decidido. Así pues, en casa estaban Pilar y su madre, quienes, a pesar de hacer todo lo posible, no lograron convencerla de ninguna manera de que se quedase.

—¡Hija! Por el amor de Dios, no nos puedes hacer esto —le suplicó María—, ¿es que no ves que tu sitio está aquí? Con nosotras, ¡con tu hija! ¿Te has vuelto loca?

Julia no cedió, los ruegos y las lágrimas de su madre no parecían causar ningún efecto en ella, estaba como poseída por aquella determinación. Se movió deprisa para recoger las cuatro cosas que podría necesitar por el camino, aferrándose con obstinación a la única oportunidad que le quedaba para ir a reunirse con Martí. Iría a buscarlo allí donde estuviese, les explicó mientras se vestía con una prenda de abrigo encima de otra, y cuando pudiesen, volverían, pero lo harían juntos. Se calzó los zapatos más resistentes que tenía y abrazó a su madre.

—No llore, madre, confíe en mí. Sé lo que me hago —le aseguró.

Luego se situó ante Pilar y la tomó de las manos.

—Solo te pido una cosa. —Miraba aquel rostro amado y ya empezaba a echarlo de menos. Se le quebró la voz, notó que el ímpetu de una hora antes flaqueaba, pero pronto se repuso—. Prométeme que, mientras yo esté fuera, tratarás a Juanita como si fuese tuya. Dile que no tardaré en volver, que he ido a buscar a su padre y que pronto podremos reunirnos los tres. Dile que la adoro, por lo que más quieras, dile que esto lo hago por los tres.

Las dos hermanas se fundieron en el último abrazo.

Parte VI
Las supervivientes
1939

1

Pocas horas antes de tener que ver desfilar a los nacionales por las calles de Sants, corrió la voz de que en La Bordeta había un almacén al lado de una fábrica muy conocida que estaba lleno de comida: provisiones que el ejército republicano había abandonado en cuanto huyó rumbo a Francia. Hubo gente que supo aprovecharlo. Reventaron la puerta y entraron a fuerza de codazos. Pilar estaba allí, junto con otras mujeres y unos cuantos hombres con más hambre que miedo. Llegó a hacer hasta tres viajes de casa al almacén y del almacén a casa, cargada con sacos de garbanzos, de lentejas, de alubias, de arroz. Después de la primera incursión, ordenó a sus hermanas que la acompañaran, pero Carmen se atrevió a dudar de ella.

—¿Esto no es robar? —le soltó, como si todo aquello no le concerniera, como si no se sentara cada día a la mesa a comer.

—¡Esto es sobrevivir, guapa! —le espetó Pilar—. ¿O es que prefieres que se lo queden ellos?

Lo dijo con toda la rabia y sin especificar si se refería a los vecinos que ya se habían apresurado a ir al almacén o bien a las tropas franquistas, de las que su Javier formaba parte. Pronto serían los dueños del barrio y de toda la ciudad.

En unas horas consiguieron llenar la despensa de casa de su madre con más provisiones de las que estaban acostumbradas a ver desde hacía mucho tiempo, y lo único que les quedó por hacer fue recogerse todas en casa y esperar. Esperar a que llegaran las tropas, esperar a ver cómo serían las cosas a partir de aquel momento. No salieron a la calle a verlas entrar por la carretera de Sants porque a su madre no le pareció prudente.

—¡Irán muchos vecinos, madre! —protestó Carmen.

—Pues vergüenza debería darles —replicó Pilar.

Pero lo cierto es que muchos acudieron y se decía que algunos saludaban al paso de las tropas vencedoras y otros callaban. La guerra, en Barcelona y Sants, había terminado. No obstante, Pilar era consciente de que llegaba otra: la de los supervivientes.

—¿Volverán ahora los papás? —preguntó Juanita a Pilar aquella

misma tarde.

Ambas estaban en la habitación con Pepito, intentando que se durmiera, y hablaban en susurros. Pilar apretó los dientes antes de contestar; desde que Julia se había marchado, se tragaba la rabia y la angustia a oleadas.

—Aún tardarán un poco, Juanita, pero no te preocupes, todo irá bien —mintió.

De noche oía llorar a la niña. La despertaban sus sollozos ahogados bajo la almohada, y entonces alargaba el brazo y la atraía hacia sí, la metía en su cama y la abrazaba. Le susurraba cosas al oído y le cantaba melodías para que se durmiera, canciones de otros tiempos que le traían a la memoria cuando Julia y ella eran jovencitas, cuando jugaban en el patio de casa con sus otras hermanas y bailaban todo el tiempo, cuando se perseguían las unas a las otras y tenían que parar porque se quedaban sin aliento de tanto reír. Días felices en los que cosían bajo la querida higuera y ya olían a verano, a fiesta mayor, a principios de otoño o a cualquier momento del año que estuviera por llegar. Y aquello avivaba sus deseos, les hacía pensar en toda una vida por delante. Canciones que cantaban alegres, despreocupadas, sin poder imaginar todo lo que años después les caería encima.

Pilar añoraba a su hermana tanto como su hija, y a veces las lágrimas brotaban sin parar. Mojaba la almohada, pero Juanita no se daba cuenta. La niña terminaba durmiéndose mientras su tía se quedaba despierta, con los ojos bien abiertos y pensando en todos los que faltaban. «¿Dónde debía de estar Julia en aquel momento? —se preguntaba—. ¿Se habría reunido con Martí? ¿Habrían conseguido cruzar la frontera y hallar un lugar seguro, o quizá los habrían matado por el camino? ¿Cómo podía saberlo?». Procuraba ahuyentar los malos pensamientos y se decía que, si su hermana hubiera muerto, ella lo sabría. De la misma manera que lo sabría si le hubiera pasado algo a Joan. Su marido seguía sin enviar cartas, haciendo la guerra desde algún lugar impreciso, pero ella lo sentía vivo, o más bien no podía imaginarse lo contrario. De ninguna manera. Esas noches se le hacían eternas, y a veces ya no volvía a pegar ojo.

Aquella tarde, mientras Pilar acunaba al pequeño y hablaba en voz baja con Juanita, no oyó que llamaban a la puerta. Fue María quien abrió y por poco no le da un patatús al ver a un hombre vestido con el uniforme de los nacionales.

—¡Señora María! —exclamó el soldado con una sonrisa de oreja a oreja y abriendo los brazos.

María se repuso del sobresalto y su rostro se transformó.

—¡Javier!

Se abrazaron como si fueran madre e hijo, y María lo hizo entrar enseguida, no fuera que las vecinas lo vieran así vestido.

—¡Carmen! ¡Ven, Carmen! —llamó a su hija.

Cuando la chica apareció y vio a su prometido, aquel chico joven al que había visto marchar al servicio militar y que volvía hecho un hombre, un soldado, con los rasgos más masculinos, más cuadrados, más maduros, se llevó las manos al pecho como si dentro no le cupiera el corazón. Carmen se le echó al cuello.

María no quiso intervenir, se apartó un poco porque se le saltaban las lágrimas como a ellos. Los dejó solos para que se pudieran desahogar tranquilos. «Pobres hijos —iba diciendo—, tres años bien largos han tenido que pasar».

Desde lo alto de la escalera se oyó una voz que cortó en seco la escena llena de emoción.

—¿Qué hace aquí? ¿Quién lo ha dejado entrar?

La voz de Pilar retumbó por toda la casa y asustó a las demás, que habían ido saliendo de donde estaban. Pilar bajó las escaleras poco a poco, con Juanita pegada a su espalda, como una extensión de su tía.

—No puedes venir a esta casa como si no hubiera pasado nada —le advirtió a Javier. No lo veía a él, sino a su uniforme—. No te puedes presentar así. ¿Es que no lo entiendes?

Él estaba de pie como un pasmarote, los hombros de repente tensos, mirando a Pilar de hito en hito.

—Yo no soy el enemigo.

—¿Cómo te atreves? —le gritó. No le tenía ningún miedo porque la furia la cegaba—. ¡Nuestros maridos no están aquí, los habéis arrancado de nuestro lado con la maldita guerra!

—Yo no busqué la guerra, Pilar. —El tono de Javier era peligrosamente neutro—. Me vi sorprendido en ella.

—¡Déjalo en paz! —intervino Carmen encarándose con su hermana y colocándose entre ella y su prometido—. Javier no tiene la culpa de estar en Melilla cuando todo estalló.

—Pero bien que se quedó —respondió Pilar señalándolo con la barbilla.

—¿Crees que tenía otra opción? —respondió él.

—Siempre hay opciones...

El muchacho levantó una mano para frenarla.

—No sabes de qué hablas y por eso te lo perdonaré.

—Hijos, hijos, por el amor de Dios...

María era un manojo de nervios. Unos instantes antes contemplaba con emoción el reencuentro de una hija con su novio, y ahora presenciaba cómo otra hija escupía todo su rencor contra él, a

pesar del peligro que podía suponer semejante actitud. Pero nadie era capaz de detener a Pilar.

—Tú no me tienes que perdonar nada —oyó que le respondía a Javier—. Y ya te puedes marchar de aquí. En esta casa no eres bienvenido.

En ese momento, Carmen comenzó a gritar y a implorar a su madre que hiciera algo, que hiciera callar a Pilar. Lola se acercó para tratar de calmarla, ¡estaba completamente fuera de sí! Y entonces Ángeles, que había permanecido callada hasta ese momento, sin apartar la mirada de aquel uniforme, se alineó con Pilar.

—Será mejor que te vayas, aquí ya hemos sufrido bastante —le dijo a Javier en un tono amargo nada propio de ella, un tono que rezumaba rencor, y sin mirarlo a los ojos.

Javier terminó marchándose después de reflexionar unos instantes. Consideró que lo más prudente sería darles tiempo, volver al día siguiente, cuando las hermanas se hubiesen hecho a la idea y se hubieran calmado los ánimos.

Carmen, desolada por aquel recibimiento a quien llevaba esperando tanto tiempo, se enfrentó a sus hermanas.

—¡Tres años he tenido que esperar! ¡No tenéis corazón! —bramó—. Tuve que luchar contra su familia antes de la guerra, Pilar, tú lo sabes, y cuando él se fue, me dieron la espalda... ¡Todos! ¡He tenido que sufrir por él completamente sola, muerta de angustia, sin que ninguno de ellos se haya interesado nunca por mí! Y ahora que por fin regresa sano y salvo, que no se ha olvidado de mí a pesar de todo y que aún me quiere... —En ese instante rompió a llorar; su voz se volvió implorante—, ¿ahora me decís que me toca luchar contra mi familia? No me podéis hacer esto. No os lo perdonaré nunca. ¡Con lo mucho que he sufrido!

Miraba a Ángeles y a Pilar, que eran quienes lo habían echado.

—Todas hemos tenido que sufrir, Carmen —respondió Pilar en un tono seco, inflexible.

—No te confundas —añadió Ángeles—. Las hay que lo hemos perdido todo. A mí me lo han matado, Carmen, y lo han hecho los que visten el uniforme de tu Javier.

—¡Basta, os lo ruego, por favor! —se impuso María.

Y Lola la secundó.

—Sí, ya basta. Somos una familia, no podemos discutir de esta manera. Nosotras nos tenemos que ayudar y proteger, ¿no lo veis?

—Si me queréis ayudar, si me queréis de verdad, no me haréis renunciar a mi prometido —concluyó Carmen.

Ni una ni otra hermana respondieron. Pilar le dio la espalda y

empezó a subir las escaleras. Juanita, que se había quedado muda, que nunca había visto a sus tías reñir de esa manera, la siguió a la habitación. Pilar se volvió un momento antes de encerrarse en ella. Elevó el tono para que todas la oyeran bien.

—Si Javier vuelve a esta casa, madre, no volveréis a verme aquí —les advirtió.

Javier no volvió a poner los pies en la casa porque al día siguiente Carmen ya lo estaba esperando en la puerta lista para salir.

—Prefiero que salgamos, Javier, aquí los ánimos están demasiado crispados —le rogó.

Pasearon por el barrio mientras el muchacho le contaba que aún no había vuelto para quedarse, que la guerra no había terminado y que no tenía más remedio que seguir avanzando con su batallón.

—De todas maneras, ahora sí que te podré escribir cada día —le aseguró—, Barcelona ya forma parte del territorio nacional y eso nos lo pondrá más fácil.

Se sorprendió mucho cuando Carmen le contó que no sabía nada de su familia, que en aquellos tres años no habían contactado con ella. Le explicó que todos estaban en Sant Adrià, donde se habían quedado a vivir. Y, visiblemente dolido, le prometió que hablaría con ellos.

—Parece que lo tenemos todo en contra —concluyó él con tristeza.

Pero Carmen lo veía de otra manera.

—Nos queremos, Javier, y eso lo es todo para mí. Nuestras familias tendrán que adaptarse.

Al volver a casa ya no encontró allí a Pilar. Ese mismo día hizo la maleta y se trasladó a su piso con los dos niños. Javier se marchó con su batallón hacia el norte, pisando los talones a quienes, como Martí y Julia, habían partido hacia Francia, y en Sants comenzó la peor época que habían vivido las hermanas.

2

María acudía cada día a una pequeña parroquia del barrio que habían restaurado. Volvían a celebrarse misas y ella rezaba y encendía un cirio por cada hija y también por los que consideraba desde hacía tiempo como sus hijos. La mujer no hacía distinciones, los amaba a todos por igual y solo deseaba que pasara aquel infierno en que vivían inmersos y del que no sabía muy bien cómo salir. Con lo mucho que había esperado el fin de la guerra, y ahora que por fin había llegado a Barcelona y que, quizá muy pronto, llegaría a todo el país, había estallado otra igual de desgarradora en su propia casa. ¿Qué diría Gregorio si lo viera?

Miguel la acompañaba con frecuencia porque a él también lo reconfortaba el recogimiento de aquellos muros, la paz que se respiraba dentro. Como si allí no hubiera cambiado nada, como si nunca se hubieran matado los unos a los otros y todo continuase como antes. «¿Cómo superarían todo lo ocurrido? —se preguntaba el hombre—, ¿cómo afrontarían aquella posguerra que venía cargada de ira y resentimiento?».

A veces, ella era la que se desahogaba, y Miguel siempre trataba de aportar un atisbo de esperanza a su situación.

—Deja que pase el tiempo, María, verás como las cosas entre tus hijas vuelven a su lugar —le decía—. Ahora lo que hace falta es que se acabe la maldita guerra en toda España y puedan volver los que no están: Joan, Julia, Martí...

—Pero ¿crees que podrán hacerlo? ¿Que Franco perdonará las penas a los soldados republicanos una vez que se restablezca la paz? ¿Que no habrá más muertos? ¿Crees que no habrá consecuencias para todos aquellos que vuelvan a casa? ¿Y cómo se hace eso en una familia que ha luchado en ambos bandos?

Miguel fruncía los labios porque lo que le decía a su cuñada difería mucho de lo que pensaba.

—Ten fe, María, la paz nos reconciliará a todos.

—Que Dios te oiga... —murmuraba ella, y se persignaba.

Las hijas que seguían bajo su techo se hablaban lo justo y necesario; en el caso de Ángeles y Carmen, solo lo hacían en su

presencia, y la ausencia de Pilar y los niños se le hacía más dolorosa que nunca. Por no hablar de Julia, de quien no tenían noticias, y puede que no las tuvieran en mucho tiempo. María había escuchado historias de los que se marchaban a Francia, de carreteras llenas a reventar y de los fascistas lanzándoles bombas desde el aire y el mar. Y si Julia... Y si su Julia... Pero no, no lo quería ni imaginar. María habría buscado el consuelo en sus otras hijas, pero aquel distanciamiento entre ellas la estaba matando.

Pilar no había dejado de ayudar a su familia, pero había buscado la distancia necesaria. Aquel que había vuelto a casa no era el novio de Carmen, ya no era el Javier de antes. A sus ojos se había convertido en la viva imagen de los que trataban de aniquilar a su marido, de aquellos que la habían alejado de su hermana mayor y de su cuñado. Los mismos que habían amputado la felicidad de Ángeles matándole a Daniel, y también los que le habían robado los mejores años de su vida y que ahora se paseaban por Sants con la fanfarronería de los vencedores. Si Carmen terminaba casándose con uno de ellos, nunca podría perdonarla, y eso le dolería mucho porque no la habían preparado para perder a una hermana. Eso jamás. Cada vez que pensaba en ello, se hundía aún más, y solo el hecho de tener a Juanita a su cargo, además de a su propio hijo, la empujaba a seguir adelante e intentar no pensar más allá.

—Tía, ¿me estás escuchando? —Juanita le hizo volver al presente.

Esa mañana estaban preparando la ropa de la niña para la vuelta al colegio, que sería en pocos días, después de que una orden del nuevo Gobierno los hubiera cerrado todos hasta obtener la documentación necesaria.

—Sí, sí —se apresuró a responder—, decías que Pepito...

—... que Pepito seguro que se pone triste cuando vuelvan a empezar las clases.

—Seguro que sí, y yo yambién, Juanita —le dio un beso en la cabeza—. ¿Qué voy a hacer con las clientas sin mi ayudante?

La niña la miró con aquella sonrisa triste que se había instalado en sus labios desde que tenía a sus padres tan lejos. A Pilar le daba la impresión de que Juanita se había tenido que hacer mayor de golpe y le inquietaba que se guardara los sentimientos para ella, sin exteriorizarlos.

Desde que habían vuelto al piso de la calle Munné y había reabierto su salón de peluquería y belleza, era su ayudante. Las

clientas regresaban en un goteo lento pero sostenido, y las que no podían pagar con dinero lo hacían en especie, cosa que ahora le convenía más. A veces era una garrafa extra de aceite, a veces un paquete de harina o incluso un pan blanco bajo mano, gracias a la mujer del panadero. La cuestión es que volvía a peinar y a hacer tratamientos de belleza, y con eso no solo conseguía artículos para los de casa, sino que le parecía volver a respirar un poco su vida de antes.

—¿Tienes ganas de volver al colegio? —le preguntó a Juanita mientras doblaba la ropa limpia.

—Ay, sí, tía —suspiró la niña. Se situó a su lado y la ayudó—. Pero ¿cuántos días más crees que tendremos que esperar? ¿Cuándo nos dejarán ir? —preguntó Juanita, que en los últimos días se había mostrado impaciente.

—No debe de faltar mucho, reina. Y habrás visto que en algunos colegios del barrio ya empiezan a dar clases: la Divina Pastora, los Maristas... En pocos días seguro que vuelven a abrir la Olivereta.

Ese era el nombre con el que todo el barrio conocía al Lluís Vives, el grupo escolar de su sobrina surgido de los ideales republicanos. Pilar se preguntó si la niña era consciente de que el colegio que se encontraría al volver a clase no sería exactamente el mismo, que quizá el edificio estuviese igual, que quizá algunos maestros también permanecerían allí, pero que, por lo que ella había oído, los franquistas lo habían querido transformar de arriba abajo. Nada de simbología republicana, nada del espíritu de las escuelas laicas y catalanas. Pilar había oído decir que las depuraciones de los maestros estaban siendo terribles, que a algunos los echaban a la calle sin miramientos y que a otros incluso los estaban juzgando y puede que condenando a muerte. Pilar se preguntaba qué clase de escuela habría ahora para sus hijos y cuál sería la más conveniente para su Pepito. Claro que todo ello eran cosas que discutiría con Joan, decisiones que tomarían juntos, y solo con pensarlo se estremeció. ¿Sería posible volver a decidirlo todo juntos? Y ¿cuándo? ¿Cuándo sabría, por fin, algo de él?

3

Lola y Jaume iban al cine cada semana, cuando la tintorería cerraba y disponían de tiempo libre. No es que tuvieran mucho porque se habían tenido que esforzar para levantar otra vez el negocio, pero ahora que Jaume había dejado la fábrica y volvía a trabajar de tintorero todo el día, ahora que las mejores clientas volvían de no se sabía dónde y el negocio recuperaba la actividad de otros tiempos, se podían permitir respirar un poco y distraerse. A todos les convenía. Se llevaban siempre a Ángeles al cine, a veces también a Irene, pero la que no iba nunca era Carmen, a pesar de que Lola lo intentaba con insistencia para reconciliar a sus hermanas.

Ángeles siempre decía que sí porque lo único que deseaba era salir de casa y perder el mundo de vista durante un rato a través de las películas. Le parecía que el cine era todo lo que tenía, la única cosa, o más bien el único lugar en el que se sentía viva. Cuando las luces se apagaban y la pantalla le ofrecía nuevas vidas, siempre diferentes y muy alejadas de la suya, la muchacha creía que volvía a sentirse la piel, podía reír o llorar a placer bajo la protección de aquella oscuridad que la abrazaba por completo. Es cierto que debían aguantar el maldito NODO y, aún peor, cantar el *Cara al sol* con el brazo en alto si no querían tener problemas con los que siempre vigilaban, pero a ella le parecía un precio bajo si a cambio podía huir del ambiente opresivo de su casa y de aquel ir tirando medio dormida, con los sentimientos apagados. Ya nada la removía por dentro, ni cantar —afición que había dejado tiempo atrás, a pesar de que el orfeón había retomado sus actividades— ni leer. Seguramente habría estado ocupada si el Sempre Avant hubiese seguido existiendo, pero el local había sido requisado por los fascistas y corría la voz de que se iba a instalar allí la Sección Femenina de la Falange. Por lo tanto, solo le quedaba el cine. Y por eso iba siempre que podía, porque al menos las grandes películas de Hollywood tenían el poder de transportarla a la época en que todavía era feliz, cuando Daniel estaba vivo y las cinco hermanas eran una piña.

—Hoy dan una de Robert Taylor y Loretta Young —iba diciéndoles Jaume a las dos hermanas mientras caminaban hacia el

Manelic, una sala que habían rebautizado como cine Albéniz, pero que todo el mundo seguía conociendo como Manelic.

—¿Y la segunda? —preguntó Lola.

—La segunda es una comedia de Cary Grant.

—¡Oh! Me encanta Cary Grant —dijo Ángeles—. Tiene esa barbilla impertinente que me hace reír, y una elegancia... Siempre va muy repeinado.

—¡Es un *gentleman*! —respondió Jaume, imitando sus gestos, a pesar de que su cuerpo rechoncho difería mucho del del galán del celuloide. Jaume siempre procuraba arrancarle una sonrisa a la hermana de su novia.

—¡Mira que eres tonto! —dijo la muchacha—. Y ¿cómo se llama la película?

—¿Cuál? ¿La de Cary Grant?

—Sí, sí.

—*Princesa por un mes*, creo.

Lola chasqueó la lengua.

—Que títulos más cursis les ponen —dijo—. Seguro que va de reyes y reinas y toda su corte.

—No exactamente —la corrigió Jaume, que siempre iba al cine bien informado—. He leído que trata de una actriz que suplanta a una princesa en un viaje oficial, y que en ese viaje topa con un editor muy perspicaz que vete a saber si adivina el engaño.

—A mí, mientras salga Cary Grant, me gusta —opinó Ángeles.

Llegaron al cine y pronto comenzó la otra película, la de Loretta Young y Robert Taylor, que era una comedia romántica sobre un aristócrata que se enamora de una chica del servicio. La típica historia imposible, pensó Ángeles, un amor que no entiende de clases y que termina sorprendentemente bien. Pero le parecía bien: durante más de una hora se concentró en aquella Loretta Young soñadora que, cuando sonreía, mostraba unos dientes tan grandes como los suyos, y enseguida se puso en su piel.

Carmen se quedó en casa y, después de haber cosido la última prenda del día, le dijo a su madre que salía al patio. Se instaló bajo la higuera al final de una tarde que se le había hecho larga de tanto aguardar el momento de estar sola. Cogió la última carta que le había enviado Javier para releerla. Lo había hecho un montón de veces y aún tenía mucho en que pensar.

Javier le había estado escribiendo cada día, tal como había prometido que haría antes de irse, y a través de las cartas la tenía al

corriente de su periplo, que aún no había acabado. Hacía poco que le había comunicado que se iba a Toledo y que desde allí avanzaría con su batallón hacia el frente de Madrid. Le aseguraba que, una vez que llegaran a la capital, la guerra se habría terminado y entonces podrían concentrarse en ellos dos y en construir por fin aquella vida que tanto habían soñado. «Cuando vuelva a casa, querida Carmen, será para no irme nunca más», escribía en cada carta.

También solía mencionar a su familia, que había cerrado la tienda de moda y se había establecido definitivamente en Sant Adrià. Allí tenían un bloque de pisos que alquilaban antes de la guerra y que ahora ocupaban. Un piso para los padres; otro para Griselda y su marido —supo por Javier que la chica se había casado y era madre de un niño—; el de arriba para su hermano mayor y su familia, y aún quedaba uno vacío. Le contaba que las cosas no les iban tan bien como antes, pero que salían adelante mucho mejor que la mayoría. «Griselda me ha dicho que irá a hacerte una visita —comentaba Javier en su última carta—, ya sabes que tuvimos una conversación y está muy arrepentida por no haberte dicho nada en todo este tiempo. La verás muy cambiada, Carmen, la maternidad la ha ablandado y está tan contenta de que siga vivo que solo quiere mi felicidad. Ella nos ayudará con mis padres, los convencerá para que ambos nos acojan con los brazos abiertos. Ya saben que, si no fuese así, tampoco me tendrán a mí».

Carmen dejó la carta sobre el regazo e inspiró el aire vespertino. El cielo flameaba con pinceladas lila y naranja y se perdió en él por unos instantes. Tenía que responder aquella carta, que contenía una propuesta concreta en el último párrafo. Javier le decía que, al terminar la guerra, se licenciaría y ya podrían comenzar a preparar su futuro. «Querría que nos casáramos en seguida, Carmen, y había pensado en pedir a mis padres que nos dejaran ocupar el piso que queda vacío en Sant Adrià. Sé que no es exactamente lo que habíamos planificado, que te dolerá dejar a tu familia y el barrio donde has vivido, pero quiero que sepas que no te faltará de nada, que mi hermano mayor me está ayudando con unas gestiones que, si prosperan, nos permitirán llevar un negocio. Se trata de un local recreativo en Sant Adrià que consta de bar, sala de billar y sala de baile. Sí, Carmen, ¡sala de baile! Quiero creer que con esto te he arrancado una sonrisa. ¿Te acuerdas de la del Círcol? Haríamos que esta funcionara los fines de semana y tú serías la jefa, ¿qué me dices?».

Carmen contemplaba abatida el resplandor en el cielo, que se apagaba para dar paso a la inminente oscuridad. Se debatía por dentro

y se decía: «Esto no es justo, con lo que he esperado, con lo mucho que he imaginado este momento y ahora tengo que elegir una opción que no es la que yo quería». Suponía que irse de Sants era perder del todo a su familia, que ya no habría lugar para la reconciliación con sus hermanas porque la distancia haría que la olvidaran del todo. No podrían ver lo feliz que sería junto a Javier, ni tampoco ser conscientes de lo mucho que se habían equivocado con él. Carmen estaba convencida de que su amor podría superarlo todo y que sus hermanas al final se adaptarían. Que, al cabo de los años, la guerra quedaría muy lejos y que el tiempo todo lo curaría. Pero ¿cómo iba a ser eso posible si ella se marchaba?, ¿cómo se puede vivir tan lejos de todo lo que una conoce y ama?, se preguntaba.

Y, pese a la aflicción que la invadía, ese día en el patio escribió a Javier para decirle que accedía, le dijo que sí a todo. Y entonces le entraron unas terribles ganas de llorar.

4

A comienzos de abril se acabó la guerra y, aun así, Pilar no tuvo noticias de Joan. Los primeros días se dijo que ahora sí, «ahora me lo enviarán a casa y podremos volver a ser una familia, ya no será necesario que haga de padre y de madre, de cabeza de familia, que todos dependan de mí. Ahora sí, por fin, seremos Joan, Pepito y yo, y también la niña hasta que vuelvan Julia y Martí. Retomaremos nuestras vidas allí donde las dejamos y borraremos esta maldita guerra de nuestras mentes. Comenzaremos de nuevo, no discutiremos y no le reprocharé nada, no hablaremos de la guerra porque ¿quién quiere hablar de miseria y de todas las cosas tristes que nos han ocurrido? Miraremos hacia delante y ya nada nos detendrá porque estaremos juntos, lo haremos todo juntos».

Pilar vivía con todas esas promesas que se hacía a sí misma, pero cada día que pasaba se sentía más angustiada. «¿Por qué no sé nada? —se preguntaba—, ¿qué puede haberle ocurrido? ¿Qué razón puede haber para que no vuelva a casa y no reciba ni un telegrama, una carta?».

Y mientras seguía esperando a Joan, Julia volvió a casa. Se presentó en el piso de la calle Munné un buen día a la hora en que abría el salón. Casi le pareció un espejismo al verla al otro lado de la puerta.

—¡Julia!

Se abrazaron y así permanecieron durante unos instantes, no querían separarse la una de la otra. Al final fue Julia quien deshizo el abrazo.

—¿Y Juanita? Me ha dicho mamá que la encontraría aquí.

—Ángeles se la acaba de llevar al colegio.

Julia hizo el ademán de irse, a ver si daba con ellas, pero se lo pensó mejor.

—He esperado tanto que poco importa un momento más —le dijo a Pilar—. Te tengo que contar muchas cosas...

—Pero pasa, pasa, no nos quedemos aquí.

Pilar cerró la puerta y rezó para que ninguna clienta las molestara durante un rato. No podía creer que estuviera allí —venía sola, pensó

—, sana y salva.

—¿Y Martí?

Julia bajó la cabeza.

—No llegué a Francia.

—Y ¿dónde has estado todo este tiempo? —Pilar la miró con gran desconcierto.

—En Portbou, doña Rosalía ha cuidado de mí.

—¿Qué ha pasado, Julia?

Y entonces su hermana le narró el largo periplo desde que se había subido al carro de la familia de Ramona. Habían ido camino de Francia junto a mucha otra gente. Carretera arriba, por el lado de la costa, pasando de pueblecito en pueblecito.

—¡Éramos tantos, Pilar! No te puedes hacer una idea... Y entonces nos comenzaron a bombardear. Venían los aviones fascistas y se lanzaban contra nosotros, contra familias enteras, niños, mujeres, ¡sin distinción! No querían que llegáramos a la frontera y por eso nos querían matar a todos. Cada vez que escuchábamos el ruido de los aviones, bajábamos del carro y corríamos a la cuneta. En una de esas mataron a Antonio, el marido de Ramona. —Mientras negaba con la cabeza, la apoyó en una mano—. Pobre Antonio... Ramona y yo tuvimos que continuar el camino con los dos niños, ni siquiera lo pudimos enterrar. Acababan de matar a su marido, yo la miraba y no entendía cómo podía seguir adelante... Pero lo hacía por sus hijos, su obsesión era salvar a los pequeños.

»Pronto conseguimos llegar cerca de la frontera, estábamos justo al lado de Portbou y pensé en doña Rosalía, sabía que vivía allí. Estuve tentada de ir a verla, pero Ramona me dijo que no, que ella no perdería ni un día porque la frontera la podían cerrar en cualquier momento. Le hice caso y seguimos con el carro. Entonces nos volvieron a atacar. Escuchamos los motores de los aviones y corrimos de nuevo hacia la cuneta. Nos lanzamos al suelo y cada una protegió a un niño. Llorábamos y gritábamos, Pilar, de la rabia que sentíamos. Cubríamos a los niños con nuestro cuerpo, uno debajo de cada una, y yo no hacía más que pensar en Juanita. Estuve a punto de dar media vuelta muchas veces, pero entonces me decía que ya faltaba poco, que al otro lado de la frontera estaba Martí y que primero lo tenía que encontrar a él y luego ya veríamos. Y entonces me hirieron. Estando en aquella cuneta, me llegó la metralla y noté un dolor en la pierna izquierda muy agudo... Ni siquiera te lo puedo explicar.

Pilar permanecía callada, y en aquel momento la tomó de las manos.

—¿Qué hiciste?

—No podía seguir con aquella herida, alguien tenía que extraer la metralla incrustada y allí no había ningún médico. Le dije a Ramona que siguiera, solo le pedí que me acercara al centro de la localidad porque yo no podía caminar. Que acudiría a doña Rosalía y que ella me acogería y buscaría a alguien que me pudiera curar. Perdía sangre y estaba muy asustada. La pobre Ramona no quería dejarme, pero yo le decía que no se podía arriesgar a que cerraran la frontera, que eso nunca me lo perdonaría. Cuando localizamos a doña Rosalía, comprobó que estaba en buenas manos y se marchó.

—¿Encontraste un médico?

—Por supuesto. Doña Rosalía y su hermana se ocuparon de todo. Ellas mismas me hicieron las curas durante las semanas siguientes y su casa se convirtió en un refugio provisional.

En ese punto, Julia suspiró, y en el gesto su hermana vio todas las zozobras que había vivido.

—Cuando estuve en condiciones de volver a caminar —prosiguió —, los nacionales ya habían llegado a la raya y la frontera estaba controlada por ellos. Perdí mi oportunidad.

—Pero, Julia, ha pasado mucho tiempo, ¿cómo es que no has vuelto hasta ahora?

La muchacha esbozó una media sonrisa, como si de alguna manera se disculpara o se avergonzara de lo que había hecho.

—Estaba tan empeñada en cruzar a Francia que buscaba alternativas, esperaba una nueva ocasión. No podía volver con las manos vacías, sin Martí. No me había ido y dejado a la niña para nada.

—Y ahora que ha terminado la guerra has vuelto —concluyó Pilar, que estaba tan conmovida por su relato, y al mismo tiempo tan feliz de tenerla otra vez en casa, que no quería juzgarla.

—Ahora que ha terminado la guerra podré hacer gestiones desde aquí para recuperar a Martí —respondió ella—. Estoy segura de que, tan pronto como pueda, nos escribirá una carta desde donde sea y entonces podré mover los hilos necesarios para hacer que vuelva.

—Si fuera tan fácil... —resopló Pilar—. Joan no ha salido de España y todavía no sé dónde está.

—¿No has tenido ninguna noticia? —le preguntó.

—Nada de nada de momento.

Julia la abrazó para darse fuerzas mutuamente.

—Ahora estamos juntas y nos ocuparemos de eso.

Pilar le habló de Juanita y de cuánto la necesitaría a partir de ahora.

—Se ha estado haciendo la fuerte todo este tiempo, pero por

dentro está rota. Te echa mucho de menos y ahora tienes que demostrarle cuánto la quieres. ¿Lo entiendes?

Desde luego que Julia lo entendía, y por dentro sintió ese pinchazo de remordimiento que se repetía cada vez que pensaba en eso. Aún no sabía cómo afrontar la situación con su hija, ni siquiera estaba segura de cómo reaccionaría ella misma al volver a verla tras aquellos meses de separación. Se fue cuando le costaba mirar a su hija sin ver en ella la razón por la que se había tenido que separar de Martí, sin poder evitar aquel resentimiento que le subía por la garganta y que la convertía, seguramente, en la peor madre del mundo. Y ahora, ahora volvía a estar allí sin haber podido recuperar a su marido. Pero saldrían adelante, madre e hija compartirían la lucha por recuperar lo que más amaban. Eso las tenía que unir.

Antes de que Julia se fuera de casa para ir al colegio en busca de su hija y darle la mejor sorpresa que podía esperar, Pilar quiso ponerla al día de la ruptura con Carmen.

—No hace falta que me lo cuentes, lo sé todo —respondió de inmediato Julia—. Mamá me ha puesto al corriente de la situación y también lo ha hecho Carmen.

—¿Has hablado con ella? —Pilar se echó hacia atrás.

—Me ha contado su versión y también me ha anunciado que, ahora que ha terminado la guerra y Javier está a punto de volver, se casarán enseguida y se irán a vivir a Sant Adrià.

Pilar enmudeció. Aún no lo sabía.

—Así pues —respondió con amargura, aunque ya se lo esperaba —, veo que ya ha elegido.

Julia le tomó una mano entre las suyas y la miró con mucha seriedad.

—¿No lo ves, Pilar? Javier nos podrá ayudar a recuperar a nuestros maridos. Eso es lo único que cuenta ahora mismo.

5

A mediados de abril, Javier volvió a casa. Fue directo a ver a Carmen, tenían mucho de que hablar. No llegó con las manos vacías, sino con un sobre y una historia que quizá salvarían a aquella familia de una fractura demasiado dolorosa para su prometida.

—Tenemos que ir a ver a Pilar enseguida —le pidió.

Y así lo hicieron. Javier llevaba una carta de Joan dirigida a ella y, antes de que pudiera echarlos del piso e iniciar otra discusión, se la mostró.

—Es para ti, Pilar, me la ha entregado Joan en persona.

La muchacha se sintió tan sobresaltada que no reaccionaba.

—Nos dejarás entrar, ¿verdad? —dijo Carmen, en un tono que se parecía a un ruego.

Pilar se hizo a un lado para dejarlos pasar, aunque no abrió la boca. Tenía el sobre en las manos y lo miraba. Se sentó y, como si no estuvieran, empezó a leer.

> Los Alcázares
> Hogar del Soldado
> Murcia
>
> Queridos esposa e hijo:
>
> Celebraré que al estar esta en vuestro poder estéis bien. Yo por ahora disfruto de igual beneficio.
>
> Pilar, siento un placer inmenso al poder escribirte después de tanto tiempo. Hoy por fin me es posible hacerlo y quisiera saber de vosotros y al propio tiempo comunicaros mi situación y paradero.
>
> Estoy en calidad de detenido de guerra...

Pilar dejó escapar un largo suspiro y notó que su cuerpo cedía, que se relajaba después de mucho tiempo. Los miró de solayo, pero aún no estaba preparada para hablarles. Apretó los ojos para no echarse a llorar y retomó la lectura de la carta. Joan le contaba que, de momento, lo tendrían retenido allí, como a muchos otros compañeros suyos, hasta que se celebrara el juicio sumarísimo por el

cual lo acusaban de rebelión militar. Todo ello escrito en un castellano artificioso que se le hizo extraño, como si no hablara su marido, lo que le hizo pensar que la carta debía de haber pasado por la censura, que probablemente se callaba muchas cosas y decía otras solo para agradar al censor y asegurarse de que se la dejaran enviar. En cualquier caso, Pilar se aferró a los datos que facilitaba: que lo tenían retenido, pero trabajando de mecánico, reparando los aviones averiados —por tanto, debía de estar más o menos bien de salud—; que confiaba en que el juicio se celebraría muy pronto —es decir, que tenía unas ganas locas de volver a casa, pero no sabía cuándo sería—; que, dado que no había hecho nada malo, esperaba que todo se resolviese a su favor —eso era un grito de esperanza, una manera de decirle que no desfalleciera—, y que lo que pedía al final de la carta era que lo ayudara a conseguir algunos informes, declaraciones firmadas por personas autorizadas que hablaran de su buen comportamiento. Ahí fue cuando miró a Javier, que asintió con la cabeza.

—¿Cómo lo has visto? —le preguntó doblando la carta con mucho cuidado.

Javier le contó que había hecho gestiones para localizarlo, había dado voces en diversos centros de detenidos y, cuando finalmente le dijeron que estaba en Los Alcázares, se había presentado allí.

—Está bien, Pilar. Más delgado, eso sí, pero en perfecto estado de salud.

A continuación le relató el día que habían pasado juntos. Nada más llegar, Javier había pedido un permiso especial al suboficial de guardia para sacarlo de allí durante unas horas bajo su responsabilidad.

—Fuimos a Cartagena, donde comimos unas tapas, y luego a Murcia, a pasear. Cenamos juntos y al final de la tarde lo llevé a Los Alcázares.

En ese punto, Javier sacó una cosa del bolsillo interior de la americana y se la entregó a Pilar. Se trataba de una tira de fotografías que se habían hecho para inmortalizar aquel día. Ambos salían sonrientes: Javier, con el uniforme que tanto le había excitado la última vez; Joan, con la cara más enjuta y los ojos cansados, pero era él. El pecho se le llenó de una oleada de amor. Y también de gratitud. Miró a Carmen y a continuación posó sus ojos en Javier.

—¿Has hecho esto por mí? —preguntó.

—Y más que haré —le aseguró él—. Pilar, pronto seremos familia. Yo ya os siento así. Y te prometo que haré todo lo posible para que Joan vuelva a casa, y también Martí.

Pilar cubrió su rostro con ambas manos y se echó a llorar. Ahora sí. Carmen se acercó y la rodeó con sus brazos. Una cabeza contra otra, ambas hermanas cerraban heridas.

—Ay, Pilar... No sabes cuánto te he echado de menos —iba diciéndole en un murmullo.

Javier se despidió con la promesa de que hablaría con el juez que le asignaran a Joan y que comenzaría a redactar un buen escrito con su declaración jurada.

Cuando se hubieron ido y se quedó sola, Pilar no podía dejar de mirar aquella tira de fotografías. Acercaba los labios a los de su marido y le parecía que ya casi podía tocarlo.

6

Javier se licenció del Ejército y él y Carmen empezaron a preparar su boda. Sería una ceremonia sencilla, pero la pareja estaba entusiasmada porque finalmente acudirían ambas familias. Los Martínez habían acabado entendiendo que oponerse no los llevaría a ninguna parte, ya que Javier estaba absolutamente convencido. Y, después de aquellos años de incertidumbre y ausencia, lo último que querían era perder a su hijo. Eso no quería decir que aceptaran a Carmen de buen grado, en el fondo seguirían pensando que no era la chica adecuada, pero las formas eran las formas y ellos sabían bien cómo mantenerlas. Las hermanas de Carmen tampoco saltaban de alegría ante aquel enlace, pero todas accedieron a asistir porque Javier había dejado bastante claro que estaba dispuesto a ayudarlas. María observaba a su hija en aquellos días y respiraba aliviada, por fin volvía a verla sonreír. No obstante, no se le escapaba que, detrás de aquel velo de felicidad, se ocultaba también la pena por tener que dejarlas a ellas y el barrio donde había crecido.

Griselda, tal como dijo a su hermano, fue a visitarla y no solo eso, sino que se ofreció a ayudarla a amueblar el piso y mostrarle el que sería su nuevo barrio. A finales de abril fue a buscarla con el coche y juntas se fueron a Sant Adrià. La acompañó a encargar algunos muebles, la presentó en los comercios que formarían parte de su nuevo día a día, y mientras le daba los consejos propios de una mujer casada y madre de un hijo, la tomaba del brazo con familiaridad.

A Carmen se le hacía extraña aquella proximidad. Quizá era verdad que la maternidad la había dulcificado y vuelto más afectuosa, o quizá solo lo hacía para complacer a su hermano. Lo cierto era que se esforzaba y por eso ella también quiso tragarse un poco el orgullo, o más bien el despecho que aún le quedaba, y procuraba corresponderla tanto como podía.

—Ya lo verás —dijo su futura cuñada mientras paseaban por Sant Adrià—, aquí te adaptarás muy bien.

Y Carmen quiso creerlo.

—¡Tengo tantas ganas de tenerlo todo preparado!

Griselda la miró satisfecha.

—No echarás de menos a tus hermanas, Carmen, porque a partir de ahora me tendrás a mí.

Carmen respondió con una sonrisa porque, si hubiera pronunciado una sola palabra, se le habrían saltado las lágrimas. Ya notaba en el pecho el peso de una separación que no deseaba: ahora que había recuperado a sus hermanas, se tenía que alejar. No obstante, se obligó a no pensar en ello y trató de concentrarse en todo lo bueno que vendría.

Llegó el día de la boda y todos estuvieron de acuerdo en que la novia era la más bella y elegante que habían visto en mucho tiempo. Vestía de blanco inmaculado y entró en la iglesia acompañada del tío Miguel. Con pasos lentos, debido a la edad de este, fueron avanzando por la nave bajo la mirada expectante de amigos, vecinos y familia. El tío Miguel lloraba, no lo podía evitar, porque en momentos como aquel añoraba más que nunca a su hermano. Cada vez que se perdía algo importante para la familia, cada vez que les ocurría algo bueno, se lo decía en su pensamiento: «¿Ves? Esto también te lo has perdido».

Miguel avanzaba por aquel pasillo llevando al altar a su tercera sobrina, y se le hacía largo y al mismo tiempo lo quería largo porque le permitía saborear el momento; contemplaba a las otras chicas, las hermanas de Carmen, que admiraban a la novia desde el banco de la primera fila tras haber dejado atrás sus diferencias. Le conmovía el afán de todas y cada una de ellas, y aquello le infundía esperanzas en un futuro que él quizá ya no vería. En el otro banco, la familia del novio los miraba con un aire más estirado, y el tío rezó para que acogieran a Carmen como se merecía después de tanto esperar.

Miguel sentía el peso de los años, pero sobre todo sentía que no le interesaba nada que no fueran aquellas chicas, la única alegría que le quedaba, porque el mundo exterior se le había vuelto demasiado pesado. Salía poco, no se prodigaba con los antiguos compañeros de la fábrica ni del café. Las manos todavía le funcionaban —mucho más ágiles que el resto del cuerpo—, y se pasaba el día en el taller haciendo juguetes para las nuevas criaturas de la casa. Y siempre con los ojos vidriosos, como en ese momento en que avanzaba por el pasillo y no miraba a Carmen para no llorar todavía más. Todo le hacía llorar, las cosas buenas y también las malas. Miguel solo deseaba vivir para poder ver a los hombres volver a casa, aquellos a los que las chicas amaban y sin los cuales no concebían ser felices. Él solo quería eso y nada más, y quizá dejar esta vida y reunirse por fin con su hermano.

A pocos metros del altar, María dio un paso adelante para tocar la mano de la hija que se le casaba y Miguel pensó: «Esta mujer, esta cuñada mía, es lo mejor que le pudo pasar a mi hermano, y a mí también». Se imaginó que un día volvían a estar los tres juntos y riendo, en un lugar indeterminado donde la vida no les pesaba y las preocupaciones habían desaparecido. Se lo imaginó tan bien que empezó a llorar y sonrió a Carmen antes de entregarla a su futuro esposo.

Carmen y Javier se marcharon del barrio, pero no fueron los únicos en dejar la familia aquel mes de mayo. Mientras el buen tiempo asomaba en aquel inicio de primavera, el tío Miguel dijo basta y murió casi como un pajarito. Una de aquellas tardes en que aún estaba en el taller, dejó las herramientas bien ordenadas, algún juguete sin terminar y se fue sin hacer ruido, como hizo en vida. Aquella noche, al llegar a casa, se quedó dormido y ya no se despertó. Lo encontraron al día siguiente, y a María le pareció que perdía del todo a su marido, ya solo quedaba ella, y lo lloró como a un buen hermano.

7

Ángeles contemplaba la vida y los cambios a su alrededor como si no tuvieran nada que ver con ella. Nada le emocionaba de verdad, pero tampoco le preocupaba mucho. Todo el mundo se iba yendo de casa y ya solo quedaban su madre, Lola y ella. Tenía asumido que Lola no tardaría en casarse y que ella sería la hija que se quedaría para vestir santos, que cuidaría de su madre y de los hijos de las demás. Ángeles vivía con la dolorosa sensación de haberse quedado viuda antes de serlo y, poco a poco, iba asumiendo su papel. Por la mañana cosían las tres y por la tarde Lola se iba a la tintorería, donde, por suerte, tenía más trabajo que en casa. Los encargos del sastre se habían reducido tanto que Ángeles se veía a menudo sin nada que hacer. Entonces se ponía la chaqueta y con cualquier excusa salía un rato a la calle. Paseaba, se entretenía un rato más de lo necesario y saboreaba la vida a través de las miradas de los otros, porque la suya se había quedado completamente vacía. Como un pozo seco.

Los pasos la conducían sin remedio al colmado Grau, donde Emili siempre le tenía guardado algo de comer en la trastienda. Porque desde que funcionaban las nuevas cartillas de racionamiento, las cosas aún se habían vuelto más difíciles, los productos racionados se habían multiplicado y el hecho de tener buenos contactos marcaba la diferencia. Emili siempre pensaba en ella y sus hermanas, pero no eran las únicas, ya que contaba con un grupo de gente del barrio a la que ayudaba bajo mano. La clientela llegaba con los cupones que había que recortar: cien gramos de arroz por cabeza, cien gramos de lentejas... Delante del colmado se iba formando una cola tan larga que apenas podían atenderla entre Vicenç y él. Siempre se les hacía tarde, pero, cuando cerraban la puerta delantera, abrían la trasera y allí Emili atendía a sus protegidos.

Era un martes ya tarde cuando Ángeles entró en el colmado Grau al ver que todavía estaba encendida la luz de la tienda y la puerta principal estaba abierta. Dentro ya no quedaba ninguna clienta y Emili

estaba ordenando los artículos detrás del mostrador. Tenía una expresión ceñuda.

—Emili, ¿aún tienes abierto? —preguntó la muchacha a modo de saludo.

—Ya lo ves —resopló de mal humor—. Ordenándolo todo más solo que la una.

—¿Y dónde tienes al ayudante? ¿Ya se ha ido?

Emili alzó ambas manos en un gesto de impotencia.

—Sí, Ángeles, Vicenç se ha ido y no volverá.

La chica puso cara de sorpresa.

—Quieres decir que...

—Quiero decir que me ha dejado plantado, chica, ya lo ves. De un día para otro me he quedado sin ayudante. ¡Con la de trabajo que tengo! No sé cómo voy a salir de esta.

Emili salió de detrás del mostrador y se quitó el guardapolvo.

—Pero ¿dónde ha ido? —preguntó Ángeles, que aún no lo entendía.

Él sacudió la cabeza, disgustado.

—A la competencia, se ve que paga mejor que yo.

Le indicó a la muchacha que lo siguiera a la trastienda.

—Y ahora ¿qué vas a hacer? —preguntó mientras se sentaba en una silla y aceptaba una taza de café humeante que el muchacho le ofreció. Lo guardaba para los momentos difíciles, porque en el día a día todo el mundo ya se había acostumbrado al sucedáneo de la achicoria. Él también se sirvió una taza y, con aire abatido, se sentó a su lado.

—Tendré que buscar un nuevo ayudante, qué le vamos a hacer. Me tocará enseñarle cómo funciona todo, otra vez a empezar desde cero. —Nada más pensarlo, se llevó la mano a la frente—. ¡Madre mía!

Ángeles le tocó el hombro, pero no dijo nada. Compadecía a su amigo y dejó que se desahogara un momento. Entretanto, en su cabeza ya maduraba una propuesta que iba tomando forma. Cuando él se hubo serenado un poco y guardó silencio, ella lo soltó:

—Yo te podría ayudar —dijo en un tono prudente.

—¿Tú? —Emili la miró con ojos como platos a través de las gafas —. Pero... ¿y el sastre?

—El sastre ya no nos da suficiente trabajo para todas, Emili.

—¿Lo dices en serio? No me habías contado nada.

—Y ¿por qué tendría que contarte mis miserias?

—Porque yo te cuento las mías.

—Tienes razón.

Se quedaron un rato callados.

—¿De verdad podrías trabajar conmigo? —le preguntó.

A Emili le funcionaba la cabeza a toda velocidad y solo veía ventajas: Ángeles conocía el negocio y era de absoluta confianza. Era metódica, ordenada, trabajadora, inteligente y seria. Y, por encima de todo, era su amiga y la chica que su añorado Daniel había amado.

—Quizá antes te lo quieras pensar un poco... —le concedió él.

Pero Ángeles estaba muy decidida.

—No, Emili, no me hace falta. Si me quieres como ayudante, me harás un favor a mí y a mi familia. Y te aseguro que no te defraudaré.

—Eso ya lo sé, no hay ni que decirlo —respondió él mientras sus labios formaban una sonrisa. Casi no se lo podía creer: un rato antes estaba abrumado por la idea de haberse quedado sin Vicenç y ahora se le ofrecía una ayudante aún mejor.

Ángeles dejó el hilo y la aguja por los comestibles y pronto se hizo imprescindible en aquel negocio al que acudía desde pequeña, en aquel establecimiento donde había vivido tantas cosas y que, sin previo aviso, se convertiría en una parte importante de su mundo.

8

Julia se presentó en la fábrica al cabo de pocos días de regresar porque había oído que los Muntadas, que habían llegado poco después que los nacionales, habían ido readmitiendo a los trabajadores sin hacer depuraciones. La gente se había presentado en la puerta de la fábrica desde las primeras semanas y don Pepe les hacía firmar un papel, una declaración jurada de cuatro páginas en la que el aspirante tenía que escribir algunos datos, como su filiación, la fecha en que había comenzado a trabajar en la España o la categoría que había alcanzado antes de la guerra y durante el conflicto; también algunos datos personales y detalles de su situación familiar, pero Julia no se echó atrás porque necesitaba el trabajo y volver a una cierta normalidad. Retomó la jornada completa, seis días a la semana, y solo los domingos se permitía pensar.

El resto de los días vivía entregada a las máquinas que tanto conocía, cuyo ruido incesante ya no la molestaba, más bien al contrario: la acompañaba. Se reencontró con algunas compañeras, no todas, pero aún había de aquellas que habían comenzado tan jóvenes como ella, y poco a poco fue recuperando su lugar en el mundo. Si podía hacer medio turno más, lo hacía; si había una baja que cubrir, se ofrecía; cualquier cosa que la mantuviera ocupada y que le permitiera llevar más dinero a casa, ahora que tanta falta les hacía.

Madre e hija habían vuelto al piso de la calle Galileu y habían reanudado su vida de antes con la dolorosa ausencia de Martí. Pero Julia había prometido a la niña que no sería por mucho tiempo, que su padre pronto les escribiría o, aún mejor, volvería a casa. Se lo decía a Juanita y se lo decía a sí misma, y ambas se aferraban a la posibilidad de tener noticias al día siguiente. La primera noche que pasaron en el piso tras el regreso de Julia, Juanita le pidió que se quedara con ella hasta que se durmiera, como si le diera miedo cerrar los ojos y que su madre se volviera a marchar, de manera que Julia accedió y desde entonces se había convertido en una costumbre. En cuanto Juanita se dormía, Julia volvía a la cocina sin hacer ruido, llenaba un barreño con agua y sal y metía los pies, doloridos después de tantas horas trabajando. Ese pequeño placer que le subía por todo

el cuerpo la reconciliaba consigo misma, y entonces se permitía pensar en Martí. Se preguntaba dónde debía de estar en aquel preciso momento, cómo estaría, qué pensaría y si la añoraba tanto como ella a él. A veces se desesperaba y maldecía por no haber conseguido cruzar a Francia. Y otras se decía que solo tenía que esperar, que él haría todo lo posible por volver.

En la fábrica, las compañeras tejedoras le contaban sus historias. Muchas habían perdido a su marido en la guerra, a algunas se les había ido a Francia, como a ella, y también había otras que lo tenían allí, sí, pero encerrado en un campo de concentración a la espera de juicio o directamente en la cárcel. Se hablaba de las pésimas condiciones en que los tenían los franquistas y Julia se preguntaba qué era mejor, que su marido volviera o que se quedara un tiempo allí donde estuviera. Las tejedoras le contaban sus penalidades y cómo se las ingeniaban para conseguir comida para sus hijos. Algunas comenzaron a llevarse algunas cosas a casa: un trozo de tejido, una madeja de hilo, una pastilla de jabón del aseo de la fábrica...; cualquier cosa que pudieran intercambiar por comida o por lo que más necesitaran. Julia se estremecía con solo pensar en tener que llegar a eso porque sabía que, si te pillaban, te echaban a la calle directamente.

Un sábado de junio fue Trini, aquella chica que había entrado en la fábrica poco después de Pilar, quien quiso intentarlo. Julia todavía recordaba las bromas que le hacía Pilar a cuenta de aquel moreno de la sección de Blanqueo, con el cual, cosas de la vida, había terminado emparejada. Tenían tres niños y a él lo habían metido en un campo de concentración. Trini hacía lo que podía, pero no lograba salir adelante. Ese día pidió a Julia que la cubriera.

—¿Me ayudarás hoy a salir? —le preguntó en un susurro cuando se aproximaba el final de su turno.

Se abrió la camisa con discreción y le mostró un retal de seda que llevaba rodeándole la cintura.

—¿Estás loca, Trini? —le advirtió—. ¿De dónde lo has sacado?

Miró a ambos lados para comprobar que nadie las observaba.

—Es de una pieza del almacén —respondió ella deprisa—, nadie lo notará. ¿Verdad que no abulta? La seda es el tejido más fino que he encontrado.

—Ya sabes que Galindo tiene chivatos por todas partes... ¿Y si te han visto?

—Me he asegurado, Julia, no me ha visto nadie.

Julia movió la cabeza.

—¿Y qué vas a hacer al salir? Si los tipos que hacen los registros

se fijan en ti... Sabes que te echarán a la calle sin contemplaciones. No te juegues el pan de tus hijos, mujer.

—Mis hijos se morirán de hambre si no consigo algo más. ¿No lo entiendes?

Se quedaron en silencio.

—Pero tú me ayudarás a salir, ¿verdad, Julia? —le pidió la muchacha con determinación.

Julia la miró fijamente y comprobó que no quedaba ni rastro de la chica tímida e insegura de otros tiempos. Sabía que tenía que ayudarla.

Sonó la sirena y las mujeres empezaron a recoger y a salir de la nave. Se les unieron los hombres y, como un aluvión, comenzaron a desfilar unos y otros hacia la salida. Julia tironeó del brazo de Trini y ambas se situaron en medio, ni al principio ni al final de la multitud. Delante iban unas compañeras que charlaban despreocupadas mientras Julia notaba el pulso en la sien, a pesar de que no llevaba nada escondido. ¿Y si cacheaban a Trini? ¿Qué podría hacer ella por evitarlo? Sabía que tenía que apoyarla, pero no se le ocurría cómo. En la salida se formó el atasco habitual porque los hombres de Galindo escogían a algunas trabajadoras para registrarlas. Las chicas se iban acercando y Julia echó una ojeada a Trini por si parecía nerviosa, por si llevaba la fechoría escrita en los ojos. Pero no, le pareció que estaba tranquila y, por un instante, se preguntó si era la primera vez que lo hacía. «Da igual —se dijo—, de esta tenemos que salir enteras, ella y yo». Al pasar por delante de los hombres que las registraban, uno de ellos agarró a Trini del brazo y la apartó del resto. «Ya está», se dijo Julia. Y entonces, sin pensarlo, se puso a su lado y se enfrentó al tipo.

—¿Qué haces? —le dijo.

—¿A ti quién te ha dicho nada? —respondió él.

—¡Siempre hacéis lo mismo! —se quejó Julia, que iba alzando la voz—. Cogéis a las chicas más monas para magrearlas con la excusa de que no se lleven nada.

A su alrededor había muchas compañeras tejedoras que enseguida la secundaron.

—¡Tiene razón! ¡Déjala en paz! —dijo una de ellas encarándose con él.

—Sí, ya está bien de tocarnos las tetas y el culo cada día, ¡que somos mujeres casadas, chaval! ¡Y madres de familia!

Algunos obreros del ramo del agua se sumaron al runrún mientras Trini los miraba inexpresiva, tan calmada que Julia hasta dudó si no se habría librado del retal de seda.

El hombre que debía inspeccionarla notó tantas miradas sobre él

que apenas la tocó.

—Nosotros hacemos lo que nos mandan, ¡caramba! ¡Yo no me aprovecho de nadie! —exclamó ofendido.

El caso es que no notó el bulto, que Trini salió del recinto y que, cuando ya se habían alejado unas calles, se echó a reír. Le entró una risa floja, un poco histérica, de alivio.

—¡Lo he pasado fatal, Julia! —dijo triunfante—, pero gracias a ti no me han pillado. No lo olvidaré, te debo una.

—No me debes nada —respondió ella, que aún estaba digiriendo el mal trago—, pero no me lo pidas más, ¿entendido? Que yo también tengo que pensar en mi hija.

—¡Entendido! —prometió Trini.

Giró en la siguiente esquina y Julia todavía la observó unos instantes. Caminaba ligera, satisfecha por el trozo de seda que le rodeaba la cintura y con el cual podría conseguir comida o algo necesario para casa. Y se preguntó si ella también lo haría, llegado el caso, si no tuviera a nadie más que a Juanita. Se preguntó si lo arriesgaría todo por ella como Trini por sus tres hijos. Y se dijo que sí. Por primera vez en mucho tiempo, Julia aceleró el paso hacia casa porque de repente le habían entrado unas ganas locas de abrazar a su hija.

A finales de junio llegó la primera carta de Martí desde Francia. Un par de hojas con letra diminuta y comprimida que Julia devoró con el corazón encogido y el ánimo un tanto aliviado. Le escribía desde Vernet, un campo de concentración donde lo tenían retenido, pero del que no daba muchos detalles. La carta era un compendio de amor y añoranza que le hizo llorar en algunos momentos y pensar en otros. «Nuestra separación me ha permitido conocer en todas sus formas la sublime serenidad del calor del hogar —escribía en el segundo párrafo —, así como el valor y la importancia del amor y la ternura que nos profesamos». Le decía que estaba harto de dar vueltas por el campo y que solo pensaba en ellas dos y en sus caricias, que tanto necesitaba. «Tengo mucho tiempo para pensar en nosotros, Julia, en esa vida de trabajo, confortable y sencilla, que llevábamos y que, mientras la disfrutaba, la consideraba un hecho natural. A veces me parece que no lo podré soportar». Esto le hizo fruncir el ceño y maldecirse por no haber podido llegar a la frontera. «Este destierro se me hace muy cuesta arriba, esta vida que no es vida sin vosotras...». Pero a continuación Martí le aseguraba que gracias a ellas sacaba fuerzas, que a pesar de todo luchaba cada día para seguir adelante, porque de

ninguna manera renunciaría a ellas, a volver a verlas y gozar de ese amor que, sin duda, era inamovible y eterno. Le decía que había escrito a su madre y a sus hermanas y le pedía que las visitara alguna vez si era posible. A continuación, le describía la monotonía de la vida en el campo, sin entrar en ningún detalle sobre cómo lo trataban, si estaba bien, si trabajaba, si comía bastante o si tenía un buen sitio donde dormir. Pero sí le contaba que había muchos como él, en la misma situación, y que, por las noches, que eran tristes y solitarias, se juntaban los compañeros de barracón y el señor Juan —un hombre a quien llamaban así por ser el más viejo y sabio de todos— les contaba historias, cuentos más o menos fantasiosos que les dulcificaban los sueños. «Estoy aprendiendo mucho del señor Juan, y cuando vuelva quiero contarle a Juanita todos estos cuentos para que ella los comparta con sus amiguitos».

Una parte de la carta iba dirigida a su hija y Julia se la leyó cuando volvió del colegio. Ambas sonrieron en ese momento porque parecía que Martí las observara por un agujero: «Querida Juanita, te veo sentada al lado de tu madre y escuchando estas líneas dedicadas a ti con los ojos muy abiertos y atentos. Te veo la expresión seria de cuando estás concentrada. No te rías, que es verdad. ¿Te acuerdas de cuando te hacía cosquillas mientras estudiabas y te enrabietabas? No dejes de hacerlo, hija, estudia tanto como puedas y aplícate mucho, porque aquí tienes un padre orgulloso de la mujer que, sin duda, un día llegarás a ser. Una mujer libre de los prejuicios de la vida moderna y que sabrá escuchar y, al mismo tiempo, tener su propia opinión sobre las cosas».

Julia se reservó para ella el final de la carta porque era la parte que más le dio que pensar. «Solo deseo que seas lo bastante fuerte para saber esperar —le rogaba Martí—, que tengas la fuerza de voluntad necesaria para saber sobreponerte a toda contrariedad propia de nuestra separación. Si puedo tener esta seguridad, me será mucho más fácil afrontar mi destierro y aguantar lo que haga falta. Todavía no sé cómo, ni cuándo, ni de qué manera podremos resolver esta situación, pero lo haremos, Julia, y mientras tanto quiero que tú y nuestra hija estéis muy unidas. Ama a nuestra hija cada día más, tenla muy cerca de ti, acércala a tu alma y dale todo lo bueno que hay en ti, querida. Y si hay algo malo en tu corazón —quizá cierto resentimiento porque no te dejé venir conmigo, quizá algún momento de rabia, de desesperación—, guárdalo para mí: yo lo aceptaré con gusto. Te pido que consagres tus pensamientos a nuestra hija y que la protejas en nombre de ambos mientras yo no te pueda ayudar. ¿Lo harás? Yo sé que sí».

Julia sintió que la había perforado por dentro, que le había leído el pensamiento y las intenciones, pero no se sorprendió lo más mínimo porque, de hecho, siempre había creído que sus almas estaban en perfecta comunión. Martí la sentía en todo momento y ni unos cientos de kilómetros podían cambiar ese hecho. Se propuso mantenerse fuerte, ahora sí, dejar atrás esa pesadumbre, el raudal de sentimientos contradictorios que la invadían desde que había vuelto, y amar incondicionalmente a su hija, quererla por los dos. Se dijo que a partir de ahora sería la madre que Martí quería que fuera y que no solo se obligaría a alimentar y a cuidar de Juanita, como había hecho hasta entonces, sino que sería su amiga, confidente y tierna madre, y que la cubriría con todas las caricias y el amor que su padre no podía ofrecerle en aquellos momentos. Julia lo vio muy claro: tenía que volver a tomar las riendas de su vida y pensaba hacerlo. Lo haría por él.

9

A principios de julio, Pilar seguía pendiente del juicio sumarísimo de Joan, que, con toda probabilidad, se celebraría a finales de mes. Javier había cumplido su palabra redactando una declaración que comenzaba con un solemne «Juro por mi honor...», al que seguía un texto en el que daba fe de «la intachable conducta» del inminente procesado. Pilar tenía puestas sus esperanzas en aquel escrito, que procedía ni más ni menos que de un oficial de las filas vencedoras, y al mismo tiempo se enorgullecía de haber conseguido otros dos buenos informes que podrían decantar la balanza.

El primero lo había obtenido del antiguo jefe de Joan, el señor Romagosa, a quien visitó en su taller. Por desgracia, se llevó una buena decepción al saber que había cerrado el negocio y comprender que Joan no tendría adonde volver. Pero aparcó esa preocupación para más adelante, porque en aquellos momentos tenía que centrarse en conseguir los escritos. Romagosa, como era de esperar, no dudó ni un instante y escribió una carta que hasta le hizo saltar las lágrimas porque describía todas las virtudes de su marido.

Agradecida, se dispuso a conseguir el segundo informe, con el que sabía que tendría que apuntar más alto. Le habían dicho que algo que podría ayudar mucho a su marido sería conseguir un aval del alcalde del distrito, que había sido nombrado hacía poco. Pero no sabía cómo llegar hasta él, no lo conocía de nada y su cuñado tampoco. Al principio consideró pedirle cita, atenerse al procedimiento habitual que seguía toda la gente necesitada, pero cuando supo la cantidad de personas que tenía por delante, calculó que no llegaría a tiempo, que tenía que buscar un atajo. Y lo encontró, vaya si lo encontró.

Pilar estaba recuperando su buena fama con los peinados y las clientas se la recomendaban unas a otras. Señoras del barrio con dinero, en algunos casos, que habían vuelto de sus lugares de refugio durante la guerra y cuyos maridos ahora mandaban. Como todas, querían ir bien guapas y arregladas, y Pilar supo aprovecharse de ello: se enteró de quién era la esposa del nuevo alcalde, se hizo recomendar por una clienta agradecida y pronto comenzó a peinarla.

El primer día que fue a su casa, un piso alto en la carretera de

Sants, se quedó pasmada ante los magníficos muebles que tenía: de madera oscura, de estilo inglés, de marquetería... Pilar no entendía mucho, pero sabía reconocer lo bueno y se preguntó dónde los habría conseguido. La criada, muy almidonada, la invitó a pasar a una salita de cortinas rosa salmón que tamizaban una luz que lo suavizaba todo. Era muy femenina; luego supo que era donde la señora recibía a sus amigas.

Pronto llegó la señora Rodríguez, un poco seca al principio, pero más amable y cercana cuando comenzó a peinarla.

—Me han hablado maravillas de usted —dijo mirando a Pilar en el espejo, cuando ya estaba sentada.

Ella apretó los dientes y forzó la mejor de sus sonrisas. Se concentró en la difícil cabellera de aquella mujer, de un pelirrojo desgastado. Con ojo experto, le propuso teñirlo, cortarlo y arreglárselo de una manera diferente. Se la jugó, porque muchas de esas señoronas no querían un cambio de imagen, no se atrevían a modernizarse, aunque tampoco se gustaban tal como eran. Pero Pilar insistió y algo le dijo a la señora Rodríguez que le gustó: se dejó llevar. El resultado, al cabo de unas horas, fue tan satisfactorio que la dama ya no renunciaría a ella.

—Quisiera que viniera cada semana, Pilar —dijo satisfecha y más amable que al principio—, pienso pagarle bien.

Y no fue en la primera ni en la segunda visita, sino en la tercera, cuando ya tenía un poco de confianza, que decidió pedirle el favor.

—Han de juzgar a mi marido —empezó a contarle mientras manejaba las tenacillas en sus mechones—. Me preguntaba si usted podría hablar con su marido...

La señora Rodríguez, quizá acostumbrada a que la utilizaran para llegar a él, la miró con cierto recelo.

—¿Qué necesita? —preguntó.

«Quiere ir al grano», se dijo Pilar, de modo que se lanzó de cabeza.

—Mi marido no ha hecho nada, pero necesita buenos informes para presentar al juez cuando se los pida, ¿me entiende? —La clienta permaneció en silencio y dejó que Pilar continuara—. Joan solo ha trabajado de mecánico durante la guerra, reparaba aviones. No ha utilizado nunca un arma contra nadie —dijo contundente. Sus manos se movían con gran destreza en el cabello pelirrojo de la señora Rodríguez, quien, de unas semanas a esa parte, lucía un nuevo esplendor—. Mi futuro cuñado es sargento nacional y, como es obvio, ya ha intercedido a su favor.

Aquello causó el efecto deseado y la señora Rodríguez suavizó la

expresión.

—Querida Pilar, pues claro que hablaré con mi marido. Cuente con ello.

No sabía si la mujer lo había hecho por bondad o quizá porque ya no podía prescindir de ella, pero el hecho cierto era que, a esas alturas, ya contaba con el aval del alcalde, que, juntamente con el de Romagosa y la declaración de Javier, iría a parar a las manos del juez asignado.

Tal como habían previsto, el juicio se celebró a finales de mes. Joan le escribió una carta en la que le decía que había tenido lugar en una base cercana a Los Alcázares que se llamaba San Javier. «Ahora solo nos queda esperar que el juez dicte sentencia —le exponía—, pero te diré que he tenido la ocasión de intercambiar cuatro palabras con él y me ha dicho que los informes son de gran valor y que el aval de Javier le ha dado muy buena impresión».

Pilar se aferró a aquellas palabras y rezó por su marido, y también por su hijo, para que muy pronto pudiera conocer de verdad a su padre.

Llegó la primera fiesta mayor tras la guerra y muchos vecinos de Sants no lograban sentirla como propia. Lo mismo les sucedería, seguramente, en años sucesivos, porque, a diferencia de en la época de la República, ya no eran las comisiones de barrio las que se encargaban de organizarla, sino que todo había sido centralizado y era controlado por quienes mandaban en aquel momento: prohombres de la ciudad, industriales de renombre, militares y eclesiásticos que, a partir de entonces, tomaban las decisiones por ellos, incluso sobre cómo se tenían que divertir.

En los días previos, por no decir meses, se hizo una gran operación de maquillaje en el barrio para mostrar la cara más amable del régimen; se intentó barrer la miseria, al menos en apariencia, y las calles se engalanaron con hojas de palma, guirnaldas de colores y unas banderas españolas de grandes dimensiones a lo largo de toda la carretera de Sants. Hacía tiempo que se habían cubierto los agujeros de la vergüenza, esas bocas abiertas en el subsuelo durante la guerra que conducían a la red de pasadizos subterráneos donde la gente se había tenido que esconder de los mismos que ahora colgaban guirnaldas. Había que hacer tabla rasa y por eso se habían cambiado también los nombres de las calles, como ocurría, por ejemplo, con la calle de Riego, así bautizada por la República en referencia a un militar liberal y que ahora los vencedores llamaban Zumalacárregui,

en honor a un más apropiado general carlista. Y lo mismo se hizo con las entidades que habían sobrevivido y que habían tenido que cambiar o castellanizar su nombre. Se trataba, ni más ni menos, de borrar la memoria y cualquier signo de la propia identidad.

El día de San Bartolomé, las hermanas Molina acompañaron a su madre a la misa que se celebraba en la explanada donde se había alzado la parroquia de Santa María de Sants. No se quedaron mucho tiempo porque la sola visión de tantas camisas azules hizo que se les quitasen las ganas. Pero el programa de la fiesta mayor era rico en otro tipo de actividades, como una zarzuela, festivales para los críos, que Pepito y Juanita esperaban con ilusión, o los bailes, a los que algunas hermanas quisieron asistir y de los que otras no quisieron saber nada. Una fiesta mayor diferente que concluyó al cabo de tres días con los obligados fuegos artificiales, unos fuegos ante los que muchos se taparon los orejas, disgustados, asqueados por lo mucho que se parecía aquel ruido al de los bombardeos que habían sufrido hacía tan poco tiempo.

Joan fue puesto en libertad y Pilar no se lo podía creer. Todo había ido bien, los informes favorables habían cumplido su función, el juez había sobreseído el caso y había dejado que se marchara a su casa. Pilar estaba tan eufórica que no salía de su asombro. Le daba besos, le entregaba a su hijo para que lo abrazara y admirara cuánto había crecido. Regresaba mucho más delgado, pero aún tenía buena planta, y ella se esmeró desde el primer día para volver a ser la misma chica de antes. Sin embargo, cada vez que se miraba en el espejo se daba cuenta de que las marcas de la guerra no se desvanecerían tan fácilmente: la mirada se le había vuelto severa, aunque procuraba suavizarla; en la boca se le marcaba una raya, un tic de estar demasiado acostumbrada al sufrimiento. ¿Cómo podía quitarse de encima aquellos tres años? De alguna manera sabía que, por mucho que se esforzaran, ni él ni ella volverían a ser los mismos. Pese a todo, reanudaron su día a día, y Joan empezó a dar voces para encontrar trabajo, aunque ya le habían avisado de que no le resultaría nada fácil: los hombres como él, por mucho que hubieran sido puestos en libertad, vivían marcados con el estigma de los vencidos y procesados.

En cuanto a su relación con Javier, era consciente de que estaba en deuda con él y, al mismo tiempo, de que nunca más podrían ser amigos. Había demasiadas cosas en aquellos tres años que los podrían enfrentar de nuevo; que, si hablaban de ello, los separarían para siempre y causarían más dolor a esa familia que ya había sufrido

bastante. Por ello, ambos cuñados mantuvieron una charla que luego Joan compartió con Pilar. Solo hacía unos días que había vuelto cuando habló con ella.

—Ya sabes que esta mañana he ido a ver a Javier.

Ella acababa de fregar los platos de la comida y, al salir de la cocina, se había sentido por un instante cautivada ante la estampa familiar: Joan sentado en el sofá y a sus pies su hijo, jugando con un rompecabezas que tiempo atrás le había hecho el bueno del tío Miguel. Aún seguía maravillándose de tenerlo en casa.

Al mencionar a su cuñado, el corazón le dio un vuelco.

—¿Ha ido todo bien? ¿Has visto también a mi hermana?

Pilar había recuperado la buena relación con ella, pero seguía sin saber exactamente cómo gestionar sus diferencias. Aunque ponía empeño en ello.

—Hemos tomado una decisión, Pilar. Espero que estés de acuerdo y que todos, a partir de ahora, la respetemos —le dijo con expresión grave.

—Dime.

Se sentó a su lado mientras Pepito hacía ruidos al encajar las piezas, ajeno a la conversación de los padres.

—Hemos decidido que nunca más hablaremos de la guerra. Ni con Javier ni entre nosotros. A partir de ahora dejaremos estos años atrás y solo miraremos hacia delante. —Pilar no dijo nada, lo observaba con ojos atentos—. A mí no me conviene nada hablar de ello —confesó—. Despertaría todos mis demonios y avivaría un resentimiento que no nos llevaría a ninguna parte. Debemos pasar página por el bien de la familia. ¿Verdad que me entiendes?

—Claro.

Pilar sintió un alivio que hacía tiempo que no sentía. Como si le extirparan una piedra que llevaba dentro.

—Javier y yo hemos hecho la guerra en bandos contrarios, y si conociéramos los detalles, quizá no volviéramos a dirigirnos la palabra nunca más. Yo no sé dónde estuvo destinado, a qué hombres mató, si es que mató alguno, ni de qué manera actuó su batallón. No quiero saberlo; asimismo, él tampoco quiere saber nada de lo que yo hice. Ahora somos familia, nuestras esposas son hermanas y por eso él me ha ayudado, como también ayudará a Martí y como probablemente habríamos hecho nosotros si hubiéramos ganado la guerra. Pero ya está. A partir de aquí cada uno deberá construir su vida, su familia y mirar al futuro, nunca más hacia atrás.

Pilar rumiaba.

—¿Quieres decir que ya no nos trataremos con ellos? ¿Que tendré

que distanciarme de mi hermana?

—Jamás te pediría eso —se apresuró a aclarar Joan—. Quizá no me he explicado bien: no tengo ninguna intención de romper con ellos, estoy muy agradecido a Javier, a pesar de que tanto él como yo sabemos que no podemos aspirar a una relación normal. Por eso hemos establecido estas normas: ya no hablaremos de la guerra y pondremos a la familia por delante de todo. El amor que os tenéis entre hermanas ha de seguir intacto y tenéis que veros, Pilar, y tenéis que apoyaros siempre. En lo que respecta a Javier y a mí, nos veremos solo lo necesario, en las fechas señaladas que vosotras consideréis, y cada uno seguirá su camino, manteniendo el respeto y la cordialidad. Por el bien de todos.

Pilar estuvo de acuerdo. El silencio que Joan le rogaba imponer en el hogar y ante el resto de la familia los protegería de los malos recuerdos y de todas las carencias que habían sufrido. La distancia entre cuñados la entristecía, pero le parecía inevitable. Quizá el tiempo lo curaría todo. Quizá los ayudaría a cerrar las heridas. Pensó en su hermana Carmen, que debía de haber mantenido la misma conversación con su marido, y se dijo que sí, que ella también consideraba que era lo mejor para todos. Pilar dejó escapar un suspiro como si quisiera sacudirse el recuerdo de tantas cosas que por fin podría olvidar.

10

En septiembre estalló la guerra en Europa y, mientras en casa Joan buscaba trabajo sin mucho éxito, Julia recibía carta de Martí. Le decía que no tenía que preocuparse, que la guerra estaba lejos del lugar de Francia donde se encontraba y que, además, había comenzado a hacer gestiones para volver. Le contó que había ido una gente al campo de concentración y que les habían dicho que si no tenían ningún delito de sangre, podían volver a casa, que el Caudillo no los condenaría y que en España faltaban hombres para trabajar. Martí tenía sus dudas, pero en el último mes había sufrido un resfriado tan fuerte que creyó que no lo superaría. Ya estaba casi curado, pero no creía que pudiera aguantar mucho más en aquellas condiciones tan pésimas, y lo único que quería era creerse lo que les decían y volver a casa, abrazar a su mujer y descansar.

—No sé, Pilar... ¿Y si está más enfermo de lo que dice? ¿Y por qué no puede saber más o menos cuándo vendrá? ¿Se trata de días? ¿De semanas? ¿De meses?

Julia estaba angustiada por su marido y se desahogaba con su hermana cada día, cuando salía de la fábrica y la visitaba en su salón. Se dejaba hacer pruebas en el pelo para que Pilar pudiera aplicárselas luego a sus clientas. El mundo de la peluquería experimentaba una revolución plena y ella intentaba estar al corriente de todas las novedades.

—Ya verás, Julia, como en cuatro días lo tienes otra vez contigo —le decía con optimismo mientras le ponía una mascarilla que había recibido hacía poco.

—Espero que tengas razón porque ya no puedo más.

—Venga, mujer, todo se arreglará.

A Pilar le parecía que las cosas se iban colocando en su lugar, aunque no tan rápido como le habría gustado. Si bien ella iba tirando con sus clientas, no había manera de que Joan encontrara un trabajo estable. Todo lo que había conseguido de momento era ser conductor de camiones, y a Pilar ese trabajo no le gustaba nada porque a menudo pasaba varios días fuera de casa. Le ponía de mal humor y no podía evitar recriminarle que no buscara lo suficiente. Que lo que

tenía que hacer era visitar cada taller y cada fábrica del barrio e insistir más. Que con su experiencia era imposible que no encontrara algo mejor, y que quizá el problema era que le parecía bien irse de casa unos cuantos días porque, de hecho, ya se había acostumbrado a vivir sin ellos.

A Joan le dolía oír esto, crecía su indignación y empezaban a discutir. Él le decía que no entendía nada, que por mucho que lo hubieran liberado, la prisión seguía en la calle para los rojos y que ningún patrón lo quería contratar. «¿No entiendes que soy el primero que no quiere irse de casa? ¿Que me encantaría encontrar un trabajo que me permitiera volver cada día con vosotros y no tener que separarnos nunca más?». Pilar era consciente de que habían vuelto las discusiones de antes de la guerra, y se decía que, en cierta manera, eso era algo bueno y, al mismo tiempo, malo. A veces se preguntaba si algún día sabrían vivir y amarse sin discutir, y a menudo llegaba a la conclusión de que no, que aquella era su manera de quererse y que tenía que aceptarlo. Cuántas veces durante la guerra, cuando salía a buscar comida para su hijo o se pasaba la noche en vela pensando en la vida que le habían robado de repente, había pensado en su matrimonio, en todo lo que no habían sabido valorar cuando la vida era poco más que trabajar y divertirse. Cuántas veces se había dicho que, si salían de aquel aprieto, se limitaría a disfrutarla, que cubriría de besos a su hijo y a su marido y que no malgastaría ni un segundo más en pelearse o en discutir por naderías. Y, sin embargo, volvían al tira y afloja de siempre. Aunque quizá no importara, se consolaba, porque a la postre estaban juntos.

—No te quejes, que tienes a Joan —dijo Julia, embadurnada de crema, como si le hubiera leído el pensamiento.

Martí no volvió enseguida, sino a principios del año siguiente. Una fría mañana de enero, cuando Juanita se levantó, su madre le dijo que ese día no iría a la escuela. Al principio, la niña protestó porque le gustaba estudiar y no quería perderse ninguna clase.

—Tenemos que ir a la estación de Francia —le anunció su madre con una sonrisa. Los ojos le brillaban de una forma especial y, al darse cuenta, la niña saltó de la cama.

—¿Es por papá? —preguntó llena de expectación. Ambas lo habían estado esperando, aunque no lo dijeran para que la espera no fuera tan pesada.

Esa mañana, Julia se lo confirmó.

Ángeles las acompañó y las tres tomaron el tranvía para luego ir

caminando a la estación. Había mucha gente que se agolpaba en la entrada; entonces salieron los guardias a poner orden: mandaron formar un semicírculo fuera, en la calle, y dejar espacio para los que llegaban.

Juanita se mantenía entre su madre y su tía y no les soltaba la mano. Estaba nerviosa y le resultaba difícil estarse quieta. Miraba a derecha e izquierda, observaba a otras familias que, como ellas, esperaban a alguien que probablemente hacía mucho tiempo que no veían, y se preguntaba cómo encontraría a su padre, si estaría muy cambiado o sería igual a como lo recordaba. Había pasado un año, y en un año ella había crecido mucho, las tías siempre le decían que no solo había dado un buen estirón, sino que también le había cambiado la cara, se le habían afinado las facciones. Esperaba que su padre lo notara y se alegrara, y al mismo tiempo temía que se sintiera decepcionado por no encontrarse con su niña. Ella quería seguir siendo su niña.

De pronto salieron de la estación los recién llegados. Una hilera de hombres de aspecto deplorable, de rostros macilentos y ropas holgadas, empezaron a desfilar ante ellas. Su madre le apretó la mano y Juanita alzó la vista para ver si ella también empezaba a sentir miedo, si ella también temía que entre aquellos hombres sucios y seguramente llenos de piojos estuviera su padre y no lo reconocieran. Pero no, su madre no parecía ver nada de todo aquello y sonreía, expectante, a punto de verter las lágrimas del reencuentro. Y finalmente lo vieron. La tía Ángeles fue la primera y se lo señaló.

—Allí —les dijo.

Y Juanita siguió la dirección de su dedo y vio a su padre, o más bien vio a un hombre alto, de mejillas consumidas y rostro tan oscuro como el de los demás hombres. La ropa también le iba holgada y caminaba un tanto encorvado. El pelo, sí, era el pelo negro y abundante de su padre, y los ojos, tan azules como los de ella, que en cuanto la vieron le sonrieron y se llenaron de lágrimas. Su madre le dio un empujoncito.

—¡Corre! ¡Ve con él! —la animó. Pero su hija no se movía, se había quedado clavada en el suelo, entre su madre y su tía—. ¡Te he dicho que vayas!

—¡No me dejarán, mamá! —se defendió ella—, ¡los guardias no me dejarán!

Era cierto que alrededor de los hombres había un buen número de guardias con cara de pocos amigos que mantenían a la gente a raya, alejada de los hombres retornados. A ellos les habían hecho formar una fila y ahora se encaminaban hacia el paseo de Colón. Las familias

debían seguirlos a cierta distancia. Pero Julia no estaba dispuesta a esperar y, de repente, tomó de la mano a Juanita y tiró de ella. La acompañó hasta acercarse a la hilera de los presos, allí donde estaba Martí, y le entregó a su hija, unió las manos de padre e hija y luego se apartó. Un guardia le dio un empujón.

—¿Qué hace, mujer? —le gritó.

Y mientras Juanita miraba a su padre y este lloraba y le decía algo que ella no llegaba a comprender, escuchó a su madre decirle al guardia:

—Es su hija, por el amor de Dios, deje que lo acompañe.

Juanita estaba aterrorizada. Su padre la agarraba y ella quería y no quería. Los otros hombres la miraban y Martí les decía: «¡Es mi hija!». Ella se concentraba en sus ojos azules. El guardia dejó que la niña lo acompañara durante un buen trecho, que a Juanita se le hizo muy largo, mientras su madre y su tía los seguían a distancia. Después le hicieron salir de la fila porque llegaban a Capitanía y ella corrió a refugiarse en los brazos de su madre.

Lo que vino después le permitió serenarse y empezar a asimilar el aspecto de su padre, a pesar de todo. Una vez que los guardias hicieron entrar a los hombres, permitieron el acceso de las familias. Los reunieron a todos en un patio y les hicieron sentarse en el suelo formando pequeños grupos, cada uno con sus familiares recién llegados. Fue entonces cuando vio a sus padres fundirse en un abrazo, mientras la tía Ángeles le decía: «Vamos, sentémonos aquí», y la voz se le quebraba. Sus padres se sentaron a continuación; su madre tocaba a Martí y le daba besos. La tía Ángeles los miraba y no dejaba de llorar, quizá porque recordaba al hombre que nunca volvería junto a ella. Su padre empezó a hablarle y Juanita, poco a poco, fue respondiéndole.

—¿Es que ya no te acuerdas de mí? —le preguntó con una mirada triste.

—Claro que sí, papá.

—No te gusta verme tan sucio, ¿verdad? ¿Te parezco más viejo? —Hizo una mueca y la niña se rio—. No pasa nada, Juanita —le dijo —. Cuando me dejen ir a casa, volveré a ser el de siempre.

Y la niña respiró aliviada, porque lo único que quería era recuperar al padre de antes. Fue entonces cuando por fin se dejó llevar y, entre sollozos, lo abrazó.

11

Emili estaba encantado de tener a Ángeles en la tienda, se entendían muy bien en el trabajo y las jornadas se les hacían menos pesadas. La chica era una ayudante de primera y sabía tratar a la clientela con esa mezcla tan suya de dulzura y cortesía. A menudo la observaba mientras atendía a las clientas de toda la vida y no podía hacer otra cosa que sonreír. De alguna manera, le recordaba a su madre, que siempre había dominado tan bien ese arte. Él era de otra manera, su madre siempre se lo había dicho: podía hacer que el negocio funcionara con los ojos cerrados, tenía la cabeza bien amueblada para las cuentas y los pedidos, pero le faltaba ese don de gentes. Creía que contratar a Ángeles era lo mejor que había hecho en mucho tiempo, ambos se complementaban a la perfección, y cuando la veía entrar cada mañana, ponerse el delantal azul marino y comenzar la jornada sin perder un instante, tenía la sensación de que llevaba toda la vida trabajando allí.

A principios de semana les había llegado una nueva remesa de latas que había que etiquetar y Ángeles aprovechaba el mediodía para hacerlo. Sentada en una silla que solía estar en la trastienda, escribía con buena letra en las cartulinas el nombre del producto y su precio, bien grande y vistoso, y con mucho cuidado las iba colocando encima del mostrador. Emili iba disponiendo las latas en los estantes, mucho más vacíos que en otros tiempos. Se fijó en que Ángeles se frotaba el brazo.

—¿Te duele? —le preguntó—. Si es así, déjalo y ya terminaré yo de escribir las cartulinas.

—No, no, no me duele nada —respondió ella—. Es solo que me noto el brazo flojo y el temblor que me molesta.

Unas semanas atrás, Ángeles se había subido a la escalera de detrás del mostrador y, al ir a coger un frasco, le había fallado el brazo y el tarro se había hecho pedazos al caer al suelo. Se disgustó mucho, pero Emili le quitó hierro al asunto: «No te preocupes, mujer, has perdido el equilibrio y ya está. Le puede pasar a cualquiera». Pero esa sensación extraña, como si de repente su brazo perdiera la fuerza, como si se volviera un poco inútil y una parte temblara como el tic de

un párpado, se le había ido repitiendo con frecuencia. Al principio, Emili no hizo caso, pero iban pasando los días y la cosa continuaba.

—¿No deberían mirarte ese brazo? —le dijo.

Ella rio.

—¡Anda ya!, si no me duele... Ya se me pasará.

Pero el muchacho no estaba muy convencido.

—Tampoco es normal que no tengas fuerza. Yo que tú iría al médico, no cuesta nada.

—¡Anda, no te preocupes! —se quejó ella—. ¡Con la de trabajo que tenemos!

Emili no insistió, pero si algo no soportaba era que les ocurriera algo a las mujeres de casa, ya fuera su madre o Ángeles. Era sufridor por naturaleza y nada podía hacer contra eso.

El día que se le cayó el frasco, la chica se había echado a llorar y Emili la abrazó porque sabía que no solo lloraba por el frasco, sino por todo lo que llevaba dentro. También le ocurría a él: una minucia y se podía romper en mil pedazos. Como si ambos fueran de cristal. A veces se preguntaba si algún día superarían la muerte de Daniel y con frecuencia llegaba a la conclusión de que no, que nunca volverían a ser los mismos porque la vida sin él era otra vida, no se podía ni comparar. Habían perdido la ilusión, pero al menos se tenían el uno al otro. Ya lo decía su madre, que había tenido suerte con Ángeles. «Tan buena chica, y qué mano tiene con las clientas, como si el negocio fuera suyo. A mí siempre me ha gustado Ángeles; de las chicas Molina, es mi favorita desde que eran pequeñas y venían a la tienda», le decía. Y cuando estaba de buen humor, añadía: «¿No crees que deberías casarte con ella?». «¿Con estas me sale, madre? A ver si está perdiendo la chaveta...», respondía él.

Y se reían, pero su madre lo decía un poco en serio, y a él le extrañaba porque ella sabía cuáles eran sus inclinaciones. Las madres no preguntan pero todo lo saben, se decía de jovencito cuando empezó a fijarse en otros chicos. A veces, su madre lo había pillado lanzando miraditas o poniéndose más nervioso de la cuenta con algún chico guapo de los que entraban en el colmado, por no hablar de cuando iban a cantar al orfeón. Y al enamorarse de Daniel, ella fue la primera que lo supo, no tuvo ninguna duda.

No obstante, ese era un tema del que nunca habían hablado abiertamente ni lo harían ahora. Cuando su madre bromeaba y le decía que Ángeles era una buena muchacha con la que casarse, que estaba segura de que con ella podría ser muy feliz, Emili la miraba de reojo, como preguntándole: «Pero ¿qué cree que podría ofrecerle un hombre como yo?». No le faltaba razón cuando decía que con ella

podría ser muy feliz, ya lo era teniéndola cerca cada día, compartiendo el trabajo y los quebraderos de cabeza del negocio, pero él solo podría quererla de otra manera y pensaba que Ángeles se merecía una vida de verdad.

No hacía mucho que su madre había vuelto al tema.

—Hazme caso, hijo: sabe llevar la tienda, en pocos meses se la ha hecho suya y nunca te decepcionará. ¿Por qué no se lo propones? ¿Qué tienes que perder?

Él le habría respondido con todo lo que ella tenía que perder, pero de esos asuntos no hablaban, solo faltaría.

—Ella quería a Daniel, madre —puntualizó.

—Y siempre lo querrá, hijo, pero Daniel ya no está aquí.

Emili la miró con aquellos ojos casi transparentes detrás de las gafas de pasta y se sintió como si su madre lo atravesara, como si le dijera: «Ya lo sé, ya sé cuánto lo has querido y por eso debes seguir adelante, y también tiene que hacerlo ella».

Desde entonces, la conversación no se le iba de la cabeza y por primera vez se planteó si su madre no tendría razón; al fin y al cabo, quizá no era mala idea pedirle que se casara con él. Era obvio que no podría darle todo lo que una mujer espera de un hombre, pero eso Ángeles ya lo sabía y quizá no era lo que buscaba. Se le había fijado en la memoria el día en que le dijo que nunca más se volvería a enamorar; se le había fijado en la memoria porque él se había sentido igual y, de alguna manera, eso los había unido todavía más. Se tenían el uno al otro, y seguramente ninguno de los dos volvería a buscar otra vez el amor. No esa clase de amor. ¿Sería, por lo tanto, egoísta por su parte proponerle una vida en común? ¿Tendría que desear otro hombre para su buena amiga, alguien que la pudiera hacer completamente feliz? Pero, si lo pensaba, él se veía capaz de hacerla feliz: podrían llevar una vida sencilla, un poco como la que ya llevaban, una vida dedicada al negocio y con algunas alegrías... Compartían gustos, amor por los libros, por la música, por la cultura. ¿Porqué no centrarse en todo eso e ir de la mano?

Cuando al anochecer cerraban la puerta delantera y al cabo de un momento la trasera, cuando ya habían atendido a todo el mundo, apagaban las luces y la chica le decía «Adiós, hasta mañana», Emili volvía a sentirse solo y la echaba de menos, esperando que pronto despuntara el nuevo día para volver a tenerla a su lado. Tal vez sí podrían ser felices a su particular manera. Por primera vez se planteaba, con cierto temor y algunas dudas, pero con una pizca de ilusión, si no sería una buena idea lo de envejecer juntos.

12

Pilar se quedó embarazada y aquello pareció unirlos de nuevo. Tanto Joan como ella eran conscientes de que el segundo hijo no llegaba en el mejor momento, pero eso no les quitaba la ilusión y la esperanza en un futuro en el que la familia se consolidaba y salía adelante. Cada día que pasaba, Pilar estaba más hermosa.

—Espero que sea una niña —le decía Joan tocándole el vientre, que ya se redondeaba—, ¡y que sea un calco de su madre!

No podía evitarlo, estaba contento, y Pilar aún más. Cuando Pepito ya estaba durmiendo, les gustaba tumbarse en la cama y hacer planes de futuro.

—Pronto conseguiré un buen trabajo, Pili, créeme —le aseguraba —. Tengo una buena intuición. A veces las buenas noticias vienen seguidas y tengo la firme impresión de que saldremos adelante.

Parecía como si ya lo supiera, como si lo tuviera todo previsto, porque al cabo de solo unos días recibió la visita de su antiguo jefe. Romagosa se presentó en casa una mañana a primera hora. Joan lo recibió de buen humor y le ofreció una taza de café de achicoria con un chorrito de leche.

—¿Cómo está, jefe? Qué ilusión que haya venido a verme.

Romagosa asintió, apreciaba a aquel joven como si fuera un hijo y, a pesar de que le había facilitado un buen informe para su liberación, seguía sintiéndose en deuda. Había cerrado el taller, y todos los proyectos que le había vendido al muchacho se habían quedado en agua de borrajas. No obstante, con aquella visita tenía la esperanza de que por fin podría ayudarlo.

—Mira, muchacho, he venido a verte porque podría haber una buena oportunidad para ti.

Joan lo miró y enarcó las cejas.

—Lo escucho.

—¿Te interesaría trabajar para una buena familia de Barcelona? —le preguntó animado.

Le contó que aún conservaba algunos contactos de la época del taller. Que hacía meses que daba voces y que le había llegado la noticia de que un importante médico de Barcelona, un señor de Sarrià,

andaba buscando chófer.

—Se trata del doctor Soler, tendrías que conducir sus coches y ocuparte de su mantenimiento —precisó.

—¿Ha dicho «coches»?

—Sí, tiene dos, y de los buenos. Vive con su señora, la suegra y dos hijas ya mayores en la casa de Sarrià. También tienen una de veraneo en Montgat. Es una buena oportunidad, Joan, yo ya le he hablado muy bien de ti.

Se miraron fijamente, y en los ojos de Romagosa Joan vio toda la bondad de aquel hombre que nunca lo había olvidado.

—Iré, jefe. ¡Cuente con ello! —respondió agradecido.

Al día siguiente se presentó en casa del doctor Soler y enseguida llegaron a un acuerdo. Volvió a casa exultante, ansioso por darle la buena noticia a Pilar. Sentados en la cocina, Joan se explayó en la descripción de la casa de Sarrià sin dejarse ni un detalle, sabiendo cómo disfrutaba su mujer con ese tipo de cosas.

—Tienen un jardín delantero lleno de hortensias y un camino empedrado que lleva a la casa. El porche es muy elegante, con cuatro columnas de piedra, y justo encima hay un balcón que debe de ofrecer unas vistas impresionantes. Lo que he podido ver del interior de la casa me ha dejado boquiabierto: muebles carísimos, tapizados fastuosos... ¡Esa gente vive como marqueses, Pili!

—Y la mujer y las hijas ¿cómo son? —preguntó Pilar, entusiasmada.

Pero Joan no pudo satisfacerla porque ese día solo había podido ver a su futuro jefe y tendría que esperar a empezar a trabajar para conocer al resto de la familia.

—Le has dicho que sí, ¿verdad? —se apresuró a apreguntarle ella.

—¡Tú que crees! Y me pagará muy bien —dijo él, orgulloso—. Solo que...

—¿Qué?

—Nada, que tendré que llevar uniforme, pero ya me acostumbraré.

Cuando Pilar lo vio el primer día vestido de uniforme, pensó que tenía tan buen aspecto que, si no lo hubiera conocido, se habría enamorado de nuevo. Aún estaba muy delgado, pero seguía siendo aquel muchacho alto como una torre y apuesto como un actor de cine. Tenía una gracia especial al ladear la gorra, y el uniforme le sentaba perfectamente.

El primer día, después de desayunar, lo acompañó a la puerta del piso y, con un gesto rápido, le sacudió unas migas inexistentes. Estaba orgullosa. Joan le sonrió y sus ojos se cerraron en una fina raya. Bajó

la cabeza para besarla.

—Anda, vete —lo apremió—, no vaya a pensar el doctor que eres un impuntual.

Joan se ajustó la gorra delante del espejo del recibidor y ella se lo quedó mirando mientras bajaba las escaleras. Con un gesto instintivo, se acarició el vientre y de repente notó el tacto de la manita de su hijo agarrando la suya.

—A partir de ahora todo irá bien —le dijo satisfecha mientras el niño la miraba con aquellos ojos redondos llenos de inocencia, por los cuales ella se había tenido que buscar la vida durante la guerra.

13

En la calle Galileu las cosas no iban tan bien. Martí había vuelto a casa —o más bien lo habían dejado volver—, se había recuperado un poco y parecía que, a medida que pasaban los meses, se iba restableciendo, pero de vez en cuando recaía y no terminaba de quitarse de encima sus dolencias. Las fuerzas no le respondían como antes y de momento solo hacía trabajillos esporádicos. Era una situación excepcional para él, y también muy incómoda: toda la vida había vivido de su esfuerzo y de su trabajo, y cuando por la mañana veía salir a Julia, que se iba a la fábrica, se decía: «Hoy sí, hoy me levantaré y saldré a buscar un trabajo fijo como el que tenía antes».

Podría haberse presentado en la España Industrial, como habían hecho muchos otros, entre ellos su mujer, por supuesto, pero desde el principio Martí no se mostró nada dispuesto. Algunos compañeros habían ido a verlo y habían intentado convencerlo diciéndole que don Pepe mostraba buena voluntad, que a muchos los habían readmitido sin poner pegas, pero él respondía que no, que no tenía nada que ver con la buena voluntad del barón, sino con el hecho de que los necesitaba.

—Esa es la gran verdad —les aseguraba—: don Pepe tenía que recuperar al personal especializado para que la fábrica saliera adelante y por eso os ha contratado. No por gusto.

—Y entonces, ¿por qué dejas que trabaje allí tu mujer? —replicaban ellos.

Y Martí respondía que Julia, su compañera, siempre había tomado sus propias decisiones y que él la respetaba como a una igual. El trasfondo de todo aquello, no obstante, era que no se sentía con fuerzas suficientes para aguantar tantas horas de pie en la fábrica, que ya no era el de antes. Aun así, tenía buen cuidado de reconocerlo ante los compañeros.

Por las noches sudaba abundantemente, lo visitaba una tos muy puñetera de la que no lograba librarse y a menudo se tenía que levantar para no despertar a Julia, a pesar de que no siempre lo conseguía. Por la mañana se sentaba a desayunar, pero no tocaba el plato, no tenía hambre, y a pesar de que Julia le decía que si no

comía, no se recuperaría completamente, que debía hacer un esfuerzo por recuperar peso y sentirse mejor, él no se veía con ánimos. Las fuerzas que conservaba las reservaba como un bien muy preciado para su hija. Le gustaba acompañarla al colegio, aunque ya podía ir sola. Para él eran los mejores momentos del día: cuando la llevaba y cuando la esperaba a las puertas del Lluís Vives para volver juntos a casa.

Juanita salía entre las primeras y le gustaba decir que aquel era su padre, porque había estado demasiado tiempo sin él mientras las demás sí tenían uno. Volvían juntos al piso de la calle Galileu y, como era empinada, iban a paso lento. «Papá aún no está curado del todo», decía él, como excusándose. A la niña no le importaba porque le gustaba alargar aquel rato y aprovechaba para contarle los asuntos del día y cómo le iba en el colegio. Juanita era muy observadora y a menudo se entretenía describiéndole todas las cosas que habían cambiado en el aula, como, por ejemplo, que en la pared colgaba un retrato muy grande del Caudillo y una Virgen que medía por lo menos tres palmos. O que les hacían rezar continuamente y que se tenían que confesar. También le contaba que si las pillaban en el patio hablando entre ellas en catalán, les caía una buena colleja, y que a una niña le habían pegado con una regla y tenía los dedos morados. A menudo se lamentaba de que los maestros ya no eran como antes y no les dejaban decir su opinión, sino que tenían que callar y escuchar. Su padre acompañaba sus explicaciones con largos silencios, y como a Juanita le parecía que todo eso lo entristecía, pronto lo dejaba correr y cambiaba de tema.

Lo que más le gustaba eran los domingos en que su padre se la llevaba con él. A veces iban a ver a su otra abuela y sus otras tías, las que vivían en Sant Andreu, pero en ocasiones iban a visitar a los familiares de sus amigos; amigos que permanecían en el exilio o que estaban en prisión, o que habían desaparecido durante la guerra mientras aún luchaban por sus ideales. Padre e hija solían levantarse muy temprano y tomaban el tranvía. Cada domingo visitaban a una familia diferente, que siempre los recibía con gran alegría. De alguna manera, le decía su padre, si lo veían a él era como si vieran al hijo o al compañero que habían perdido. Los invitaban a entrar, les ofrecían algo de beber aunque no tuvieran nada, y Juanita se quedaba al lado de su padre oyéndolo hablar, preguntándoles cosas, recordando. Siempre les llevaba algún obsequio, algo de comer, alguna prenda que había cosido Julia, su madre... Su padre sabía cómo hablarles, qué decirles, a pesar del dolor y de la ausencia de sus seres queridos.

Después volvían a casa y su madre siempre les sonreía y los

acariciaba a ambos. «Os he echado de menos», decía. Y Juanita rodeaba su cintura con ambos brazos y permanecía así un rato, porque su madre volvía a ser la de antes. Al cabo, se sentaban a la mesa, la cocina ya olía a hogar, y Juanita miraba tanto a su padre como a su madre y pedía por dentro que nunca más nada de su mundo se moviera.

14

El trabajo en casa del médico cumplió con sus expectativas. Joan estaba contento y cada día le contaba a Pilar novedades sobre aquella familia con la que ahora convivía tantas horas. Le hablaba del doctor Soler, a quien tenía que llevar de un lado a otro porque era un hombre ocupado, hacía muchas visitas y conocía toda Barcelona; le hablaba de su señora, a quien tenía que acompañar con frecuencia a los mejores establecimientos de Barcelona, lugares que Pilar sin duda habría mirado con unos ojos como platos; o le contaba los días que tenía que llevar a las hijas a casa de algunas amistades. Cuando Pilar supo que las hijas eran algo más jóvenes que ella, lo acorraló a base de preguntas.

—¿Son guapas?

—Una más que otra, pero no son gran cosa...

—¿Cómo se llaman?

—La mayor, Constança; la más joven, Caterina.

—Y ¿cómo son, educadas, elegantes? ¿Cómo visten? ¿Son amables contigo? ¿Tienes un trato cercano con ellas?

Joan se reía porque no daba abasto para responder a todo. Y quizá no lo hacía porque conocía a su mujer, y si hubiera sabido lo guapas que eran, sobre todo la mayor, se habría puesto celosa.

Lo cierto es que Joan había encontrado la estabilidad, y con lo que ganaban ambos pudieron volver a respirar. Pero la calma no duró mucho porque, a medida que la barriga de Pilar crecía, volvieron la angustia y la inseguridad. Volvió a sentir los celos de otros tiempos, de cuando eran jóvenes y salían con la pandilla y sospechaba que Joan adulaba a todo el mundo. Comenzaron a tener fuertes peleas a causa de las hijas del doctor Soler, a pesar de que ella no las había visto nunca. Le bastaba con saber que Joan las llevaba de Barcelona a Montgat, y que a veces se tenía que quedar a dormir allí —por ejemplo, cuando llegó la fiesta mayor—, para que se le encendieran todas las alarmas y sospechara de él. Por mucho que Joan le asegurara que ni las miraba, que aquellas chicas eran de otra clase y que ni siquiera se le había pasado por la cabeza, Pilar dudaba. «Esas chicas —se decía— seguro que no han pasado hambre en toda la guerra

porque debieron de irse a un lugar seguro»; ellas no habían tenido ningún hijo, ni se habían visto obligadas a vender sus joyas, acudir al mercado negro o ir en busca de unas patatas podridas a Montgat. Chicas de piel fina —se irritaba por dentro—, sin las manchas ni los baches del sufrimiento. Por supuesto que desconfiaba de ellas, y también de la debilidad de Joan.

—Ya se sabe —le espetaba en aquellos días, a punto de dar a luz —, el servicio de las buenas familias tiene mucha cercanía con sus miembros...

Joan se ofendía y respondía que nunca le había dado motivos para dudar de él, que ya había tenido suficiente y que, si tan poco se fiaba, tal vez debería dejar el trabajo y quedarse otra vez en la calle.

—¿Es eso lo que quieres, Pili? —la desafiaba.

Entonces ella enmudecía porque eso era algo que no se podían permitir con el bebé a punto de nacer. En cierta manera, ella sabía que solo eran imaginaciones suyas, que el embarazo la afectaba y que los celos le nublaban la mente y solo conseguían separarlos más. Pero no podía evitarlo: cuando tomaba carrerilla, era capaz de morder y de lanzar acusaciones a diestro y siniestro. Y, sin embargo, después de muchas tempestades como aquella, venía la calma, y entonces Pilar se dedicaba a observar a su marido con su hijo. Pepito quería mucho a su padre, y cuando ella los veía juntos, se apaciguaba y le entraba la llorera. Buscaba cualquier excusa y salía deprisa y corriendo, porque si algo no le gustaba era que la vieran llorar. Se preguntaba si algún día desaparecería ese desasosiego que no la dejaba vivir, como una bola compacta que arrastraba dentro, más allá del embarazo, y que enturbiaba la felicidad que tenía justo delante de sus narices.

Por eso, en los últimos días antes de que naciera su segundo hijo, resolvió parar y se obligó a concentrarse en el nuevo miembro de la familia que estaba a punto de llegar. Y finalmente llegó. Pilar dio a luz una niña preciosa, morena como su madre y con los ojos tan azules como el cielo de un día diáfano de verano. Una niña que arrancaba la sonrisa más tierna de su padre y que templó el ánimo de su madre. Vivieron en una nube de ternura hasta el día en que Pilar conoció en persona a las hijas del doctor Soler.

Ambas se presentaron en el piso de la calle Munné, llevaban regalos para la niña y también para su hermanito. Pilar las recibió con la máxima cortesía y Joan se desvivió —un tanto incómodo por tenerlas en casa— para que se sintieran a gusto.

—Es un detalle muy bonito que hayan venido a conocer a toda la familia, ¿no te parece, Pili? —comentó Joan en cuanto se despidió de ellas.

Pero a Pilar se le había borrado la expresión amable y sonriente que había lucido mientras ellas estaban en casa. Quizá durante todos aquellos meses sin conocerlas había idealizado a las señoritas Constança y Caterina, pero no iba errada en su intuición de que eran guapas, de piel fina y maneras tan impecables que podían enamorar a cualquiera. Reparó en el trato amable y cercano que dispensaban a Joan y escuchó complacida todo lo bueno que contaron de él: que si su padre lo apreciaba tanto, que si la madre y la abuela lo adoraban, que ya no sabrían qué hacer sin Joan en casa, que ya era como de la familia... Y mientras le dedicaban todos esos cumplidos, Pilar percibió algo que no le gustó nada, una expresión en los ojos de Constança, la hija mayor, que iba más allá de la cortesía. Se fijó en cómo miraba a Joan y, lo que era peor, en cómo Joan la miraba a ella. Y con eso fue suficiente.

—Tendrás que elegir entre tu familia o ese trabajo —le advirtió, decidida.

Sabía que no era el momento, que ya eran cuatro y necesitaban todo el dinero que entrara en casa, pero al mismo tiempo no estaba dispuesta a perder todo aquello por lo que había luchado.

—O ella o yo, Joan —insistió, sintiendo que temblaba de rabia, o quizá más bien de terror.

Joan bajó la cabeza, consciente de que esa vez no le serviría de nada discutir. Pilar era una mujer muy perceptiva y le había bastado con verlos en la misma habitación para saber que entre él y la señorita Constança ardía una llama que no podían apagar. Ni uno ni otra. No lo había provocado, de eso podía dar fe, pero lo cierto es que esa muchacha de suaves maneras, tan joven, bonita y amable con él, le había despertado el deseo de verla cada día, de hablar con ella siempre que podía y hasta de soñar cierta intimidad con ella. Joan era consciente de que a Pilar no podía seguir negándole nada de todo eso, y lo sentía porque ni por un segundo había dejado de amarla.

Dejó escapar un suspiro y, con los hombros caídos, miró a su mujer y a sus hijos y se armó de valor para tomar una decisión.

15

El padre de Juanita comenzó a empeorar. Era ella quien se despertaba por la noche al oírlo toser. Cuando empezaba, parecía que se ahogaba, y ella se levantaba de un brinco, pero su madre no la dejaba entrar en el dormitorio. «Vete a la cama, hija, no lo agobies», le decía Julia en un susurro. Y ella aún permanecía ante la puerta unos instantes antes de volver de puntillas a su habitación. Por la mañana, su padre tenía ojeras y estaba muy decaído.

—Come, papá —le pedía ella. Y él le tomaba la mano y se la besaba, pero no comía casi nada.

Dejó de salir a la calle. Las visitas de los domingos se terminaron, y Juanita y Julia tuvieron que asistir impotentes a su deterioro físico. Cuando ya ni siquiera se levantaba, cuando aquel gigante que era su padre se convirtió en un saco de piel y huesos, y las órbitas de los ojos sobresalían de su rostro como si así pudieran aferrarse más a la vida, a sus chicas, como él decía, entonces llegó el médico. Les dijo que tenían que conseguir algo que él llamó «inyecciones de oro», y aquello a Juanita le pareció salido de un cuento.

Inyecciones de oro. Su padre se moría y solo se podría curar si conseguían esas sales doradas para inocularlas en su cuerpo. Las encargaron en Francia; Julia y Pilar movieron cielo y tierra, y esperaron. Pero el tiempo no se detenía y su padre seguía empeorando. Cuando llegaron las sales de oro, ya no había nada que hacer. Su padre se moría. El gigante se apagaba y Juanita no podía creerlo.

El último día que lo vio con vida fue el anterior a su muerte. Su madre le hizo entrar en la habitación y allí estaba su padre, con muy mala cara y una mano que sobresalía por debajo de la sábana. Le pidió con un gesto que se acercara.

—Tendrás que ser muy fuerte —le dijo con un hilo de voz y aquellos ojos que ya no eran del todo los suyos—. Me tengo que ir, pero esta vez no volveré, hija. Me tienes que prometer que cuidarás de mamá. A partir de ahora tenéis que estar muy unidas, ¿me oyes?

Juanita asintió con la cabeza. Contenía las lágrimas porque sabía que su padre no lo podría soportar.

—En cuanto a los estudios —continuó, haciendo un verdadero esfuerzo—, tienes que aprovecharlos todo lo que puedas. Es muy importante que estés bien preparada.

La mano de su padre, esa que había alargado para que se acercara, recorrió ahora su mejilla y dibujó su perfil.

—Serás una mujer magnífica —le dijo mientras cerraba los ojos un instante para imaginársela—, procura ser independiente, libre, valiente, fuerte y honrada.

Después, se la llevaron sus padrinos a casa y hasta el día siguiente no la dejaron volver. Al ver a su madre, la niña supo que su padre ya se había ido y no entendió por qué no la abrazaba. Se la quedó mirando fijamente, los ojos ausentes, como si el alma se hubiera escapado de ellos.

—Papá ha muerto —dijo Julia con una voz que tampoco parecía la suya—. Puede que yo también me muera y tú te quedarás sola.

Juanita notó que se tambaleaba todo lo que le quedaba, aquello a lo que podía aferrarse. Si la hubiesen tocado en ese momento, se habría roto en mil pedazos; ni siquiera podía hablar. No olvidaría nunca aquel día, que, como una broma macabra, era el mismo en que cumplía once años.

Epílogo

Un baile en el entoldado (Principios de los años cincuenta)
Inspirado en una fotografía del álbum familiar

Julia es la única que viste de negro, pero no le importa, todo el mundo está acostumbrado. Con todos los años que han pasado desde que murió su Martí y todavía no ha querido abandonar el luto; puede que nunca lo haga. Se ha puesto un collar de perlas de tres vueltas, eso sí, un collar que le ha prestado su madre, que ya es demasiado mayor y no quiere ir al baile del entoldado. Se ha quedado en casa, aquella casa a la que llegaron cuando eran pequeñas, con todas las expectativas que genera una gran ciudad, o un pueblo adosado a una gran ciudad, si se prefiere. En cualquier caso, muy diferente del lugar donde ella y sus hermanas nacieron y que cada vez les cuesta más recordar.

Han reservado un palco para ellas, están las cinco. También han acudido los hijos mayores, claro —los pequeños ya están durmiendo —, y los hombres de la familia. Sus hermanas lucen vestidos claros y unos peinados que son la envidia de todas las vecinas de Sants, y ella toquetea las perlas de su madre y mira hacia la pista de baile. La orquesta de esta noche es bastante buena y algunas parejas han empezado a bailar. Se deja llevar por el ritmo con los pies y por dentro canta la melodía, que conoce muy bien. La había bailado muchas veces con Martí.

Julia viste de negro, pero cree que poco a poco va saliendo del pozo. Unos años atrás solo quería huir de todo, y ahora, en cambio, se siente a gusto en ese palco, rodeada de familiares y amigos. De vez en cuando, alguien viene a saludarlos, se queda un momento charlando, hablan sobre la gente que ha venido al baile y miran sus vestidos. Tiempo atrás, ella no miraba nada ni a nadie y solo quería que la dejaran en paz. La noche en que murió Martí también murió ella, en cierta forma. Se tumbó en la cama, a su lado, como si ambos estuvieran durmiendo. Entonces el tiempo debió de detenerse porque recuerda haberle hablado durante mucho rato, como si no hubiera un mañana. Esa noche Julia le dio las gracias por haberla querido tanto, por todo el amor que le había dado y el que le había hecho experimentar. También hubo otros momentos, sin embargo, momentos de desesperación en que le decía que ya no le quedaban fuerzas, que

no saldría adelante si él no estaba. Después de enterrarlo, Julia se adentró en un estado de tránsito en el que la vida le parecía irreal. Volvió al piso y allí estaban todas sus cosas, pero Martí no y todo se le hacía extraño, como de mentira. Se notaba la sangre helada, como si su alma se hubiera secado y ya no fuera del todo ella misma. ¿Cómo sería la vida a partir de aquel momento? ¿Cómo sobreviviría a su ausencia, esta vez permanente, escalofriantemente definitiva?

Julia se quedó destrozada y —lo sabe— no fue capaz de ocuparse ni siquiera de su hija, esa niña que Martí adoraba y por la cual luchó contra la enfermedad hasta que no pudo más. Eso la corroe por dentro, tiene mala conciencia, a pesar de que nunca han hablado de ello. Madre e hija han vivido muchas situaciones y algunas las han enterrado porque es mejor así, porque nunca han querido hacerse daño. Pero es que ella entonces no quería ninguna atadura: ni hija, ni hermanas, ni madre. ¿Para qué amar si, al fin y al cabo, hacerlo solo conllevaba sufrimiento? En esa época fantaseaba con tomar uno de los tranvías que pasaban por la carretera de Sants, el que iba hasta el puerto de Barcelona, y, una vez allí, tomar un barco, le daba igual adónde se dirigiera. Lejos, muy lejos de todo y de todos. Allí donde no conociera a nadie y nadie la conociera, allí donde pudiera permitirse no sentir nada. Soñaba con marcharse, esta vez para no volver.

Oye la voz de Juanita, que la saca de sus pensamientos más oscuros, y se vuelve a mirarla. La muchacha intercambia unas palabras con la tía Carmen, que alisa su vestido blanco. Muestran mucha complicidad, piensa, no solo porque cada fin de semana los ayuda en el local recreativo de Sant Adrià, sino porque allí ha conocido al chico con el que sale. Quizá se acaben casando y la hagan abuela. Cómo pasa el tiempo, piensa. Si Martí pudiera verla, se sentiría orgulloso de ella. Es tal como se la imaginó: guapa, inteligente, quizá un poco demasiado seria y muy responsable. Honrada por encima de todo, y una hija mucho más afectuosa de lo que ella se merecería, piensa Julia.

A continuación, mira a sus hermanas, que hablan entre ellas de asuntos sin importancia, y de repente siente un calor en el pecho.

Pilar destaca por encima de las demás, está de pie al lado de su marido y observa a las parejas que bailan en la pista, seguramente esperando la canción en la que Joan la sacará a bailar. Entonces, se dice Julia, aunque haya mujeres mucho más jóvenes que ella, esas que aún no han tenido hijos ni les ha pasado un buen trecho de la vida por delante, Pilar atraerá todas las miradas porque siempre ha sido así. El rubio le sienta muy bien, fue una de las primeras en teñirse y algunas ya la han imitado. Cuando Joan le dice algo al oído, ella sonríe con

picardía, y a Julia le gusta verlos tan bien. Se acuerda de cuando Joan tuvo que dejar el empleo con el doctor Soler por el bien de su matrimonio, y eso que era un trabajo excelente. Ni ella ni Pilar saben exactamente qué pasó con Constança Soler, hasta qué punto se amaron ella y Joan; eso solo lo saben ellos. Pero poco a poco parece que van saliendo adelante: Joan montó un taller mecánico en el local que había al lado de casa de su madre, allí donde el tío Miguel tenía sus herramientas de carpintero, y ahora se han trasladado a vivir más cerca de ellas, a un ático de la carretera de Sants que hace esquina y en el que hay una terraza donde a veces organizan fiestas. Vuelven a ser tan populares como antes, y Julia diría que ya no discuten tanto. Joan se desvive por sus hijos y Pilar vuelve a sonreír, aunque nunca volverá a hacerlo como antes, Julia ya lo sabe. «Hemos pasado tantas cosas juntas, ¿verdad?», le dice con la mirada. Y a continuación se fija en sus otras hermanas y piensa que no podrían ser más diferentes y, al mismo tiempo, una misma cosa.

Ángeles se sienta en el otro extremo y le guarda un sitio a Emili, que debe de haber ido a buscarle alguna bebida. Emili siempre está pendiente de ella. Se puede decir que, a su lado, contra todo pronóstico, Ángeles ha encontrado la felicidad. Ella sabe que su hermana nunca podrá olvidar a Daniel, lo sabe mejor que nadie, pero al mismo tiempo percibe que es feliz, que con ese hombre, que es todo bondad y atenciones, Ángeles ha tenido suerte. La madre de él murió tiempo atrás y ahora está ella al frente del negocio. No tienen hijos, eso le duele, pero están sus sobrinos y sobrinas, y también los niños de la maternidad, a los que visita desde hace tiempo.

Comenzó cuando aún le funcionaban bien las piernas. Cada martes Ángeles se llevaba a Juanita a ver a los niños huérfanos de la maternidad. Llenaban unas bolsas con unas cuantas golosinas de la tienda y se iban juntas a visitarlo. Los pequeños, como es lógico, ya las estaban esperando y nada más verlas lo celebraban. Después, comenzó a llevar libros de cuentos a los más mayores y poco a poco fue creciendo la biblioteca infantil con la que ahora ya cuenta la maternidad, una biblioteca que, si la vida fuera más justa, llevaría el nombre de su hermana.

A raíz de aquellas visitas a los huérfanos, de su dedicación, Julia pensó que sería madre, que acabaría convenciendo a Emili para adoptar un niño, pero la enfermedad no lo ha permitido. Lo que comenzó con una pérdida de fuerza en el brazo absurda y sin importancia se ha extendido a otras partes del cuerpo y ya no siente las piernas. Ángeles no puede caminar. Nunca más volverá a hacerlo, pero de eso no hablan, nadie quiere. Emili trata de compensarla cada

día con aquello que ambos adoran: la cultura. Han formado un buen grupo, se dice Julia, y allí en la trastienda, donde Daniel y ella se besaban, reciben a sus amigos para hablar de libros, música, y poner en marcha proyectos benéficos para proporcionar a todo el mundo lo que ellos tanto aman.

Julia le pide a Lola que le preste el abanico, hace calor. Y mientras se abanica y nota que se recupera un poco con el aire, piensa que ella, la pequeña Lola, está en el principio de todo. Que, de alguna manera, sus historias comenzaron cuando nació Lola. Se pregunta qué queda de aquella niña traviesa que llevaba de cráneo a toda la familia y se dice que mucho más de lo que parece, a pesar de que ya esté casada, tenga dos hijos y se haya convertido en la dueña de la tintorería Minerva.

Pobre señora Minerva, se dice, por todo lo que tuvo que pasar. Aquella buena mujer hubo de renunciar al hijo mayor para salvar al resto de la familia y el negocio, pero gracias a eso salieron adelante. De Esteve ya hace mucho que no saben nada, y ahora son Jaume y Lola quienes llevan el negocio, porque Irene, la mejor amiga de su hermana, se ha casado con un viudo que la cortejaba. Lola tiene ahora muchas responsabilidades, piensa Julia, admirada, y aun así no puede evitar seguir viendo en ella a aquella niña que se cortó el pelo como ella cuando Julia entró en la fábrica, solo por solidaridad; la misma que se llevó un disgusto de padre y muy señor mío cuando se casó con Martí y se marchó de casa, porque no quería que nada de su mundo cotidiano cambiara. Sonríe al pensar la de veces que le había oído decir que no se iría nunca de casa y que las otras hermanas tampoco debían hacerlo. «Y, fíjate, ahora soy yo la que vive de nuevo allí —concluye—, la que cuida de nuestra madre o ella de mí, quién sabría decirlo». Pero está bien ahí, y Juanita también. Julia se da cuenta de cuánto ama aquella casa a la que llegó con siete años, justo después de nacer Lola. Justo después de que su padre dijera basta de viñas y se las llevara a todas a Barcelona. Cuando nació su hermana pequeña, la quinta de las Molina, su padre dio un giro a sus vidas y ahora no serían quienes son ni habrían vivido lo que han vivido si no lo hubiera hecho. Tendrían otra vida. ¿Serían otras personas?

Julia y Ángeles son las únicas que no han salido a bailar a la pista del entoldado, pero no importa: miran a sus hermanas y disfrutan como si fueran ellas las que danzan al compás de la música. Se pregunta, allí sentada y mirándolas a todas, qué habría sido de ellas si se hubieran quedado en Valencia, y llega súbitamente a la conclusión de que no lo cambiaría por nada. Que prefiere haber vivido todo lo que ha vivido, aunque eso incluya el sufrimiento y la tristeza que lleva

incrustada en el alma; una tristeza que sabe que no la abandonará nunca y que durante años casi no la ha dejado ni respirar, pero poco a poco lo va haciendo, lentamente sale adelante. Porque, después de todo, ha vivido el amor, ha sido feliz y ahora, desde este palco del entoldado tan engalanado como sus hermanas, se da cuenta de que no está sola.

Las mira y le invade una oleada de ternura al pensar en las niñas que fueron, en las muchachas en que se convirtieron después y, a continuación, en las mujeres que abrieron sus horizontes durante la República, que luego tuvieron que luchar para sobrevivir a una guerra y a pérdidas irreparables, mujeres que se han convertido en madres y personas admirables. Al menos, ante sus ojos.

Observa a sus hermanas y se da cuenta de que no está sola, de que en realidad nunca lo ha estado. Por primera vez en mucho tiempo, siente un cosquilleo que se parece a los momentos felices de su vida. A lo lejos, distingue a Juanita, que baila con su prometido, y siente un agradable escalofrío, como si hubiera futuro. Ya no se lo quiere perder, ya no tiene ganas de tomar un tranvía para ir a ninguna parte ni escapar de nada, porque su vida está aquí, en Sants, porque su hogar está al lado de su hija y de sus hermanas.

Ese es exactamente el sitio donde quiere estar.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela comenzó a tomar forma una mañana de hace unos cuantos años en un viaje a Madrid con mi madre. Me habían invitado a dar una charla y ella se ofreció a acompañarme. Al día siguiente de la conferencia, estábamos desayunando juntas en un luminoso salón del hotel, antes de tomar el tren de vuelta a casa. Teníamos tiempo y conversamos animadamente sobre la familia. Ella empezó a hablarme de su madre, mi abuela Pilar, y de sus cuatro hermanas: Julia, Ángeles, Carmen y Lola. Yo ya conocía algunos detalles que la propia Pilar me había contado, pero ese día fue diferente, ese día tomé conciencia de que las cinco eran como una sola cosa. O, más bien, que se trataba de cinco personalidades muy diferentes que se complementaban y fueron una piña durante todas las vicisitudes que les tocó vivir. Nosotras, sus descendientes, estábamos hechas de retales de estas cinco muchachas de Sants.

Esta novela está inspirada en ellas, quiere ser un homenaje y por eso he conservado los nombres de pila. Por lo que respecta a sus vidas, carácter, las cosas que les sucedieron o las decisiones que tomaron, el lector o la lectora encontrarán mucha realidad y algunas píldoras de ficción. No es mi intención distinguir o aclarar cada parte; sencillamente deseo mostrarlas y al mismo tiempo preservar su intimidad. Lo más importante es que ellas existieron y que han dejado a su paso un legado para las futuras generaciones, una manera de vivir, una manera de querer, una manera de entender el mundo y la familia, y su ejemplo en la lucha diaria que cada una tuvo que librar. Y, sobre todo, ese pequeño gran universo que construyeron y que perdura más allá de ellas. Por tanto, celebrémoslas.

El proceso de investigación de esta novela, como era de esperar, ha sido un volcán de emociones, de recuerdos compartidos, de piezas que han ido encajando gracias a la memoria colectiva del conjunto de toda la familia. Y es en este punto donde querría expresar un agradecimiento especial a algunas personas implicadas.

A Neus, mi madre, por hacer que amara a estas muchachas de Sants desde la primera conversación; por inculcarme, junto con mi padre, el sentido de familia y de pertenencia a una historia común; el ser parte de un todo mucho más grande en el que siempre encuentro la inspiración.

A Pepita Castejón, mi querida tía, hija de Julia, que lamentablemente nos dejó mientras escribía este libro. Ella ha sido durante muchos años nuestra memoria y el ejemplo más claro de amor incondicional a nuestras chicas de Sants. Gracias por compartir conmigo todos tus recuerdos, memorias, cartas..., y por todas las charlas que mantuvimos. Tus ojos azules, llenos del espíritu de la mujer fuerte, inteligente y bondadosa que fuiste nos acompañarán siempre.

Y a su hijo Ramon, mi querido primo, que no solo ha heredado sus ojos, sino toda la bondad y el espíritu de la familia.

A Mari Carmen Clemente, la hija de Carmen, le debo una tarde maravillosa en Santa Coloma en la que nos reunimos unas cuantas mujeres de diferentes generaciones de la familia y en la que me hizo depositaria, durante los meses de escritura, de una caja de latón donde guardaba la correspondencia de guerra —y posguerra— entre su padre y su madre. Aquellas cartas, junto con las de los demás parientes que las han conservado, me han ayudado a entender muchas cosas y situaciones que nuestra familia vivió.

El barrio donde viven mis protagonistas no es un barrio cualquiera, lo he recorrido durante todo el proceso de investigación y escritura de la novela y he reconocido lugares, momentos, vivencias de otros tiempos. Me han ayudado *santsencs* y *santsenques*, algunos de la familia, como mi otra tía Mari Carmen Martínez, con la que he paseado por calles y rincones llenos de recuerdos personales. O Lola Savalls, la amiga de infancia de mi madre, de la que tomé prestados ciertos aspectos de la tintorería que su familia regentaba en Sants.

Una amiga eterna, Isabel Devesa, me dio algunas claves sobre la dinámica de los coros cantores y también me presentó a Ramón Vilar, excelente conocedor del Orfeó de Sants.

En cuanto a la investigación histórica que he llevado a cabo en Sants, quiero agradecer de todo corazón la ayuda y la compañía de Agus Giralt, historiador del barrio y una de las personas más implicadas y comprometidas con la recuperación de la memoria colectiva de los barrios de Sants, Hostafrancs y La Bordeta.

Y quiero agradecer al archivo histórico del distrito de Sants-Montjuïc el haberme facilitado muchos documentos antiguos, así como a la biblioteca del Vapor Vell y a tantas personas del barrio que

han sido mis cómplices. Algunas de viva voz; otras, a través de lo que dejaron escrito.

Asimismo, es un placer seguir contando con el doctor y amigo Berthy Rivero, quien, como ya es habitual, me ha asesorado en cuestiones de salud cada vez que uno de los personajes lo ha requerido.

Finalmente, como siempre, un agradecimiento con mayúsculas a mi editora en catalán, Glòria Gasch, amiga, cómplice y compañera de viaje; a mi editora en castellano, Rosa Pérez, con la que espero vivir muchas aventuras; a mis agentes, Carlota y Natàlia, que siempre están presentes, y a Josep, Bet y Sergi, que me soportan y me quieren cada día. Sois mi fuerza.

Las chicas del barrio
Tània Juste

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Les noies de Sants*

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Elisabeth Ansley / Trevillion Images

© del texto, Tània Juste, 2024
Derechos de edición negociados a través de Asterisc Agents

© de la traducción: Olga García Arrabal, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre del 2024

ISBN: 978-84-670-7477-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Manuel Jiménez Núñez

SOLTERONAS

Historias de un estigma

ESPASA

Solteronas

Jiménez Núñez, Manuel
9788467070170
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un libro imprescindible para descubrir las voces e historias ocultas de mujeres que desafiaron el estigma de la soltería.

Hasta hace no mucho tiempo, **las mujeres que no se casaban eran estigmatizadas como raras**, neuróticas, amargadas, poco agraciadas o, directamente, fracasadas. Llevaban sobre los hombros una pesada losa que producía, en el mejor de los casos, lástima.

El matrimonio ha sido la norma durante siglos, el que marcaba la llegada a la edad adulta de la mujer y, generalmente, su medio para subsistir. Y en el caso concreto de nuestro país de forma muchísimo más acusada, porque arrastramos cuarenta años de dictadura en la que unas ideas determinadas de la feminidad, así como de la masculinidad, fueron parte fundamental del programa ideológico: la mujer ocupaba un papel central en la construcción del régimen tras la guerra, pero con la función eminente de ser la madre de la familia.

A través de la experiencia personal de veinte mujeres que nunca se han casado, obras literarias, documentos tanto periodísticos como audiovisuales y a medio camino entre evocación y sociología, Manuel Jiménez Núñez busca **reivindicar la memoria** y dar a conocer a las nuevas generaciones el **arquetipo femenino de «la solterona».**

Decía Carmen Martín Gaite que una de las conclusiones a las que había llegado, después de estudiarlo mucho y darle muchas vueltas, es que a las solteras que no van a encontrar marido se las margina o se las caricaturiza, pero nunca se habla realmente con ellas. **En este libro hablamos con ellas y les damos la voz cantante.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una conmovedora novela sobre el prisionero
que documentó el horror nazi.
EL FOTÓGRAFO DE
AUSCHWITZ
LUCA CRIPPA Y MAURIZIO ONNIS
ESPASA

El fotógrafo de Auschwitz (edición española)

Crippa, Luca
9788467073201
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una conmovedora novela basada en la historia olvidada del prisionero que documentó el horror nazi.

Polonia, 1939. Cuando el fotógrafo profesional Wilhelm Brasse es deportado a Auschwitz-Birkenau, se ve forzado a tomar «fotografías de identidad» de los prisioneros cuando llegan en tren. En una carrera mortal por la supervivencia, también deberá retratar a los guardias nazis y documentar los «experimentos» médicos inhumanos dirigidos por Josef Mengele, que lo marcarán para siempre.

Basada en la vida real de Wilhelm Brasse, *El fotógrafo de Auschwitz* es un crudo recordatorio en blanco y negro de los horrores del Holocausto. Esta conmovedora obra lleva a los lectores tras las alambradas del campo de concentración más temido del mundo, dando vida a Brasse, quien tuvo que hacer clic en el botón del obturador miles de veces antes de lograr unirse a la Resistencia.

«Fundamental. El mundo debe conocer esta historia.» *Daily Express*

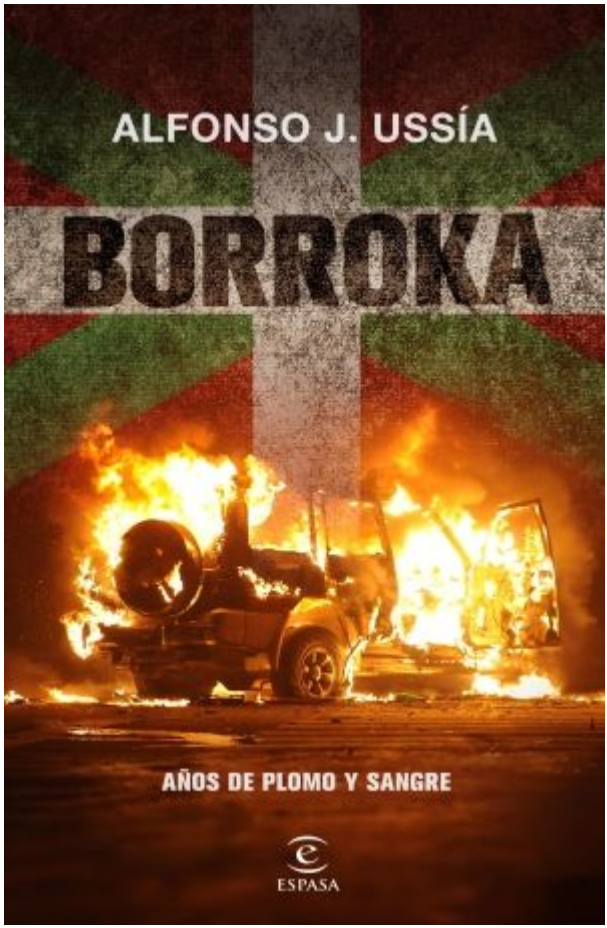
«Un retrato cinematográfico. Esta improbable historia de supervivenciay compasión ante las circunstancias más crueles cautivará a los lectores.» *Publishers Weekly*

«Una historia extraordinaria, un libro absorbente.» *Sidney Herald*

«Brasse nos ha dejado un legado inestimable. Gracias a él

podemos ver las víctimas del Holocausto como humanos y no como meras estadísticas.» Fergal Keane, corresponsal de *The Guardian*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ALFONSO J. USSÍA
BORROKA
AÑOS DE PLOMO Y SANGRE
ESPASA

Borroka

Ussía, Alfonso J.
9788467073553
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La historia que nadie se había atrevido a contar... hasta ahora.

Borroka narra, de manera magistral, la lucha que emprendió la Guardia Civil contra **ETA** en la época más salvaje del **terrorismo** en nuestro país.

Con testimonios exclusivos y datos nunca antes revelados, A. J. Ussía construye un preciso relato que nos retrotrae a finales de los **años ochenta,** cuando la nueva cúpula de la organización decidió **socializar el terror** y regar de sangre y plomo las calles de la España democrática. A través de los **Servicios de Información de la Guardia Civil** conoceremos el papel que esta unidad desempeñó en la lucha contra la banda armada.

Borroka huele a pólvora, a bosques, a mugas, a amonal, a asfalto y, sobre todo, a **Libertad**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

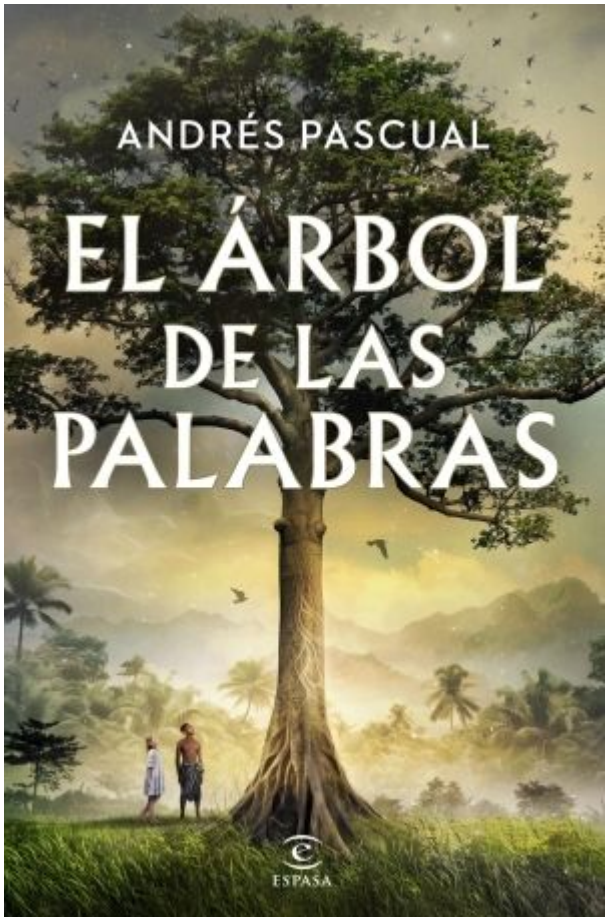
Rojas Estapé, Marian
9788467053982
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Disfruta el presente, supera el pasado y mira con ilusión el futuro

¿Eres consciente de que tu manera de gestionar los conflictos te puede predisponer a sufrir ansiedad o depresión, las enfermedades más frecuentes del siglo XXI?
Para la doctora **Marian Rojas Estapé** la felicidad consiste en vivir instalado de forma sana en el presente, habiendo superado las heridas del pasado y mirando con ilusión al futuro. Muchos de los trastornos que padecemos provienen de la incapacidad para gestionar nuestro presente. La felicidad no es lo que nos pasa, sino cómo interpretamos lo que nos pasa.
En *Cómo hacer que te pasen cosas buenas* entenderás la importancia de aprender a enfocar tu atención y descubrirás pautas para combatir los miedos, las angustias y cómo canalizar las emociones negativas que te llegan a bloquear física y mentalmente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ANDRÉS PASCUAL
EL ÁRBOL DE LAS PALABRAS
ESPASA

El árbol de las palabras

Pascual, Andrés
9788467075274
480 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el corazón de África, el árbol de las palabras era el lugar donde se escuchaba a los ancianos, se compartían sueños y se dirimían los conflictos. Ahora es el lugar donde se cuenta el episodio más desconocido de nuestra historia.

Guinea Ecuatorial, 1884: Ökkó, un adolescente de la etnia bubi, presencia el naufragio de una goleta española en una recóndita playa de la isla de Fernando Poo.

En la capital de la colonia, Bella, una chica de su misma edad con unos conocimientos botánicos poco comunes, espera noticias sobre su padre, que regresa de la metrópoli.

Bella y Ökkó no lo saben, pero sus historias están a punto de cruzarse. De su mano viviremos el **nacimiento de la colonia española**, entre culturas enfrentadas y los avatares de los primeros exploradores de África, a través de una **naturaleza desbordante y muchas veces letal**.

Como no podía ser menos tratándose de Andrés Pascual, esta novela provocará una sugestiva reflexión sobre la **entrega, el coraje y la búsqueda de uno mismo** en un mundo en transformación que llegará al corazón de los lectores.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)